

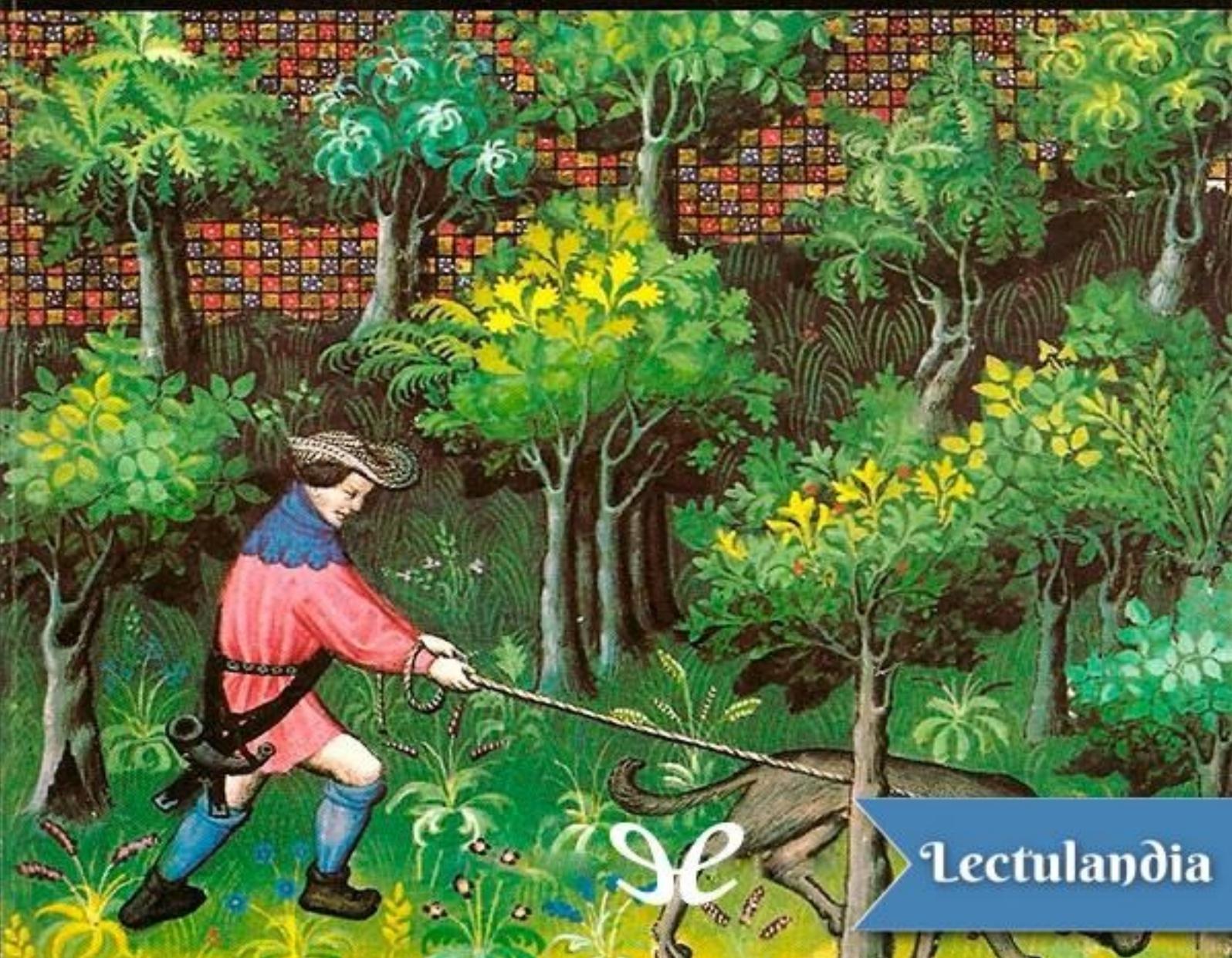
ALYS CLARE

# LA MUERTE FIEL



## LOS MISTERIOS DE LA ABADÍA V

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval



de

Lectulandia

Un anciano peregrino muere en el valle Hawkenlye. Nada extraño ya que estaba gravemente enfermo cuando llegó. Mientras tanto Josse d'Acquin recibe la visita del príncipe Juan y de su enigmático mago y consejero, El Maestro, quienes buscan información sobre un misterioso extranjero, Galbertius Sidonius.

Apresurándose hacia el convento de Hawkenlye para pedirle ayuda a la abadesa Helewise, Josse descubre que su amiga está sumida en las investigaciones de un terrible suceso: el descubrimiento de un cuerpo en avanzado estado de descomposición en el valle. Desnudo y muerto por una mano experta.

El hermano de Josse, Yves, llega; un visitante en Acquin ha estado preguntando por el padre de su hermano, Geoffroi, que fue a ultramar con el rey Luis y la reina Leonor. Josse, Yves y la abadesa se introducen en un misterio cuyas raíces se remontan mucho más allá de la segunda cruzada. Y, mirándolos con sus extraños ojos oscuros, es la enigmática figura del Maestro del Príncipe...

Lectulandia

Alys Clare

# La muerte fiel

Los misterios de la abadía - 5

ePub r1.0

Titivillus 19.09.16

Título original: *The faithful dead*

Alys Clare, 2002

Traducción: Mar Vidal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

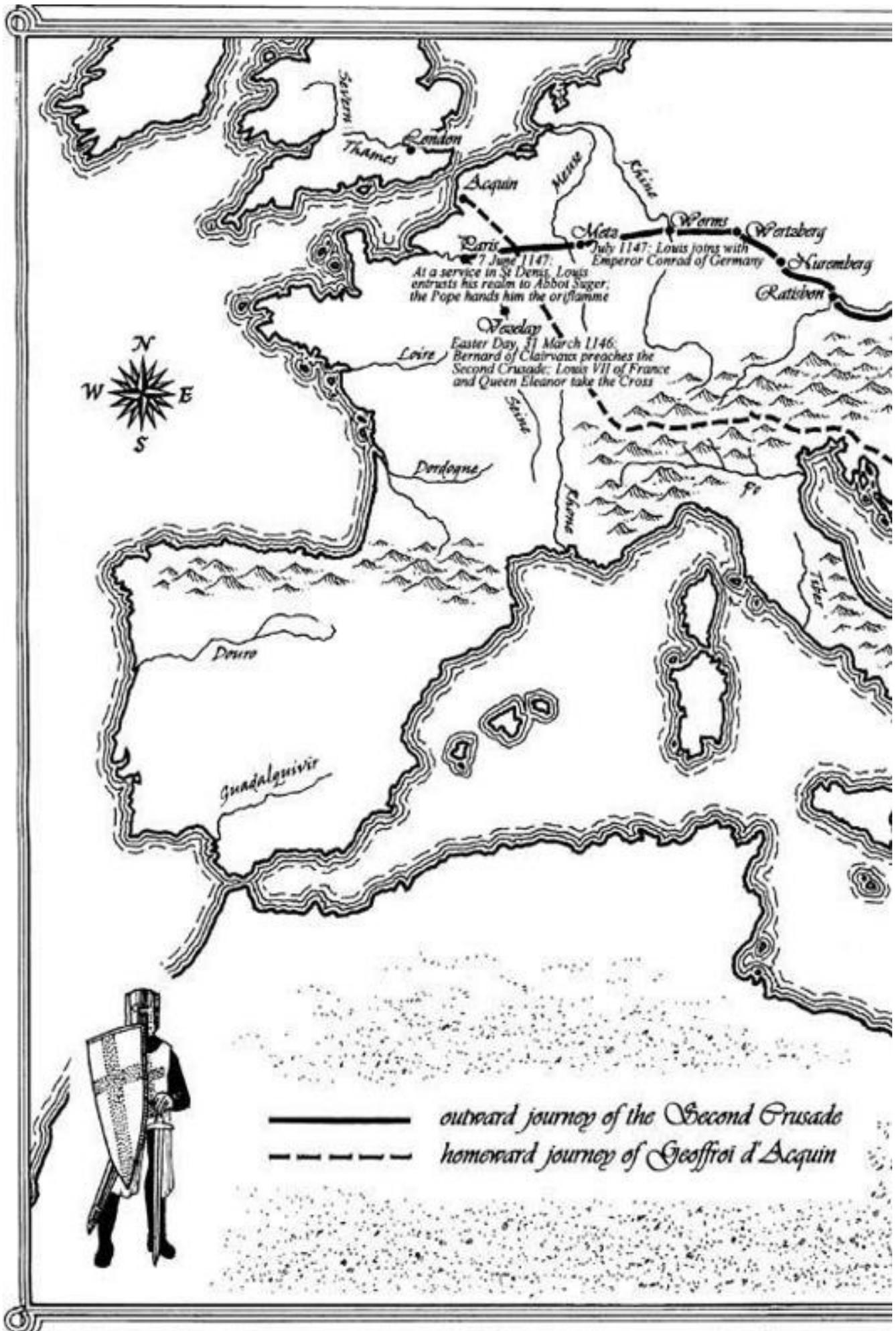
---

Para Geoffrey

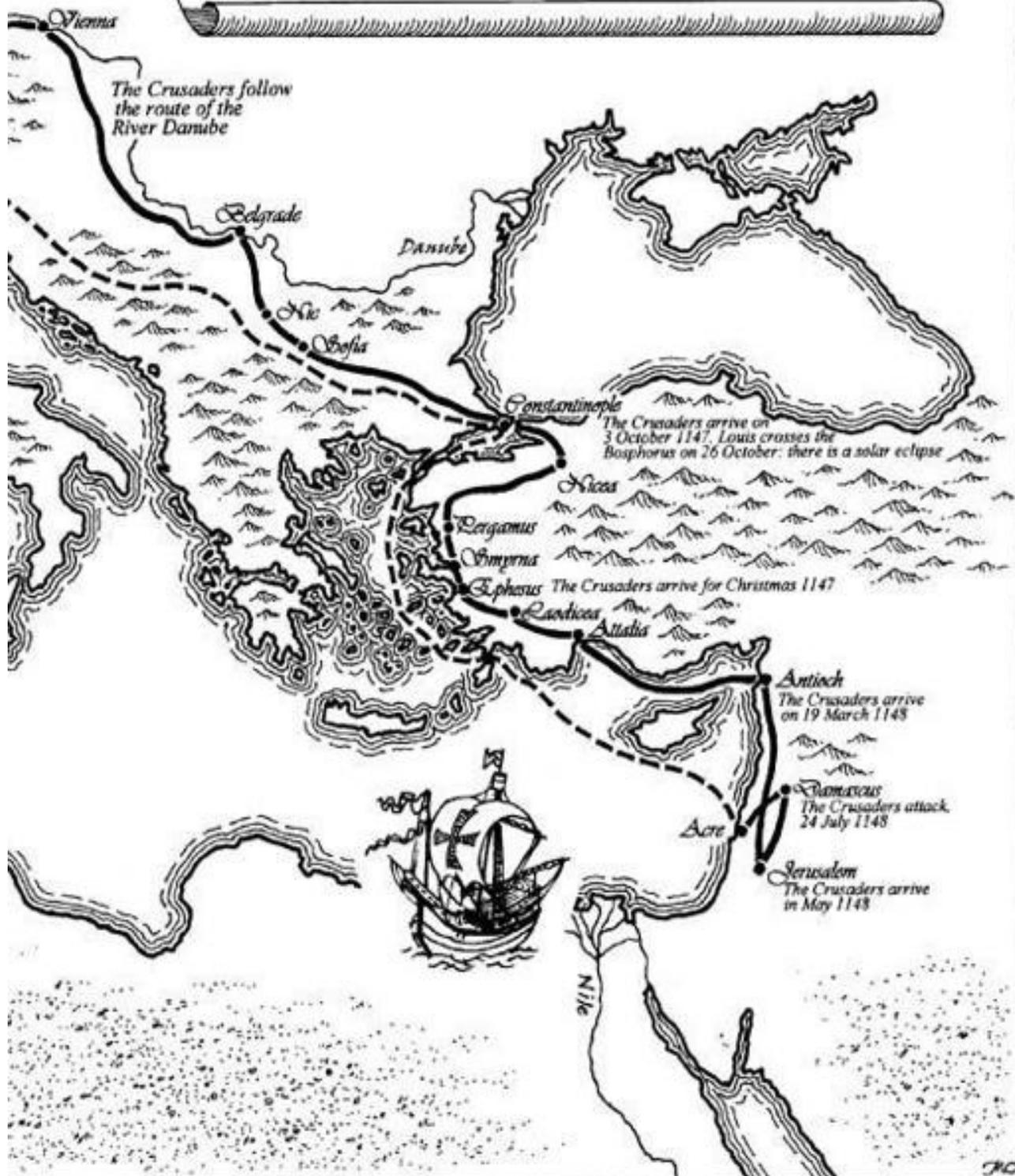
*Primo pro nummata vini  
ex hac bibunt libertini;  
semel bibunt pro captivis,  
post hec bibunt ter pro vivís,  
quarter pro Christianis cunctis,  
quinquies pro fidelibus defunctis.*

Primero por el vendedor de vino  
levantan sus copas los disolutos;  
toman un trago por los prisioneros,  
tres por los vivos,  
cuatro por toda la cristiandad  
y cinco por los muertos fieles.

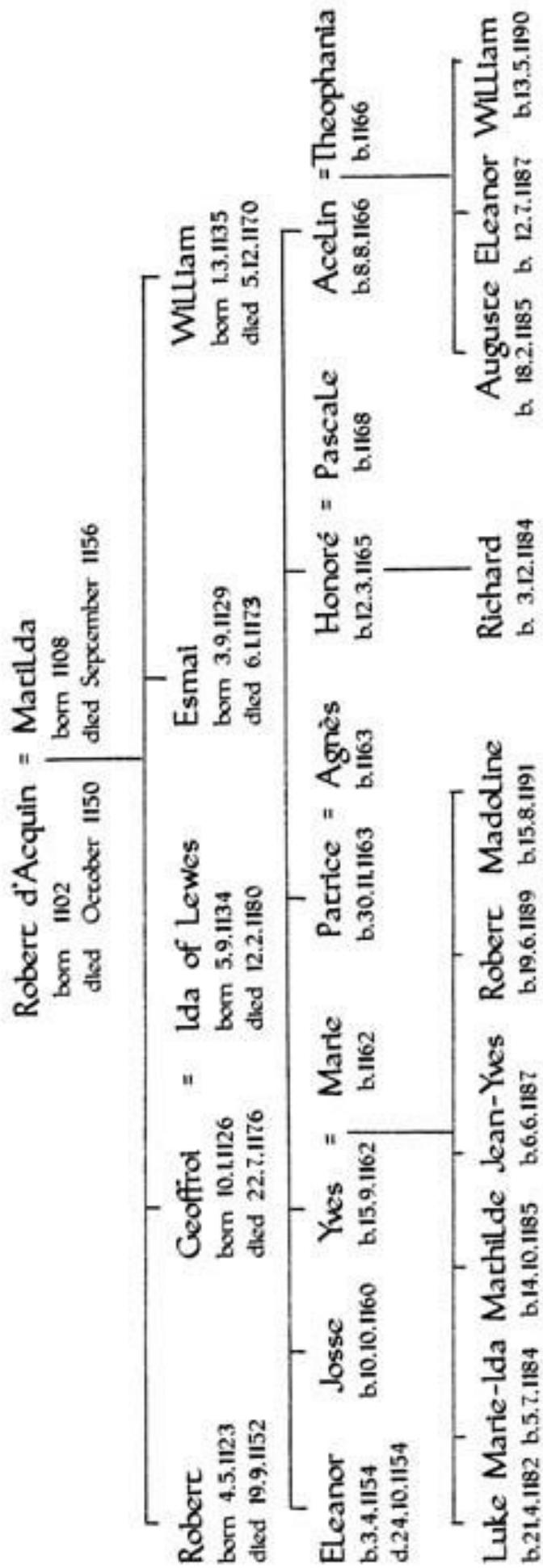
*Carmina Burana:  
cantiones profanae*  
(a partir de la traducción de la autora).



# A Map of Outremer and Europe



The Family Tree of the d'Acquins  
of Acquin, in the River Aa Valley of Northern France



La fuerte respiración del anciano mantenía al muchacho en vela.

Hacía ya unas cuantas horas que se habían tumbado a descansar en el refugio. La cena que les habían ofrecido los monjes había sido adecuada, pero apenas se la podía calificar de sabrosa. De todos modos, durante aquellas últimas semanas, el muchacho se había acostumbrado a irse a dormir con el estómago vacío, así que, el mero hecho de tenerlo lleno —aunque fuera de una sopa aguada y sosa y un pedazo de pan seco— era mejor que lo habitual.

No —reflexionó, mientras se apoyaba sobre un costado y se apartaba un poco más del anciano—. No, no tengo quejas en ese sentido.

¡Pero cómo deseaba que terminaran aquellos ronquidos y la respiración perruna y poder dormir un poco!

Mientras se echaba sobre la espalda, se preguntó ociosamente —y no por primera vez— si no sería una muestra de amabilidad asfixiar al viejo con una tela mientras dormía y acabar así con sus miserias. Se recostó sobre un codo y miró a su amo. A la tenue luz de la lámpara que iluminaba la zona de descanso, el rostro aparecía con una palidez mortecina y brillante de sudor. Mientras el chico lo observaba, otro breve acceso de tos sacudió el flaco cuerpo del anciano. Aunque no fue lo bastante fuerte como para despertarlo; esta vez, no.

Oh, pero había sido un buen amo, reflexionó el chico, echándose otra vez. Estricto —había tratado a su criado con dureza, y no aceptó nunca excusas para la dejadez o la pereza—, pero justo. Desde luego, siempre había demostrado aprecio por el trabajo bien hecho. Y el chico recordaba, con una débil sonrisa en la penumbra, que su amo le había prometido una moneda de plata si se aseguraba de que ambos volvían sanos y salvos a casa.

¡Una moneda de plata!

Permaneció tumbado durante unos instantes muy felices, en los que imaginó lo que haría con una moneda de plata.

Ah, pero el hogar estaba muy lejos de allí, pensó, con el desánimo tiñendo sus plácidas ensoñaciones. Una vez reconocida, la tristeza pareció invadirlo; de pronto, empezó a sentirse terriblemente miserable.

¿Una moneda de plata? Era como si otra voz hablara dentro de su cabeza, una voz fría y ligeramente burlona que se presentaba extrañamente insistente. ¿Sólo una moneda? ¿Después de todo lo que has hecho por él? ¡Vaya, si la ayuda y el apoyo que le has prestado, con todos los problemas y las dificultades tan sólo de este viaje, ya valen más que eso! Una moneda, amigo, no es más que un insulto.

El muchacho sintió cómo se le erizaba la piel de la nuca, como si alguien le hubiera pasado una mano tosca a contrapelo del fino vello que le crecía en esa zona. Y de una parte distinta —mejor— de su mente vino este mensaje urgente: ¡No escuches! ¡Tápate los oídos! ¡No prestes atención al demonio!

Durante el espacio de unos cuantos latidos se sintió presa del pánico. Luego pensó: No, estoy dejándome llevar por la imaginación. Aquí estoy, tumbado en el

refugio de los peregrinos de uno de los lugares más sagrados de Inglaterra, ¡a menos de quince pasos del santuario de la Virgen y su manantial de agua bendita! ¡Vamos, no seas bobo, éste es el último lugar en el que... en el que puede ocurrirte algo malo!

Se esforzó por relajarse. La respiración del anciano estaba volviéndose cada vez más fuerte, más penosa, y ahora parecía hacer una pequeña pausa entre cada laboriosa exhalación y la siguiente inspiración, como si, incluso dormido, el viejo intentara decidir si el siguiente esfuerzo valía el dolor que le costaba.

El muchacho volvió a mirarlo. No es ningún pobre —pensó—, por mucho que se vista como si lo fuera. No, en realidad, tiene muchas riquezas, y grandes propiedades. Tiene sus motivos para fingir que es un pobre peregrino, y me temo que sé cuáles son. Es...

Con un ronquido abrupto, el viejo sufrió un violento ataque de tos que le agitó el pecho y los espasmos se apoderaron de su cuerpo entero. Procedente de otro rincón de la zona de descanso, el muchacho oyó una leve protesta, interrumpida por una voz de mujer que le murmuraba: «¡Por caridad, Jack! ¡No lo hace para molestarte, el pobre hombre no puede evitarlo!».

El chico observó cómo el viejo escupía en un trapo asqueroso y manchado y luego, mascullando algo para sus adentros, volvía a echarse. Pronto volvió a oírse su penosa respiración.

Los movimientos del viejo habían arrugado la capa en la que estaba envuelto y la fina manta que los monjes le habían facilitado. Hacía una noche fresca —estaban a finales de agosto, pero la tormenta de hacía unas horas había hecho que el ambiente fuera mucho más frío de lo habitual—, y el muchacho alargó la mano y volvió a arroparlo con delicadeza. Así, así está mejor; la capa es bastante gruesa, le dará un poco de calor en el pecho, y...

En medio de sus atentos cuidados, el chico advirtió de pronto un brillo metálico. La luz de la lámpara reflejaba algo que el viejo llevaba entre las ropas, algo que antes estaba oculto y ahora se había deslizado fuera de su escondite, debido al ataque de tos.

La voz fría volvía a retumbar dentro de la cabeza del muchacho. Le decía: ¡Vamos! ¡Míralo bien! No haces ningún mal; tan sólo vas a mirar lo que es, ¿no?

El chico contempló cómo, casi sin querer, su mano se acercaba al frágil cuerpo del anciano. Se estiraba... más... un poco más... hasta que sus dedos se apoderaron del objeto. Era frío al tacto, y el metal del que estaba hecho era liso... y, la forma... un cuadrado, un rectángulo... ¿una cajita?

Tiró, pero el objeto estaba atado a algo, tal vez atrapado entre la ropa del viejo, y al principio no cedía.

¡Cuelga de una cadena que lleva en el cuello! —advirtió de pronto el muchacho, con una oleada violenta y repentina de furia que lo pilló por sorpresa—. No puedo sacarla, la lleva demasiado bien sujeta.

No, no es así —le respondió la voz fría—. Vuelve a intentarlo.

El chico obedeció. La cadena se liberó finalmente de lo que fuera que la sujetaba y entonces pudo levantar el objeto hasta el foco de luz.

En efecto, se trataba de una cajita. Pudo ver las diminutas bisagras donde la tapa se encontraba con la base y, al otro lado, un pestillo y un candado. Era de una artesanía exquisita; ni siquiera él, con todo lo que había viajado, había visto nada igual en su vida. ¡Tantos detalles! ¡Y tan diminutos! Y la forma en que aquella tenue luz hacía brillar el metal, como si estuviera iluminado por dentro, sugería seguramente que se trataba de un metal precioso. ¿Podría tratarse, era posible que fuera... de plata?

Permaneció tumbado durante un buen rato, contemplándolo, y la sorpresa de haber encontrado un objeto como aquél oculto entre las ropas sucias y harapientas de su amo fue tan grande que pareció dejar en suspenso todos sus demás pensamientos.

Pero la reacción de sorpresa fue breve.

¿De dónde lo habrá sacado? —empezó a preguntarse—. ¿Y en qué debía de estar pensando, al llevarlo consigo en un viaje tan duro como el que acabamos de hacer, cuando lo menos que podría ocurrirle sería perderlo, y lo peor, que alguien lo encontrara y lo matara para robárselo? Es una locura correr semejante riesgo. ¡No sólo por él, sino también por mí! Ningún ladrón que robara al amo dejaría vivo a su criado, ¡eso seguro!

La rabia del muchacho contra su amo fue por un momento tan intensa que lo hizo olvidarse de todo lo demás. Por un breve instante se olvidó de dónde se encontraba, de qué estaba haciendo allí, de la noche que lo envolvía.

Más tarde, cuando volvió en sí, se dio cuenta de que algo había cambiado.

Por ejemplo, la luz había cambiado. ¿Era eso? La luna se había levantado en el cielo y bañaba el claro situado frente al refugio con su fría luz plateada.

El chico frunció el ceño, concentrado. No, había algo más...

Entonces lo supo.

El ruido, aquel ruido molesto que le impedía dormir, se había detenido. El anciano había dejado de respirar.

Aferrando todavía la cajita en su cadena, el chico contempló desapasionadamente a su amo. ¿Debía avisar a los monjes? El viejo había dejado de respirar. Podían mandar a buscar a aquella monja alta y mandona que estaba al frente de la enfermería. Tal vez ella pudiera ayudar. Podría darle al amo algún medicamento, lograr que sus pulmones volvieran a funcionar.

¿Podría?

Pero la fría voz dentro de su cabeza le decía: No, demasiado tarde para eso. Tu amo ha muerto.

—Muerto —repitió el muchacho en un susurro.

Nadie sabe nada de esto, pensó, apretando el puño alrededor de la cajita de metal. Se dio cuenta de que pesaba; la agitó para comprobar si sonaba, lo que indicaría que había algo dentro, pero no oyó ningún ruido. Y le habían prometido una moneda de

plata, que seguramente no recibiría, ahora que su amo había muerto.

Porque, ¿quién quedaba para dársela?

Otra idea acudió a su cabeza, un pensamiento que lo hizo temblar de miedo: ¡Van a decir que he sido yo! ¡Dirán que yo he acabado con él! ¡Dirán que debería haber cuidado mejor de él, que debería haber pedido ayuda cuando tuvo el ataque de tos!

Con ganas de llorar, pero reprimiendo los gemidos por miedo a despertar a los otros peregrinos del refugio, el muchacho se metió la harapieta manga en la boca.

Sal de aquí —le advirtió la fría voz—. Pon un poco de distancia entre esta escena de muerte y tú. Los frailes y las monjas no saben ni quién eres ni de dónde vienes, ¿no es cierto? Para ellos eres un simple criado, sin nombre, sin importancia. No te descubrirán nunca. Probablemente, ni siquiera se molestarán en buscarte. Márchate ahora, mientras puedes. La mañana está lejos aún; podrías estar a muchas millas de distancia cuando se den cuenta de que el viejo ha muerto.

Pensó intensamente mientras se mordía la manga. Era un buen consejo, ¿no?

Durante toda su corta vida había tenido por costumbre hacer lo que le decían. El hecho de tener que tomar una decisión por sí mismo era una experiencia totalmente nueva para él.

Y eso tal vez justificara que fuera tan absurda.

Sin volver a mirar a su amo muerto, se levantó, reunió silenciosamente sus escasas pertenencias en un hatillo compacto y se lo metió debajo de la capa y, con la cajita en la cadena todavía bien aferrada en la mano, salió de puntillas del refugio.

Recorrió con cautela y sin hacer ruido el sendero, hasta que estuvo a una buena distancia del pequeño núcleo de edificaciones del valle. Entonces se recogió la túnica y echó a correr.

# **PRIMERA PARTE**

**INGLATERRA, OTOÑO DE 1192**

## CAPÍTULO UNO

Josse d'Acquin contemplaba apesadumbrado junto con Will, su criado, el prado en el que la noche anterior habían pacido la vaca y el ternero de su propiedad.

El prado estaba ahora vacío, y en el seto irregular había un agujero lo bastante grande como para que los dos animales se hubieran colado por él.

Will mascullaba para sus adentros. El tono de su voz sugería que estaba algo contrariado.

Josse le dio unas palmaditas en el brazo.

—No es culpa tuya, Will —le dijo—, los dos sabíamos que la verja era muy endeble, justo ahí, y...

—No me estaba culpando —respondió Will, con una muestra de carácter poco habitual en él. Will, obediente y trabajador, tenía tendencia a cargar con la responsabilidad de todo lo que salía mal en Nuevo Winnowlands—. Sólo digo que es demasiado. El día sólo tiene veinticuatro horas y, por mucho que me esfuerce, yo no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo.

Josse, sorprendido, se volvió a mirarlo.

—Tienes razón, Will —le dijo con delicadeza—. Pero ¿qué quieres que haga yo? Cada vez que te propongo que contratemos a alguien más, tú me dices que ya te las arreglas. Siempre me dices que tú y Ella preferís ocuparos de mí sin ayuda.

Ella era la esposa de Will, o tal vez su compañera; Josse no tenía ni idea de si estaban o no casados y, desde luego, nunca lo había preguntado. Ella trabajaba tan duro como Will y, aunque era una mujer enfermizamente tímida, era capaz de hacer cualquier tarea dentro del hogar y otras tantas fuera de él.

—Eso es cierto, señor, es cierto. —Will fruncía el ceño, se mordía el labio... Estaba claro que algo le rondaba por la cabeza.

—Entonces, te lo repito: ¿qué quieres que haga?

Will permaneció en silencio durante un rato, como si sopesara las ventajas relativas de hablar o guardarse las ideas para sí. Al final —con la mirada todavía perdida sobre el prado vacío—, decidió desahogarse.

—Veréis, señor —empezó, frotándose la parte baja de la espalda con una mano—, a Ella y a mí no nos gusta obedecer órdenes de nadie, con la sola excepción del viejo sir Alard, que podía ser muy astuto (Dios lo tenga en su gloria, cuando un viento del este lo hizo caer enfermo). Y de vos, por supuesto, sir Josse, y vos no sois un hombre exigente. Lo que nosotros... Quiero decir, no es que hayamos trabajado a las órdenes de nadie más, y probablemente estemos demasiado acostumbrados a nuestra manera de hacer como para aprender otras. —Levantó los ojos hacia Josse, para ver si había captado el significado de su pequeño discurso.

Su amo, todavía sin comprender, dijo:

—Lo siento, Will, ¿qué tratas de decirme?

Will suspiró.

—No nos podríamos acostumbrar a ello, señor, si es ésa vuestra decisión... y sois vos quien debe decirlo, soy consciente de ello... pero entonces, Ella y yo puede que... puede que... —Fuera cual fuese la deprimente imagen que tuviera en la cabeza, estaba claro que lo estaba alterando; parpadeó rápidamente un par de veces y tragó saliva con fuerza, provocando que su prominente nuez de la garganta subiera y bajara—. Aquí tenemos un hogar, un hogar y una seguridad, y estamos tan encariñados con nuestra pequeña casita —musitó, con voz entrecortada.

De pronto, Josse comprendió, y se apresuró a sacar a su pobre y triste criado de su error.

—Will, yo jamás pondría a nadie por encima de ti ni de Ella —dijo, esforzándose por imprimir a su voz toda la sinceridad de la que era capaz—. ¿Por qué diablos iba a hacer eso? Vosotros dos habéis cuidado bien de mí durante estos dos años o más, y nunca me habéis dado motivos de queja. Te aseguro que no tengo ningún deseo de que las cosas cambien: no tengo ninguna intención de poner en peligro la granja, ¡no cuando funciona tan bien! —Trató de aliviar la tensión con una carcajada, pero Will no lo acompañó.

—Y está también lo de mi espalda —prosiguió Will, como si no lo hubiera escuchado—. Tengo un dolor aquí abajo —todavía se masajeaba—, como si un diablillo se me hubiera metido aquí dentro con su horca incandescente. —Levantó la mirada dolorida hacia Josse—. Tal vez me esté haciendo demasiado viejo, señor.

Cuando la moral de la tropa está baja —reflexionó Josse, recordando sus años de soldado—, lo mejor es organizar algún tipo de distracción. Algo que haga olvidar a los hombres las ganas de autocompadecerse.

—Ven, Will —le dijo, animado—. Primero acorralaremos a esa vaca; no puede haber ido muy lejos. Y luego debes pedirle a Ella que te ponga una cataplasma calentita en esa espalda dolorida. Yo puedo ocuparme de reparar el agujero de la valla; con un par de estacas habrá bastante. —Will le dirigió una mirada desconfiada—. Y luego te propongo que vayas por ahí a ver si hay algún muchacho que pueda venir a echarte una mano. No sólo en los momentos de más trabajo, como en la siembra o la cosecha —esperaba sonar más autoritario de lo que se sentía, siendo todavía mucho más soldado que granjero—, sino de manera fija. Debe de haber alguien adecuado, el hijo de alguno de mis arrendatarios, alguien que ya no sea un niño y que tenga energía de sobras.

Hizo un gesto vago con la mano, como si los chicos aptos para el puesto estuvieran aguardando en fila en el patio de delante de la casa solariega, dispuestos y a punto, deseosos de ponerse a trabajar a las órdenes de Will.

Will resopló, esforzándose por poner énfasis en su breve sonido. Entonces respondió lacónicamente:

—Quizá.

No conozco demasiado a las gentes que viven en mis tierras —reflexionó Josse—. Y, puesto que la finca es más bien pequeña, no tengo excusa para ello. Heredé a

mis arrendatarios del viejo sir Alard; cobro sus rentas y una parte de lo que producen y, presumiblemente, Will organiza sus labores cuando cumplen sus compromisos conmigo como su terrateniente.

Permaneció concentrado en sus pensamientos pero, por mucho que se esforzaba, no lograba recordar el aspecto de ninguno de los campesinos que vivían, trabajaban y, algún día, quizá morirían en su propiedad.

Se trataba de un pensamiento aleccionador, reflexionó, y que no decía mucho en su favor. ¿Qué opinaría al respecto su amiga, la abadesa Helewise? Ella, estaba convencido, conocía a cada una de las monjas de Hawkenlye, desde luego, y a los frailes también; conocía sus nombres, el trabajo que hacían, sus habilidades y sus debilidades, sus gustos y sus fobias. ¿Qué le diría la abadesa a un hombre que no sabía absolutamente nada de la gente de la que dependía su propia manutención?

Resuelto a cambiar, Josse le dio una palmada a Will en el hombro y le anunció:

—Haremos esto juntos, Will. Mañana daremos una vuelta por la finca y me contarás todo lo que puedas de la gente que habita en ella. Intentaremos encontrar a un joven aprendiz. Ya va siendo hora, Will. —Le dio a su criado otra palmadita de ánimo—. Ya va siendo hora.

Con un esfuerzo considerable, Will apartó su preocupado rostro de la contemplación atenta de su amo y dijo, sacudiendo la cabeza:

—Saldré a buscar esa vaca.

Sin embargo, el día siguiente amaneció con sus propios problemas, y la decisión de Josse tuvo que ser pospuesta.

Estaba acabando su almuerzo. Ella había preparado besugo con salsa picante al aroma de mostaza, y mientras lo degustaba se le pasó por la cabeza si la mostaza habría sobrado de la cataplasma de Will, cuando le llegó un rumor de caballos en el camino.

Muchos caballos. A juzgar por el ruido, tal vez fueran doce o quince, quizá incluso veinte...

Ver a un solo jinete traspasando las puertas de la finca era una imagen bastante habitual. Un grupo de cazadores de cuatro o cinco era menos habitual. Un grupo de quince o más era tan extraordinario que casi podría decirse que no se había dado nunca.

Josse se apartó de la mesa y se secó la barbilla con la manga; cruzó el vestíbulo a grandes zancadas, salió por la puerta, bajó a toda prisa la escalinata y cruzó el jardín corriendo. A pesar de su optimismo natural, una parte de su cerebro pensaba: Eso no es normal. Y lo anormal acostumbra a traducirse en problemas.

Mantuvo la serenidad para aflojar el paso hasta adoptar un andar tranquilo y natural antes de presentarse ante quien estuviera fuera; no era muy apropiado que el señor de la casa apareciera al galope, acalorado y agitado.

Se alegró mucho de ser tan precavido, puesto que, a medida que se acercaba a la cerca y salía al camino de tierra, se encontró cara a cara con un numeroso grupo de

hombres vestidos con tal grado de elegancia que sólo podía significar una cosa: que eran cortesanos.

En comparación con los hombres comunes, llevaban buenas monturas, los caballos bien cepillados y ricamente engalanados.

Antes de poder darles la bienvenida —antes de tener tiempo siquiera de preguntarse qué debía de estar haciendo tamaño grupo allí, en la tranquila campiña—, un hombre ataviado con una túnica de terciopelo carmesí azuzó a su caballo para que se adelantara unos pasos. Mientras se quitaba el sombrero —al que había añadido unas plumas de faisán a modo de adorno—, preguntó:

—¿Tengo el placer de hablar con sir Josse d'Acquin, señor de Nuevo Winnowlands, del condado de Kent?

—Así es, señor —dijo Josse, mientras hacía la reverencia de rigor—. ¿Puedo saber quién pregunta por mí?

El hombre se rió contento, y los que lo acompañaban se sumaron a sus risas.

—Soy William d'Arbret, caballero, pero no soy yo quien os busca, sino otro.

Con otra enfática reverencia con su sombrero —esta vez, las plumas rozaron la frente de un caballo cercano, que bufó y, si no llega a ser por la rápida reacción y las buenas dotes de su jinete, se hubiera encabritado—, balanceó el brazo hacia arriba, dibujando un arco. Al mismo tiempo, hizo retroceder y apartarse a su caballo para descubrir, en medio del grupo que estaba detrás de él, a un hombre fortachón con una melena caoba oscura que caía en tirabuzones alrededor de su delicado sombrero. Tenía unos veinticinco años, montaba un magnífico corcel castaño con graciosa maestría y, al posar su mirada azul en Josse, una expresión divertida le cruzó el rostro, como si estuviera a punto de estallar en una carcajada por algún tipo de broma íntima.

Josse lo reconoció, a pesar de que habían transcurrido no menos de veinte años; no lo había visto desde que él era un chaval de siete.

A pesar de los rumores que había oído durante todos aquellos años que insinuaban que el astuto muchacho que a él tanto le gustaba había acabado en el mal camino, Josse siempre había intentado preservar su propia opinión. No obstante, no le había resultado fácil; él mismo había tenido ocasiones para referirse a él como a un bastardo calculador, aunque supiera perfectamente que el primero de los epítetos era inexacto.

Pero ahora, al encontrarse de nuevo cara a cara con él después de todos aquellos años, lo más natural del mundo le pareció hincar una rodilla en el camino polvoriento, inclinar la cabeza y decirle al príncipe Juan:

—Señor, os doy mi más emocionada bienvenida. Mi casa está a vuestra entera disposición, como yo soy vuestro sirviente.

Por encima de él, sobre el corcel castaño, la diversión del príncipe Juan había adoptado al fin expresión. Con la cabeza todavía inclinada, Josse oyó aquella carcajada que recordaba tan bien, aunque ahora sonaba en el registro de un hombre y

no de un chiquillo. Se oyó un crujido de ricas telas mientras Juan volvía a ponerse la capa y descabalgaba. Entonces Josse sintió que unas manos se posaban con fuerza sobre sus hombros, fue levantado y el príncipe Juan lo estrechó, dándole unas fuertes palmadas en la espalda.

Mientras permanecía de pie, recibiendo estas atenciones, Josse se fijó en la estatura del príncipe, que se revelaba en su totalidad una vez descabalgado del caballo. Sí, era fuerte y no demasiado alto, al igual que su difunto hermano mayor, Godofredo, a quien se parecía por sus facciones y el color del pelo. Era obvio que tenía gustos extravagantes; sus ropas eran de corte impecable y de los tejidos más caros, y las anchas bandas bordadas en el cuello y en los puños de su sobretodo brillaban como las flores de primavera cubiertas de rocío. Lucía una considerable cantidad de joyas de oro. Josse advirtió su aspecto especialmente limpio, como si se cambiara a menudo de ropa y gozara de la refrescante comodidad de bañarse con frecuencia.

Como si se hubiera dado cuenta del minucioso examen de Josse, el príncipe le dio una última palmada, todavía más fuerte, en el hombro. Luego, rodeándolo hasta que ambos se encontraron cara a cara, sus ojos brillantes e inteligentes miraron a los de Josse, y el príncipe Juan declaró:

—Me gusta lo que veo, viejo amigo. ¿Qué me decís?

Agudo como siempre, pensó Josse, bajando la mirada. El hombre estaba cumpliendo la promesa del niño.

—Es un placer poco habitual volver a encontrarme con alguien a quien recuerdo tan bien —murmuró, mirando todavía al suelo. Advirtió que el príncipe Juan calzaba botas de piel suave, en un tono castaño casi idéntico al de su caballo. Mientras intentaba recordar rápidamente qué alimentos y bebidas podía tener Ella guardados en la despensa, dijo, con cautela—: ¿Deseará vuestra compañía tomar un refrigerio conmigo, señor?

La risa volvió a brotar.

—No, Josse, la compañía no lo desea —respondió el príncipe Juan—. Nos alojamos en casa del viejo sir Henry de Newenden, quien se apresura a ofrecernos comida cada vez que nos ve sentarnos durante un instante en el banco más próximo. Ese viejo bobo nos ha cebado hasta casi hacernos reventar. —Se volvió a mirar por encima del hombro a los cortesanos, levantando una ceja con ironía—. Sin embargo, hay que reconocer que tiene una esposa joven y bonita.

Los cortesanos ahogaron unas risitas ante su sorna. Recordando otro rumor sobre Juan, Josse se preguntó si la joven y bonita esposa de sir Henry ya habría caído víctima de los juegos de seducción del príncipe, y llegó a la conclusión de que probablemente era así.

Se incorporó —el cuello empezaba a dolerle de estar en aquella postura tan poco natural— y preguntó, tanteando la situación:

—Así, ¿qué ayuda os puedo...?

—Ah, sí —lo interrumpió Juan—. Sí, vayamos al grano. ¡William!

El hombre con las plumas de faisán descabalgó de su montura, se quitó el sombrero y se presentó, con la cabeza inclinada, ante su príncipe. Juan hizo un gesto, como si estuviera ahuyentando una mosca persistente, lo cual pareció ser más inteligible para William d'Arbret que para Josse, puesto que el primero hurgó dentro de su túnica y se sacó un rollo de pergamino que entregó al príncipe. Éste lo cogió sin mediar palabra y lo estudió unos instantes.

—Nuevo Winnowlands —murmuró. Josse temió saber lo que estaba a punto de venir—. Nuevo Winnowlands... ¡ah, sí! —Los ojos azules se levantaron del pergamino—. Había sido la casa donada de la propiedad de Winnowlands, cedida a sir Josse d'Acquin por mi hermano Ricardo en agradecimiento por los servicios prestados, y...

No era en absoluto prudente interrumpir a un príncipe, pero Josse no pudo evitarlo:

—¡Fue un regalo, señor! —protestó.

En aquel intercambio había un inquietante tono de familiaridad. El anterior mes de febrero, Josse había recibido la petición del pago de una renta de una casa que, suponía, provenía de Juan, puesto que Juan necesitaba dinero, enfrascado como estaba en los preparativos de la cada vez más probable posibilidad de convertirse en rey.

Ricardo seguía en Ultramar, y las noticias llegaban cada vez con menos frecuencia. Las pocas que llegaban no eran buenas: parecía casi seguro que la cruzada que había zarpado con tanto coraje y optimismo en el verano de 1190 iba a resultar un sonoro fracaso. Incluso ahora, los cruzados empezaban a regresar a sus tierras de origen, portando consigo historias de derrota en vez de cantos de victoria.

Y no había noticias de Ricardo.

Mirando ahora al hermano menor del rey —listo, estratega, sin escrúpulos—, Josse debía admitir que, aunque era precipitada, la manera de actuar de Juan era al menos comprensible. Si Ricardo estaba de verdad perdido —¡Dios no lo quisiera!—, entonces probablemente Juan se convertiría en rey. El verdadero heredero al trono podía muy bien ser Arturo de Bretaña, sobrino de Ricardo y de Juan, pero ¿aceptarían los barones ingleses a un muchacho extranjero en vez de un príncipe al que ya conocían?

Los rumores no lo confirmaban.

En ese caso, ¿no resultaba prudente por parte de Juan prepararse para el acontecimiento, obteniendo apoyos y recaudando fondos?

Prudente, tal vez. Pero Josse no tenía intención de participar en la recaudación de fondos con un dinero que en realidad no debía.

Mientras volvía a bajar la mirada, repitió, intentando evitar un tono agresivo:

—Mi propiedad fue un regalo, señor. —De pronto le vino una idea muy oportuna a la cabeza: ¿no había recorrido a caballo todo el camino hasta la abadía de

Amesbury, durante aquel último mes de febrero helado, para defender su caso ante la madre de Juan y Ricardo, la reina Leonor? ¿Y no le había escrito ella, de su propio puño y letra, una nota en la que confirmaba que la residencia de Josse era un regalo? —. Tengo pruebas de ello, señor —prosiguió Josse, apremiado—, pruebas en forma de una garantía de la reina, vuestra madre, en persona, que...

Pero Juan, que de pronto parecía haberse cansado del asunto, había vuelto a enrollar el pergamino y lo agitaba ante William d' Arbret, quien corría a recogerlo.

—Ah, claro —dijo el príncipe—. Un regalo, por supuesto. —Y sus pesados párpados se cerraron sobre las pupilas brillantes mientras bostezaba de aburrimiento.

Josse, no convencido del todo por esta muestra de indiferencia, permaneció a la expectativa.

El príncipe Juan hizo ademán de volver a montar en su corcel castaño. Entonces, como si se le acabara de ocurrir, dijo:

—Pero, ahora que me acuerdo, ¡había otro asunto! —Su lánguida postura se esfumó tan rápidamente como había llegado; se volvió, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras buscaba por entre el grupo de cortesanos, y llamó—: ¡Maestro! ¿Dónde estáis?

Los jinetes se apartaron para dejar paso a un hombre que avanzaba lentamente desde el fondo. Cuando su caballo se puso a la altura de la montura del príncipe, descabalgó y se plantó junto a Juan, con la cabeza inclinada mientras esperaba instrucciones.

Josse lo miró fijamente. Debía de tener unos cincuenta años... ¿o tal vez sesenta? ... aunque resultaba curiosamente difícil de decir. Era alto, delgado, muy pálido, y tenía una larga barba de un color blanco lechoso que parecía fundirse con el color de su blanca piel. Mientras Josse lo contemplaba, el príncipe Juan le susurró algo, y el hombre alto se inclinó como para darle su respuesta en voz baja, al oído.

Entonces ambos se volvieron a mirar a Josse.

—El Maestro me recuerda que hemos venido también por otro asunto —declaró el príncipe Juan, echando un vistazo a su alto compañero mientras hablaba—. Buscamos a un forastero por estos parajes, un tal Galbertius Sidonius, y queremos saber si vos tenéis noticias suyas.

—¿Yo? —dijo sorprendido Josse—. ¿Pero no veis dónde y cómo vivo, señor, en plena campiña y alejado de cualquier núcleo civilizado en el que poder enterarme de la presencia de ningún forastero?

—Galbertius Sidonius —ahora era el hombre pálido quien hablaba. Su voz, grave y melodiosa, resultaba agradable de escuchar; era casi hipnótica.

—No —dijo Josse, negando con la cabeza—. Ese nombre no me dice nada. Lamento no poder ayudaros.

—¿No ha venido ningún forastero últimamente preguntando por vos? —insistió el príncipe Juan. En sus ojos había un destello de furia que puso a Josse en guardia; aquel asunto, fuera lo que fuese, parecía muy importante.

De pronto se le ocurrió —y de alguna manera sabía que estaba en lo cierto— que el débil intento de obtener una renta de su casa no había sido más que una excusa, una razón superficial y poco convincente para visitarlo, teniendo en cuenta que el asunto ya había sido resuelto más allá de toda disputa el pasado mes de febrero. Lo cual, vista la manera tan repentina en que Juan había cedido, ya parecía estar en su conocimiento.

Su verdadero objetivo desde el principio había sido obtener noticias de ese tal Galbertius Sidonius.

—¡Sir Josse! —ahora Juan hablaba en un tono imperativo—. Os lo volvemos a preguntar: ¿habéis recibido recientemente la visita de un forastero?

Josse adoptó una expresión de triunfo; cuando un Plantagenet estaba a punto de perder la paciencia, lo más inteligente era templarlo rápidamente. De niño, Juan era conocido porque cuando se le provocaba podía acabar arrancando las alfombras del suelo e incendiando el mobiliario.

—Señor, no he recibido a ningún forastero en los últimos meses ni tampoco en los últimos años —dijo, sonriendo—, excepto por vos y vuestros cortesanos. —Y acabó su comentario con otra reverencia.

Cuando volvió a incorporarse —el silencio empezaba a resultar incómodo—, fue para ver cómo el príncipe había recuperado la calma. Al menos, casi del todo. Con una última e intensa mirada a Josse, asintió brevemente con la cabeza y se volvió de nuevo para volver a montar su caballo.

Ya en su montura, mientras se disponía a marcharse, llamó:

—Aseguraos de comunicárnoslo si tenéis noticias, Josse d'Acquin. ¡Recordad: Galbertius Sidonius!

Y con eso, espoleó al corcel y se marchó a toda prisa. Los cortesanos, pillados por sorpresa por su repentina marcha, intentaban acomodarse en sus monturas, que ya salían disparadas siguiendo al príncipe.

Mientras contemplaba cómo el grupo desaparecía rápidamente de su vista bajo los árboles que alineaban el camino, Josse se preguntó quién podía ser aquel Galbertius Sidonius.

Y por qué el príncipe Juan, probablemente el futuro rey de Inglaterra, estaba tan desesperado por encontrarlo.

## CAPÍTULO DOS

En el ambiente de la abadía de Hawkenlye no reinaba ni mucho menos la serenidad habitual.

Era un cálido día de otoño. Un sol brillante iluminaba los tonos ámbar y anaranjados de la hojarasca del cercano bosque de Wealden, que contrastaban agradablemente con el profundo azul de un cielo sin nubes. Y alguien acababa de descubrir un cuerpo en descomposición.

Al descubridor —o la descubridora, para ser más exactos, puesto que había sido la joven hija de una familia de peregrinos que visitaba el santuario del Agua Bendita en el valle— le había llamado la atención el fuerte olor del cadáver. La niña estaba tan bien acostumbrada a los olores como cualquier criatura de campo, puesto que vivía junto al resto de su familia y muy cerca de sus animales. Probablemente no habría advertido el olor de una llaga purulenta, de una boñiga de vaca, del sudor humano o de los cerdos en su pocilga.

Pero ni siquiera una niña campesina podía estar acostumbrada a cruzarse con el hedor dulzón y desagradablemente penetrante de la carne humana en descomposición.

Guiada por la curiosidad propia de una criatura de seis años, la niña había seguido literalmente el rastro del olor, que la llevó hasta una extensión de densos helechos junto al sendero sin que apenas advirtiera las frondas parduzcas y ásperas a medida que las iba apartando. La intensidad del hedor había crecido alarmantemente, de modo que, como empezaba a sentir arcadas, estuvo a punto de dar media vuelta y correr hacia el pequeño núcleo de cabañas donde los monjes permitían recuperar fuerzas a los visitantes del valle. El mismo lugar en el que, lógicamente, su madre empezaba a preguntarse qué le había ocurrido a su hija pequeña.

Pero justo entonces, la niña pisó algo extraño. Algo que sintió terriblemente pegajoso bajo sus pies descalzos y que emitió tal fetidez que el grito punzante de la niña cesó bruscamente al vomitar su frugal desayuno.

Ahora era mediodía. La niña, ya prácticamente recuperada de su horror, casi estaba empezando a disfrutar de las atenciones que recibía.

La habían consolado y le habían lavado la cara y —lo más importante— los pies. La enfermera, una mujer entrada en carnes, de disposición amable y maternal, había atendido a la chiquilla personalmente. Al ver que la esponja y el agua caliente no bastaban para librar a sus pequeños y estrechos pies de aquel hedor pegajoso, la enfermera, sor Eufemia, había mandado a buscar a una vieja monja con pelos en la barbilla y mirada penetrante. Ésta —se llamaba sor Tiphaine y decían de ella que era herbolaria— les llevó un cacito con una especie de pasta que olía a flores veraniegas. Extendió el preparado por los pies apestosos y lo mezcló con un poco de agua, de modo que formara una densa espuma que finalmente conseguiría eliminar el mal olor.

La niña, con la elasticidad propia de sus seis años, permanecía sentada en el suelo

y de vez en cuando se acercaba el pie a la nariz.

Pensaba que nunca había olido un olor tan agradable como el de la pasta de flores de la herbolaria.

Contemplando ahora a la chiquilla, con las manos recogidas en las mangas de su hábito negro, estaba la abadesa Helewise.

—¿Creéis que se ha recuperado del espanto? —le preguntó en voz baja a sor Eufemia.

—Bueno, eso creo —respondió la enfermera—. La resistencia de los jóvenes, vos sabéis, abadesa...

Helewise desvió la mirada hacia el sendero que subía hasta el estanque y, más allá, salía del valle. Fue junto a aquel sendero donde apareció el cadáver.

Unas horas antes, dos de los hermanos legos habían llevado a cabo la desagradable tarea de subir el cuerpo en descomposición a una carretilla y sacarlo de entre los helechos. Ahora descansaba un poco más allá del camino —donde su penetrante hedor no pudiera molestar a los vivos—, todavía envuelto en sus harapos y cubierto por una tela de saco.

—Tenemos que examinar el cuerpo, hermana —le dijo la abadesa con firmeza a la enfermera—. Si hay alguna manera por la que podamos identificar a esta pobre alma, debemos encontrarla. No podemos limitarnos a hacer lo que nos gustaría, que es meterlo, o meterla, en una tumba improvisada y tratar de olvidarlo. U olvidarla.

—Dicen que es un hombre, abadesa —replicó la enfermera, manteniendo un tono de voz susurrante.

—¿Un hombre? ¿Cómo lo saben?

—El joven Augusto fue con fray Saúl a sacar los restos, y él...

—Ya.

Helewise se acordaba perfectamente del talento del joven Augusto. Había sido un compañero valioso y leal en una misión que tuvo entre manos unos meses antes, y sabía por experiencia personal que disponía de los conocimientos necesarios para determinar el sexo de un cadáver. En el transcurso de aquella misión, el misterio que se le había presentado al joven hermano lego fue el esqueleto de una persona quemada. Entonces les explicó, con una seguridad modesta y tranquilizadora, cómo la forma de la pelvis y la propia calidad de los huesos —fuertes y robustos en un hombre, ligeros y más finos en una mujer— solían bastar para revelar el sexo de un cadáver.

De este modo, si ahora Augusto había determinado que el cadáver en descomposición pertenecía a un varón, la abadesa estaba dispuesta a creerlo.

—Así, era un hombre —repitió, con el mismo tono de voz—. ¿Han averiguado algo más? ¿Su edad, tal vez, o alguna prenda de ropa o pertenencia que pueda dar pistas sobre su identidad?

Sor Eufemia vaciló. Luego dijo:

—Estaba desnudo como Dios lo trajo al mundo, abadesa. Y no se encontró nada

cerca de él, aunque fray Saúl y Augusto siguen buscando por entre los helechos.

Sí, ahí estaban. Helewise podía ver a uno de ellos —Saúl, creía—, que se levantaba y, con la cabeza erguida, tomaba el aire más puro de encima de los densos helechos. Pobre Saúl. Pobre Augusto. Qué terrible trabajo. Sólo podía desear que, al haber retirado ya el cadáver, la intensidad de la fetidez hubiera disminuido.

—Creen que se trataba de un hombre joven —declaró sor Eufemia, con los ojos clavados, como Helewise, en la figura distante de Saúl; mientras lo observaban, éste se agachó para proseguir su búsqueda y desapareció de la vista—. Me han pedido que lo examine, para ver si yo opino lo mismo —dijo, en un tono que distaba mucho del entusiasmo.

—¿Cómo podréis saberlo? —Helewise pensó que tal vez la curiosidad profesional de la pobre enfermera haría que aquella labor le pareciera ligeramente menos repelente.

—Bueno, un joven no presenta ninguna de las torceduras o deformaciones óseas propias de los ancianos —explicó sor Eufemia—. La dentadura está también en mejor estado, menos gastada y más completa.

—Hum, ya veo. ¿Hay algo más en lo que os pensáis fijar?

Sor Eufemia se volvió a mirarla, con una expresión de picardía en los ojos.

—Agradezco vuestro interés, abadesa, pero estoy convencida de que no os gustaría escucharlo. —Cortó entonces la sincera protesta de Helewise con una sonrisa y un gesto de la mano—. Con vuestro permiso, creo que ya es hora de que deje de posponer el momento y me vaya a examinar a ese pobre hombre que descansa junto al sendero. Así, tan pronto como podamos solucionarlo, podremos pronunciar nuestras plegarias por su alma y darle sepultura.

Helewise, tan ansiosa como la enfermera porque llegara ese último paso, se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—Sí, sor Eufemia. Gracias.

Tras la marcha del príncipe Juan, a Josse se le había ocurrido que si había un lugar por aquella zona en el que podían haber visto a un forastero llamado Galbertius Sidonius, ese lugar era la abadía de Hawkenlye.

La abadía, con su manantial de aguas curativas dedicado a la Virgen María, atraía a visitantes de todos los rincones. El milagro de la cura de los comerciantes franceses aquejados de fiebres que descubrieron el manantial era ahora muy conocido; hasta los más pobres intentaban reunir el dinero suficiente para lo que solía ser un largo periplo, con la esperanza de curar las heridas y las enfermedades tanto del cuerpo como de la mente, de ellos y de sus seres queridos.

Así era. En Hawkenlye había forasteros por todos lados. Tal vez ese mismo Galbertius lo había visitado —quizá estuviera allí ahora mismo— y, siempre y cuando hubiera revelado su identidad, Josse podría descubrir quién y qué era, recorriendo sencillamente el medio día de trayecto que lo separaba de la abadía.

Así fue como se levantó una mañana, se vistió y le pidió a Ella que le preparara

un desayuno rápido, y a Will que ensillara su caballo, *Horace*.

Entonces, bajo la luz dorada de un bello día de otoño, cabalgó rumbo a Hawkenlye.

La portera, sor Ursel, se encontraba en el sendero frente a las puertas de entrada a la abadía cuando Josse llegó. Se protegía los ojos con la mano del fuerte sol del mediodía y miraba hacia el final del sendero, casi como si esperara la llegada de alguien.

¿De él?

Su bienvenida —«¡Ah, sir Josse, aquí estáis! ¡Cuánto me alegro de veros!»— pareció subrayar esa impresión si no confirmarla.

—¿Acaso me esperaban? —preguntó, mientras descabalgaba a *Horace* y le devolvía a la portera la sonrisa de bienvenida.

—¿Esperarlo? —Pareció pensar—. No, pero ella se sentirá muy reconfortada al veros, a pesar de todo.

Ella; ¿la abadesa? Se preguntó cuál podía ser el motivo del consuelo de la abadesa por su presencia. Y si, en realidad, demostraría estar justificado.

Mientras llevaba a *Horace* hacia los establos —donde tanto él como el caballo sabían por experiencia que sor Marta cuidaría del animal con una devoción especial que reflejaba la estima que sentía hacia su amo—, le dijo a sor Ursel:

—Cualquier servicio que pueda prestarle a la abadesa sólo tiene que pedírmelo, por supuesto, pero... —dejó la frase en el aire, con la esperanza de que la portera lo iluminaría.

Pero no lo hizo. En cambio, volviéndose para entrar de nuevo en su caseta junto a la puerta, le dijo:

—La abadesa está en el valle.

Al cabo de un rato salió a su encuentro.

La portalada principal por la que había entrado a la abadía quedaba al este de la imponente iglesia. Su gran puerta a poniente, con su magnífico tímpano del Juicio Final en la parte superior, daba a una segunda entrada, desde la que salía un sendero que conducía hasta el valle. Allí había sido construida una capilla pequeña y sencilla sobre el manantial del Agua Bendita. A su lado se levantaba una pequeña hilera de cabañitas con marcos de madera, hechas de adobe y cañas, donde se alojaban los monjes que cuidaban el manantial y atendían a los peregrinos. También había alojamiento —no muy confortable, pero limpio— para los peregrinos que acudían de demasiado lejos como para hacer el viaje de ida y vuelta a Hawkenlye en un mismo día.

El viejo fray Fermín era el más veterano de los monjes. Hombre de profunda espiritualidad, tenía una fe pura y sincera en la sagrada Agua Bendita que repartía con tanto amor a los necesitados, y su actitud lo llevaba a mantener sus ideas en el cielo y sus manos dentro de las mangas. Aunque nunca había admitido tal extremo, consideraba que el trabajo práctico era terreno femenino —en ese caso, de las monjas

—, mientras que los frailes habían de dedicarse a los asuntos del espíritu.

Sin embargo, la abadesa Helewise tenía una opinión bien distinta. Mantenía una presión ligera pero firme sobre el viejo fraile, asegurándose, en la medida de lo posible, de que él y sus monjes cumplieran su parte equitativa del trabajo manual. Algunos de los monjes de fray Fermín se mostraban dispuestos a colaborar, otros no.

No obstante, el gran aliado de la abadesa en el valle era su querido fray Saúl. No era un monje ordenado, sino un hermano lego; probablemente era también el hombre más fiable, más capaz y mañoso que la abadesa había conocido jamás.

Fray Saúl fue el primero a quien Josse vio al acercarse apresuradamente al valle. Saúl estaba metido en el campo de helechos, que le llegaban hasta la cintura y, cuando Josse levantó una mano para llamarlo, le pareció que Saúl estaba tomando aire, como si estuviera a punto de sumergirse en el agua; luego desapareció entre las frondas densas y silvestres de los helechos. Volviéndose a mirar hacia el pequeño núcleo de edificaciones junto al santuario, Josse advirtió a dos figuras vestidas de negro, con las tocas blancas que relucían al sol. Una de ellas era redonda y fornida, la otra más alta, de anchas espaldas. A pesar de los envolventes pliegues de sus hábitos, estaba claro que ambas eran —incluso sin ver los tocados— mujeres.

Josse se apresuró a reunirse con ellas.

—¡Sir Josse! —exclamó la abadesa, sorprendida.

—Abadesa —dijo él, haciendo la reverencia que reservaba para el primer encuentro del día, o para después de una ausencia.

—Ciertamente nos alegramos de veros —le dijo sor Eufemia, tomándole una mano entre las suyas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él—. ¿Cómo puedo ayudarlos?

—Hemos encontrado un cadáver —declaró la abadesa—. En avanzado estado de descomposición, desnudo... y nada sabemos de él excepto que pertenece a un hombre, probablemente bastante joven.

Contra cualquier lógica —puesto que, ¿por qué iba a serlo y, de todos modos, cómo iban a saberlo?—, Josse estuvo a punto de preguntar si se trataba del cuerpo de Galbertius Sidonius.

Se reprimió. En vez de eso, comentó:

—He visto a fray Saúl, entre los helechos de más allá. Supongo que debe de estar buscando cualquier cosa que pueda ayudar a identificarlo.

—Así es —dijo la abadesa.

—¿Qué deseáis que haga? —preguntó Josse—. ¿Que vaya a ayudar a Saúl, o...?

—Fray Saúl tiene al joven Augusto como ayudante —explicó la abadesa—. Más gente entre los helechos podría acabar siendo más un estorbo que una ayuda, ¿no creéis?

—Cierto. Y yo tengo los pies grandes, así que podría pisar algún hallazgo importante y dejarlo oculto bajo el barro.

—Estoy segura de que eso no ocurriría —replicó la abadesa—. Pero sir Josse, sor

Eufemia se enfrenta ahora a una tarea muy desagradable. —Eché una mirada a la enfermera, que permanecía impávida—. Está a punto de ir a examinar el cuerpo, ahí donde descansa, junto al sendero. ¿Querriáis... puedo pedirlos que la acompañéis?

—Podéis pedírmelo, y lo haré —la tranquilizó él—. Pero que pueda ayudar a la buena hermana a estudiar el cadáver, eso lo dudo.

—Apreciaré vuestra compañía de todos modos, sir Josse —dijo sor Eufemia secamente—. El pobre lleva ya muerto un tiempo, y su carne está putrefacta e infestada de gusanos.

—Ah.

Un destello de humor iluminó el rostro de sor Eufemia.

—¿No habéis cenado todavía? —preguntó a media voz.

—No.

—Mejor, así no tenéis nada que perder.

Y con esta frase tan alentadora, le hizo una reverencia a la abadesa y abrió la expedición sendero abajo.

Josse agradeció estos comentarios preventivos. De no haber esperado el horror que iba a encontrarse debajo de la tela de saco, podría haberse desmayado. Tal como fue, cogió aire mientras sor Eufemia levantaba la cubierta y, cuando el cuerpo morado quedó al descubierto, logró conservar la compostura.

Sólo hasta cierto punto.

Sor Eufemia permaneció unos momentos ante el cuerpo, con la cabeza inclinada. Luego dijo:

—Perdonadme, señor, por lo que estoy a punto de hacer. Os pido disculpas, pero es necesario. Iré todo lo de prisa que pueda, luego os dejaremos en paz.

Al principio, Josse creyó que la hermana se dirigía a él. Luego se dio cuenta, al ver cómo cerraba los ojos al rezar, de que su disculpa iba dirigida al hombre muerto.

Cuando abrió de nuevo los ojos, recogió un palo del suelo y lo cortó hasta la longitud necesaria con sus fuertes y hábiles manos. Luego se arrodilló y hurgó con él por entre la carne descompuesta y los gusanos de lo que antes habían sido los muslos del hombre.

—Mirad aquí, en los huesos largos, sir Josse —dijo—. Bien redondeados, con el crecimiento completado, diría yo. Eso significa que se trata de un hombre, no de un muchacho. De unos veinte años, quizá. —El palo descendió a lo largo del fémur derecho—. Aquí está la articulación de la rodilla. Extremo inferior del hueso superior, extremo superior del hueso inferior. ¿Lo veis? Liso, sólido, sin signos de desgaste. Este hombre podría haber permanecido de rodillas en un charco o en una roca sin sufrir demasiado.

—Hum. —Josse no estaba seguro de poder hablar. Además, hablar suponía abrir la boca y, justo en aquel momento, prefería mantenerla cerrada.

Sor Eufemia se colocó mejor y, susurrando de nuevo una disculpa, introdujo con delicadeza el palo por la boca del cadáver.

—La dentadura es bastante buena —observó—. Aquí le falta un diente —señaló, con la punta del palo—, pero no hay ningún agujero en la mandíbula que indique que lo perdió por culpa de una infección. No. Diría que el tipo participó en alguna pelea y perdió el diente al recibir un puñetazo.

Apartándose discretamente todo lo que pudo, Josse preguntó, sin abrir demasiado la boca:

—¿Diríais, hermana, que el estado de sus dientes confirma la edad que vos habíais calculado? ¿Un hombre de unos veinte años?

—Así es, sir Josse. —Lo miró unos segundos—. Y no es necesario que habléis como si os dolieran las muelas. Podéis respirar todo lo que queráis, ese pobre tipo no os contagiará nada aparte de la fetidez.

Que aquel cuerpo hubiera podido ser víctima de una enfermedad terrible y fatal a Josse todavía no se le había ocurrido. Dando un paso involuntario hacia atrás, preguntó:

—¿Estáis segura, hermana?

—Totalmente segura —gruñó ella. Con la mano izquierda, advirtió él, estaba hurgando debajo de los hombros del cadáver—. A menos que ya estuviera enfermo cuando alguien le clavó esto en el corazón.

Hubo un breve movimiento en el cuerpo —una especie de espasmo—, mientras, no sin cierta dificultad, ella tiraba de un objeto oculto. Luego levantó lo que había encontrado.

Era un cuchillo de poca longitud —el puño y la hoja juntos eran tal vez un poco más largos que la mano extendida de Josse—, y su filo era estrecho, con la punta ligeramente curvada hacia arriba.

Josse tragó saliva.

—¿Lo llevaba todavía clavado? —preguntó.

—Así es. Estaba bien clavado. Ni siquiera cayó cuando Saúl y Augusto lo sacaron del campo de helechos. —Pasó un dedo por la curvatura del filo—. Probablemente estaba diseñado para quedar bien sujeto —musitó.

—¿Y le penetró el corazón?

—Pues sí. —La monja miraba fijamente el filo del cuchillo—. Sí, es lo bastante fino como para haber hecho un corte limpio por entre las costillas... —El palo seguía moviéndose, mientras ella tanteaba—. No encuentro ninguna muesca en los huesos. Su asesino sabía perfectamente lo que hacía...

«Un asesino profesional», pensó Josse.

«¿Y cuál era el motivo exacto de que el príncipe Juan le viniera todo el tiempo a la cabeza?», se preguntó.

—...porque me temo que no vamos a sacar mucho más de seguir examinándolo —decía, mientras, sor Eufemia.

—Disculpad, hermana, ¿qué habéis dicho?

Ella le dedicó una mirada curiosa.

—¿Ensimismado en vuestros pensamientos, sir Josse? —Antes de que él pudiera contestarle, cosa que no era realmente necesaria, puesto que era algo obvio, la monja prosiguió—: Decía que podemos trasladarlo a la abadía y prepararlo para su sepultura. La abadesa está deseando rezar por él. El pobre lleva aquí ya bastante tiempo sin que nadie interceda ante Dios por su salvación —dirigió una mirada llena de ternura al cadáver—. Pero estoy convencida de que el Señor no se lo tendrá en cuenta, puesto que no ha sido culpa suya.

Algo en su discurso llamó la atención de Josse. Después de asentir ante la expresión de sus sentimientos —su propia idea de Dios era la de una figura severa pero justa, algo así como un capitán muy autoritario pero imparcial—, le dijo:

—Hermana, ¿tenéis idea de cuánto tiempo lleva ahí?

—Su cuerpo llegó cuando las moscardas estaban todavía activas —respondió ella al instante—, puesto que pusieron sus huevos en él. También hay que tener en cuenta que la carne no se pudre con tanta rapidez, al menos no ahí, al aire libre. Ha sido parcialmente devorado, por zorros, supongo, pero éstos están todo el año. —Hizo una pausa, meditativa—. Diría que lo mataron hace unas cinco o seis semanas. Ahora estamos a finales de septiembre, así que debió de ser entre mediados y finales de agosto.

Su suposición, pensó él, era lo mejor que tenía. Tratándose de una mujer tan observadora y experimentada, su criterio era más que suficiente.

La mujer se había puesto en pie para hablar con él, pero ahora, inclinada de nuevo, arreglaba con cautela el saco, envolviendo el cuerpo cuidadosamente con él, con la ternura con que una madre arroparía a su hijo en una fría noche. Cuando hubo terminado, inclinó de nuevo la cabeza y cerró los ojos, y sus labios se movieron en silencio mientras recitaba una oración. Esta vez, Josse la imitó.

Cuando, al poco rato, ambos hubieron terminado, se volvieron y, sin mediar palabra, recorrieron el camino de regreso a la abadía para informar a la abadesa de que ya se podía proceder al entierro del cadáver.

Más tarde, aquella misma noche, Josse anduvo de puntillas por el claustro hasta la pequeña estancia en la que la abadesa gestionaba los asuntos de la abadía. Le habían dicho que la encontraría allí; Helewise no había acudido al refectorio para cenar, sino que había permanecido arrodillada en la iglesia, junto al cadáver que descansaba en su improvisado ataúd. Ahora acababa de relevarla uno de los frailes y ella se había retirado a su habitación privada.

El muerto sería enterrado al día siguiente.

La puerta de la habitación de la abadesa estaba entreabierta, y una luz tenue salía de su interior. Josse llamó con los nudillos y ella respondió:

—Entrad, sir Josse.

Él así lo hizo.

—¿Cómo sabíais que era yo?

Ella sonrió fugazmente.

—Ninguno de mis frailes o monjes lleva espuelas que tintineen al caminar.

—Y yo que intentaba venir sigilosamente para no molestaros —murmuró él.

Ella volvió a sonreírle y luego le indicó con un gesto de la mano el taburete de madera que reservaba para las visitas. Josse aceptó la invitación y se acomodó en él.

—Vais a enterrarlo mañana —dijo él.

—Así es. No podemos retrasarlo, aunque no sepamos a quién estamos enterrando.

—Lo sé. Además, parece que ya no hay nada más que pueda deducirse del examen de su cuerpo.

—Eso es lo que tengo entendido. No hay motivo, pues, para negarle cristiana sepultura.

—Hum... —murmuró Josse, mientras fruncía el ceño—. ¿Fray Saúl y el joven Augusto no han hallado ninguna pista?

—No, y conociéndolos a ambos como los conozco, creo que puedo concluir que eso significa que no existe ninguna pista para encontrar.

—Estoy de acuerdo.

Además, pensó —aunque no se lo dijera a la abadesa—, ese asesinato parecía ser obra de un hombre que sabía muy bien lo que hacía; que despojó a la víctima de sus prendas y pertenencias y que probablemente sólo cometió el error de dejar el puñal atrás, puesto que no tuvo otra alternativa. Porque tal vez estaba clavado con demasiada fuerza en el cuerpo de su víctima. Tal vez estuviera trastornado.

Como si la abadesa le hubiera leído los pensamientos, dijo:

—Está el cuchillo.

—Cierto.

—Sor Eufemia lo conserva —prosiguió con voz serena—. Está sucio y manchado, dice que de la sangre del pobre hombre, y se ha propuesto limpiarlo bien antes de que procedamos a examinarlo —le lanzó una mirada a Josse—; antes de que vos lo examinéis, si es que queréis hacerlo.

—¿Yo?

—Vos sabéis de armas, sir Josse —dijo la abadesa con delicadeza—. Más que cualquier persona, hombre o mujer, de nuestra comunidad.

Josse había temido que fuera a decirle eso.

—Señora, yo... —balbuceó—. Hace mucho tiempo que dejé de ser un soldado, y ni siquiera entonces era un experto en armas. —Los ojos vigilantes de la abadesa reflejaban la decepción—. Sin embargo, haré todo lo que pueda —concluyó Josse, tratando de parecer seguro.

—Todo lo que podáis es todo lo que podemos pedir. Y ahora —dijo la abadesa mientras se levantaba y, al instante, él hacía lo mismo—, creo que es hora de que vaya a reunirme con las hermanas y nos retiremos.

Él se hizo a un lado mientras ella lo precedía hasta el exterior de la estancia; luego cerró la puerta tras de sí. Anduvieron en silencio por el claustro y, cuando ella giró hacia la derecha para rodear la iglesia y dirigirse al dormitorio, él tomó el

camino a la derecha hacia la puerta trasera y el sendero que bajaba hasta el valle. Antes había dormido allí con los hermanos legos y sabía que fray Saúl le tendría una cama preparada para pasar la noche.

—Buenas noches, sir Josse —le llegó la voz de la abadesa por entre la oscuridad—. Que Dios bendiga vuestros sueños.

En una noche como aquélla, con el recuerdo del trabajo de un ducho asesino fresco en la memoria, esa bendición sería muy bien recibida.

## CAPÍTULO TRES

Los ritos funerarios por el hombre muerto ocuparon gran parte de la mañana.

El padre Gilbert, el cura de la comunidad, estaba triste, y habló largo y tendido sobre el estado pecaminoso de un mundo en el que un hombre puede permanecer muerto sin que nadie lo reclame —sin que nadie se dé cuenta, parecía ser la acusación velada— durante semanas. Observando a la abadesa, de rodillas al frente de la iglesia, sir Josse sintió una punzada de misericordia. Ella cargará con la acusación sobre sus espaldas —pensó—, y se embarcará en algún tipo de penitencia íntima y seguramente innecesaria hasta que encuentre la manera de perdonarse a sí misma algo de lo que no es en absoluto culpable.

¿Cómo podía ayudarla?

Intentando olvidarse de los efectos del suelo duro y frío de la iglesia sobre sus propias rodillas —sus articulaciones, estaba seguro, ya no eran tan fuertes y lisas como las de la víctima—, Josse alejó la voz severa del padre Gilbert de su cabeza y se concentró en el problema real. Entonces, recordando dónde estaba, pronunció una plegaria rápida de disculpa por no haber hecho caso de una oportunidad tan evidente y, humildemente, le pidió ayuda a Dios para dar apoyo a la abadesa.

La respuesta llegó —al menos, algún tipo de respuesta— mientras se levantaban para trasladar el féretro hasta su lugar de sepultura.

Debo descubrir su identidad —se dijo Josse, mirando fijamente el ataúd—. Y, con la ayuda del buen Dios, también la del asesino. Me marcharé al valle tan pronto como acabe esto y recogeré toda la información posible sobre la gente que ha visitado el santuario durante los dos últimos meses.

Éste le parecía el mejor punto de partida.

El hecho de que eso también podía ayudarlo a desenmarañar su rompecabezas particular —¿quién era Galbertius Sidonius, y por qué lo buscaba el príncipe Juan?— era algo que ahora intentaba dejar de lado.

Animar a los monjes y a los hermanos legos del valle a que hablaran no le resultó difícil; de hecho, lo difícil fue conseguir que dejaran de hacerlo.

Aunque la muerte violenta, por desgracia, no era un hecho más raro en el entorno sagrado del valle que en otros lugares de la Inglaterra de finales del siglo XII, seguía siendo un hecho lo bastante excepcional como para tener a todos los monjes revoloteando y cacareando como gallinas alrededor de un saco roto de maíz. Josse estuvo bastante tiempo hablando con fray Micah, que decía haber oído una figura vestida de negro merodeando por el valle («Y entonces, ¿cómo sabéis que iba vestido de negro, si solamente lo oísteis?», le preguntó fray Erse, el carpintero, muy astuto), y con fray Adrián, que decía que cualquiera que anduviera desnudo representaba una afrenta y buscaba tener problemas. Esta vez fue fray Saúl quien lo acalló, diciéndole con voz tranquila que era mucho más probable que el asesino hubiera desnudado a su víctima después de haberla asesinado, para dificultar así su identificación.

Transcurrido un tiempo, Josse consiguió abordar a fray Saúl, a fray Erse y al joven fray Augusto. Dejó al resto de los monjes enfrascados en su animado cotilleo y les indicó, con un gesto de la cabeza, que deseaba hablar con ellos en privado, y los tres religiosos lo siguieron senda abajo, hasta el estanque.

Los observó mientras andaban.

A fray Saúl lo conocía bien; su opinión del hermano coincidía con la de la abadesa. A fray Augusto lo había conocido fugazmente, cuando le prestó su caballo para acompañar y proteger a la abadesa en un viaje que hicieron a principios de año, y Josse quedó impresionado con la buena intuición y la serena seguridad del muchacho. Era hijo de una familia viajera, y había oído la llamada del Señor cuando su madre enferma recuperó la salud gracias a las aguas curativas de Hawkenlye.

A fray Erse, en cambio, apenas lo conocía. El carpintero era un hombre silencioso, de complexión fuerte y manos grandes y bien formadas. La calidad de su trabajo había llamado la atención de Josse, que estaba impresionado por la habilidad de un hombre que podía utilizar sus manos para lo práctico y para lo bello con la misma facilidad y competencia. La comunidad —pensó— tenía suerte de poder contar con fray Erse. Y justo ahora, ¿no había impuesto la voz de la lógica pura ante las especulaciones vagas y alocadas de fray Micah?

Sí, esos tres eran los mejores del grupo, decidió Josse.

—La abadesa está inquieta —empezó cuando, a bastante distancia para que no pudiera oírlos el resto de la comunidad, se detuvieron—. Sé que todos hacemos lo que podemos para ayudar, y opino que, en lo que a mí respecta, lo mejor que puedo hacer es tratar de averiguar quién era el hombre que hallaron muerto, y también quién lo mató. —Los tres hermanos asintieron con la cabeza—. Así que, en primer lugar, necesito que me informéis sobre toda la gente que ha venido aquí en los últimos dos meses. Pongamos desde principios de agosto.

Era un encargo complicado; lo sabía, incluso antes de que se lo confirmaran las expresiones dubitativas de los hombres. Entonces intervino fray Saúl:

—Conservamos la información sobre las cifras, eso sí, sir Josse —dijo—. Estamos obligados, puesto que todo lo que pedimos y utilizamos debe justificarse.

—Cierto. —Josse lo sabía. Una vez había echado una ojeada a los interminables libros de cuentas que la abadesa llevaba, antes de que la convencieran de que se trataba de una tarea que podía delegar perfectamente en otra monja.

—Pero en cuanto a la identidad de cada uno, eso va a ser un problema —dijo fray Saúl—. No siempre se lo preguntamos, ¿sabéis, sir?, no cuando la gente acude aquí en busca de ayuda. Pedirle a un hombre que nos diga su nombre y de dónde viene no siempre nos parece lo más importante, sobre todo cuando viene en busca de ayuda para las piernas paralizadas de su hijo, para su esposa aquejada de fiebres, o para su madre que está mal de la cabeza.

—Lo comprendo, Saúl —asintió Josse con delicadeza—. Pero de aquellos cuya identidad conocéis, ¿podéis contarme lo que sabéis?

—Claro, y será un placer. —Saúl parecía aliviado—. ¿Empiezo yo, hermanos, y me interrumpís cuando olvide algo?

Miró expresamente a Erse y a Augusto, con expresión preocupada. Ambos asintieron con la cabeza.

De hecho, fue sorprendente comprobar de cuánto se acordaban entre los tres, de las idas y las venidas de los últimos dos meses. Sus distintos recuerdos tenían una similitud entre sí: a veces eran un buen comerciante y su esposa los que buscaban una cura para la esterilidad de ella, a veces era algún hombre rico de la ciudad que llevaba a un bebé enfermo, a veces un noble que no podía librarse de un dolor en el vientre.

Pero, en conjunto, se trataba de la gente llana de Inglaterra.

Campeños que reunían sus escasas y preciosas pertenencias en un hatillo y emprendían el largo camino hacia Hawkenlye, sin saber cuánto tiempo estarían fuera de casa ni si encontrarían sus propiedades intactas a su eventual regreso. Solían llegar a pie, de modo que, como fray Saúl apuntó, apenado, la primera misión de los buenos monjes del valle acostumbraba a ser darles una cama y alimentos para compensar su agotamiento.

Ninguno de los monjes recordaba a un joven solo que pudiera haber llegado a principios de agosto.

—La gente no acostumbra a venir sola —dijo fray Erse—. Es lógico. ¿Quién viajaría solo por los caminos y senderos, pudiendo hacerlo acompañado? Es más seguro así. Con alguien que te cubra la espalda.

—Cierto, tenéis razón, fray Erse —asintió Josse, preocupado.

Advirtiendo tal vez el tono de derrota en su voz y queriendo darle ánimos, Augusto dijo de pronto:

—Está el viejo que murió, ¿lo recordáis, Saúl? Era delgado, iba vestido con modestia, y tenía una tos horrible. Murió una noche mientras dormía, y luego, por la mañana...

—¡Por la mañana, su criado había desaparecido! —interrumpió fray Saúl—. ¡Ah, muy bien, Gus! ¿Por qué no hemos pensado antes en él? —Pero, tan rápida como había aparecido, la sonrisa de satisfacción abandonó su rostro. Horrorizado, a continuación comentó—: Oh, no... ¿No será el joven de los helechos...?

Josse, tratando de seguir el rápido intercambio de los monjes, preguntó:

—¿De qué viejo se trata? ¿Y qué es eso del criado? Fray Saúl se volvió hacia él.

—Disculpad, sir Josse. Dejad que os lo explique. Un anciano llegó aquí en... sí, en agosto. Tal vez a mediados de mes. Hubo una ola de calor seguida de una tormenta, y el hombre estaba enfermo del pecho, lo cual se vio agravado por el repentino descenso de la temperatura y la humedad que siguió a la tormenta. Lo acomodamos todo lo bien que pudimos e iba a tomar las aguas aquella mañana, pero murió durante la noche.

—¿Fue una muerte esperada? —preguntó Josse.

—¿Esperada...? Bueno, de hecho sí. Sor Eufemia lo había atendido a su llegada,

y luego habló conmigo en privado y me dijo que estaba muy preocupada por él. Creo que podemos estar razonablemente seguros de que las circunstancias que rodearon esa muerte en concreto no resultan sospechosas.

—Pero ¿y el joven criado?

El rostro de Saúl volvió a ensombrecerse.

—Se esfumó. Estaba aquí cuando se retiraron a dormir. De hecho, nos fijamos en lo bien que cuidaba a su amo, pero cuando nos despertamos por la mañana y encontramos al anciano muerto, el muchacho se había marchado.

Los cuatro permanecieron en silencio, sin que nadie, aparentemente, quisiera verbalizar la conclusión a la que todos habían llegado. Finalmente, Josse dijo:

—Fray Saúl, fray Augusto, los dos visteis tanto al muchacho vivo como al cadáver que fue hallado entre los helechos, ¿no? —Ambos asintieron—. Entonces, ¿podéis afirmar que se trataba del mismo hombre?

Saúl habló primero, después de permanecer un rato en silencio:

—Es posible, sir Josse. Pero en ausencia de un rostro reconocible... —No terminó la frase, lo cual, pensó Josse, era comprensible; la cara del cadáver, hinchada, medio devorada, una masa de carne morada y hueso blanco y desnudo que dejaba ver el cráneo, no había sido una imagen que invitara a recrearse.

—¿Augusto? —dijo entonces, con voz suave.

—Tampoco yo estoy seguro —respondió Augusto—. Todo lo que puedo aventurar es que no resulta imposible que el hombre que hallaron muerto fuera el criado del anciano.

—Muy bien —asintió Josse. No tenía sentido seguir hablando del asunto, Saúl y Augusto habían dicho todo lo que sabían. En vez de ello, comentó—: Supongo que ni el viejo ni su criado os dieron su nombre.

Al unísono, los tres frailes negaron con la cabeza.

—Eran extranjeros —dijo entonces fray Erse—. Al menos, el muchacho lo era.

—¿Extranjeros? —Josse se volvió para mirarlo.

—Sí. Tenía la piel oscura. Era de tipo... —Hizo una pausa, esforzándose por recordar—. De un tono parecido al del roble, no sé si me entendéis. Y tenía el pelo negro.

—Pero hay mucha gente que tiene el pelo oscuro y no es extranjera —señaló Josse—. ¿Estáis seguro, fray Erse?

—Sí —insistió el carpintero—. Hablaba raro.

—Ya —¿Se referiría fray Erse a alguien que hablaba inglés sin que fuera su lengua materna? Era lo más probable; la fama de Hawkenlye se había extendido tanto que ya había gente de otros países que emprendían el largo viaje—. ¿Y el viejo? ¿También parecía extranjero?

—No sabría decirlo —respondió Erse—. Casi siempre llevaba la capucha puesta, y tosía más que hablaba.

—Ya veo.

Josse se preguntaba si aquella información le servía de algo. ¿Era correcto deducir que el joven muerto era el criado del viejo? Y, lo más importante, ¿por qué había huido la misma noche que había muerto su amo? ¿O era todo aquello completamente irrelevante y tan sólo servía para distraerlos de la identificación de la verdadera víctima y naturaleza del crimen? Fuera como fuese, parecía que ya no podían ir más allá. Josse se disponía a darles las gracias y a dejarlos volver a sus quehaceres cuando fray Saúl intervino:

—He cometido un error, justo ahora —musitó—. He estado pensando, y no tenía razón con lo que le he dicho a fray Adrián.

—Estoy seguro de que no se lo ha tomado a mal —lo tranquilizó Josse—. Hablasteis con mucha amabilidad, Saúl.

El monje le dedicó una breve sonrisa.

—No, no es a eso a lo que me refiero, pero gracias de todos modos, sir Josse. No. Le dije que el pobre muchacho estaba desnudo porque su asesino lo desnudó después de matarlo. Pero no pudo haber sido así, puesto que, entonces, ¿cómo es que el cuchillo seguía clavado en el cuerpo? Quiero decir que, si vos le claváis un puñal a alguien y luego le quitáis el jubón o la túnica, el puñal saldría al tiempo que las prendas de ropa, ¿no es así?

—Cierto, es muy probable que así fuera —admitió Josse pausadamente. En su mente se estaba dibujando una desagradable escena—. Así, ¿es posible que el asesino hiciera desnudar a su víctima antes de matarla?

Fray Erse chasqueó la lengua de disgusto.

—Eso parece poco probable —respondió Augusto—, puesto que el hombre fue apuñalado por detrás.

Josse intentó imaginárselo. Desde luego, parecía improbable, en especial tratándose de un asesino profesional, pedirle a un hombre que se desnudara y luego situarse detrás de él para clavarle un cuchillo entre las costillas. El apuñalamiento por la espalda seguramente sugería el factor sorpresa: la figura oscura acercándose sigilosamente a la víctima, de puntillas, en silencio. Pero, entonces, ¿por qué iba desnudo el chico?

—Tal vez el asesino lo golpeó primero y lo dejó inconsciente, luego lo desnudó y finalmente lo apuñaló —sugirió Saúl.

Hum... No comprobamos si tenía algún golpe en la cabeza —se autocensuró Josse—. Y ahora que está enterrado es demasiado tarde.

Luego pensó: «Yo no lo hice, pero quizá alguien si lo hizo».

Les dijo a los demás lo que tenía en mente. Luego les agradeció la ayuda y el tiempo que le habían dedicado y salió apresuradamente en busca de sor Eufemia.

—Justo iba a buscaros, caballero —le dijo la monja.

La encontró en el pequeño espacio entre cortinas de la larga enfermería, donde había un cuenco y una jarra de agua. Estaba limpiándose algo negro y pegajoso que tenía en las manos, y él no quiso preguntar qué era. Al ver su rápida mirada, ella le

explicó:

—Una paciente que tiene una herida que supura en la cadera, pobre. Sufre mucho, pero no se queja. Le he dado uno de los somníferos más fuertes que prepara sor Tiphaine, a ver si puede descansar un poco. Y bien —se secó las manos rápidamente en un trapo de hilo inmaculado y volvió a bajarse las anchas mangas—, ¿por qué habéis venido a verme?

Sir Josse le habló de la escena del crimen que él y los tres frailes acababan de reconstruir, de la dificultad con que un puñal podría haber seguido clavado en el cuerpo de un hombre cuya ropa había sido retirada después de su muerte, y de la posibilidad de que hubiera sido golpeado antes en la cabeza hasta quedar inconsciente.

Antes de que pudiera acabar, ella ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No, en el cráneo no había heridas, ni tampoco en el cuello —dijo la monja con firmeza.

—¿Estáis absolutamente segura?

—Desde luego. Por supuesto, es posible derribar a un hombre sin dejar rastro en el cráneo.

—Cierto —suspiró él. Parecía que se encontraban en un callejón sin salida.

Al ver su expresión, ella le dio un golpecito en las costillas. —Animaos, sir Josse. ¿No os he dicho que justo salía a buscaros?

—Sí, ¿qué...?

—He estado estudiando el cuchillo. —Bajó la voz y lo atrajo un poco más adentro del pequeño rincón. Luego buscó debajo de la mesa en la que estaban el cuenco y la jarra y sacó un pequeño hatillo. Lo puso encima de la mesa y abrió la tela.

El puñal estaba en el retazo. Una vez limpio, Josse advirtió el brillo de la hoja —sin duda, afilada como la de un estilete— y el dibujo apenas visible tallado en su empuñadura corta y gruesa.

Pero no escrutó el cuchillo demasiado tiempo; en el hatillo había otra cosa.

La cogió.

Era un trozo de tela, de forma casi redonda, con un corte preciso en el centro. Sus extremos estaban deshilachados, como si la hubieran arrancado.

Sor Eufemia le susurró al oído:

—Cuando he limpiado la sangre y la suciedad del puñal, he encontrado este trozo de tela alrededor del punto en el que la hoja se une con la empuñadura. Estaba tan empapada en sangre que se había pegado al cuchillo.

—¿Y fue arrancada de las ropas de la víctima cuando el asesino desnudó el cuerpo? —murmuró Josse—. ¿Es eso posible, hermana?

Ella le cogió el trozo de tela de las manos.

—Es posible, eso creo —respondió—. El puñal estaba bien clavado en el cuerpo, y podría ser que la ropa cediera antes que la hoja. La tela es suave y buena, creo que es lana, tal vez de una camiseta. —Levantó los ojos hacia Josse—. Una camiseta

cara, ¿sabéis? No muchos de los visitantes que llegan al santuario llevarían una prenda así.

Josse se estaba imaginando a un hombre bien vestido, la clase de hombre que podría permitirse llevar una camiseta de lana buena. En su imagen mental veía la túnica del hombre, pesada, cara, tal vez forrada, abierta por los lados y atada a la cintura con un cinturón decorativo.

Cierto. Era posible que un avisado asaltante, familiarizado con la ropa de los hombres pudientes, supiera cómo deslizar su puñal debajo de la túnica y clavarlo a través de la camiseta.

Con cuidado, envolvió tanto el cuchillo como el retal de lana con el trapo. Luego dijo:

—Sor Eufemia, como siempre, os estoy realmente agradecido por vuestros ojos atentos y vuestras manos delicadas, sabias y capaces.

Ella volvió a darle un golpecito en las costillas, ahora de manera un poco más contundente.

—Vamos, ya podéis iros —dijo—. ¡Viejo adulador!

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Puedo quedarme con esto? —preguntó, levantando el paquetito.

—Claro. —Sor Eufemia lo apartó a un lado y se metió de nuevo en la enfermería. Luego se volvió a mirarlo por encima del hombro y musitó—: Suerte en vuestra investigación, sir Josse. Rezaré por vos.

Acto seguido desapareció, andando rápida y silenciosamente por la larga estancia, en cuyo extremo más apartado yacía una anciana que se revolvía en su camastro. ¿Tal vez fuera la mujer con la cadera infectada? Fuera quien fuese, sus probabilidades de mejora acababan de subir de manera considerable, ahora que la enfermera de la abadía de Hawkenlye se encontraba luchando a su lado.

## CAPÍTULO CUATRO

Helewise había regresado a la iglesia de la abadía una vez concluidos los funerales por el hombre muerto. Se había tomado muy a pecho la reprimenda del padre Gilbert. Y el religioso tenía razón, pensó, desesperada: de entre todos los lugares, ¿qué ejemplo puede dar una abadía que tiene tan poca vigilancia que un visitante puede ser víctima de un asesinato y permanecer muerto durante semanas sin que nadie se percate de ello?

La gente acude a nosotros en busca de ayuda y cuidados —se dijo con toda la dureza—. Y debemos consagrar nuestra vida entera a socorrer a los necesitados y, cuando todo lo demás falla y Dios llama, a consolar a los agonizantes y rezar por los muertos. ¡Oh, cómo he fracasado! Ese pobre muchacho, apuñalado y tirado junto a un camino, y allí se quedó desde entonces, ignorado, sin recibir sepultura, sin nadie que le dedicara la más mínima y breve plegaria...

Arrodillada, Helewise dejó caer el rostro entre las manos y comenzó a sollozar.

Tan hundida estaba en su sentimiento de culpa y su tristeza que no oyó cómo se abría y se cerraba sigilosamente la gran puerta de la iglesia, ni tampoco el susurro de los pasos de alguien que cruzaba la nave de puntillas y se acercaba a arrodillarse a su lado.

Pero entonces, la delgada figura junto a ella le susurró:

—Abadesa Helewise, no está bien que sufráis sola por algo que es culpa de todos. ¿Me permitís que rece con vos?

Helewise levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas con un gesto rápido y advirtió a sor Caliste a su lado.

Caliste, la pequeña adoptada de una familia de carpinteros, había entrado en Hawkenlye como una de las postulantes más jóvenes de la abadía. Ahora —y no sin uno o dos traumas a sus espaldas— era monja profesa, una alma cariñosa, optimista, risueña, que cuidaba hasta de los enfermos contagiosos con devoción y valentía, anteponiendo sus deseos y sus necesidades a los suyos propios, como Jesucristo, su maestro, hubiera deseado.

De toda la comunidad de Hawkenlye, Caliste era la única persona con la que Helewise podía compartir su tormento.

Cuando asintió con la cabeza y ambas empezaron a rezar en silencio, Helewise se preguntó tentativamente si eso —la presencia inesperada y absolutamente bienvenida de Caliste— no sería una señal de que Dios podía estar probando una manera de perdonarla.

Una vez de regreso en la intimidad de su pequeña habitación —se había saltado la cena, al igual que se había saltado el almuerzo del mediodía—, oyó, de nuevo, el tintineo de las espuelas y el paso firme de las botas de Josse, que se acercaba por el claustro.

—¡Adelante! —dijo, antes incluso de que él hubiera llamado a la puerta.

Josse entró en la estancia, se detuvo en el extremo opuesto de la ancha mesa que ella utilizaba como despacho y la miró. Su rostro reflejaba compasión, y Helewise deseó fervientemente que no hubiera adivinado sus lágrimas recientes.

Pero era posible que sí las hubiera advertido, puesto que en una cimientos del día, Josse dijo:

—Buen chico, ese Augusto. Y también me gusta el carpintero, fray Erse. La historia de Augusto ya la conozco, pero ¿y la de fray Erse? ¿Cómo llegó a Hawkenlye?

Querido Josse, pensó, mientras le relataba brevemente las circunstancias del monje. La novia de la infancia con la que se casó cuando ambos tenían quince años, el hijo que tuvieron, la epidemia que asoló la aldea y se llevó a tantos jóvenes y enfermos, incluidos la esposa y el bebé de Erse... Desesperado, cuando ya sólo deseaba que se lo llevara la muerte para reunirse con ellos, fue socorrido por un párroco, y finalmente se dio cuenta de que el Señor tenía planes para cada uno de nosotros. El camino de Erse había sido especialmente duro, pero, encontrando consuelo en Cristo, se presentó en Hawkenlye en calidad de carpintero y, con el tiempo, hizo los votos como monje.

Josse asentía muy serio durante la narración. Cuando la abadesa hubo acabado, exclamó:

—Es una suerte para Hawkenlye que su papel de monje no lo haya hecho abandonar su oficio.

Se hizo un breve y extraño silencio, pensó Helewise. Estaba claro que ya habían agotado el tema de fray Erse; ¿osaría ahora Josse decir lo que había ido a decir?

Esperó. Josse se miraba los pies. Así, ella le dijo, con delicadeza:

—Sir Josse, estoy segura de que ya os habéis dado cuenta, pero os acontecimientos del día de hoy me han afectado bastante y, desde luego, los hechos que han llevado hasta ellos... —Hizo una pausa y suspiró, alterada; se daba cuenta de lo difícil que le resultaba hablar de su angustia y de su sentimiento de culpabilidad, hasta con un buen amigo como Josse. Buscó las palabras adecuadas—. He estado rezando mucho rato —prosiguió, con voz tranquila—. He abierto mi corazón y creo que he sido escuchada. —Levantó la mirada y, de pronto, sonrió—. No me han mandado a uno, sino a dos ayudantes —concluyó—. ¿No es eso una muestra de la caridad de Dios?

—Yo... eh... —Josse parecía confundido respecto a si la modestia debía hacerle aceptar o rechazar el papel de ayudante.

Ella casi podía advertir cómo se preguntaba si lo había incluido en aquel par de ayudantes o no. Para ayudarlo a salir de la confusión, le dijo:

—Sir Josse, ¿deseabais hablar conmigo? ¿Hay algo que tengáis que decirme?

—Así es —contestó, visiblemente aliviado—. Como sabéis, la víctima fue asesinada con un puñal de hoja corta que se encontraba todavía en el cuerpo. Sor Eufemia lo ha limpiado y hemos descubierto que había un retal de lana de buena

calidad alrededor de la hoja. Suponemos que la víctima era probablemente un hombre rico, puesto que un hombre pobre no suele llevar una camiseta de buena lana.

—¿Fue apuñalado cuando sólo llevaba una camiseta? —preguntó ella.

—Probablemente. Otra posibilidad es que lo apuñalaran por la abertura que tienen las túnicas acolchadas entre los hombros y la cintura.

—Sí, ya veo. —Ella intentaba no visualizar la escena, pero su imaginación estaba disparada. Entonces llamó al orden a sus pensamientos—. ¿Nos da esto alguna pista sobre su identidad?

Él vaciló, luego dijo:

—Abadesa Helewise, me resulta difícil de explicar. —Intentadlo.

Una sonrisa fugaz, que se esfumó al instante, cruzó el rostro de Josse.

—Debo confesaros que, en realidad, no fue el hallazgo del cadáver lo que me trajo a Hawkenlye, sino otro asunto; un tema del que fui informado recientemente.

—Entiendo. —La monja reprimió una sonrisa; se había alegrado tanto de su llegada el día anterior, cuando se enfrentaba al terrible descubrimiento del valle, que no se había parado a pensar en el motivo de su aparición fortuita justo en el momento en el que más lo necesitaba. Después estuvo más que dispuesta a atribuir su presencia a la intervención divina.

Pero, al parecer, había un motivo mucho más prosaico.

—Por favor, continuad —pidió Helewise.

Él volvía a mirarse los pies, como si le costara hablar.

—Sir Josse, ¿qué ocurre? —le preguntó con cautela—. Si creéis que os tendré menos respeto por haberme dejado creer que vinisteis sólo para ayudar, cuando en realidad teníais un motivo propio, entonces es que no me conocéis. Por un lado, vos nunca habéis animado esta ilusión, puesto que apenas os he dado la oportunidad de hablar de vuestros asuntos. Y por otro, sabéis que yo, quiero decir, la abadía entera, os tenemos en muy alta consideración como para dejar que algo así nos afecte.

Él había levantado la cabeza y ahora sus ojos pardos la miraban con fijeza.

—Gracias —dijo simplemente, y después de una pausa, prosiguió—: Recibí a un visitante. A varios visitantes, de hecho. El príncipe Juan y un grupo de cortesanos.

Ella se quedó desconcertada.

—Tenéis amigos muy ilustres, sir Josse —murmuró.

—¡Oh, no venía a verme a mí! —aclaró él rápidamente—. Quiero decir, de alguna manera, sí. Pero en realidad venía en busca de información sobre un hombre llamado Galbertius Sidonius... —Había cierto tono de interrogación en su voz, como si esperara que ella estuviera a punto de decir: «¡Ah, sí, el bueno de Galbertius! ¡Lo conozco bien!».

Si era así, le esperaba una buena decepción.

—Lo lamento, pero ese nombre no me dice nada —respondió la abadesa.

—No me sorprende demasiado. Vuestros monjes me dijeron que raramente registráis los nombres de los visitantes que vienen a tomar las aguas curativas.

—No, a veces alguien nos dice su nombre de forma voluntaria, u oímos a alguien que llama a otra persona. De lo contrario... —Levantó las manos, con las palmas hacia arriba—. Lo lamento —repitió—. ¿Es importante que lo encontréis?

—¿Importante? —Josse pareció meditar la respuesta—. No debería serlo —dijo al cabo de un momento—. En realidad, todo lo que ocurrió fue que el príncipe me preguntó si conocía a ese hombre, a ese tal Galbertius Sidonius. Le respondí que no, pero me dijo que sobre todo lo avisara si me encontraba con él.

—¿Pero...? —lo animó ella. Estaba claro que la historia seguía de alguna manera. Frunciendo el ceño, Josse continuó:

—Me dio un motivo muy absurdo para justificar su visita, abadesa. Y sólo cuando lo hubimos discutido, en cuestión de minutos, hizo ver que recordaba ese otro asunto. Estoy convencido, aunque no puedo explicarlo en más detalle de lo que ya lo he hecho, de que el príncipe Juan está, en realidad, muy ansioso por hablar con ese hombre.

—Y, conociendo la reputación del príncipe... —se reprimió de decir nada más crítico—, vos deseáis encontrarlo antes de que lo haga él.

—¡Así es! —exclamó Josse.

—¿Teméis por su seguridad? —le preguntó en un tono más bajo.

—Yo... para seros franco, no estoy seguro. Es sólo que, de alguna manera, me siento implicado. Lo que quiero decir, abadesa, es que, ¿qué motivo tendría el príncipe Juan para venir a buscarme hasta la campiña, tan lejos de la corte, a menos que tuviera algún indicio para pensar que yo poseo alguna información del hombre al que busca?

Ella asentía, comprensiva.

—Y vuestra implicación ha despertado vuestra curiosidad, ¿no es así?

Josse sonrió.

—Exactamente.

—Entonces... perdonadme, pero todavía no veo claro por qué vinisteis a Hawkenlye. —De pronto creyó comprender—. A menos que sea porque recibimos a tantos peregrinos que vos pensarais que Galbertius Sidonius pudiera encontrarse entre ellos.

—Así es —asintió Josse.

—Y todo cuanto hemos podido deciros es que lamentamos no tener ninguna lista de los nombres de los visitantes —concluyó por él—. Oh, sir Josse, ¡menuda decepción!

Él se encogió de hombros.

—Valía la pena intentarlo.

Se hizo un breve silencio. Luego, mientras una idea alarmante cruzaba por su cabeza, la abadesa dijo:

—No debéis pensar... Oh, ¿podría ser que nuestro cadáver corresponda al hombre que buscáis?

Él la miró a los ojos y ella leyó la misma sospecha en su expresión ansiosa.

—Me temo que es una posibilidad, sí. No hay ninguna razón lógica para ello... Como vos misma habéis dicho, Hawkenlye recibe muchos visitantes, y puede que Galbertius ni siquiera fuera uno de ellos. Y, aunque lo hubiera sido, ¿por qué debería ser la pobre víctima cuyo peregrinaje acabó con un puñal clavado en el corazón?

—¿Pero? —La abadesa presentía que había algo más.

—Pero sigo viendo aquel retal de buena lana —dijo él—, y entonces me digo que ese chico era de buena familia, no un pobre campesino. ¿Qué clase de hombre tendría más probabilidades de despertar el interés de un príncipe de Inglaterra?

—Entiendo vuestro razonamiento. —Helewise se mordía el labio mientras pensaba—. Lo único que sabemos, aparte de que llevaba una camiseta de buena calidad, es que el muerto era bastante joven. Si fuerais a ver al príncipe y le preguntarais qué edad tiene su Galbertius Sidonius, y él os contestara que es de mediana edad o un hombre anciano, entonces sabríais al menos que no yace enterrado entre los muertos de Hawkenlye.

Josse sonrió.

—Eso, querida abadesa Helewise, es precisamente lo que voy a hacer.

Por la mañana, cuando Josse se preparaba para partir a caballo, la abadesa salió a hablar con él.

Se colocó junto a su caballo, mirándolo con astucia. Él advirtió que tenía los párpados ligeramente hinchados aún, pero que ya no tenía el aspecto acongojado del día anterior. Se alegró; verla sufrir tanto le había encogido el corazón.

—Sir Josse, he estado pensando —dijo ella—. Creo que estáis en lo cierto al ver una conexión entre vos mismo y ese Galbertius Sidonius. Puesto que, a menos que el prín... —Miró a su alrededor y se dio cuenta de que sor Marta y sor Ursel podían oírlos—. Quiero decir, a menos que el visitante de quien me hablasteis esperara resolver su enigma en Nuevo Winnowlands, ¿no habría venido aquí a buscarlo directamente? Al igual que hicisteis vos, seguramente habría deducido que la abadía era el destino más frecuente de los visitantes de esta zona, sin embargo, en vez de venir aquí, fue a buscaros a vos.

Josse asintió lentamente con la cabeza. Sí, la abadesa tenía razón. Y, además, Nuevo Winnowlands era una finca poco conocida; poca gente parecía haber oído hablar de ella. El príncipe Juan debía de saber bien de su existencia, pero hasta él debió de tener cierta dificultad para encontrarla.

Para encontrar a Josse.

Se agachó y se dirigió a Helewise en voz baja:

—Mi señora, como siempre, demostráis ser sabia. —Le dedicó una sonrisa y añadió—: Ojalá pudierais acompañarme. Me iría bien contar con un cerebro astuto.

Ella le devolvió la sonrisa y le dijo, susurrando a su vez:

—Sir Josse, vos ya tenéis uno. —Luego, mientras él guiaba a *Horace* y se preparaba para ponerse las espuelas para marcharse, le gritó—: Que Dios os

acompañe. Volved pronto a visitarnos.

Y él lo interpretó como: Aseguraos de que volvéis a contarme todo lo que descubráis, y no tardéis en hacerlo.

—¡Lo haré! —contestó.

Entonces, *Horace*, bien alimentado y descansado como estaba, respondió a sus espuelas y se lo llevó de allí con un suave galope.

Josse conocía la localidad de Newenden, puesto que había vivido en ella algunos años atrás, antes de que el rey Ricardo le cediera Nuevo Winnowlands. Una vez situada la ubicación de la heredad de sir Henry de Newenden, se dirigió al lugar para indagar si el príncipe y sus acompañantes seguían alojados allí.

La casa solariega era espléndida, con un jardín amurallado y con foso, espacios generosos para acomodar a la familia y, a su alrededor, campos bien cuidados. Un par de campesinos de aspecto próspero saludaron con sus sombreros a Josse a su paso, mientras un pastor que cuidaba de su rebaño de ovejas le deseaba un buen día.

Josse pudo ver desde lejos que el grupo del príncipe ya no se encontraba en la propiedad de sir Henry; mientras cabalgaba hacia el jardín, se percató de que el ambiente de paz y serenidad no sugería la presencia de un visitante real.

Cuando guió a *Horace* para entrar por las puertas —que, por suerte, estaban abiertas—, vio a un mozo que cepillaba el pelo de una yegua gris.

—¡Hola! —gritó—. ¿Está en casa el propietario?

El mozo se volvió, escrutó a Josse y dijo:

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy sir Josse d'Acquin. Soy de Nuevo Winnowlands, donde, hace unos días, el príncipe Juan y su grupo de acompañantes vinieron a verme. Según me dijeron, se alojaban en la residencia de sir Henry de Newenden. Tengo un asunto que discutir con el príncipe —qué magnífico sonaba— y he venido a buscarlo. Pero —señaló con una mano la extensión del jardín solitario— parece que llego demasiado tarde.

El mozo, que conservaba su expresión desconfiada, respondió:

—Así es. Se marcharon hace un par de días. Mi amo, sir Henry, los acompañó.

—¿Adonde fueron?

El mozo le dirigió una mirada triste, como diciendo: «¿Acaso creéis que me lo han contado?», pero luego pareció recapacitar y declaró:

—Se dice que se dirigían a Londres. A solucionar unos asuntos con los caballeros del Temple. —Hizo un gesto frotándose el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano derecha, y Josse dedujo que significaba que el asunto en cuestión probablemente tenía que ver con dinero.

—¿Londres? —repitió. Se trataba de una respuesta imprecisa; ¿significaba que el príncipe Juan se alojaba ahora en Westminster? ¿O tal vez con los templarios, en su enclave en la orilla norte del río? ¿O, quizá, en Windsor?

El mozo se encogió de hombros.

—Londres. Es lo único que sé. —Hizo ademán de volver a ocuparse de la yegua,

pero entonces se volvió otra vez y añadió—: El viejo sigue aquí, si es que puede seros de alguna utilidad.

El tono despectivo sugería que el viejo, fuera quien fuese, no resultaba ni remotamente útil para el propio mozo.

—¿El viejo?

—Sí, al que todos llaman Maestro.

¡El Maestro! Josse recordó al hombre de la barba blanca como la leche.

—Sí me gustaría hablar con él —declaró en tono firme. Bajó de su caballo y le tendió las riendas de *Horace* al mozo, que las tomó de mala gana—. Llevadme, si sois tan amable, ante la presencia del Maestro.

En el interior de la casa solariega, la organización doméstica y la calidad del mobiliario estaban a la altura de lo que Josse había imaginado por el estado próspero y bien cuidado de la fachada. El mozo había avisado a un criado, que guió a Josse por el amplio vestíbulo con mucha más cortesía de la que había demostrado el otro. Cuando llegaron al pie de una escalinata disimulada tras un tapiz —¿para evitar la corriente de aire? ¡Qué casa tan confortable debía de ser!—, el criado llamó a una mujer que trabajaba en el piso de arriba. Ella, a su vez, acompañó a Josse hasta una habitación soleada donde una figura con un gorro de terciopelo sobre los blancos mechones de su cabeza permanecía sentada sobre una cama; una manta le abrigaba el pecho, y la barba blanca, bien peinada, caía sobre el suave tejido de lana.

Era el Maestro, y estaba claro que tenía un fuerte resfriado.

—¡Qué agradable distracción! —dijo, con voz gruesa, a causa de la flema—. ¡Una visita! Azuzad un poco el fuego, sir Josse d'Acquin, y echadle un puñado de esas hierbas del cesto. —Josse hizo lo que le decían, y un aroma intenso y limpio invadió de pronto el aire de la habitación—. Acercad un taburete y contadme por qué habéis venido —añadió el viejo.

—Vine en busca del príncipe —declaró Josse, mientras se sentaba en un taburete con el asiento acolchado—. Pero me dicen que se ha marchado a Londres.

—Así es —asintió el Maestro—. ¿Por qué deseabais verlo? —Sus Penetrantes ojos oscuros estaban fijos en los de Josse, y de pronto éste pensó que sería difícil mentirle a ese hombre. Por suerte, no tenía intención de hacerlo.

—Cuando vinisteis a Nuevo Winnowlands, buscabais noticias del un hombre, Galbertius Sidonius.

Josse no estaba seguro, pero le pareció ver un brillo fugaz en los ojos del Maestro.

—¿Sí? —dijo el anciano, con calma—. ¿Y traéis noticias?

—No —admitió Josse—, pero visité la abadía de Hawkenlye para averiguar si el hombre había estado allí, puesto que es un lugar muy conocido de la zona...

—¿Y...?

—Allí había sucedido una tragedia. Habían hallado el cadáver de un hombre, que había sido brutalmente asesinado.

—¿Cuál es la identidad de ese hombre? —lo cortó el anciano, severo.

—Desconocida.

Hubo una pausa. Entonces el Maestro dijo:

—¿Cuánto tiempo había pasado sin que descubrieran el cadáver?

—Cinco, tal vez seis semanas.

—De modo que era irreconocible.

—Exacto.

Otra pausa, esta vez más larga. Los ojos del Maestro habían adquirido una expresión vaga, como si su mirada se dirigiera ahora hacia adentro. Josse se preguntó si estaría decidiendo qué preguntas podía hacer sin revelar nada de lo que debía permanecer en secreto.

—El cadáver hallado, ¿creen que era de un anciano? —dijo finalmente.

—No; un hombre de unos veinte años probablemente, no más.

—Ya veo —comentó entonces el Maestro con voz neutra.

Lo que veía exactamente, Josse debería preguntarlo.

—Ese tal Galbertius Sidonius —dijo en un tono más agresivo de lo que pretendía—, ¿era... es un hombre joven?

Los ojos del Maestro se volvieron hacia él y lo miraron unos instantes.

—No —respondió. Hizo una pausa y, por un momento, una expresión casi de asombro cruzó por su rostro. Entonces añadió con calma—: No es joven. Es un anciano.

A Josse se le encogió el corazón. Le habría gustado volver a la abadía y decirle a la abadesa que se había resuelto el misterio. Pero había sido una esperanza vaga; todo el tiempo, lo más probable había sido que su misión acabara demostrando que el muerto no era Sidonius, y no que sí lo fuera.

El Maestro volvió a intervenir; Josse advirtió que tenía un leve acento, ¿tal vez gales? Ahora dijo, mirando todavía a Josse con sus ojos oscuros:

—¿Teníais motivos para desear que vuestro muerto fuera Galbertius Sidonius?

—¿Eh...? No, en realidad, no. —Le resultaba demasiado difícil explicar su deseo de ayudar a la abadesa a identificar el cadáver, de modo que ni siquiera lo intentó. De hecho, no dijo nada más.

Pero el Maestro no había terminado.

—¿Sabéis algo de ese hombre, de Sidonius? —tanteó—. Por mucho que le dijerais a mi señor el príncipe que no...

—¡No! —protestó Josse—. Creedme, ¡no sé nada!

Una sonrisa cruzó el rostro pálido y solemne del viejo.

—Os creo —declaró—. Sé cuando un hombre miente, y vos decís la verdad.

Mirándolo fijamente —la ligereza de su voz cuando le respondió parecía permitirle cierta relajación en su acercamiento—, Josse pensó que había algo en aquel anciano que le resultaba familiar. Entonces preguntó:

—Disculpad, Maestro, pero ¿nos hemos visto antes? ¿Tal vez estabais en la corte cuando el rey y sus hermanos eran pequeños, en los tiempos del rey Enrique, su

padre?

—Sí, estaba.

—Os llaman Maestro —insistió Josse—, pero ¿podría saber vuestro nombre?

—No es ningún secreto —dijo el anciano gentilmente—. Mi nombre es John Dee. John Dee...

El nombre, como la cara, tenían algo de familiar. Josse se con centró en ellos. ¿Recordaba a un hombre llamado Dee de cuando asistía a los jóvenes príncipes? No, no lo creía. Con el ceño fruncido por el esfuerzo de concentración, hizo retroceder su memoria todavía más.

Y, de la nada, recordó a Geoffroi, su padre, contando historias a sus hijos pequeños junto a la chimenea; historias de un hombre que leía el futuro en las estrellas, que advertía de los acontecimientos que iban a suceder, que veía el viento con sus ojos profundos y oscuros y al que los marineros —siempre tan supersticiosos— temían como a un brujo.

Un brujo. ¡Cómo habían temido y buscado aquella palabra los dos niños, acurrucados junto a las rodillas de su padre! ¡Cómo habían deseado que él les contara más, rogando secretamente que se detuviera justo antes de que se asustaran tanto que luego ya no pudieran dormir!

El nombre del brujo era John Dee.

—¡Mi padre os conoció! —exclamó Josse.

Aunque eso no era del todo cierto; Geoffroi no contaba historias de alguien a quien había conocido, sino de una figura legendaria del pasado. Un hombre que había aconsejado a reyes y príncipes, si, pero muchos años antes. Las cortes del John Dee de los cuentos de Geoffroi d'Acquin habían sido las del primer Guillermo y, luego, del desafortunado y breve reinado de su hijo, el segundo Guillermo, y de su hermano Enrique.

Reinados que, al menos se rumoreaba, tuvieron algo que ver con la religión antigua...

El hombre que ahora yacía en una cama ante Josse era demasiado joven como para haber sido el personaje de los cuentos junto a la chimenea. Pero probablemente fuera un descendiente.

—Sé cosas de vos, John Dee —declaró con reverencia en la voz, pues no todos los días conoce uno al pariente de un mago—. Mi padre solía contarnos cuentos del John Dee consejero del primero de los reyes normandos, el cual, me aventuro a afirmar, ¿es vuestro ancestro?

El Maestro permaneció en silencio unos segundos. Luego declaró a media voz:

—John Dee siempre ha estado ahí, y siempre estará.

Ah, claro, se dijo Josse. Era como él pensaba; el puesto de brujo de la corte, o mago, o vidente, o sabio, o como fuera que lo llamaran, debía de ser hereditario. Transmitido de padres a hijos, como ocurría con su nombre de familia cristiana tradicional, John.

Se incorporó en el taburete, contemplando al hombre de la cama con placer.

—John Dee —dijo con voz maravillada—. John Dee.

Dee esperó a ver si añadía algo más interesante. Como no lo hizo, intervino:

—Recuerdo a vuestro padre. Aunque no contaba historias de mis hazañas presentes, sino cosas del pasado. —Hubo una pequeña chispa de humor en su mirada—. Pero no se lo tenía en cuenta. Era un buen hombre, Geoffroi d'Acquin. —De pronto, el humor desapareció de su rostro para ser sustituido por una mirada cortante y calculadora—. ¿Vive todavía?

—No —respondió Josse, negando con la cabeza—. Murió. Bueno, hace ya dieciséis años. En el año 76.

—Ah, sí.

Al mirar a Dee, Josse tuvo la extraña sensación de que siempre había sabido que Geoffroi estaba muerto.

Entonces, ¿por qué lo había preguntado?

Como para distraerlo de este pensamiento ligeramente inquietante, Dee seguía hablando, con un tono hipnótico en la voz que, contra su voluntad, captó de inmediato la atención de Josse.

—Oh, qué triste fue —murmuraba— que un hombre de cincuenta años muriera, su vida segada, como el maíz del rey, con la cosecha.

—Cierto —asintió Josse, meditabundo—. Así fue. Nosotros... —Pero, de pronto, su cabeza se levantó y clavó los ojos en Dee, mientras un escalofrío le recorría la espalda—. ¿Cómo lo sabéis? —le exigió—. ¡No os he dicho que murió en verano!

Pero Dee ya estaba hablando otra vez, con el tono dulce y adormecedor ahora más intenso; Josse, que se sabía inquieto por algo pero era incapaz, por mucho que se esforzara, de recordar qué era no tuvo más opción que callar y escuchar.

—Su muerte estaba escrita en el tejido del pasado, el presente y el futuro, como lo está la de todos nosotros —susurró Dee—. No es más que un libro para los que sabemos cómo leerlo. La hora de vuestro padre llegó, y se lo llevaron.

—Sí —suspiró Josse. Se sentía como si estuviera soñando, pero, al mismo tiempo, despierto todavía. Lo bastante despierto como para sentir el aroma de las hierbas en la hoguera, el blando y cómodo almohadón del taburete bajo sus nalgas.

La voz extraña de Dee.

—La muerte de vuestro padre es la razón... —proseguía Dee—. La razón por la que os digo que el forastero ha de venir hasta vos.

—¡Nadie ha venido! —protestó Josse; le costaba mucho esfuerzo hablar, y se sentía como si estuviera empujando las palabras a través de una tela densa que amortiguaba su sonido.

Dee, que pareció fugazmente sorprendido —no estaba acostumbrado a que le contestaran cuando tenía a sus interlocutores en trance—, hizo un gesto para quitar hierro al asunto con la mano derecha. Josse advirtió que portaba una piedra grande, de un tono azul verdoso; en su cabeza, una voz distante dijo: Aguamarina, la piedra

del vidente.

Y la mano derecha, recordaba como de la nada, era la mano del poder...

El gesto de la mano o el anillo, o ambas cosas, causaron sobre Josse el efecto que, presumiblemente, Dee había deseado. Mudo, receptivo, permaneció a la espera de los acontecimientos.

—Os vuelvo a repetir que el extraño vendrá a vos —murmuró e—. Es posible que no sea él en persona, la imagen no es clara, o sí vendrá alguien de su parte.

—Pero... —Era inútil; fuera cual fuese el poder o la técnica que e aplicaba, ahora era superior a la lucha de Josse.

—Vendrá —aseguró Dee, con una nueva oscilación de su mano—. Esperad y él vendrá.

Josse sintió que le pesaban los párpados. La cabeza le cayó, el mentón tocándole el pecho, y vio que la oscuridad lo invadía. Luego —había perdido la noción del tiempo— soltó un fuerte ronquido y se despertó.

Se incorporó, se frotó los ojos y miró fijamente a Dee, que lo contemplaba con expresión risueña.

—Las hierbas de mi hoguera me ayudan a respirar —dijo Dee en tono didáctico —, pero a los que no están acostumbrados a su aroma pueden provocarles somnolencia. Os pido disculpas, sir Josse, por haberos causado la molestia de amodorraros cuando vuestra intención era animar a un hombre enfermo con vuestra visita.

Josse, terriblemente confundido, dijo:

—Sí. No. Perdonad, señor. —Se levantó, se las arregló para colocar bien el taburete y tropezó con una de sus piernas mientras buscaba la puerta—. Adiós, Maestro —se despidió.

—Adiós, Josse d'Acquin. ¡Que Dios os guarde!

La despedida de Dee estuvo, sin duda alguna, acompañada por una risa feliz, ligeramente burlona.

## CAPÍTULO CINCO

Josse regresó a Hawkenlye mucho antes de lo que la abadesa esperaba. Cuando sor Ursel le anunció la noticia de su llegada, la embargó una sensación de aprensión; fuera lo que fuese lo que había averiguado, seguramente no sería la identidad del cuerpo ahora enterrado.

Era tarde, demasiado tarde, para una audiencia, puesto que las monjas ya se estaban retirando a dormir, de modo que Helewise mandó decirle a Josse que se alegraba de que hubiera regresado sano y salvo, que le deseaba un buen descanso y que lo recibiría por la mañana.

El hecho de haber pasado toda la noche ansiosa por averiguar el descubrimiento de Josse era otra pequeña penitencia por el pecado de haber ignorado un cuerpo sin vida durante seis semanas, se dijo la abadesa con severidad.

Recibió a Josse después de la hora tercia. Llevaba horas despierta, pero en el valle le habían dicho que Josse seguía durmiendo, y ordenó que no lo molestaran. Cuando al fin se encontró delante de él adivinó por su expresión que su misión no había dado el resultado que ambos esperaban.

—El príncipe se había marchado —le contó él después de cerrar la puerta con cautela para evitar posibles indiscreciones—, pero había una persona de su grupo en la casa. Estaba en cama, aquejado de un fuerte resfriado. Me dijo que Galbertus Sidonius no es un hombre joven.

—Oh, entiendo. —Sólo cuando Helewise supo con seguridad que el muerto no había sido identificado se dio cuenta de lo mucho que anhelaba darle un nombre—. ¿No hay ninguna duda?

—Absolutamente ninguna. El Maestro (así es como todos lo llaman, aunque su verdadero nombre es John Dee) es más agudo que nadie. Podemos confiar en él, señora.

—Oh —no se le ocurrió otra cosa que decir.

Josse permaneció a su lado, con el ceño fruncido. —Ojalá hubiera podido traeros alguna noticia positiva —musitó—, en vez de volver con otra pared inescrutable. Yo...

Su discurso fue interrumpido por unos discretos golpecitos en la puerta. Helewise, sorprendida, dijo «¡Adelante!» y, mientras la puerta se abría lentamente, el rostro arrugado de fray Fermín apareció en la abertura como una tortuga asomando de su caparazón.

—Mi señora abadesa —dijo el viejo monje, haciendo una leve y formal reverencia.

—Fray Fermín —respondió ella.

La abadesa reprimió su impaciencia mientras él soltaba su habitual letanía de formalismos: ¿estaba bien?, qué día tan bonito hacía, gracias a Dios; qué amable era ella de dedicarle una parte de su precioso tiempo, y sería breve, se lo prometía.

Cuando hubo acabado, ella lo apremió, con una sonrisa forzada:

—¿En qué puedo ayudaros, fray Fermín?

—¿Eh? Ah, bueno, no es tanto a mí, sino a él. —Volvió la cabeza hacia la puerta entreabierta—. ¿Puedo decirle que se presente ante vos, abadesa?

—Sí, por favor.

No tuvo que esperar demasiado para saber quién era «él». Tan pronto como el monje hubo dicho «Entrad, fray Augusto», el hermano apareció ante su mesa, y su reverencia fue tan formal como fray Fermín había deseado.

—Fray Augusto —la abadesa no pudo evitar el afecto que expresaba su voz—, ¿deseabas hablar conmigo?

—Así es. Hay algo en lo que he estado pensando, y...

Helewise levantó la mano y, al instante, Augusto se interrumpió. Entonces, se volvió hacia el viejo monje.

—Fray Fermín, sé que os gusta mucho rezar a solas en la iglesia de la abadía pero que pocas veces tenéis la oportunidad de hacerlo con lo ocupado que estáis en el valle. Creo que ahora mismo ha poca gente; ¿os gustaría aprovechar esta oportunidad para orar en privado?

Al anciano se le iluminaron los ojos, y ella sintió una punzada de culpa por su duplicidad.

—¿Puedo, de veras? —murmuró él.

Ella asintió. Y con una nueva reverencia, fray Fermín salió de la estancia.

Helewise se volvió entonces hacia Augusto, que sonreía con gratitud.

—Bueno, Augusto —le dijo—, ¿te resultará más fácil contárnoslo sólo a sir Josse y a mí?

—Sí, gracias —le dirigió a Josse una mirada amistosa, suspiró y dijo—: Esta mañana me he despertado pronto, como ocurre cuando hay algo que me inquieta. Permanecí ahí, intentando no pensar en nada en especial y dejando que las ideas me vinieran a la cabeza en su momento, como así ocurrió. —Miró a la abadesa y añadió—: Disculpad. Estoy siendo tan poco concreto como nuestro querido y apreciado fray Fermín. ¡Oh, perdonadme! —exclamó, al tiempo que se ruborizaba, avergonzado por la ligera crítica que implicaba.

—Está bien, Augusto —dijo Helewise—. Continúa, te lo ruego.

—Simplemente se me ocurrió de pronto: ¿por qué todos pensados que el muerto fue asesinado en el valle? ¿No es posible que el crimen ocurriera en otro lugar, el cuerpo fuera desnudado y todo eso, y luego el asesino lo llevara hasta esos helechos? Quiero decir, si era de noche y el asesino no sabía que el santuario y el refugio estaban allí, podría haber pensado que estaba ocultando al pobre muerto en un escondite remoto, donde jamás sería hallado.

—Pero seguro que todo el mundo conoce la abadía de Hawkenlye —señaló Josse. Augusto se volvió hacia él.

—No los extranjeros —repuso—. O los forasteros. ¿Por qué deberían conocerla?

—Recibimos a muchos visitantes extranjeros, Augusto —intervino Helewise, gentilmente.

—Cierto —asintió Josse—. Bueno, Augusto, ¿no te acuerdas? Fray Erse estaba hablando de alguien de quien dijo que era extranjero... ¿quién era? —Hizo un movimiento circular con la mano, como si con él pudiera adivinar por arte de magia la respuesta.

—Se refería al joven criado que acompañaba al anciano que murió —aclaró Augusto—. Y sí, antes de que alguien lo diga, lo sé: era extranjero, o al menos, lo era según Erse, y conocía la existencia del santuario y la abadía.

—De todos modos, Augusto todavía puede tener razón —intervino Helewise. Podía leer la decepción en el rostro ansioso e inteligente del joven—. Por el mero hecho de que un determinado extranjero conozca nuestra existencia, sería una suprema ingenuidad suponer que todo el mundo nos conoce.

—¡Ahí es donde yo quería llegar, abadesa Helewise! —exclamó Augusto—. Quiero decir que, tal vez no debería mencionarlo, al menos aquí, dentro de la abadía, pero —bajó la voz, como si no quisiera molestar a Dios— ¡no todos los extranjeros son cristianos!

—No, desde luego —asintió ella—. Y, ¿sir Josse? ¿Qué es lo que os preocupa?

Josse tenía el rostro contraído en una mueca tal que casi parecía que sintiera dolor.

—Nada, nada —dijo, quitándole importancia con un ademán—. Tan sólo que he tenido uno de esos momentos que el joven Augusto acaba de describir, cuando sabes que hay algo que te preocupa en algún lugar de tu cabeza y no llegas a concretar qué es, o por qué es importante... —prosiguió, todavía con el ceño fruncido por la concentración—. No os preocupéis, ya saldrá, en su momento.

—Intentad repasar los nombres y las edades de todos vuestros conocidos —le recomendó Augusto—. Es lo que yo hice, y cuando llegué a la madre del marido de la tía de mi madre, Meg, que dice tener cien años, aunque nadie la crea, recordé lo que estaba tratando de concretar.

Josse soltó una carcajada y acarició la cabeza del muchacho.

—Lo que ocurre es que yo no tengo tantos parientes como tú, chico —dijo. Y luego, después de una pausa, añadió—: Bueno, que yo sepa.

Helewise miró a uno y a otro, enternecida por la familiaridad con que se trataban. Parecían casi padre e hijo. Por un momento se preguntó por qué Josse no tenía familia; una esposa delicada y cariñosa, ni un hijo que pudiera seguir sus pasos.

Entonces recordó algo, algo que se había esforzado mucho por olvidar. No —se dijo con firmeza—. No pienses de nuevo en Joanna de Courtenay, o en lo que pudo o no pudo haber ocurrido entre ella y Josse. No lo sabes con certeza, y no es asunto tuyo.

Pero, a pesar suyo, pensó: Era febrero cuando Joanna se ocultaba en el bosque. Y ahora ya casi estamos en octubre. Si sor Eufemia estaba en lo cierto...

No.

Alejando con firmeza las especulaciones de su cabeza, volvió a centrar su atención en Josse y Augusto, que ahora se partían de risa ante un comentario que Josse acababa de hacer sobre la madre de su cuñada. Helewise se aclaró la garganta y los dos hombres se sobresaltaron; con expresión avergonzada, Josse se apresuró a decir:

—Bueno, pero no voy a reírme a su costa; no tiene mala intención, me atrevería a decir, aunque...

Alguien llamó de nuevo a la puerta. Preguntándose si podía ser fray Fermín, que hubiera decidido poner fin a sus plegarias por alguna razón, Helewise dijo:

—Adelante.

No era fray Fermín, sino sor Anne.

Con sus ojos redondos iluminados por el interés fascinado de quien no vive ninguna emoción en su vida cotidiana —sor Anne, mujer de pocas luces pero de buena voluntad, lavaba cacharros en el refectorio—, la monja dijo:

—Oh, abadesa Helewise, me manda sor Ursel; está ocupada atendiendo al caballo del hombre y no quería dejarlo, no es que haya ningún problema, pero...

—¿Sor Anne? —la azuzó Helewise.

—Sí, disculpad. —Sor Anne echó una mirada a Josse que de cualquier otra mujer se habría sospechado que estaba coqueteando, y luego añadió—: Se trata de otro hombre también llamado d'Acquin. Igual que sir Josse, sólo que éste es un poco más bajito y más joven y dice que su nombre es Yves.

La abadesa, para alivio de Josse, se tomó el sorprendente anuncio con mucha calma. Debió de advertir su sorpresa —lo cual no era raro, puesto que él sintió como si la mandíbula le cayera hasta las rodillas—, y entonces dijo, con calma:

—Sir Josse, ¡qué honor tan grande es para nosotros recibir la visita de vuestro hermano! Vayamos a darle la bienvenida.

Augusto y él retrocedieron para dejar que ella fuera delante, mientras sor Anne se meneaba a su lado como un perro a la espera de que se abra la puerta. El estricto porte de la abadesa deslizándose justo delante de él le dio la oportunidad a Josse de recomponer un poco, de modo que cuando se acercaron al pequeño grupo que esperaba en la puerta —sor Ursel, sor Marta, el caballo de Yves por supuesto, el propio Yves—, ya estaba listo, o mejor dicho, ansioso por correr a recibir a su hermano con un abrazo.

—¡Yves, Yves! —dijo, sintiendo la piel cálida y ligeramente suda del cuello de su hermano. Debía de haber cabalgado con fuerza puesto que el caballo estaba también sudoroso—. ¡Qué alegría me da verte!

Incorporándose y apartándose un poco, sujetó a Yves por los hombros y lo escrutó. La agradable cara de su hermano brillaba de placer, lo cual, al menos así quiso pensarlo Josse, sugería que, fuera cual fuese el motivo que lo había llevado hasta Inglaterra a buscar su hermano mayor, no debía de ser muy terrible.

—¡Josse, qué buen aspecto tienes! —le dijo, dando unas palmaditas al hombro de su hermano—. ¡La vida en la campiña inglesa te sienta muy bien!

—Pues sí, muy bien.

—En Nuevo Winnowlands me dijeron dónde podía encontrarte y, después de acogerme durante la noche (es buena cocinera, esa sirvienta tuya, ¿eh?), me explicaron cómo llegar y me acompañaron hasta el camino. —Yves volvió a sonreír—. ¡Ah, pero qué alegría me da verte!

Josse, que de pronto cayó en la cuenta de dónde se encontraban, retrocedió un paso.

—Yves —dijo—, un momento, por favor. —Entonces se volvió hacia la abadesa y dijo—: Abadesa Helewise, os presento a mi hermano menor, Yves d'Acquin. Yves, ella es la abadesa de Hawkenlye.

Yves hizo una profunda reverencia.

—Señora abadesa, es un gran honor conocer por fin a la mujer de la que tanto hemos oído hablar en Acquin —declaró con gravedad—. Soy vuestro humilde servidor. —Y de nuevo, hizo una reverencia.

Mientras Josse observaba a la abadesa, esperaba que ella no encontrara las maneras de Yves demasiado cortesanías; su hermano no sabía que era una mujer realista y directa, aunque fuera religiosa...

Pero no tenía de qué preocuparse. Helewise, sonriendo, reaccionaba sin inmutarse al despliegue de encanto galo de Yves, le hacía las preguntas habituales que uno suele hacer a los recién llegados sobre el viaje, sobre su familia y ese tipo de cosas, claramente relajada.

Una vez ahuyentada esa preocupación concreta, Josse se preguntó por qué su hermano habría ido a buscarlo a Hawkenlye.

Y la abadesa pareció leerle el pensamiento, puesto que se volvió hacia él y le dijo:

—Sir Josse, estoy segura de que vuestro hermano deseará hablaros en privado. Podéis llevarlo a mi habitación, si queréis, y haré que os lleven algo de beber.

Josse miró a Yves, quien asintió con prontitud.

—De acuerdo, pues, abadesa Helewise —dijo Josse—, si es que no estamos abusando de vuestra hospitalidad.

—En absoluto —dijo ella, amable—; me esperan en la enfermería.

Con una mirada silenciosa pero glacial a su alrededor, a los varios miembros de su comunidad —sor Marta, sor Ursel, sor Anne, la de los ojos grandes, y fray Augusto—, la abadesa los mandó de vuelta a sus quehaceres.

Y Josse tomó a su hermano por el brazo y lo guió a través de los claustros hasta la estancia de la abadesa.

—Y, entonces, ¿qué es lo que te ha traído desde el otro lado del canal para verme? —le preguntó Josse tan pronto como la puerta se cerró tras ellos—. ¿Alguien ha caído enfermo? ¿Hay algún problema en Acquin?

—No, todos están bien, gracias a Dios.

—Amén —se apresuró a decir Josse.

—La hacienda va viento en popa. Este año tuvimos una cosecha excelente, ya está todo recolectado y prevemos un buen invierno, para nosotros y para los animales, aunque vamos a poner una buena cantidad de carne en salazón por si san Martín nos trae tiempos de vacas flacas, y...

—Yves —lo reprendió Josse—, puede que sepa muy poco de agricultura, pero hasta ahí llevo.

—Por supuesto. Discúlpame, Josse, debes de estar ansioso por oír mis noticias.

—Ansioso es poco —murmuró Josse.

Yves se inclinó hacia adelante —Josse le había asignado la silla tipo trono de la abadesa; parecía, pensó, lamentándose, que él mismo estaba destinado a conformarse siempre con el incómodo e insulso taburete—, y dijo:

—Josse, recibimos a un visitante.

—¿Un visitante?

—Sí. Venía en busca de padre. Iba vestido de manera sencilla y tan sólo iba acompañado de un criado; sin embargo, había algo en él, algo en su porte, que sugería que tal vez no era el pobre hombre que quería representar. Dijo: «Vengo de muy lejos en busca de Geoffroi d'Acquin, y finalmente he logrado llegar a Acquin». Le dijimos de inmediato que padre había muerto (y madre también, aunque, de hecho, por ella no preguntó), y entonces dijo: «¿Sois su heredero?». Así, cuando respondí que no, que yo era el segundogénito y que el primogénito era Josse, es decir, tú, el hombre dijo: «¿Dónde, pues, puedo encontrar a sir Josse?».

—¿Y le dijiste que tenía una propiedad en Inglaterra, es así? —Josse, impaciente, deseó que Yves fuera directo al grano.

—Exacto. Y entonces el tipo dijo: «A Inglaterra me dirijo», y aunque nos ofrecimos para albergarlo durante algunos días (no tenía muy buen aspecto y tenía una tos horrible), no quiso ni oír hablar de esa posibilidad. No paraba de repetir: «Ya he salido demasiado tarde, me temo. Ya he perdido a sir Geoffroi, y este asunto he de concluirlo lo mejor que pueda».

»Así, Marie le dio algo de su linimento verde para que se lo frotara en el pecho, ¿sabes?, aquello que apesta como los dientes del diablo y te hace saltar las lágrimas... una vez dijiste que preferías la tos. Y les dimos a ambos una buena comida y algo de vino tinto.

—¿Y luego?

—Luego se marcharon. Patrice y Luke recorrieron con ellos parte del camino y después nos informaron de que, la última vez que los vieron, el viejo y el muchacho cabalgaban en dirección a Calais.

Josse se esforzaba por pensar... En un viejo que había muerto a principios de agosto en el valle de Hawkenlye. Que tenía una tos muy fuerte e iba acompañado de un criado joven. Un extranjero.

De pronto, le preguntó a Yves:

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo llegó el viejo a Acquin?

Yves se removió incómodo en su silla.

—No te gustará oírlo.

—Vamos, dime. —El tono de Josse era implacable.

—Fue el pasado mes de julio. A mediados de mes, tal vez un poco más tarde. Oh, lo siento, Josse, sé perfectamente que debería haber venido antes a contártelo; al fin y al cabo, no teníamos ni idea de qué era lo que quería de ti y, con lo poco que sabíamos, quizá su intención fuera hacerte daño. Pero, mira, estábamos justo empezando la cosecha y luego, a principios de agosto, tuvimos una semana de tormentas (terribles, una lluvia como no has visto en tu vida), y eso nos retrasó. Luego tuvimos que bombear el agua, porque el Aa se desbordó e inundó las orillas por varios puntos, y algunos de nuestros pastos también quedaron anegados, y tuvimos que...

—No pasa nada, Yves. —Josse se levantó y fue a posar una mano sobre el hombro de su hermano—. Lo comprendo. La vida de los granjeros conlleva muchas exigencias, lo sé perfectamente, aunque no las conozca todas con detalle.

—Por favor, no pienses que me estoy quejando —dijo Yves, muy serio—. Me encanta la vida que llevo, y amo Acquin como la sangre que corre por mis venas. Agradezco simplemente que... —Se detuvo de pronto, con una expresión confusa y ligeramente avergonzada.

—¿Que tu hermano mayor decidiera hacerse militar y no granjero? —acabó la frase Josse, riendo—. Yves, mi querido hermano, si tú te alegras, yo también, de tener a alguien no solamente capaz, sino dispuesto a hacerse cargo de Acquin y de todos sus trabajadores y sus responsabilidades. —Vaciló un momento. No sabía si continuar sermoneando a su hermano, pero ciertas cosas había que decirles, y no tenía oportunidad de hacerlo demasiado a menudo.

»Estás haciendo un buen trabajo con las propiedades de nuestra familia —dijo, después de haber hecho una pausa para ordenar sus ideas—. No voy a casa tan a menudo como debería, pero siempre que lo hago es para darme cuenta de que todo marcha sobre ruedas, con una familia feliz y saludable que la habita y, por todas nuestras tierras, lo que parece ser una comunidad próspera y satisfecha de campesinos.

Yves, ruborizado, musitó algo sobre el hecho de contar con la ayuda de Patrice, Honoré y Acelin, pero Josse sabía perfectamente que los hermanos menores eran los seguidores; Yves, el líder.

Después de él, por supuesto.

Y, como acababa de decir, él no volvía a casa con la frecuencia que debería.

Cambiando de tema —lo que, pensó, era un alivio para ambos—, Josse preguntó:

—¿Dijo algo más el viejo? ¿Cómo había conocido a nuestro padre, por ejemplo?

Yves negó con la cabeza.

—No. Lo presionamos un poco, hasta donde la cortesía nos permitió, pero no

quiso revelar nada de su misión. No dejaba de repetir: «Debo permanecer fiel a mi amigo. Para él es demasiado tarde, así que debo encontrar a su primogénito y presentarme ante él en su lugar». No tenía aspecto amenazador, de verdad, Josse, en absoluto. Si hubiéramos tenido la sensación de que era peligroso, no le habríamos dicho dónde encontrarte.

—Lo sé perfectamente, Yves. No te mortifiques. —Josse anduvo unos instantes arriba y abajo de la estancia, mientras pensaba, y luego añadió—: En cualquier caso, si tenía intención de hacer algún daño, ahora es demasiado tarde. —¿Demasiado tarde?

—Así es. Si tu viejo es el viejo que imagino, entonces está muerto. Vino hasta aquí. Su tos debió de empeorar, puesto que quería tomar las aguas curativas del santuario que administran los monjes de Hawkenlye, abajo en el valle. Sólo que llegó tarde. La noche anterior a su cura de agua sagrada, murió.

Yves se santiguó.

—Descanse en paz —musitó.

—Amén.

—Parecía un tipo bastante decente —caviló Yves—. Y es de admirar que un hombre, a su edad, emprenda un largo viaje para cumplir un deber con un amigo del pasado, fuera lo que fuese —suspiró.

—¿Un largo viaje? —preguntó entonces Josse con cautela.

—Sí. Venía de Lombardía. O tal vez de Liguria. Bueno, venía del extranjero.

Extranjero. Otra vez esa palabra.

—Supongo que... —dijo Josse, con el corazón acelerado—, tu viejo amigo no te reveló su nombre.

—Sí, claro —asintió Yves tranquilamente—. ¿No te lo he dicho? Bueno, en realidad no me lo dijo; era más bien reservado, si no recuerdo mal. Pero un día oí al muchacho que lo acompañaba: estaba muy inquieto, parecía nervioso y enfadado, como si hubiera hecho algo mal y esperara que cayera sobre él toda la ira de su amo. En fin, estaba murmurando algo sobre separarse del camino del viejo, al menos, eso es lo que entendí, y se refirió a él por su nombre.

—¿Y? —exclamó Josse, luchando por reprimir su impaciencia.

—Se llamaba Galbertius Sidonius. Extraño nombre, ¿no? ¿Lo ves? ¡Ya te dije que era extranjero!

Josse pensó que ya habían abusado bastante de la amabilidad de la abadesa. Todavía boquiabierto por la revelación de Yves, acompañó a su hermano hasta la enfermería, donde encontraron a Helewise conversando con la enfermera, a quien Josse presentó a su hermano.

—Tenemos mucho de qué hablar mi hermano y yo —le murmuró Josse a la abadesa. Le contó lo del viejo visitante de Yves y, todavía más crucial, su identidad, y la abadesa abrió los ojos de par en par.

—Entiendo —le contestó—. ¿No deseáis usar mi habitación para deshacer este

embrollo?

—Gracias, pero no, mi señora. Buscaremos un rincón tranquilo en los alojamientos del valle donde podamos hablar toda la noche, si es necesario, sin sentir que os estamos molestando.

—Y donde nadie os moleste —añadió, astuta—. ¿Le habéis contado a vuestro hermano lo de vuestro visitante real? —Ahora hablaba tan bajo que Josse apenas podía oírla—. ¿Y vuestra conversación con John Dee?

—No, todavía no. Pero lo haré —aseguró él en tono grave—. Tengo la sensación de que resolver este misterio requerirá todo el conocimiento y más inteligencia de la que poseemos Yves y yo juntos.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Sir Josse, no preveáis la derrota antes siquiera de empezar! —lo reprendió—. Tengo fe en vos, y rezaré para que Dios os guíe hacia la luz. —Le dio un breve apretón en el brazo y él agradeció su gesto—. Y ahora, si me disculpáis, sor Eufemia me está esperando.

—Por supuesto, por favor. —Josse hizo una reverencia y, después de cruzar una mirada fugaz con su hermano, se lo llevó de la enfermería.

Abajo, en el valle, le contó a fray Saúl lo que necesitaba, y éste, después de reflexionar un rato, se lo proporcionó. Pronto, Josse e Yves estuvieron instalados en un rincón protegido de la corriente de aire y de las miradas indiscretas por unas cuantas verjas, con unos buenos colchones en los que recostarse y una pequeña hoguera para alegrar los corazones. Puesto que empezaba a caer la noche, también les proporcionaba una agradable luz.

Cuando los discretos pasos de Saúl dejaron de oírse, Josse le contó a Yves la visita del príncipe Juan a Nuevo Winnowlands, luego lo del cadáver que hallaron en el campo de helechos, su visita a John Dee, y todo lo que pudiera tener la más mínima relevancia.

Cuando acabó, Yves permaneció tanto rato en silencio que Josse empezó a pensar que se había quedado dormido. Pero luego dijo, con un fuerte suspiro:

—Josse, todo eso está muy bien.

—¿El qué?

—Esta profusión de detalles con la que acabas de asaltarme... —Josse percibió la sonrisa en la voz de su hermano.

—¿Pero? —Josse estaba convencido de que habría algún «pero».

—Pero no es por ahí por donde hay que empezar —dijo Yves, con firmeza—. Este misterio empieza, si lo analizamos bien y como una secuencia, cuando Galbertius Sidonius decide que irá a visitar a padre. Retrospectivamente, me atrevería a decir que Galbertius sabía que estaba a punto de morir, y que quería hacer las paces. ¿Cuál fue su expresión? Permanecer fiel a padre, antes de que fuera demasiado tarde.

—Él y padre debieron de ser amigos, entonces, años atrás —dijo Josse—. ¿Recordabas su nombre, Yves?

—No.

—Yo tampoco. No debía de ser un muy buen amigo, ni muy próximo; de lo contrario habría visitado Acquin, habría querido conocer a la esposa y a la familia de padre.

—Tienes razón —asintió Yves.

«Razonable sí parece —pensó Josse, mientras el silencio se extendía—. Pero no nos sirve de nada».

—Tal vez haya otra manera de entrar en este laberinto —dijo entonces, cauteloso—. Tal vez, Yves, debamos analizarlo desde el punto de vista de padre. ¿No podríamos recordar su vida, lo que hizo, la gente que conocía, ese tipo de cosas, y ver si de pronto se no hace la luz de alguna manera?

—¿Eso ayudaría? —El tono de Yves era incrédulo.

—Bueno, mal no nos puede hacer.

Josse se apoyó sobre un codo y miró a su hermano, al otro lado de la pequeña fogata. En ese momento le recordó tanto a su padre que el corazón le dio un vuelco; todos habían amado tanto a Geoffroi, y Josse, de hecho, lo echaba todavía mucho de menos. La muerte de su amado padre dejó un hueco que en realidad nada podría llenar.

—¿No sería un regalo excepcional —añadió con astucia al cabo de un momento — permanecer aquí, en esta suave penumbra y, con nuestros recuerdos y nuestro cariño, evocar a nuestro padre?

Se oyó el leve sonido de un sollozo reprimido y luego Yves respondió, algo tembloroso:

—Sí, Josse; lo sería.

## **SEGUNDA PARTE**

### **ULTRAMAR, VERANO DE 1148**

En nuestros días, Dios ha instituido las guerras santas para dar a la orden de los caballeros y a la muchedumbre que corre tras su estela la posibilidad de encontrar una nueva forma de obtener la salvación.

**GUIBERT DE ROGENT**

## CAPÍTULO SEIS

Geoffroi d'Acquin, de veintidós años de edad, fuerte y saludable, cantaba con ganas junto a los otros soldados mientras abandonaban Antioquía, por el largo camino que los llevaría en dirección sur, hasta Jerusalén. Muchos de los soldados eran antiguos combatientes y adornaban con sus propias letras lascivas las conocidas melodías. Geoffroi, que las había aprendido meses atrás, también las cantaba, riendo al tiempo con la sana alegría de un hombre joven que cabalga hacia la batalla en su montura.

Prácticamente desde que tenía uso de razón, Geoffroi sabía que iba a ser soldado. Su primera espada fue una pequeña punta de madera, no muy grande, pero lo bastante fuerte como para abrir la cabeza de su hermano mayor cuando Robert no pudo apartarse a tiempo. El Geoffroi de tres años de edad recibió entonces una azotaina —no demasiado severa, puesto que sus padres no creían que la manera correcta de imponer la disciplina fuera a golpes—, y lo que le resultó bastante más doloroso, le quitaron la pequeña arma y su caballito de madera durante una semana.

Cuando creció, Geoffroi solía decir que había aprendido a cabalgar antes que a andar, aunque en realidad fuera una exageración; la cabalgata en cuestión había consistido en ir sentado delante de su padre sobre la yegua grande, *Heracles*, con su voz aguda de chaval de diez meses gritando con una mezcla de miedo y fascinación. Con cinco años ya cuidaba a su propio poni (con la ayuda discreta de un amable mozo), y como su madre solía comentar, era demasiado valiente para salir indemne.

Geoffroi siempre había comprendido que el heredero de las propiedades de Acquin era Robert, su hermano, tres años mayor que él. Sus padres, sir Robert y lady Matilda, animaron a su segundo hijo en sus ambiciones militares. Robert estaba más que capacitado para heredar las responsabilidades de terrateniente, llegado el momento, e iba a ser mejor tener alejado a su hermano más próximo —que a su vez era su rival— cuando eso sucediera. Además, había otros niños en Acquin que permanecían allí y ampliaban su población. Estaban Esmái, tres años menor que Geoffroi, y el más pequeño de todos, William. Nacido seis años después que su hermano precedente, era el bebé de la familia y también su mascota.

Cuando Geoffroi tenía siete años se marchó del domicilio familiar en Acquin para prestar su servicio como paje en casa de uno de los mejores amigos de su padre. Sir Girald, vasallo de Godofredo Plantagenet de Anjou, era un amo severo y, a pesar del afecto que sentía por el chico, no mostraba ninguna indulgencia con él. Geoffroi aprendió el oficio a través de la disciplina. Con el tiempo, y todavía en la residencia de sir Girald, se convirtió en escudero. Impaciente, incansable, Geoffroi esperaba la oportunidad de llevar a la práctica todos los conocimientos que había adquirido a lo largo de los últimos diez años.

No tuvo que esperar mucho. En 1145, con diecinueve años de edad, fue enviado con un destacamento de soldados de sir Girald para incorporarse al séquito del joven

Enrique. Enrique, hijo de Godofredo Plantagenet y su esposa, la emperatriz Matilde de Inglaterra, era, por línea materna, nieto de Enrique I de Inglaterra. Su padre había sido tocado el año anterior con la corona ducal de Normandía por su soberano, Luis VII de Francia. Aunque tenía solamente doce años de edad, Enrique ya mostraba claros síntomas de que seguiría los pasos de su fuerte y enérgico padre —la incorporación de Normandía por parte de Godofredo fue a través de la conquista—, y la emoción, el atrevimiento y la ambición de la corte Plantagenet le iba a Geoffroi como anillo al dedo.

Obtuvo su grado de soldado en otoño de 1145.

Era el momento ideal.

Durante el año anterior habían llegado a Europa occidental noticias alarmantes desde Oriente. Cincuenta años atrás, la primera cruzada había logrado arrebatarse la Tierra Santa de Ultramar a los turcos; así, se establecieron los cuatro Estados cruzados, el más importante de los cuales era Jerusalén. Sin embargo, en invierno de 1144 la ciudad de Edesa, capital del primer Estado cruzado, cayó en manos de los sarracenos bajo el mando de Zengi, gobernador de Alepo y Mosul. Aunque Zengi no vivió lo bastante como para disfrutar demasiado tiempo de los frutos de su conquista —murió durante el mes de septiembre siguiente, asesinado, según se dijo, por un esclavo—, lo sucedió su hijo, Nureddin, a quien precedía la reputación de guerrero cruel. Fanático religioso, Nureddin dejó bien claro que no descansaría hasta haber completado la reconquista musulmana de Tierra Santa.

No obstante, los Estados cruzados, acuciados, mandaron peticiones de ayuda cada vez más desesperadas y, en diciembre de 1145, el nuevo papa, Eugenio III, les respondió.

El papa delegó en el gran Bernardo de Claraval para que fuera a predicar la nueva cruzada. En Vézelay, durante las celebraciones de la Pascua de 1146, su apasionado discurso emocionó a miles de personas. Encabezados por el rey Luis de Francia y su esposa, León de Aquitania, hombres y mujeres de todas las edades corrieron a seguir su ejemplo y a llevar la cruz. Fue tal la demanda que la oferta de cruces de tela se agotó, y Bernardo tuvo que usar parte de su hábito para confeccionar más.

Entre la muchedumbre entusiasta, con el rostro iluminado por una mezcla de devoción religiosa (Bernardo de Claraval era un orador carismático) y pura ilusión, se hallaba el nuevo caballero, sir Geoffroi d'Acquin.

Los preparativos de la gran empresa llevaron un año entero. Mientras el rey y la reina gravaban a sus súbditos hasta el límite de lo soportable y las iglesias corrían a ofrecer sus tesoros, los caballeros corrientes como Geoffroi d'Acquin regresaron rápidamente a casa para ver cuántas deudas podían cancelarse y cuánto podía ser vendido o permutado para poder emprender la marcha totalmente equipados. Un buen caballo, una armadura y algunas armas no resultaban baratos; Geoffroi sabía bien que su familia debería apretarse el cinturón y hacer algunos sacrificios. Sin embargo, conociéndolos como los conocía —o como, al menos, esperaba conocerlos—, sabía

también que, en este servicio tan vital que la cristiandad rendía a Dios, lo harían encantados y le prestarían todo el apoyo necesario. Y además —eso no tenía ni que pedirlo—, rezarían por él todo el tiempo.

El enorme ejército cruzado —realeza, señores y damas, nobles, caballeros, ballesteros, infantería, estrategas, artificieros, clérigos, enfermeras, cocineros, seguidores de campo y otros acompañantes hasta un total de cien mil personas— emprendió finalmente la marcha desde París en junio de 1147. Se reunieron con el emperador Conrado de Alemania en la ciudad de Metz, y los dos ejércitos iniciaron el periplo por rutas separadas, hacia oriente y hacia el sur. Geoffroi, marchando con los franceses, viajó hacia el sur, a través de Baviera hasta el Danubio, cuyo curso siguieron por Hungría y Bulgaria.

En octubre llegaron a Constantinopla. Después de su larga marcha a través del continente en dirección sur, los ejércitos estaban necesitados de un buen descanso, y podrían haberse quedado más tiempo —a pesar de que su hospitalidad se estaba agotando—, de no ser por un eclipse de sol en la cuarta semana del mes. Antes de que la determinación y los ánimos del ejército pudieran verse mermados por la rápida propagación del rumor de que eso representaba un mal augurio y significaba que la suerte de la cruzada estaba echada, Luis ordenó levantar el campamento y seguir avanzando hacia el sur.

La mala suerte que muchos creyeron determinada por el eclipse no tardó en llegar. Una orden desobedecida en las desoladas y ventosas tierras del interior de Turquía dejó al gran ejército a merced de los enemigos. Los turcos emboscaron a los cruzados en un paso estrecho y los asesinaron por millares. Los horrorizados cruzados se reagruparon y se dirigieron a la costa, donde, después de sufrir unas condiciones terribles, de epidemia y de casi hambruna, los que sobrevivieron zarparon finalmente rumbo a Tierra Santa.

El mal augurio del eclipse todavía no había acabado. Tormentas y tempestades barrieron la flota de barcos, muchos de los cuales se fueron a pique. Algunos de los hombres que consiguieron desembarcar se habían pasado casi un mes en el mar para superar la normalmente breve y tranquila travesía desde Anatolia hasta Antioquía.

Geoffroi, mientras se recuperaba en un hospital de campaña de los efectos combinados de la diarrea (provocada por beber agua de mar durante la travesía), la grave deshidratación (estuvieron tres días sin beber antes de llegar a Antioquía) y un corte en la sien (alguien lo golpeó con un barril mientras el buque atracaba), tenía la sensación de que aquel viaje de diez meses le había hecho envejecer diez años. Como mínimo.

Sin embargo, se recuperó rápidamente. Al cabo de poco más de una semana volvió a sentirse totalmente restablecido. Además, como el resto del valiente remanente que había salido con tanta alegría y optimismo de París, hacía ya tantos meses y tantas millas, estaba ansioso por continuar con su misión. Había muerto mucha gente —por culpa del enemigo, por accidente, de enfermedad, heridos,

epidemias o ahogados—, y muchos se habían quedado sencillamente sin comida o sin dinero y se habían rendido. No se podía, pensó Geoffroi, comprensivo, juzgar a un hombre por su falta de coraje; las circunstancias habían sido tan terribles en tantas ocasiones que seguramente resultaba asombroso que los desanimados y los que habían tirado la toalla no fueran muchos más.

Geoffroi se dispuso a dar las gracias a Dios por no haber sido uno de ellos. Mientras rezaba, con los ojos fijos en la figura atormentada de la cruz que tenía en el altar frente a sí, su corazón se llenó de amor y misericordia. Su Redentor había sufrido mucho más que cualquiera de los cruzados, reflexionó Geoffroi; seguramente podrían soportar su pequeña porción de su dolor en esa gran iniciativa para recuperar Tierra Santa. «Para Vos, Señor —murmuró Geoffroi—; todo es para Vos».

Con los ojos cerrados y la cabeza agachada, rezó, con fervor renovado, por recuperar la fuerza y el coraje de seguir la voluntad de Dios.

Al día siguiente, el ejército marchó de Antioquía rumbo al sur con destino a Jerusalén.

—Dicen que el rey y la reina vuelven a tener problemas. —Quien hablaba era un caballero inglés, bastante mayor que Geoffroi. Era alto, de espalda ancha y fornido; su pelo rojizo brillaba bajo el fuerte sol primaveral de Ultramar—. Lo cual no me sorprende, puesto que ella ha estado demasiado pendiente de su tío Raimundo todos esos días que hemos pasado en Antioquía.

Geoffroi sonrió.

—¿Dicen, Herbert? —preguntó—. ¿Con quién has estado hablando, con las lavanderas?

Herbert de Lewes se rió.

—No sólo las lavanderas cotillean —contestó. Espoleó al caballo para que se acercara un poco más, bajó la voz y prosiguió—: Se ha cansado de él, dicen. No es extraño que le haya hecho ojitos a Raimundo; es fuerte y bien parecido, y bastante más viril, creo, que tu precioso y piadoso Luis. —Recordando de pronto que se estaba dirigiendo a un súbdito del rey Luis, aunque Geoffroi se hubiera convertido en un amigo, añadió—: La piedad es, indiscutiblemente, un sentimiento admirable, y yo...

—Basta, Herbert —dijo Geoffroi, comprensivo—, no me siento ofendido, así que no hace falta que sigas rizando el rizo.

Herbert, que aparentemente se sintió disculpado con estas palabras, continuó con las indiscreciones:

—La despertaron a medianoche, ¿sabes? Irrumpieron en su alcoba, echaron a sus doncellas y la envolvieron en una manta. ¡Entonces la llevaron hasta una camilla cubierta y la sacaron de allí antes de que Raimundo pudiera darse cuenta! —Soltó otra risotada—. Ahí no hubo ninguna despedida amorosa, ¡puedes estar seguro!

Siguieron cabalgando, mientras Herbert seguía hablando sin cesar, casi siempre con especulaciones cada vez más absurdas sobre el rey Luis y su reina. Ya no compartían lecho. Ella deseaba divorciarse, alegando que en realidad eran primos y

que jamás deberían haberse casado. La preferencia del rey por las plegarias en vez de los placeres de su lecho matrimonial significaba que ya no era capaz de satisfacer a ninguna mujer, y desde luego, no a la atractiva mujer de sangre caliente que era la reina Leonor. Ella acabaría marchándose, volviendo a Antioquía, se casaría con Raimundo y reinaría a su lado.

Geoffroi, con el calor del sol sobre la espalda y el espectacular y agreste paisaje de la franja costera desplegándose vívidamente ante sus ojos maravillados, dejó de escucharlo.

Herbert era un buen tipo, pensó, pero, Virgen santa, ¡cómo hablaba! Se conocieron cuando ambos se recuperaban después del terrible viaje desde Anatolia. Las pobres reservas de alimentos —ingredientes secos y harinosos, además de escasos— y la falta de agua se habían combinado para provocarle a Herbert un estreñimiento agudo, y el pobre sufrió unas terribles hemorroides. Codo a codo en el hospital de campaña, las tripas de Geoffroi se convirtieron en agua, mientras que las de Herbert se volvieron de piedra, y poco a poco, mientras se recuperaban, empezaron a ver el lado cómico de la situación. Al no tener nada que hacer en todo el día más que lamentarse y hablar entre sí, acabaron convirtiéndose en buenos amigos. Herbert incluso había hecho a Geoffroi el gran honor de hablarle de su familia en Inglaterra, incluyendo (y en especial) a su favorita, su bella hija Ida: «Tiene el pelo del color de las hojas en otoño, los ojos azules como el cielo veraniego, y la cintura tan fina que podrías rodearla con tus dos manos». Ahora, a pesar de cabalgar con contingentes distintos, a menudo se buscaban el uno al otro.

—...es probable, dicen, que ahora se mantenga en segundo plano durante algún tiempo. —Herbert, volviéndose a mirar al rostro de Geoffroi, le dijo, con tono acusatorio—: ¡No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he contado!

—¡Sí! —respondió el joven, sintiéndose culpable—. La reina se ha fijado en su tío y Luis ya no visita su cama. Y, eh...

Herbert le dio un empujón amistoso que casi lo tumbó de su montura.

—¡Vamos, hombre! Seguro que estás pensando en la batalla que nos aguarda, ¿no?

—No, yo...

Pero a Herbert nadie lo iba a despojar de la imagen que se estaba formando de un joven caballero ansioso, encendido por el ardor de las batallas que lo aguardaban. Mientras se embarcaba en otro de sus temas favoritos —la gloria de la lucha por los lugares santos de Dios—, Geoffroi volvió a su tranquila contemplación del paisaje.

La marcha de Antioquía a Jerusalén duró más de un mes. A medida que el ejército se acercaba a la Ciudad Santa, la fatiga, la enfermedad, la nostalgia y las lesiones iban quedando olvidadas en una especie de éxtasis colectivo que se apoderaba de los cruzados. Cuando por fin divisaron la primera imagen de las murallas de Jerusalén, todavía muy lejos pero que brillaban bajo la intensa luz como un faro que les daba la bienvenida, a muchos de ellos los embargó la emoción.

Estamos ya tan cerca, pensó Geoffroi aquella noche, mientras junto a sus camaradas rezaba de rodillas. Aunque no estaba del todo seguro de lo que les esperaba —Jerusalén estaba a salvo en manos de los francos, al parecer, y seguramente no habría necesidad de luchar allá—, sabía que, tarde o temprano, se encontraría en medio de la batalla. Sus dedos hallaron y acariciaron la cruz paté que llevaba cosida en el hombro de su túnica. Ahora desgastada, empezando a deshilacharse a pesar de los puntos cuidadosos y minuciosos de su madre, sabía que la llevaría hasta cumplir la promesa que había hecho al recibirla.

Recordó las palabras pronunciadas aquel día inolvidable. Los cruzados, según los había informado Bernardo de Claraval, tenían la rara fortuna de recibir esa oportunidad de poder salvarse. Dios les hacía el supremo favor de «fingir» necesitar sus servicios para recuperar su Reino Sagrado mientras que, de hecho, su verdadero motivo era permitir a los cruzados que lucharan por él, para poder otorgarles la remisión de sus pecados y la gloria eterna.

En aquel momento, Geoffroi no estuvo muy seguro de haber comprendido la lógica de ese razonamiento. Y ahora todavía lo estaba menos. Pero se dijo que no importaba; Dios había llamado, él había respondido, y ahora, aquí estaba, dispuesto a hacer lo que le dijeran, preparado para entregar su propia vida, si era preciso, para recuperar el reino terrenal de Dios. El hecho de que ese acto supremo de penitencia fuera —o así se lo habían prometido— a absolverlo de todos sus pecados —tanto los que era consciente de haber cometido como los que ignoraba— era una suerte de tranquilidad continua y eterna. Un consuelo. No, pensó, esforzándose por poner palabras a sus emociones, era algo más que eso. Era...

Pero en ese momento el cura oficiante elevó la voz y literalmente gritó al cielo, y a Geoffroi, llevado por aquella intensa marea de emoción, se le acabó el tiempo para sus pensamientos íntimos.

A aquella noche la siguió un largo período de inactividad; en el ambiente reinaba una intensa desazón. Tal y como Herbert comentó, habían hecho aquel viaje tan largo y habían sufrido tanto para ver finalmente Jerusalén, para acabar en un campo sin nada que hacer, matando el tiempo mientras interminables reuniones y consejos decidían cómo proceder.

Había desacuerdos entre los dirigentes de la cruzada, eso era evidente. El tío de la reina Leonor, Raimundo, había declarado que no deseaba intervenir más en las reuniones, lo cual, según observó Herbert, era comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias. Y el conde de Trípoli, «según decían», había sido acusado de intentar envenenar a otro conde y había desaparecido rápidamente.

—¿Sabes?, tu rey Luis —pontificó Herbert—, con todo lo devoto y piadoso que es (¡y lo es, todos lo sabemos!), no es lo que llamaríamos un político, ¿no crees?

Geoffroi, a quien se dirigían estos comentarios, estaba de acuerdo.

—Mira —continuó Herbert—, hay tantas cosas que ocurren a escondidas, por decirlo de alguna manera, que un hombre de ideas claras, de mente sencilla y

temeroso de Dios como el rey Luis, sencillamente, no alcanza a verlas. ¡Lo cual dice mucho a su favor! —añadió apresuradamente, para evitar que Geoffroi se ofendiera—. ¿Sabes? Hay tantas intrigas y maniobras políticas en danza... Además, nuestros dirigentes políticos parecen mucho más interesados en lo que van a sacar de todo esto que en lo que están llamados o no a hacer por Dios. Y, escúchame bien: algunos de esos francos de Ultramar, esta misma gente cuya llamada de socorro hemos venido a responder desde tan lejos, parecen no querer vernos por aquí. Estamos interfiriendo, dicen, y metiendo las narices en donde no nos llaman. —La indignación le salía por todos los poros, y añadió, furioso—: ¡Imagínate!

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Geoffroi.

—¿Hacer? —repitió Herbert. Luego, encogiéndose de hombros, declaró—: No lo sé, muchacho. Esperar órdenes, como siempre, y luego obedecerlas.

Las órdenes, cuando al fin llegaron, parecieron al principio incomprensibles. El inmenso ejército de cruzados, que había llegado tan lejos a un coste tan alto, debía atacar Damasco.

—¡Pero yo creía que Damasco era una plaza amiga, y no enemiga! —dijo Geoffroi cuando el siempre confidente Herbert le comunicó la noticia.

—Amiga o enemiga, eso es lo que debemos hacer —repitió Herbert, antes de sumirse en su habitual silencio.

—Pero uno no lucha contra sus aliados, ¿no? —empezó a razonar Geoffroi, que de pronto sintió miedo de seguir haciendo comentarios.

Herbert lo fulminó con la mirada.

—No es nuestra misión poner en duda las decisiones de nuestros superiores, muchacho —le dijo secamente. Luego, suavizando un poco el tono, añadió—: Me temo que son esos templarios los que están detrás de todo esto. Han estado reuniéndose en secreto con el emperador Conrado, o eso es lo que he oído, y el asalto a Damasco es el resultado. Forma parte de una estrategia, acuérdate de mis palabras: estrategia. —Esta última palabra fue casi escupida.

Geoffroi, sin entender, esperando lo mejor y rezando por conservar el coraje de enfrentarse a lo que fuera, no tuvo respuesta.

Al día siguiente marcharon a atacar el emirato turco de Damasco.

## CAPÍTULO SIETE

El breve y torpemente planeado ataque a Damasco resultó un fracaso.

Ni Geoffroi ni sus camaradas podían imaginarlo mientras, a finales de julio, se acercaban a la ciudad y se preparaban para la batalla. Aquella mañana, mientras tomaba la comunión después de haber confesado humildemente sus pecados, Geoffroi había rezado por el éxito de la misión.

Luego, en una acción que, de una orden de ataque, se convirtió de pronto en una desbandada, cabalgó hacia la batalla.

Junto al ejército cruzado cabalgaban contingentes de colonos francos pero, incluso con esta bienvenida incorporación a sus filas, la misión parecía desproporcionada. Incapaz de penetrar en aquella ciudad fuertemente defendida, el ejército decidió sitiaria.

Punto muerto.

Los rumores empezaron a circular.

Alguien dentro de la ciudad —tal vez incluso el emir— había sobornado a los dirigentes de Jerusalén para que se rindieran y emprendieran la retirada. Se habían solicitado refuerzos y ahora había un enorme ejército musulmán que avanzaba hacia Damasco, decidido a masacrar a cualquier cristiano que se cruzara en su camino. El propio Nureddin avanzaba con ellos, con sus ojos de fanático iluminados ante la perspectiva de ver a montones de cristianos muertos. Los colonos francos planeaban abandonar a sus camaradas recién llegados y, lo que era todavía peor, entregarlos a los turcos. O a los musulmanes. O a ambos. La moral se hundió.

Al cuarto día se levantó el sitio y se ordenó la retirada al ejército cristiano.

Entonces se desataron todas las furias del infierno.

Luchando por su vida, sin ninguna idea clara de cuáles eran las órdenes o, ni siquiera, de cuál era la opción más razonable, Geoffroi imitó a sus camaradas y batalló su escapada a través de las multitudinarias filas enemigas. No tenía ni idea de si los hombres morenos y curtidos con los que luchaba eran turcos damascenos que habían ido a expulsar a los invasores o tropas musulmanas de élite a las órdenes de Nureddin.

Todo cuanto sabía era que el enemigo luchaba con una eficiencia y una furia que él, también guerrero, no podía más que admirar. Soldados profesionales, muchos de ellos usaban los arcos —de una forma curva peculiar— como armas de asalto de caballería, disparando desde sus monturas con una maestría que sólo podía ser fruto de la experiencia y de interminables horas de entrenamiento.

El efecto sobre el ejército cristiano fue devastador. Geoffroi sólo veía caer hombres a su alrededor, algunos víctimas de las terribles flechas disparadas por aquellos extraños arcos, otros arrancados de sus caballos para ser luego descuartizados a punta de puñal o de espada.

De pronto, Geoffroi pensó que tal vez estuviera a punto de morir.

Mientras lo pensaba, lo invadió una sensación de distanciamiento. «No puedo evitar lo que el destino me depara —reflexionó con fatalismo—. Debo hacer todo lo que pueda —de entre todas las imágenes posibles, la que le vino a la mente fue la de su familia haciendo un sacrificio tras otro para que él estuviera hoy allí, luchando frente a Damasco— y, si eso no me ayuda a escapar, entonces he de morir y, con mis pecados absueltos, ir al paraíso».

Entonces espoleó a su caballo, soltó un fuerte grito y, con la espada levantada, cabalgó hacia la batalla.

Al cabo de un tiempo indeterminado —pudo haber sido una hora o varias—, Geoffroi se encontró en medio de una avalancha de caballeros francos que se esforzaban por salir de lo que parecía ser un intento de emboscada. Unas cuantas tropas enemigas habían intentado acorralarlos pero, en aquellos momentos, los cristianos superaban en número a los turcos, o musulmanes, fueran quienes fuesen, y los soldados enemigos estaban sufriendo una masacre continuada.

Geoffroi, atraído por un repentino gemido agudo, se volvió y vio la figura de un chico musulmán, de pequeña estatura, estupefacto ante un guerrero franco a caballo que lo asediaba.

En un momento de especial parálisis, el muchacho volvió la cabeza y sus ojos aterrorizados se encontraron con los de Geoffroi. ¡Pero si no es más que un niño!

—¡Espera! —gritó, agitando su espada contra el guerrero atacante—. ¡Detén la mano!

El soldado, que o bien no oyó, o bien eligió ignorar la llamada de Geoffroi, espoleó a su caballo.

El chico estaba herido; tenía un corte en la cabeza que sangraba profusamente, y todo el lado derecho de su rostro parecía estar tenido de escarlata. Además, parecía sufrir una conmoción; caminaba dibujando círculos, tropezando, intentando levantarse para tan sólo volver a caer.

Geoffroi vio entonces una salida clara: si giraba totalmente hacia la derecha, quedaría frente a la entrada de una especie de túnel entre dos salientes de roca donde, por unos instantes preciosos y vitales, quedaría fuera del alcance del soldado agresor.

Geoffroi le hizo señas con la mano mientras espoleaba a su caballo y galopaba en su dirección.

—¡Corre hacia allí, chico! —le gritó—. ¡Rápido, ve a refugiarte!

Pero los ojos enormes y aterrados del muchacho parecían estar en blanco; no había comprendido nada.

El guerrero estaba a punto de atraparlo.

Geoffroi, ahora a todo pulmón, gritó:

—¡No! ¡Es tan sólo un niño, no es un soldado! ¡Déjalo, déjalo escapar!

El soldado siguió cargando.

Tirando de la cabeza de su caballo con tanta fuerza que el animal estuvo a punto de tropezar, Geoffroi cambió de rumbo y voló hacia un camino que se cruzaba con el

del soldado. Pasó tan cerca de él que pudo ver los ojos del guerrero tras la rendija de su visor —oscuros, concentrados, penetrantes—, entonces volvió a girar y, reclinándose desde la silla del caballo y bajando el brazo izquierdo con más fe que expectativa, recogió al niño y lo sacó del camino del agresor.

Entonces, antes de que el guerrero tuviera tiempo de aflojar el paso y girar, Geoffroi espoleó a su montura y, serpenteando y dando un brusco giro, huyó de la escena.

Estaba tan excitado que, durante unos minutos, sólo fue capaz de aferrarse al niño —a quien el terror parecía haber paralizado por completo— y exigir a su pobre caballo que siguiera galopando. Y así fue hasta que, al cabo de un rato, de pronto se dio cuenta de que había dejado la batalla muy atrás.

Los tres, el caballo empapado, el hombre agotado y el chico catatónico, parecían estar totalmente solos.

Se encontraban en un valle plano —poco más que una llanura— y separados de la carnicería que habían dejado atrás por una corta hilera de pequeñas colinas. A toda prisa —aquella tregua podía no durar más que unos minutos—, Geoffroi descabalgó, sujetando todavía al chico, y lo dejó en el suelo.

El muchacho cayó de inmediato.

Arrodillado a los pies de Geoffroi, con el rostro entre las manos apoyadas en la arena y el trasero apuntando al cielo, se echó a llorar. Entre lágrimas, fue capaz de balbucear algunas palabras, pero en un idioma que Geoffroi no fue capaz de entender.

Agachado a su lado, Geoffroi le dijo suavemente:

—¡No voy a matarte, chico! ¿Crees que lo haría, cuando acabo de arriesgar la vida para salvarte?

El muchacho levantó la cabeza, cauteloso, como si no estuviera del todo seguro de poder hacerlo. Dijo algo, pero, de nuevo, Geoffroi no pudo entenderlo.

Se levantó y se acercó a su caballo, del que cogió una botella de agua y un trozo de tela. Luego regresó junto al chico, se sentó a su lado y le hizo un gesto que representaba el acto de lavarse la cara.

El niño —no aparentaba tener más de seis o siete años— lo miraba con ojos aterrorizados. «Así no vamos a ninguna parte», pensó Geoffroi, exasperado. Con suma cautela, tratando de no hacer ningún gesto violento, puso agua en la tela y empezó a lavar la cara del niño.

Al fin el chico pareció comprender que aquel hombre extraño y sudoroso del enorme caballo en realidad estaba intentando ayudarlo. Entonces, sometiéndose obedientemente a las curas de Geoffroi, permaneció inmóvil mientras éste le limpiaba lo que parecía sangre, la suficiente para llenar varias tazas.

El corte en sí mismo —en la frente del muchacho, justo debajo del pelo— no parecía muy profundo, y como suele ocurrir con las heridas de la cabeza, la cantidad de sangre no era indicativa de la gravedad de la herida. Para cuando Geoffroi hubo acabado de limpiarla, la hemorragia ya casi se había detenido, así que hizo una

compresa con parte de la tela que tenía y se la ató con fuerza con el resto.

—Eso es todo lo que puedo hacer por ti, jovencito —le dijo, mientras se apartaba un poco para evaluar el resultado de su cura.

El niño esbozó una tímida sonrisa, dejando ver unos dientes blancos y regulares. «Es hijo de un hombre rico —pensó Geoffroi—, si hago bien en juzgarlo según los esquemas de mis gentes, puesto que ningún chico pobre del norte tiene esos dientes tan limpios y blancos». La ropa del niño, también, bajo el polvo y la sangre, se adivinaba de buena calidad.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, consciente de que el muchacho no le iba a contestar—. ¿Llévate a la ciudad? No, me matarían antes de ver lo que llevo. ¿Dejarte aquí? No, puesto que no tenemos la garantía de que nuestras fuerzas no lleguen antes que tu gente, sea quien sea, para deshacer lo que he hecho por ti.

Permaneció inmóvil unos instantes, con el ceño fruncido.

Luego, a falta de un plan mejor, volvió a subir al chico al caballo, se colocó detrás de él y, con mucha cautela, cabalgó hasta un hueco que había en la hilera de colinas y escrutó la llanura frente a sí.

La batalla seguía en pleno clamor. Los cristianos, según pudo ver Geoffroi con claridad, se batían en retirada; los turcos y los musulmanes los estaban expulsando rápidamente desde las murallas de la ciudad.

Si pudiera actuar con gran rapidez, entonces quizá...

Como seguir pensando era probablemente un error —podía darse cuenta de errores muy evidentes en su plan—, Geoffroi no quiso esperar más. Espoleó a su caballo hasta el medio galope, manteniéndose en la medida de lo posible oculto bajo el débil refugio que le ofrecían las montañas, cabalgó en círculos dibujando una curva abierta, por detrás de los atacantes musulmanes y en dirección a la ciudad.

Luego se detuvo, dejó con cuidado al niño en el suelo y señaló la ciudad.

—Vamos, corre —le pidió.

El chico permaneció inmóvil.

—¡Corre!

Asustado ante aquel grito, el chiquillo, con una última mirada de sus ojazos negros, se volvió y echó a correr.

Geoffroi, cuya intención había sido mantener la voz baja y en general moverse con discreción, se marchó galopando en la dirección opuesta. Bastante convencido de que oía a unos turcos gritándole por detrás, de que podía sentir el estruendo de los cascos de sus caballos mientras lo perseguían y de adivinar cómo preparaban las flechas en sus arcos mientras corrían, se dirigió al refugio de sus colinas.

Y, al cabo de un rato, indemne y probablemente sin que el enemigo hubiera podido dar con él, se volvió a unir a su propio ejército en retirada.

Muchos soldados del ejército cristiano habían sido asesinados en la refriega de la retirada de Damasco. Muchos más habían sido heridos; de regreso al campamento, Geoffroi advirtió que se habían levantado una buena cantidad de tiendas hospital,

donde curaban a los heridos más graves. Gemidos, gritos y alaridos inundaban el aire, además del olor de la sangre. El calor y los insectos convertían el dolor de los heridos en tormento; las moscas volaban en tropel, atraídas por las heridas abiertas, llevando consigo una pesadilla de pequeñas sensaciones punzantes y, a medida que aterrizaban, eran ahuyentadas para volver a aterrizar al cabo de unos segundos. En el peor de los casos —y eso, los heridos, debían de saberlo—, hacían realidad la terrible amenaza de la infección.

Una vez el horrible pus amarillento invadía un corte —y eso lo sabían todos los cruzados—, se estaba a un paso de sufrir el dolor ardiente y escarlata de la inflamación, la fetidez agri dulce de la gangrena y, llegados a ese extremo, la amputación.

Geoffroi se había separado de su compañía y, por mucho que lo intentara, no lograba encontrarla.

En medio de sus indagaciones se cruzó con un rostro familiar: un guerrero bajo y fornido de Lombardía —¿o tal vez fuera Liguria?— con el cual, descansando a orillas de un pequeño afluente del Danubio, él y unos compañeros franceses habían hecho apuestas acerca de quién sería el primero en pescar un pez.

De eso hacía ya una eternidad.

—¿Perdido? —le dijo el moreno caballero—. Ya tienes la pinta.

Geoffroi se explicó.

—Ah, entonces no habrás comido.

—No tengo hambre.

El lombardo no le hizo caso. Tomó a Geoffroi del brazo, lo llevo a su propio campamento y le dio unas lonchas de carne salada y un pedazo de pan seco, acompañado de un vino ligeramente amargo.

Cuando Geoffroi le dio las gracias, el lombardo le indicó cómo volver a la línea de las tropas francesas.

Cuando regresó, supo que Herbert de Lewes había muerto.

Había recibido el impacto de una de aquellas flechas en el cuello. Aunque la herida en sí no había sido fatal, al intentar sacar la flecha, Herbert se cortó con la punta una arteria vital.

Todavía a lomos de su caballo, se desangró hasta morir.

Atónito, Geoffroi murmuró:

—Lo apreciaba. Era mi amigo.

—Sí —dijo el caballero que le había dado la noticia—, lo sé. —Vaciló un momento y luego prosiguió—: Tenemos un pequeño hatillo con sus pertenencias. Alguien dijo que había hablado contigo de su casa, del lugar de donde venía, de su familia, de ese tipo de cosas. Así que, nos preguntábamos... —Se detuvo, como si lo que estaba a punto de decir fuera demasiado abusivo para pedírselo.

Pero Geoffroi ya estaba acercando la mano para coger el paquete.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Me ocuparé de que lo reciban.

Luego se retiró a un lugar apartado para sufrir a solas y rezar por el alma de su amigo inglés.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. A pesar de sentirse exhausto y dolorido por las llagas, los pequeños cortes y las agujetas, su mente se negaba a descansar y a dejarlo dormir. Las imágenes del día desfilaban una y otra vez ante sus ojos: el rostro de un turco, moreno bajo el púrpura y rojo de su turbante, enseñando los dientes con un grito de furia mientras atacaba; un caballero francés mirando fijamente, con expresión atónita, al lugar donde había estado su brazo derecho; un grupo de jinetes musulmanes que avanzaban en fila, galopando en una bella y suave curva con un movimiento que parecía de coreografía.

Y un niño, perdido en medio de la batalla, con unos enormes ojos pardos y la mitad del rostro teñido de escarlata.

Herbert de Lewes desangrándose hasta morir por la herida en la arteria de su cuello.

Aunque Geoffroi no había sido testigo de esta última escena, era la que lo perseguía con más fuerza.

Se había echado a dormir algo apartado del resto de los hombres; necesitaba estar solo, o lo más cerca de la soledad que uno puede estar en un campamento lleno de soldados. Ahora, mientras oía la respiración regular y los ronquidos de los que tenían la suerte de dormir profundamente, y los quejidos y los gritos sordos de los que estaban viviendo una pesadilla, Geoffroi se volvió de espaldas a todos ellos y cerró los ojos.

Debió de quedarse dormido porque, cuando un pequeño ruido lo alertó, se despertó en mitad de un sueño. Permaneció absolutamente inmóvil y escuchó.

Nada.

Se arrojó con la manta —la noche era absolutamente oscura y bastante fría— y se volvió a acomodar.

Entonces, de pronto, dándole un susto de muerte, una mano le tapó la boca con fuerza. Geoffroi dejó de sacudirse de inmediato cuando sintió una punta metálica en la garganta y una voz ronca y profunda, con un fuerte acento, que le murmuraba al oído:

—Si te mueves, te mataré. Si haces exactamente lo que te pido, te prometo que no te va a pasar nada.

Muy cauteloso por la punta del cuchillo, Geoffroi asintió levemente. Entonces le pusieron una capucha o algún tipo de bolsa por encima de la cabeza, le ataron las manos a la espalda y su asaltante lo tomó firmemente del codo y lo ayudó a levantarse.

Lo condujeron, supuso, por la corta distancia que lo separaba de la abertura de la tienda que servía de dormitorio, y lo hicieron salir rodando por el suelo, de modo que evitara la cuerda que acordonaba la zona. Luego, todavía con el cuchillo en la garganta y su secuestrador cogido a su codo con fuerza, fue guiado hasta un caballo y

atado encima de su lomo. Había alguien en la montura, y ese alguien lo ayudó a acomodarse sin mediar palabra. Ahora tenía otro cuchillo en la garganta; de momento no veía la manera de escapar.

Así que permaneció allí.

Los dos jinetes emprendieron la marcha en silencio. Geoffroi podía percibir pequeños ruidos —¿qué había ocurrido con la vigilancia, por el amor de Dios? ¿Dónde estaban los guardas? ¿Cómo era que nadie había visto a dos hombres a caballo que secuestraban a un caballero franco?—, pero entonces, al cabo de un momento, ya no se oía más que el repicar de los cascos de los caballos sobre el suelo.

Cabalgaron durante un rato. Luego Geoffroi pudo percibir una luz frente a ellos; no era más que un brillo que podía adivinar vagamente por debajo de lo que fuera que habían usado para taponarle la cabeza. La luz fue creciendo regularmente en intensidad, dividiéndose en dos, en tres y luego en cuatro focos separados a medida que se acercaban.

Luego, los cascos de los caballos empezaron a sonar sobre piedra. Alguien llamó —otro se sumó a su voz—, y los dos jinetes contestaron. Hablaban en un idioma que Geoffroi no conocía. El jinete de Geoffroi hizo detener a su montura, y de pronto él sintió unas manos en su cintura que lo ayudaban —con sorprendente delicadeza— a descabalgár.

Sintió la presencia de otra gente, pero nadie hablaba. Su jinete le dijo algo al hombre que lo había sacado de su tienda, y éste le respondió. Uno de ellos se rió brevemente.

«Si me han traído aquí para matarme, parece que eso les divierte mucho», pensó Geoffroi. Pero entonces recordó la delicadeza con que lo habían ayudado a bajar del caballo, y se dijo que tal vez, después de todo, su intención no fuera darle muerte.

Pero, entonces, ¿por qué lo habían llevado hasta allí?

¿Y dónde era, exactamente, «allí»?

A continuación, el hombre que había entrado en la tienda le ordenó:

—Ven, ven conmigo. Yo te guiaré.

De nuevo lo tomó del codo y lo condujo afuera. Sus botas resonaron sobre un suelo duro de piedra, o al menos las de Geoffroi; su compañero parecía llevar suelas blandas. Geoffroi percibió un aroma... dulce, ligeramente perfumado, nada desagradable... y le pareció oír el crepitar de un fuego.

Anduvieron un tiempo a oscuras, luego bajo una luz, y de nuevo a oscuras. Después debieron de salir de un pasadizo, tal vez a una zona más amplia, porque Geoffroi percibió de pronto una sensación de amplitud y de mucha luz. Podía oír un rumor de agua corriente. El dulce aroma era ahora más intenso, y un poco distinto... tenía algún elemento penetrante, como de almizcle... ¿tal vez era sándalo?

El hombre que lo acompañaba decía unas palabras —¿un saludo?—, y empujó la cabeza de Geoffroi hacia abajo, como para ayudarlo a hacer una reverencia.

Aquello era el colmo de la indignidad.

Haber sido arrastrado por la fuerza de la tienda donde dormía en medio de la noche, a punta de cuchillo, y llevado a muchas millas a lomos de un caballo rápido y silencioso era una cosa. Haber sido obligado a caminar por pasillos con una capucha en la cabeza también podía tener un pase. Pero forzarlo a hacer una reverencia a alguien que ni siquiera veía, en fin... era demasiado.

Geoffroi se deshizo de la presión de la mano de aquel tipo y se irguió orgullosamente. Luego, en voz bien alta, declaró:

—Dejadme ver ante quién deseáis que haga una reverencia, y poder así juzgar con mis propios ojos si lo creo merecedor de tal gesto.

Acto seguido, se hizo un silencio de pasmo. Por un instante aterrador, Geoffroi pensó que había ido demasiado lejos. Casi era capaz de oír el suave siseo de una espada sacada de su funda, el sordo silbido de su descenso al disponerse a cortarle la cabeza...

Pero entonces, alguien soltó una carcajada; una carcajada rica y feliz. Y una voz profunda dijo, alegre:

—Tenéis toda la razón, caballero. ¿Por qué debería un hombre valeroso inclinarse ante una sombra invisible?

Debió de hacer algún gesto, puesto que, de inmediato, la cuerda que ataba las muñecas de Geoffroi fue cortada y su capucha levantada.

Geoffroi, parpadeando por la repentina intensidad de la luz —debía de haber allí más de treinta velas encendidas en lámparas de cristal—, miró a su alrededor. Se encontraba en un salón fresco, de mármol, con arcos que se abrían a ambos lados hacia el aire nocturno del exterior, y una fuente en el centro. Había una pequeña fogata en una especie de brasero, y el aroma dulzón parecía emanar de las suaves espirales de humo que éste despedía.

En el salón había unas doce personas. Algunas, perfectamente inmóviles en la sombra, parecían sirvientes, o tal vez guardianes. Los dos hombres a ambos lados de Geoffroi, vestidos con gruesas capas con capucha, debían de ser los que lo habían llevado hasta allí.

Frente a él vio un tramo de escaleras de mármol blanco, en lo alto del cual había un diván cubierto con una rica tela de color burdeos. Extendiéndose por debajo del diván y hacia el centro de la escalera se veía una delicada alfombra decorada con cenefas geométricas en tonos púrpura, violeta, amarillo intenso y rojo oscuro. Dos criados más permanecían al pie de la escalinata. Había otro arriba, junto al diván, que sostenía una bandeja con una jarra de cobre, una tacita y un plato con pedacitos de algún alimento.

En el diván, extendiendo una mano para coger alguno de aquellos pedacitos, se encontraba un hombre fofo de unos sesenta años de edad. Su rostro redondo sonreía bajo el elaborado turbante multicolor, lo que provocaba que sus ojillos oscuros casi desaparecieran tras los pliegues de carne amarillenta que le rodeaban los párpados. Los anchos faldones de su vestido —hecho de una seda rica y vistosa que brillaba a la

luz de las velas— habían sido colocados cuidadosamente en el diván, alrededor de él.

Durante unos instantes, permaneció impasible ante el escrutinio de Geoffroi. Luego, con obvias ganas de reírse, dijo:

—Ahora me veis, caballero. —Su voz recuperó entonces la seriedad—. Pero, en realidad, no sois vos quien tiene que rendirme honores a mí.

Con cierto esfuerzo, se levantó lentamente y, para sorpresa de Geoffroi, le hizo una profunda reverencia.

Luego se irguió de nuevo y volvió a sentarse en el diván.

—Soy Mehmed —declaró—. Os he hecho traer hasta aquí para daros las gracias por haberle salvado la vida a mi nieto.

## CAPÍTULO OCHO

¿Vuestro nieto?

—Sí. Es un chico muy valiente, como su padre, pero a veces también es muy *testudo*. Se dice así, ¿no?

—Testarudo.

—Ah, gracias. Testarudo. —Mehmed repitió la palabra un par de veces en voz baja, como para fijarla en su memoria.

—Me sorprendió encontrar a un niño en el campo de batalla —declaró Geoffroi con cautela; no le parecía cortés ni apropiado hacer ninguna crítica.

Mehmed suspiró.

—Ah, caballero, debéis de preguntaros qué tipo de gente somos, qué clase de persona soy, para que permitamos a un niño hacer el trabajo de un hombre, ¿no es así?

—Yo... bueno, sí, así es —admitió Geoffroi.

—Yo no di mi consentimiento —aseguró Mehmed—. El muchacho, que, por cierto, se llama Azamar, es desobediente. —Su rostro regordete se arrugó en una sonrisa indulgente—. Pero, de hecho, ¿qué chico de su edad no lo es? Azamar fue confiado a su madre en el refugio más protegido de mi casa; se le ordenó mantenerse alejado de cualquier abertura por la que pudiera entrar una flecha cristiana o una arma de asalto. Sin embargo, era tan grande su deseo de luchar contra los francos traidores, a los que habíamos considerado nuestros amigos, que burló la vigilancia de su madre y de sus damas, y logró escabullirse de mis criados y mi guardia. Se procuró un caballo que era demasiado grande para él y cabalgó hasta la batalla.

—¡Todo un hombrecito! —exclamó Geoffroi.

—Todo un hombrecito, cierto —asintió Mehmed—. Habéis de entender su gran deseo de que nuestra familia contara, al menos, con un hombre en el campo de batalla, y yo, por desgracia, como podéis ver... —Puso una expresión compungida, mientras señalaba con un gesto su enorme y pesada figura.

—Decís que robó un caballo —intervino Geoffroi.

—No lo robó —replicó Mehmed—. Los caballos de mi establo están siempre a su disposición.

Geoffroi se daba cuenta de que iba a tener que ser más cauteloso a la hora de hacer comentarios. Aquel hombre estaba tan encandilado con su nieto que, a sus ojos, el chico no podía hacer nada malo.

—Cuando lo encontré no llevaba ningún caballo —señaló Geoffroi—. Estaba en el suelo.

—En el suelo. —El rostro de Mehmed reflejó dolor—. Sí, así me lo han contado. En el suelo, un niño de seis años, herido, indefenso. Y con un corpulento guerrero franco a punto de... a punto de... —Incapaz de formular algo tan espantoso con palabras, cerró los ojos e hizo un gesto con su mano regordeta, como para espantar la

imagen de su mente.

Geoffroi, a quien no se le ocurría qué decir, permaneció en silencio.

Al cabo de un rato, Mehmed volvió a abrir los ojos y clavó la mirada en él.

—Vos lo salvasteis —declaró con voz tranquila—. Arriesgasteis vuestra propia vida para rescatarlo del camino de aquel bastardo con lanza, y cabalgasteis con él hasta encontrar un lugar apartado donde curarle la herida. Luego volvisteis con él y lo dejasteis en lugar más protegido que se os ocurrió, justo enfrente de las puerta de su propia ciudad de Damasco.

—No fue justo enfrente —murmuró Geoffroi.

—¡Ah, además sois honesto! —exclamó Mehmed, y a continuación hizo un gesto al grupo de criados, que repitieron al unísono.

—¡Ah!

Aquel sonido le hizo pensar a Geoffroi en el viento entre los álamos.

—Pero fue lo bastante cerca, caballero, para que el pequeño Azamar pudiera trotar hasta las murallas de la ciudad y ser trasladado rápidamente a un lugar seguro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Geoffroi—. La herida de la cabeza sangraba mucho.

—Está bien, sí. Su madre y su aya lo han cuidado, bañado, le han dado de comer y lo han mimado, y ahora duerme.

—Me alegra oírlo —musitó Geoffroi.

—¿Vos os alegráis? —A pesar de lo gordo y lo viejo que Mehmed era, tenía un oído muy fino—. Imaginad, entonces, cuánto me alegro yo, puesto que Azamar es el hijo de mi único hijo, mi joya, que murió cuando el niño tenía sólo dos años. —Una sombra de pesa invadió de pronto el rostro redondo del hombre, que, durante unos instantes, se cubrió con la mano para evitar la mirada curiosa de Geoffroi. Luego, reponiéndose, dijo en tono sereno—: Azamar es todo lo que tengo. En cualquier situación sería algo precioso, pero bajo las especiales circunstancias en las que se encuentra mi familia, es el doble, el triple... cuatro veces precioso. —Una sonrisa dulce cruzó su rostro—. Cuatro veces precioso —repitió—. Sí, eso me gusta.

Hizo una breve pausa. Luego, como acordándose de algo, de pronto dio una palmada y gritó una retahíla de palabras en un idioma incomprensible para Geoffroi. De inmediato, tres de los criados se pusieron en movimiento, colocándose rápidamente junto a Geoffroi con bandejas de comida, bebida y algo que parecía de paño y que despedía un suave vapor y un aroma delicioso.

Sorprendido, Geoffroi hizo ademán de tomar una de las tacitas, pero el sirviente, con una delicadeza extrema, retiró su bandeja un poco, dejando que el que sostenía los paños calientes avanzara en su lugar. Geoffroi se lo agradeció con un gesto de la cabeza y cogió un paño.

Pero ¿qué debía hacer con él?

El sirviente —¡qué atentos eran!— dejó de inmediato su bandeja a un lado, desplegó el paño enrollado y, sosteniéndolo frente a él, imitó un enjuagado rápido de

la cara y las manos. Cuando finalmente comprendió, Geoffroi lo cogió de sus manos y se lavó con él la cara, el cuello y las manos escrupulosamente.

Tras él se oyeron unas risitas ahogadas. Mehmed, apagándolas con una mirada de acero, dijo algo en su idioma. Cuando Geoffroi devolvió el ahora asqueroso trapo al criado —estaba avergonzado de la negra suciedad; ni siquiera recordaba la última vez que se había bañado—, su anfitrión le dijo amablemente:

—Estamos encantados de poder ofrecer este pequeño servicio.

Entonces volvió a dar unas palmadas y los criados le volvieron a ofrecer las bandejas con comida y bebida.

Geoffroi comió sólo un poco —aquello era extremadamente dulce, y de hecho no le sentaba muy bien—, pero aceptó dos tazas de la bebida caliente y aromática. Más tarde, cuando hubo dado las gracias mediante gestos, los sirvientes se retiraron.

Se preguntaba qué pasaría a continuación.

Deseaba, más que nada, poder volver al refugio de su campamento. ¿Podía pedir que lo acompañaran? ¿O tal vez eso rompía alguna rígida norma de la hospitalidad turca?

Mehmed había vuelto a dar una palmada. Esta vez, un criado del otro extremo de la estancia se acercó, inclinado ante su amo, mientras le ofrecía un objeto envuelto en fina piel y colocado sobre un almohadón de terciopelo.

Geoffroi, avergonzado, deseó intensamente que no fuera algún regalo insólito e inapropiado; ¿tal vez un poco más de aquel empalagoso dulce?

Mehmed le rogó que se acercara y él avanzó hasta el pie de la escalinata de mármol. Mehmed le rogó de nuevo:

—¡Acercaos más! ¡Desde aquí no os alcanzo!

Geoffroi hizo lo que su anfitrión le pedía. Observó aquellos dedos regordetes mientras desenvolvían la piel. Fuera lo que fuese lo que había dentro, no eran dulces, porque, de la manera en que reflejaba la luz, despedía unos rayos parecidos a la luz de las estrellas en el cielo nocturno.

Mehmed sujetaba una cadena de oro de la que colgaba una piedra grande, azul marino. Era redonda y del tamaño aproximado del pulgar de Mehmed; estaba sujeta a una gruesa moneda de oro cuyo centro parecía haber sido suavemente lijado y vaciado como para acomodar firmemente la piedra. Había una suerte de inscripción alrededor del canto de la moneda, aunque Geoffroi no era capaz de descifrarla.

Mehmed hizo oscilar delicadamente el colgante con la gema, adelante y atrás, una y otra vez. Y entonces, con un tono de voz hipnótico, recitó:

—He aquí la piedra a la que los hombres llaman Ojo de Jerusalén. Sus orígenes místicos están perdidos en el pasado, y llegó a mi familia cuando éramos jóvenes y la cuenta de nuestros días era todavía breve. —Dedicó a aquella gema de un azul intenso una mirada amorosa, casi de deseo, y prosiguió—: Da protección y amistad a aquel que es su propietario por derecho, manteniéndolo a salvo de sus enemigos, conocidos o ignorados. Si se la sumerge en agua, constituye un antídoto que tiene

también el poder de detener las hemorragias. Sumergida en una bebida ofrecida por un extraño, detecta la presencia de veneno.

Luego guardó unos instantes de silencio, durante los cuales continuó balanceando la gema, ante la mirada de todos los presentes.

—Siempre se ha contado, y la historia pasó de padres a hijos, que llegaría el día en que el Ojo de Jerusalén, un gran tesoro de los Mehmed, sería ofrecido como recompensa por algo que valoráramos todavía más. Hasta el día de hoy, no imaginábamos qué acontecimiento predecía este cuento. —Suspiró, luego estiró el brazo bruscamente, le ofreció la gema a Geoffroi y declaró—: Ahora ya no nos lo preguntamos más. Hoy habéis salvado a mi nieto, el último varón de mi estirpe, y me lo habéis devuelto sano y salvo. Él es más valioso que todos los zafiros y el oro del mundo y, a cambio de su vida, debo hacer lo que la larga tradición me dicta, y ofreceros esta preciosa joya, caballero.

Lentamente y con mucha cautela, Geoffroi tomó el colgante de los dedos de Mehmed. La gema colgaba pesadamente; apenas podía atreverse a mirarla.

—Tomadla —dijo Mehmed—. Vos sois ahora su merecido propietario y, desde el día de hoy, os reconocerá como su amo y os protegerá sólo a vos.

—Pero...

—No hay peros que valgan —replicó Mehmed, cordial—. Aunque tuviera el coraje y la insensatez de contradecir una tradición milenaria y conservar lo que hoy os pertenece, no ganaría nada, puesto que el Ojo conoce ahora a su nuevo amo y no haría más que perjudicarme.

Sus ojillos oscuros volvieron a dirigirse a la maravillosa joya, como atraídos por ella. Luego, desviando la mirada con evidente esfuerzo, recogió el envoltorio de piel que todavía descansaba sobre la almohadilla, se lo ofreció a Geoffroi y dijo:

—Lleváosla, caballero. Envolvedla y escondedla bien.

Con una última mirada a la gema, Geoffroi la envolvió bien en la suave piel y se la guardó dentro de su vestimenta. Podía sentirla bien sujeta contra su pecho.

Mehmed, que parecía embargado por la emoción, se cubrió el rostro con una mano.

—Eso es todo, caballero —dijo—. Mis hombres os devolverán a vuestro campamento, aunque lamento deciros que de nuevo deberán cubrirnos la cabeza. Siento tener que hacerlo de esta forma, pero no puedo permitirme que los francos sepan dónde se encuentra mi morada.

—Lo comprendo.

Antes de que Geoffroi se hubiera preparado —le habría gustad echar un último vistazo al extraordinario salón y a sus ricos muebles y tapicerías—, volvieron a taparle la cabeza con la capucha. Esta vez le ataron las muñecas por delante, lo cual le resultaba más cómodo.

Pero, justo cuando los dos jinetes empezaban a sacarlo de allí, Geoffroi se soltó, se volvió hacia donde adivinaba que se encontraba Mehmed en su diván, y dijo:

—Señor, no pensaba en una recompensa cuando acudí en ayuda de vuestro nieto. Era un niño, y nosotros... yo no mato a los niños. —Hizo una pausa, buscando la fórmula adecuada, y luego añadió—: Os deseo una vida larga y feliz y, para Azamar, vuestro nieto, os deseo lo mismo. Espero que encuentre una buena esposa y tenga muchos hijos. —Hizo una profunda reverencia y concluyó—: Mehmed de Damasco, os doy las gracias.

Delante y ligeramente a la derecha de él surgió la voz de Mehmed:

—Os agradezco vuestros buenos deseos y os extiendo los mismos buenos sentimientos. Soy yo quien os da las gracias, y lo hago con todo mi corazón. Adiós, Geoffroi d'Acquin. Que Alá os contemple con benevolencia.

Entonces, los dos jinetes tomaron a Geoffroi por los brazos y lo sacaron del salón, para conducirlo por el laberinto de pasadizos que llevaban hasta los establos.

No fue hasta que ya cabalgaban en el silencio de la oscura noche que cayó en la cuenta: la red de espías de Mehmed debía de haberse infiltrado hasta el mismísimo centro del campamento franco, puesto que él conocía el nombre de Geoffroi desde el principio.

Con el humillante fracaso del sitio de Damasco, los cruzados se habían convertido, a ojos de los musulmanes, en unos incompetentes y en unos bobos.

Sin una misión clara en Ultramar, la presencia de lo que quedaba del gran ejército del rey Luis parecía no tener ya ningún sentido. A medida que avanzaba agosto y el año se acercaba al mes de septiembre, y luego octubre, el rey cedió a la presión de sus hombres —muchos de los cuales ya habían desertado—, y ordenó que se facilitara a los que seguían estacionados los medios y el permiso para regresar a casa.

El propio rey Luis, según los rumores, se quedaría en Jerusalén, y la reina Leonor permanecería a su lado. Nadie sabía bien por qué. A Geoffroi, de hecho, no le importaba demasiado.

El ejército fue trasladado hasta la costa, a Acre. Mientras se preparaba para partir —estaba previsto que la nave que lo llevaría a casa, al menos parte del viaje, hasta Constantinopla, zarpara por la mañana—, Geoffroi pensó en los dieciséis meses que había estado ausente. Todavía llevaba su cruz paté; ¿había cumplido su promesa? Había visto la ciudad santa de Jerusalén, sí. Pero ¿podía decir, con la mano en el corazón, que había luchado por la causa de Dios, y por tanto, había obtenido la tan ansiada remisión de sus pecados?

No estaba seguro.

Intentó buscar la respuesta con algunos de sus compañeros guerreros y, cuando vio que todos se encogían de hombros y respondían: «¡Por supuesto!», decidió preguntárselo a un cura. Pero el cura, que también tenía previsto zarpar rumbo a Constantinopla Por la mañana, tenía otras cosas en la cabeza, y prestó todavía menos atención a Geoffroi que los caballeros.

Por la mañana, mientras se alejaban de Acre a la pálida luz de alba, Geoffroi permaneció en cubierta y contempló aquella tierra seca y polvorienta hasta que no fue

más que una mancha borrosa en el horizonte de levante. Luego, con un suspiro, le volvió la espalda a Ultramar y empezó a pensar en su casa.

En la larga travesía por tierra desde Constantinopla, Geoffroi se reunió con el caballero lombardo de pelo oscuro, que había estado buscándolo. Ambos se alegraron de ver una cara familiar en un lugar tan poco acogedor, y se acostumbraron a cabalgar juntos. Entre los peligros de un periplo interminable, tener un compañero era una ventaja; las condiciones del viaje hacia el norte eran muy distintas de lo que habían sido cuando el gran ejército cristiano había descendido hacia el sur. Entonces habían sido una fuerza enorme, inexpugnable, invulnerable, que tomaba todo lo que quería, sin tener en cuenta las endebles protestas de los débiles y los desarmados.

Ahora, avanzando en pequeñas bandas, eran ellos los vulnerables.

Más tarde, Geoffroi no pudo evitar preguntarse si el Ojo de Jerusalén había tenido algo que ver en su supervivencia. Desde luego, el hecho de que hubiera llegado a casa sano y salvo era casi un milagro. Teniendo en cuenta la cantidad de desgracias que ocurrían a diario —caballos lisiados o enfermos, otros a los que había que sacrificar para tener carne que comer; hombres agotando hasta su última reserva de energía y cayendo rendidos en medio del camino; fiebres, enfermedad y lesiones; robos, asaltos e incluso asesinatos entre los hombres, mientras se iban quedando sin provisiones y sin esperanza—, Geoffroi empezó a creer que su supervivencia debía de tener algo de sobrenatural.

Puso a prueba el Ojo por primera vez cuando, en una pequeña aldea de una desolada llanura búlgara, él y tres compañeros se encontraron con un par de pastores harapientos y malolientes que les ofrecieron una especie de bebida láctea fermentada a cambio de una moneda. Uno de los caballeros hurgó en sus bolsillos ansiosamente en busca de la moneda, y estaba a punto de llevarse la taza de madera a los labios cuando Geoffroi murmuró:

—Esperad. Retrocedamos primero unos pasos.

Enojado, el caballero —un borgoñón alto y delgado— gritó:

—¿Esperar? ¿Para qué?

Pero Geoffroi no le respondió, y en vez de eso se alejó de los pastores y se puso en un aparte. El borgoñón lo siguió.

—Dadme la taza —le dijo en voz baja.

—¡No! ¡Es mía, acabo de comprarla!

—Dejadme probarlo —insistió Geoffroi—. Podría...

El borgoñón palideció.

—¿Creéis que intentan envenenarnos? Los muy bastardos, esperad a que...

Geoffroi lo detuvo. —Esperad —volvió a repetir.

Luego, dándoles la espalda a sus camaradas, sacó el Ojo del escondite bajo su camisa, donde lo guardaba, desplegó el envoltorio de piel y sostuvo la joya por encima de la taza.

No pasó nada.

Luego, con cuidado, hizo bajar el zafiro que colgaba de su cadena de oro hasta que lo introdujo en la leche.

Y, al cabo de unos segundos, se oyó una especie de sonido efervescente. Un humillo amarillento flotó por la superficie del líquido. Rápidamente, Geoffroi retiró el Ojo. Se volvió hacia el borgoñón y le dijo:

—Es veneno. No lo toquéis. El borgoñón lo miró. —¿Estáis seguro?

—Lo estoy.

El borgoñón volvió a coger la taza, la arrojó con su contenido al suelo, luego sacó su espada y, en un abrir y cerrar de ojos, degolló a los dos pastores.

Geoffroi, horrorizado, contempló los cuerpos decapitados, con la sangre que primero salía a borbotones y luego embebía el suelo polvoriento. Levantó la mirada y miró al borgoñón a los ojos.

Éste limpiaba su espada antes de volver a enfundarla. Con un leve movimiento de los hombros, se limitó a decir:

—O ellos, o nosotros. ¿Queríais que les permitiera seguir con vida, para que se dedicaran a envenenar a otros pobres caballeros sedientos?

Geoffroi no respondió.

Un mes más tarde, puso a prueba otra de las virtudes del Ojo, cuando el caballero lombardo sufrió unas fuertes fiebres. Creyendo apenas en lo que hacía —su amigo estaba delirando, sudando copiosamente y revolviéndose en su improvisado camastro—, Geoffroi calentó un poco de agua, la dejó enfriar ligeramente y a continuación, asegurándose de nuevo de que nadie lo observaba, sumergió el Ojo en ella y revolvió unas cuantas veces el líquido. Luego, al tiempo que sostenía la cabeza del lombardo, le puso unas cuantas gotas en los agrietados labios. El lombardo se los lamió, absorbiendo así parte del agua. Geoffroi repitió la operación, y luego otra vez. Al cuarto intento, el lombardo chupó y tragó dos buenas cucharadas.

Aquella noche, la fiebre empezó a remitir.

Por la mañana, se encontraba débil pero totalmente consciente. Al cabo de dos días pudieron reemprender la marcha.

Había sido la propia agua lo que lo había curado, se dijo Geoffroi. Todo el mundo sabía que la fiebre seca a los hombres, y que el agua es la manera de curarlos. Así, el lombardo había bebido y se había recuperado.

Ésa tenía que ser la explicación.

La alternativa —que Geoffroi tuviera en su poder una joya milagrosa— era casi demasiado impresionante como para ser tenida en cuenta.

Con o sin joya protectora, la suerte de Geoffroi pareció abandonarlo la primavera del año siguiente. Durante los meses de invierno habían avanzado con mucha lentitud; algunos días hacía tan mal tiempo que la opción más razonable les pareció permanecer en cualquier refugio modesto en el que se hubieran detenido a pasar la noche.

Con sus restos de comida prácticamente agotados y sus fondos a un nivel

peligrosamente bajo, los cuatro caballeros —Geoffroi, el lombardo, el borgoñón y el escudero de éste— cayeron en una emboscada en un puerto de montaña. El borgoñón murió en el acto, víctima de una roca que cayó de la ladera cuando los asaltantes corrían desde las alturas. Los tres caballeros restantes, atrapados en un estrecho desfiladero cuya amplitud hacía muy difícil, si no imposible, el uso de la espada, fueron rápidamente vencidos.

La banda de asaltantes era lo bastante numerosa como para que unos cuantos se encargaran de inmovilizar a los caballeros mientras los otros revisaban sus vestidos y sus pertenencias. Geoffroi, convencido de que esta vez había llegado su hora, lloró en silencio por su hogar y por su familia, a los que no volvería a ver jamás.

La banda de ladrones se ocupó primero del lombardo y del borgoñón. Luego, cuando se levantaron y se disponían a acercarse a Geoffroi, se oyó un grito procedente de más arriba y una trompa sonó tres veces seguidas. Como si fueran un solo hombre, los bandoleros se levantaron, saltaron ágilmente por encima de los caballeros y se marcharon corriendo, encaramándose de nuevo por la ladera empinada del desfiladero como si fuera una escalinata. El enorme alivio de Geoffroi pronto se desvaneció. Había conservado sus armas, su pequeña porción de comida y el poco dinero que tenía. Pero, a menos que ahora abandonara a sus compañeros y siguiera camino solo —lo cual era poco sensato, además de poco cortés—, se enfrentaba a la perspectiva de tener que sobrevivir los tres con sus menguantes provisiones. No tenían esperanzas.

Al cabo de dos días se quedaron sin comida. Hambrientos, gravemente deshidratados, andrajosos y sucios, se presentaron en una granja que parecía bastante próspera y se pusieron al amparo del granjero. Cuando sus cruces patés no lograron impresionarlo, se ofrecieron a trabajar para él. Al final, cuando el hombre logró sacarles el compromiso de que trabajarían hasta que se hubiera recolectado la cosecha a cambio de comida y agua, les ofrecieron algunos alimentos. Nada espectacular, pero a Geoffroi le parecieron los mejores que había probado en su vida.

Emprendieron el último tramo del camino a finales del otoño del año 1149. De nuevo se enfrentaron a la desgracia: estaban a los pies de un puerto de montaña cuando hubo un alud muy peligroso. Ahora contaban con la suficiente comida y no les quedaba más que descender por el puerto, encontrar un refugio y acampar hasta que mejoraran las condiciones meteorológicas. Finalmente alcanzaron la cara norte de la montaña a principios de marzo. Habían sido sitiados por la nieve, se habían perdido, y el escudero del borgoñón había sufrido una mala caída. Pero estaban vivos.

Mientras seguían caminando, Geoffroi esperaba que en cualquier momento el lombardo anunciara que se separaba de ellos; su hogar debía de quedar hacia el oeste, y la dirección en la que viajaba ahora el trío era noroeste. Pero el lombardo no decía nada.

Finalmente, Geoffroi se lo preguntó.

Con una mirada compungida, el lombardo le respondió:

—Amigo, si puedo, viajaré con vosotros.

—¿No os habéis hartado ya de viajar? —dijo Geoffroi, sorprendido—. ¡Por Dios, yo no puedo más!

El lombardo sonrió.

—Ah, Geoffroi, pero probablemente vos no tenéis a una mujer joven esperando vuestro regreso, cuya temible madre insistirá en que se convierta en mi esposa tan pronto ponga los pies en el suelo.

—¿Estáis prometido en matrimonio?

—Sí. Ella es una buena chica, y me atrevo a decir que será una esposa estupenda. Pero todavía no. Deseo pasar un poco más de tiempo libre y soltero antes de que me obliguen a asentarme y encadenarme al hogar para siempre. Me encantaría hacer el recorrido con vosotros, si admitís mi compañía.

Emocionado por la honestidad de su compañero, y halagado por el hecho de que disfrutara lo bastante de su compañía para alargar el viaje, Geoffroi aceptó.

Se despidieron del escudero borgoñón en el camino de Beaune a Vézelay. Luego, animados y cantando mientras andaban, siguieron la ruta hacia el norte y, con el buen tiempo de la primavera de 1150, llegaron finalmente a Acquin.

# **TERCERA PARTE**

**FRANCIA E INGLATERRA, 1150-1165**

## CAPÍTULO NUEVE

Mientras Geoffroi encabezaba la marcha por el valle del río Aa de vuelta a casa, el lombardo se rezagaba. Geoffroi se volvió hacia él, creyendo que su lentitud era debida a la fatiga, y le dijo, dándole ánimos:

—¡Coraje, amigo! ¡Ya casi estamos en casa!

—Sí, eso sospechaba —respondió el lombardo. Luego, con una sonrisa, añadió—: Lleváis toda la mañana acelerando el paso. Imagino que, al igual que un caballo cansado que por fin se acerca a su establo, el aroma de vuestro hogar os está haciendo apretar el paso.

—No me había dado cuenta —le sonrió a su vez Geoffroi—. ¿No queréis acercaros a mí, y así caminamos juntos?

—No.

Ahora el lombardo fue a colocarse a su lado y posó una mano sobre el hombro de Geoffroi.

—Amigo mío, debéis ir a vuestra casa solo. Puede que todavía conserven la fe en volver a veros sano y salvo, o tal vez ya hayan renunciado a esa esperanza y os den por perdido. Sea como sea, vuestra llegada será un momento muy emotivo, y mucho mejor si sucede sólo entre familiares y sin la presencia de extraños.

Geoffroi lo miró con afecto.

—Para mí no sois ningún extraño.

El lombardo se inclinó con agradecimiento.

—No, pero para ellos soy un desconocido y, en el momento que crucéis el umbral de la casa de vuestro padre, yo no seré bienvenido.

—Pero... —Geoffroi frunció el ceño y miró a los ojos oscuros de su compañero. Y entonces se dio cuenta de que no eran necesarias más palabras.

—Seguid —le dijo el lombardo—. Yo no andaré muy lejos.

Geoffroi lo miró por última vez. Luego, incapaz de reprimirse, se volvió y se alejó, primero andando, pero después, rápidamente, echando a correr por el camino que llevaba hasta su casa.

Como siempre, lo primero que vio fueron las torres de vigía de los extremos exteriores del gran patio central de Acquin. A medida que se acercaba, apresuradamente, los tejados bajos y alargados de los edificios principales se hicieron visibles, con el cálido sol primaveral iluminándolos y atrapando los matices azulados de la pizarra, ahora color lavanda por el brillo de su luz.

Ya casi había llegado.

Cruzó la pequeña aldea que rodeaba la casa solariega, consciente de los ojillos curiosos que lo miraban pero sin querer detenerse. Pasó junto a la iglesia, desde donde alguien lo llamó. Pero Geoffroi ignoró la llamada.

Finalmente se encontró en el sendero que llevaba hasta las puertas de entrada.

Aminoró el paso, se detuvo, permaneció de pie y miró en el interior del patio.

Le llegaban voces desde dentro; debían de estar preparando el almuerzo. Alguien se rió. ¿Podía ser Esmái? Eso creyó. Otra voz femenina respondió, llena de afecto. Era su madre.

Sintió como si una mano lenta y delicada le acariciara el corazón.

Entonces, un hombre salió por la puerta de uno de los almacenes, en dirección a las estancias familiares, con la cabeza agachada, sumido en sus pensamientos.

—¿Padre? —llamó Geoffroi.

El hombre se volvió y miró a Geoffroi, de pie en la entrada. Al instante, su rostro se iluminó de amor y de alegría y, al grito de «¡Es Geoffroi! ¡Geoffroi ha vuelto a casa!», Robert d'Acquin corrió a trompicones por el patio a abrazar a su hijo.

La felicidad de su regreso a casa era tan inmensa que parecía que todas las celebraciones y los agradecimientos eran pocos.

Geoffroi llevaba fuera casi tres años. Su familia, ignorando cuánto tiempo duraría su ausencia y, por tanto, incapaz de saber si era o no demasiado tarde para esperar su regreso, había pasado todos aquellos meses alternando el alegre optimismo con la profunda desesperación. El sacerdote de la parroquia, el padre Herluin, siempre había animado lo primero y reprimido lo segundo, recordándoles que la desesperación es un pecado contra el Espíritu Santo. Pero, como además de cura era un ser humano, comprendía la ansiedad y la tristeza de una madre y un padre por el hijo ausente, y se limitaba a imponerles una leve penitencia.

Nunca habían dejado de rezar por él. Así se lo contó el padre Herluin en un momento de confidencias en el que Geoffroi buscó la compañía del cura para saber cómo había sufrido su familia su ausencia. Tampoco su fe en la bondad de la cruzada había menguado en ningún momento; al menos, el padre Herluin no tenía conocimiento de ello. Pero al final, después de oír la confesión de Geoffroi y mientras lo acompañaba hasta el exterior de la iglesia para dejarlo camino de su casa, le preguntó:

—Confío, hijo mío, en que no habrá más cruzadas en el futuro inmediato.

Y Geoffroi, comprendiendo lo que había detrás de aquellas palabras, respondió:

—No, padre Herluin. No las habrá.

Pudo comprobar por sí mismo, una vez hubo remitido la euforia por su regreso, los efectos de su ausencia sobre su familia. Su padre, que llevaba sobre sus espaldas la mayor parte del peso de la responsabilidad de Acquin, había envejecido muchísimo. Su desgaste físico no podía ser únicamente debido al trabajo y a sus obligaciones, reflexionó Geoffroi, puesto que durante toda su vida de adulto había tenido que enfrentarse a ellos, desde que heredó Acquin de su propio padre. Y tampoco era como si sir Robert hubiera echado de menos la contribución de Geoffroi al funcionamiento de la propiedad, puesto que, como paje, como escudero y, finalmente, como caballero, siempre había vivido lejos de casa y nunca había hecho ninguna contribución.

Lo comentó con el lombardo, que ahora se había convertido en un invitado

bienvenido y mimado de Acquin («Cualquier hombre que haya viajado, luchado y sufrido con mi hijo —le dijo sir Robert— es tan bienvenido aquí como el propio Geoffroi»). El lombardo, que a Geoffroi le parecía que observaba mucho y hablaba poco, reflexionó sobre el asunto antes de darle una respuesta.

—Amigo —dijo finalmente—, creo que lo que envejece a vuestro padre es algo que le habría llegado de todos modos, puesto que sufre los dolores en las articulaciones y la presión en el pecho que afecta a muchos hombres cuando empiezan a envejecer.

—No es tan viejo —protestó Geoffroi.

El lombardo se encogió de hombros.

—Tal vez no, pero ha llevado una vida bastante dura, ¿no lo creéis? Una vida de trabajo duro, al aire libre, bajo cualquier condición meteorológica, de manera que la humedad del otoño y el frío del invierno han calado en sus huesos y se han instalado en ellos.

—Pero... —balbuceó Geoffroi. Luego se rindió al silencio y asintió con la cabeza, de manera casi imperceptible.

El lombardo le dio un apretón en el brazo.

—No os sintáis responsable por ello —le dijo con afecto—. Aunque desde luego la ausencia de un hijo querido no contribuye a aliviar los achaques y las dolencias de un hombre que envejece, tampoco constituye su causa principal.

Como siempre, pensó Geoffroi, las palabras de su amigo estaban cargadas de lógica.

—También me preocupa mi hermano Robert —dijo, pronunciando las palabras con el alivio de poder compartir sus sentimientos—. No parece muy sano. Tose (¿lo habéis oído por la noche?), y su palidez no es propia de un hombre que pasa la mayor parte del día al aire libre. Y también está el asunto de Adela.

Se decía que Robert, el hermano de Geoffroi, se había enamorado de la hija de un terrateniente del vecindario, y que la había adorado desde la distancia mientras reunía el coraje para cortejarla. Pero tardó demasiado en hacerlo, y ella, mientras tanto, se casó con otro. A Robert, según su hermana Esmal, se le partió el corazón. Y aún seguía desesperado, por mucho que Adela llevara ya un año o más casada y estuviera esperando su primer hijo.

El lombardo suspiró.

—Para algunos hombres, la vida es así: se enamoran, pierden y se desesperan.

—¡Pero hay otras chicas, si lo que desea Robert es casarse y tener una familia! —protestó Geoffroi.

El lombardo lo miró fijamente.

—Para algunos, sí, está la recuperación y luego la alegría de un nuevo amor. Pero, para otros... —dejó la frase en el aire.

Y Geoffroi, triste, no sintió ningún alivio.

Entonces, el lombardo, con el rostro y la voz llenos de compasión, le dijo:

—Amigo mío, para suavizar vuestros tormentos sobre la salud de vuestro padre y el estado de vuestro hermano, pensad ahora en vuestra madre.

Geoffroi asilo hizo y se tranquilizó. Y, como sospechaba que era la intención del lombardo, su ánimo se levantó.

Lady Matilda, la madre de Geoffroi, un alma sencilla, había pasado aquellos años de ausencia de su hijo ocupando las manos con sus tareas cotidianas, y la mente con el cuidado y el deber hacia su familia y hacia sus arrendatarios. Y su corazón con Dios. O, más bien, con Geoffroi, quien, puesto que estaba en una misión dedicada a Él, representaba lo mismo. Tener a Geoffroi en casa sano y salvo representó para ella una felicidad tan intensa que estuvo llorando al menos durante media hora antes de ser capaz de ocuparse de los asuntos prácticos, como prepararle un baño, curarle las pequeñas lesiones y emprender la enorme tarea de lavar y remendar sus prendas de ropa.

Ahora vivía, como Geoffroi veía, con una sonrisa permanente en el rostro.

Pero también estaban Esmal y el joven William.

Geoffroi advirtió que su hermana Esmal estaba muy delgada. Conservaba en la carita un aire infantil y la figura casi de chico, con el pecho apenas desarrollado. Comía poco y parecía necesitar dormir muchas horas. Cuando Geoffroi lo comentó con su madre, ella le respondió, con un suspiro, que Esmal todavía no había hecho el paso de niña a mujer, como le correspondía por edad, y que tal vez estuviera por ello condenada a llevar una vida de solterona.

—Ningún hombre desea tener una esposa estéril —dijo Matilda—, por muy bella y brillante que sea, por muy animada que sea su conversación ni muy hábiles sus dedos con el hilo y la aguja.

Geoffroi, comprensivo, le dio un abrazo a su madre.

—No necesita a ningún marido ni ningún otro hogar mientras nos tenga a nosotros, en Acquin —dijo con firmeza.

Pero su madre le devolvió el abrazo y no le respondió.

William, un muchacho de quince años muy estudioso, tenía intención de convertirse en fraile.

La conversación con el lombardo le sirvió de consuelo sólo parcialmente a Geoffroi, y buscó al padre Herluin para volver a hablar del tema.

—Veréis, el problema —concluyó Geoffroi, después de enunciar sus preocupaciones al paciente sacerdote— es que, como no los había observado demasiado antes de marcharme, no puedo decir cuántos de estos cambios se me pueden atribuir a mí.

—No solamente a ti —repuso el cura, tranquilo—. Tú no respondiste a la llamada para ir a la batalla sólo por tu bien, ¿no es cierto?

—Me reconfortaba y me aliviaba mucho saber que tomar la cruz reportaría la remisión de mis pecados —declaró Geoffroi con honestidad.

—Y a quién no —le respondió al instante el padre Herluin—. Pero Dios os brindó

esa gran oportunidad, a ti y al resto de los cruzados, y no debes pensar que hay ninguna culpa en el hecho de haber respondido a sus peticiones.

—¡Pero mi padre está tan envejecido! ¡Y mi hermano mayor enfermizo, mi hermana tampoco está bien, y mi hermano William quiere hacerse fraile!

El cura esperó un momento hasta que Geoffroi recuperó la serenidad.

—Hijo mío —dijo entonces—, hay cosas que les ocurren a los hombres y a las mujeres. Dios tiene un destino para todos nosotros, y no debes pensar que lo que has hecho, con toda tu buena fe, ha alterado lo que Dios Todopoderoso tiene planeado para tu familia. —Como Geoffroi no respondía, el cura insistió—: ¿Entiendes lo que te he dicho?

Geoffroi asintió, pero no estaba muy seguro de que aquello lo hubiera reconfortado.

Con la noble intención de compensarlos a todos por su ausencia, Geoffroi se entregó en cuerpo y alma a la propiedad familiar. Todas las mañanas se presentaba ante su padre para oír la planificación del trabajo del día, y luego esperaba obedientemente a que su hermano le indicara qué trabajos le correspondía supervisar. Entonces, Geoffroi, siempre deferente, siempre humilde, se ofrecía a hacer el resto, sin mostrarse nunca demasiado orgulloso para pedir ayuda, sin perder nunca la ocasión de pedirle a su padre o a su hermano cómo lo harían ellos ante cualquier trabajo que estuviera haciendo.

Para su propia sorpresa, descubrió que aquello le encantaba.

El lombardo, que lo ayudaba tanto con sus manos capaces y su fuerte espalda como con su apoyo moral —pareció comprender sin que se lo dijeran que eso era algo que Geoffroi necesitaba hacer—, le dijo a Geoffroi que ahora era un granjero, no un soldado. Y Geoffroi, aceptándolo con una sonrisa feliz, sintió que no echaba en absoluto de menos la vida que parecía haber dejado atrás.

En el otoño del mismo año del regreso de Geoffroi, su padre, Robert d'Acquin, sucumbió finalmente a su larga enfermedad y al dolor que ésta le provocaba. Murió en paz, habiendo confesado sus pecados y rodeado de su familia, tres días antes de la festividad de Todos los Santos.

La tristeza de la familia estaba mezclada con cierto alivio por el hecho de que ahora sir Robert estaba a salvo de su agonía y en los brazos bondadosos del buen Dios.

El joven Robert, heredero del título y de la propiedad, pareció palidecer y debilitarse aún más bajo esa carga. Geoffroi, que sufría por su hermano incluso cuando estaba de duelo por su padre, trabajaba todavía más duro, ofreciendo su fortaleza para compensar la debilidad de Robert. Pero, por mucho que se esforzaba, nada parecía alejar el aspecto de resignación miserable del pálido rostro de su hermano.

Una luminosa mañana de invierno, mientras estaba de cacería con el lombardo —este último insistía en que Geoffroi debía regalarse algún placer entre todos aquellos

deberes y preocupaciones—, ambos se detuvieron en lo alto de un montículo para contemplar el río Aa. Su cauce iba cargado con las lluvias tardías del otoño, y su fragor era tan intenso que tenían que gritar para mantener una conversación.

—¿Sabéis, amigo? —dijo el lombardo—. Hay algo en lo que tenéis que ir pensando.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata? —La voz de Geoffroi sonó seca, incluso para sus propios oídos, pero era difícil no mostrarse así ante alguien que parecía sugerir que se estaba mostrando negligente, aun cuando había tantas preocupaciones que lo abrumaban.

—Vuestro hermano se está hundiendo —declaró el lombardo—. Y cuando muera, vos heredaréis Acquin.

—¿No creéis que eso ya se me ha ocurrido a mí?

—Sí, por supuesto. —El tono del lombardo era amistoso. Hizo una pausa, y luego añadió—: ¿Recordáis lo que dije de querer acompañaros hacia el norte, en vez de tomar el camino de vuelta a casa?

Geoffroi recapituló mentalmente, con dificultad, hasta aquellos días del largo viaje de vuelta a casa; parecía que había pasado una eternidad.

—Sí. Dijisteis que deseabais disfrutar de más tiempo de libertad antes de volver a asumir las responsabilidades del hogar y la familia.

—Exactamente. Responsabilidades que a vos, amigo mío, os han impuesto sin contar con vuestra voluntad.

—¡No me importa! —protestó Geoffroi—. ¿Cómo iba a dejar a mi familia cuando más me necesitaban?

—No, Geoffroi. —El lombardo esperó pacientemente a que el breve enojo de Geoffroi se alejara. Luego añadió—: De momento, Robert puede asumir las exigencias de Acquin, puesto que en invierno son relativamente pocas. Os sugiero, amigo, que vos y yo aprovechemos esta oportunidad que se nos brinda para vivir juntos una aventura.

Geoffroi consiguió esbozar una sonrisa.

—Otra cruzada, no.

El lombardo rió.

—No me refiero a eso. Pero lo que os propongo tiene relación con nuestra cruzada, de alguna manera.

Súbitamente, la imagen del Ojo de Jerusalén irrumpió en la mente de Geoffroi. Se preguntó por qué; había escondido la joya cuidadosamente al regresar a casa, en un lugar en que nadie podría encontrarla jamás y, aparte de haber ido en alguna ocasión a mirarla furtivamente, no había vuelto a sacarla. No había habido ocasión de utilizar sus poderes particulares; allí, en Acquin, no tenía enemigos —al menos, que él supiera—, nadie había tratado de envenenarlo, nadie había sufrido ninguna herida de consideración, y la enfermedad de su padre no podría haberse curado con un antitérmico.

Si quería ser honesto consigo mismo, todo aquel asunto de la joya mágica con poderes sobrenaturales parecía ahora un poco absurdo. En comparación con los problemas más prosaicos, como organizar la cosecha, superar las inundaciones que amenazaban a los arrendatarios en las zonas más bajas y los líos, los problemas y las quejas que conllevan habitualmente las comunidades de personas, la existencia de un zafiro magnífico engarzado en oro que había pertenecido a un emir turco parecía ahora algo irrelevante.

Así, ¿qué pasaba ahora por la cabeza del lombardo?

Geoffroi se volvió hacia él.

—Explicaos —pidió.

—Vos teníais un amigo, un inglés, ¿no es así?

—Sí, Herbert de Lewes. Murió.

—Lo sé. Me hablasteis de él. También me dijisteis que os confiaron sus pertenencias para que se las llevarais a su familia.

—¡No he tenido ocasión! —protestó Geoffroi—. ¿No veis que he estado ocupado cada minuto del día desde mi regreso, atendiendo a mi familia? Ellos son lo primero para mí, ¡debéis entenderlo!

—Por supuesto, por supuesto —trató de calmarlo el lombardo—. Lo que os propongo ahora es que viajemos juntos a Inglaterra, vos y yo, y busquemos el hogar de Herbert de Lewes. De esta forma, vos cumpliréis con vuestro compromiso y, al mismo tiempo, os permitiréis descansar de vuestras responsabilidades y obligaciones aquí, en Acquin.

—Pero... —Las objeciones se amontonaban en la mente de Geoffroi. Era invierno, una época poco apropiada para viajar. ¿Cómo se sentiría su madre si volvía a marcharse ahora? ¿Y qué sería del pobre Robert, obligado a asumir él solo toda la responsabilidad de la propiedad? ¿Podía Geoffroi permitirse siquiera pensar en lo que al fin y al cabo era una mera excursión, cuando su padre acababa de morir hacía un mes escaso? ¿Serían capaces de encontrar alguna vez a los familiares de Herbert de Lewes?

Al mismo tiempo, había dicho que devolvería las pertenencias de su amigo a su familia. Y lo había hecho en forma de promesa solemne.

De pronto, Geoffroi, volviéndose hacia el lombardo y sintiendo ya el cosquilleo y la emoción que la perspectiva de un viaje siempre le provocaban, dijo:

—De acuerdo. Iremos.

## CAPÍTULO DIEZ

A pesar de encontrarse en plena estación invernal y de las condiciones climáticas adversas, Geoffroi y el lombardo recorrieron la escasa distancia que los separaba de la costa y luego cruzaron el canal de la Mancha sin problemas. El viento se intensificó y cambió a suroeste cuando se embarcaron rumbo a Inglaterra, y eso, además de hacer la travesía lo bastante animada como para que los dos hombres sucumbieran al mareo, tuvo también el efecto de acelerar la velocidad de la nave, reduciendo así el tiempo de la travesía.

Como ninguno de los dos había puesto antes los pies en Inglaterra, no tenían ni idea de dónde podía estar Lewes. Así, recibieron con alivio la noticia de que se hallaba a poco más de un día de viaje desde el puerto en el que se encontraban —al parecer, había posadas en las que podían detenerse a pasar la noche en caso de necesidad, les dijeron—, y que el camino resultaba fácil de encontrar. Debían seguir el sendero que recorría la cima de las colinas —allí arriba, en los acantilados, en aquella época del año estaría más seco que el camino que serpenteaba al pie de las montañas—, y luego bajar hasta el valle del río Ouse, una vez pasados Firlie Beacon y el Caburn.

No tenían ni idea del aspecto que estos dos últimos sitios podían tener, y los dos hombres emprendieron el periplo confiando en que serían lugares inconfundibles.

Quedaron embelesados por el sendero que recorría los acantilados. En aquel diciembre frío y glacial, parecía que el paisaje existiera tan sólo para su propio disfrute, mientras cabalgaban juntos, muy animados. De alguna manera percibían, sin que nadie se lo hubiera dicho, que la vía por la que circulaban era antigua, tal vez de los tiempos de los primeros habitantes de aquella tierra verde y brumosa. Por un lado, el camino estaba surcado profundamente en el suelo calizo y, por otro, había extrañas y sorprendentes reliquias que sugerían la presencia en el pasado de comunidades ahora desaparecidas. Había restos de gruesas murallas, construidas tan cerca de los acantilados que su capa externa había desaparecido, había caído, al igual que los propios acantilados se habían erosionado por la acción del incansable mar.

¿Quién habría habitado aquellas tierras? ¿Por qué habrían sentido la necesidad de construir tan cerca de los acantilados? ¿De quién habrían tenido que defenderse?

Había también rastros de rituales mágicos. Rastros de que aquellos primigenios habitantes de Britania, fueran quienes fuesen, habían adorado a un dios bien distinto. En una arboleda de robles enormes situada en lo alto de una colina vieron bolas de muérdago, y en el viejo tronco del árbol más anciano había una figura tallada que semejaba una mujer embarazada. Cerca, había algo parecido a un altar de piedra partido por la mitad.

En la mañana del segundo día vieron, en la ladera que quedaba a su izquierda, la figura de un gigante blanco. Enorme, sostenía una lanza con cada una de sus manos. Quedaba el rastro de sus rasgos faciales —el gigante parecía adusto, solemne—, y

parecía llevar un casco con plumas.

—¿Quién es? —preguntó Geoffroi en un susurro turbado, como si el gigante pudiera oírlo y molestarse por su pregunta; molestarse por la ignorancia de Geoffroi. Pero el lombardo se limitó a encogerse de hombros.

El Caburn era una colina imponente y redondeada con los restos de unas murallas circulares. Firle Beacon estaba cubierto de montículos que hacían adivinar la presencia de antiguas sepulturas. Ambos lugares provocaron a los dos viajeros cierta inquietud, y a medida que avanzaban iban volviendo la cabeza, para mirar por encima del hombro, con la sensación de que alguien los vigilaba desde algún lugar invisible, secreto.

Supuso un alivio abandonar la solitaria senda de los acantilados y tomar el camino que llevaba, a lo largo del Ouse, hasta Lewes.

La ciudad bullía de actividad, y había mucha gente a la que pedir referencias. ¿Herbert de Lewes? Ah, sí, un valiente guerrero que vivía en aquella dirección. Siguiendo el río, pasado el puente, un poco más abajo, encontrarían la casa solariega encima de un montículo.

La mansión era una construcción de piedra compacta; el muro exterior del patio central estaba decorado con piedras de sílex seccionadas, cuya pátina grisácea aportaba un agradable contraste al rojo dorado de la piedra. Vieron un portón de madera abierto; Geoffroi y el lombardo entraron a lomos de sus monturas y se detuvieron justo en el interior.

Allí había dos hombres, uno joven y el otro viejo, inclinados sobre un perro manchado que yacía boca arriba. El joven le hacía cosquillas en el vientre, y el perro se retorció y gemía de placer.

Geoffroi llamó:

—¡Buenos días! Busco la casa y la familia de Herbert de Lewes. ¿Estoy en el lugar adecuado?

El anciano se incorporó todo lo que su encorvada espalda le permitía, y dijo, con la gravedad embargándole de pronto el rostro:

—Así es. Ésta es la casa de Herbert. ¿Quién sois vos?

Geoffroi bajó de su caballo y el lombardo le sujetó las riendas.

—Soy Geoffroi d'Acquin, y me gustaría hablar con la familia de sir Herbert.

El anciano lo escrutó en silencio unos momentos. Luego, con un leve gesto de la cabeza, dijo:

—Seguidme, os lo ruego.

Geoffroi se volvió a mirar al lombardo.

—Id vos —le susurró éste—. Vos sois quien conocía al hombre. Yo os esperaré aquí.

Geoffroi siguió al anciano por una escalera que subía hasta la entrada de la casa. Las estancias principales parecían estar organizadas en el primer piso, sobre el establo. Una vez dentro, se internaron en un amplio salón con una fogata que

crepitaba en la chimenea del fondo. Había pocos muebles —una mesa colocada contra la pared, sobre la que se veía un elegante candelabro; una o dos cómodas, unos cuantos bancos—, pero de factura sólida, buen roble inglés, pensó Geoffroi, con el brillo intenso que se adquiere después de muchos años de pulir aplicadamente.

Había tres personas sentadas en el banco que miraba a la chimenea, de espaldas a la entrada: dos mujeres y un chico. La mujer más joven acababa de decir algo, con una voz agradable y ligera, que los había hecho reír a los tres.

El anciano se aclaró la garganta y, una vez hubo captado la atención de los otros tres, declaró:

—Tenéis una visita, señora. Se llama sir Geoffroi d'Acquin y pregunta por la familia de sir Herbert.

Al instante, la alegría se alejó de sus rostros.

La mujer mayor se levantó y se acercó a Geoffroi.

—Soy Ediva, la esposa de sir Herbert —dijo—. ¿Qué nuevas nos traéis?

En sus ojos azules se vislumbraba la sombra del dolor, y su bello rostro parecía haber adquirido arrugas de pronto. Geoffroi se acercó le tomó la mano —que ella había tendido a modo de saludo, o tal vez para alejar lo que había de decirle— con las dos suyas y se arrodilló.

—Señora —empezó—, estuve con Herbert en Ultramar, y temo deciros que traigo malas noticias. Fue...

Pero ella ya estaba asintiendo con la cabeza.

—Está muerto, ya lo sabemos, caballero. Hace varios meses que lo sabemos: su escudero volvió a casa y nos lo dijo.

Buena parte de la tensión abandonó a Geoffroi tan abruptamente que se sintió desfallecido e inclinó la cabeza.

La mujer se apresuró a arrodillarse su lado.

—Sir Geoffroi, ¿os encontráis bien? ¿Qué os ocurre?

Su tono de voz era amable, solícito.

Él levantó rápidamente la cabeza y respondió:

—Nada, señora, nada. —Logró sonreír y, advirtiendo el rostro de preocupación de la dama, añadió, abiertamente—: Debo confesar que me siento aliviado, eso es todo. Durante todo el viaje, temía tener que comunicar la noticia de la muerte de Herbert a su viuda y a su familia, y resulta que ya estáis al corriente de ello.

La otra mujer y el muchacho también se habían acercado, y se arrodillaron a su vez en el suelo, junto a Geoffroi y a la mujer mayor.

—¿Venís de lejos, señor? —preguntó el chico.

—Viene de Acquin —respondió la joven, con un dulce tono d voz. Geoffroi la miró y se dio cuenta de que era muy joven, tal vez de quince o dieciséis años, y que tenía los mismos ojos azules que si madre.

Y que era bellísima.

Le hubiera gustado prolongar la mirada para observarla mejo: pero el niño le

tiraba de la manga.

—Eso ya lo sé, pero no sé dónde está Acquin, ¿vale? —le dijo, entre dientes, a la chica—. Supongo que tú sí lo sabes, señorita sábelo todo —añadió, con un susurro enojado.

La mujer —a buen seguro, la madre de quienes debían de ser hermano y hermana — los regañó suavemente:

—Basta ya, los dos. —Luego, todavía acucillada en el suelo, llamó al anciano, que se había retirado a una distancia prudente y ahora asomaba por la puerta—: ¿Symond? ¿Podéis traer un refrigerio, por favor?

Se oyó un sordo «en seguida, mi señora», y el anciano salió en silencio del salón.

La muchacha de los ojos azules abrió la boca para decir algo, pero su madre se lo impidió con un gesto de la mano.

—Un momento —dijo con cautela—. Yo le preguntaré primero, cariño.

La chica bajó la mirada.

Y Ediva, con una mano ansiosa posada sobre el hombro de Geoffroi —como si fuera él, y no ella, quien precisara de consuelo—, dijo:

—Lo sabemos, está muerto, pero no más que eso, puesto que su escudero recibió la noticia de otra persona y no pudo darnos detalles de las circunstancias. —Hizo una pausa para coger aire, con ansia, y luego añadió—: ¿Nos los proporcionaréis vos, sir Geoffroi?

Y, sentado en el suelo de estera de una pequeña casa solariega de Sussex, Geoffroi así lo hizo. Les habló de cómo Herbert y él se habían hecho amigos, de su período de convalecencia en Antioquía, explayándose más en las anécdotas ligeras que en los aspectos más crudos, y cómo se habían apreciado como amigos en medio de aquel ejército inmenso tan lejos de casa. Luego, como sentía que la familia tenía ganas de escuchar lo peor, se apresuró a contar lo sucedido a las afueras de Damasco.

—No estaba a su lado cuando murió —dijo, mirando sucesivamente a sus tres interlocutores; el chico había heredado también el color de ojos de su madre, un tono azul casi lavanda—, pero aquella misma noche hablé con un hombre que sí estuvo.

Hizo una pausa. ¿Podía, debía, contarles toda la verdad?

Ediva, que se percató de ello y comprendió su vacilación, lo animó:

—Continuad, señor, os lo ruego. Nos hemos imaginado cosas tan terribles que seguro que la verdad no puede ser peor.

Y Geoffroi decidió contárselo de manera simple y rápida.

—Estaba en el grupo de sitiadores ante la ciudad —dijo—. Estaba fuerte, sano, lleno de entusiasmo. Y en pleno apogeo de su vibrante vida, recibió una flecha en el cuello. La herida en sí no era grave pero con la ansiedad de quitársela y volver a la batalla, tiró de ella se cortó una arteria vital. Murió desangrado, allí mismo, a lomos de su caballo.

Se hizo un silencio. Luego Ediva dijo, temblorosa:

—Entonces, ¿sucedio rápidamente? ¿No sufrió?

Geoffroi le tomó las manos. Estaban heladas.

—Señora mía, creo que no. Murió muy de prisa y, por lo poco que sé de heridas de batalla, diría que no sufrió demasiado. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Forma parte de la naturaleza de la lucha. Al principio, la emoción es muy intensa, e incluso una herida grave puede pasar desapercibida. No es hasta después, cuando acaba la batalla, que el dolor te afecta. Y Herbert...

—Herbert no vivió para poder sentir el dolor —concluyó Ediva por él.

La miró a los ojos. Por unos instantes, ninguno de ellos dijo nada. Luego Geoffroi añadió en voz baja:

—No, señora, no vivió.

La muchacha soltó un sollozo. Ediva alargó los brazos y la chica se abrazó a su madre, quien le canturreó una melodía suave como quisiera tranquilizar a un animal temeroso y herido. El muchacho después de intentar sin éxito reprimir las lágrimas, también se echó a llorar. La viuda, sentada allí en el suelo, abrió los brazos para arropar también a su hijo. Entonces miró a Geoffroi por encima de la cabeza de su hija y le susurró:

—Querían muchísimo a su padre.

—Era un hombre extraordinario —respondió Geoffroi—. Y, creedme, señora, amaba a su familia, estaba muy orgulloso de ella. Las historias de su hogar feliz nos llenaban de consuelo cuando todos estábamos tan lejos de los nuestros.

Ediva sonrió.

—Sí, puedo imaginármelo. Le gustaba mucho hablar, a mi pobre Herbert.

Permaneció con la mirada fija en algún objeto distante que sólo ella podía ver. Pero Geoffroi pensó que aquella escena era feliz, puesto que una leve sonrisa seguía dibujada en sus labios.

De pronto, Geoffroi fue capaz de oír la voz de Herbert con bastante claridad en su cabeza: «Está mi esposa (es encantadora, hermosa, amable, capaz) y mi chico, Hugo. Ah, Geoffroi, mi muchacho... pero deberías ver a mi hija, ¡a mi Ida! Tiene el pelo del color de las hojas en otoño, los ojos azules como el cielo veraniego, y la cintura tan fina que podrías rodearla con tus dos manos».

Así pues, esa muchacha que ahora sollozaba por la pérdida de su padre era Ida.

Gradualmente, el rumor de los sollozos se fue apagando y, al final, cesó. Estaban los cuatro sentados en el suelo; de hecho, el ambiente era muy agradable, pensó Geoffroi mientras se relajaba por el calorcito de la hoguera, si no fuera por una mala corriente de aire que venía de algún lugar...

Justo cuando se volvía a mirar de dónde procedía, Ida se incorporó, se enjugó las lágrimas y exclamó, con una inesperada carcajada:

—¡Pero miradnos! ¿Qué hacemos, tirados por el suelo como una pandilla de mendigos, si tenemos unos bancos comodísimos en los que sentarnos? —Se levantó rápidamente, ayudó a su madre a incorporarse y, al tiempo que miraba a Geoffroi por encima del hombro con una mirada que a él le pareció claramente coqueta, añadió—:

¡Venid, caballero! Venid a calentaros los pies.

Geoffroi se quedó estupefacto ante el repentino cambio de humor de la muchacha, y la sorpresa debió de reflejarse en su rostro. Ediva, que lo observaba, dijo:

—¡Ida! ¡Hugo! Id a buscar a Symond, por favor. No entiendo qué ha sucedido con el refrigerio que le he pedido. Decidle que se dé prisa, ¿queréis? A nuestro invitado le gustaría tomarse hoy su cerveza, no mañana.

Cuando sus hijos hubieron salido, ella dijo en voz baja:

—Caballero, no malpenséis de ellos. Estuvieron muy tristes por la muerte de su padre cuando recibimos la noticia, creedme. Lo que habéis visto hoy no era más que su último lamento. Puede haber parecido breve, pero debe ser tenido en cuenta como lo que es: una simple parte de su aflicción, a la que espero, y deseo, que vuestra oportuna visita haya puesto ahora punto y final.

Geoffroi, avergonzado de que la mujer hubiera podido pensar que era crítico con ellos, se apresuró a tranquilizarla:

—Por favor, mi señora, ¡no soy nadie para juzgaros! No se me ocurriría decirle a nadie cómo debe reaccionar ante la pérdida de alguien tan querido como Herbert lo fue para todos ustedes.

De pronto recordó. ¿Cómo había podido olvidarlo, ni aunque fuera de manera puntual? Y, sabiendo que quería compartir su recuerdo con aquella mujer tan amable y delicada, declaró:

—Yo mismo acabo de perder a mi padre. Sé lo que se siente.

Ahora Ediva le dio un abrazo maternal, tranquilizador.

—Vamos, vamos —murmuró—. Y, a pesar de vuestra pérdida, ¿os tomáis la molestia de venir a visitarnos, en pleno invierno, para ofrecernos vuestro mensaje de consuelo? Sir Geoffroi, estamos en deuda con vos.

La conciencia de Geoffroi volvió a pincharle al recordar que había otro motivo para aquel viaje.

—Bueno, para seros franco, me ha gustado venir hasta aquí; me ha venido bien. Ha sido... yo... quiero decir, que las cosas pueden resultar desalentadoras en casa, y fue... —No sabía cómo continuar; ¿fue útil tener una excusa para marcharse? ¡No, eso no podía decirlo!

Pero Ediva, como si lo hubiera comprendido, le dijo con delicadeza:

—Claro, ¿por qué no?

Lo salvó de aquella situación la llegada de Ida con una bandeja de comida y tazones, y de Hugo con una jarra de cerveza. Recordando de pronto al lombardo, que presumiblemente seguiría esperando afuera, Geoffroi dijo:

—¿Puedo avisar a mi compañero? Está esperándome en el patio.

—¡Por supuesto! —respondió Ediva—. ¿Cómo no me habéis dicho que no veníais solo?

Sacudió la cabeza como diciendo «¡Hombres!», y le hizo un gesto a Hugo, que corrió afuera, y pronto el lombardo fue presentado a la familia e invitado a sentarse

junto al fuego con una cerveza entre las manos.

Parecía una celebración, pensó Geoffroi más tarde. No era del todo capaz de decir por qué era así, y concluyó que la respuesta podía estar en lo que había dicho Ediva: su visita, o más bien las noticias que les había llevado, habían ayudado a esa amable y acogedora familia, pues les había dado respuestas a sus últimas preguntas relativas a la muerte de Herbert. Ahora podían abandonar para siempre aquellas terribles imágenes mentales en las que su padre sufría y gritaba en medio de una agonía interminable que lo llevaba hasta la muerte. Porque no había sido así, y ahora lo sabían. ¿No merecía eso una celebración?

Las horas transcurrieron rápidamente en alegre conversación y, cuando Geoffroi salió a comprobar que los caballos estaban bien, se sorprendió al ver que la breve luz del día invernal empezaba a desaparecer y la noche estaba cayendo.

Cuando volvió a entrar al salón, le dijo a Ediva:

—Mi señora, me temo que deberíamos ponernos en ruta. Está a punto de anochecer, y debemos encontrar alojamiento.

—Tonterías —replicó ella, decidida—. Sois nuestros invitados. Habéis venido de muy lejos (sí, por cierto, ¿dónde está Acquin, exactamente?), y ahora tenéis que quedaros con nosotros. ¿No creéis chicos?

Ida y Hugo asintieron al unísono:

—¡Sí!

Geoffroi no pudo evitar sentir que Ida le dedicaba una mirada de entusiasmo. Y se dio cuenta, con un extraño brinco de su corazón que la última cosa que en realidad deseaba hacer en ese instante era marcharse.

Geoffroi y el lombardo se quedaron una semana en Lewes. Habrían permanecido allí más tiempo, y en realidad los invitaron a hacerlo, pero Geoffroi era consciente de que había dejado a su propia familia sola en Acquin. La Navidad se acercaba y debía estar en casa para celebrarla. Sería la primera que su familia pasaría sin sir Robert, y Geoffroi sabía que debía estar allí para ayudarlos a superar el duro trance. Y desde luego, ellos lo ayudarían también a él.

Pero era asombroso lo bien que se sentía ahora. Se sentía culpable, como si se supusiera que no podía ser tan feliz cuando hacía menos de dos meses que su padre había muerto. Pidió perdón y se confesó humildemente con el cura del pueblo, quien le dijo que Dios le había mandado amor y felicidad, que éstos eran regalos preciosos, y que ningún hombre debería ponerlos en cuestión cuando su origen brotaba de todo lo que era sincero y honorable.

De regreso a la casa, Geoffroi estuvo dando vueltas a las palabras del sacerdote.

Más tarde supo que Ida había ido a visitarlo poco antes que él. Y así empezó a pensar, sorprendido, que había tropezado con la respuesta.

Para cuando se disponían a emprender el viaje de regreso a Acquin, Geoffroi ya sabía que estaba enamorado de Ida.

Era una muchacha inteligente, valiente, divertida, capaz y muy madura y sensata

para su edad. Sensata, al menos, cuando no estaba gastando bromas a la gente —a Geoffroi en especial— y desternillándose de risa.

Estaba convencido —o casi— de que la muchacha también sentía algo por él. Pero no osaba preguntarlo. No osaba hablar de ello ni con la propia Ida ni con su madre. Por un lado, había llegado a su casa con una misión que nada tenía que ver con cortejar a la hija de Herbert, y su sentido de lo que era adecuado no le permitía convertir un objetivo en otro. Por otro lado, le aterraba la idea de que a Ida, cuando supiera que aquel extranjero grandote que había ido a las cruzadas con su padre se había enamorado de ella y deseaba pedir su mano, le diera un ataque de risa.

Así que guardó silencio.

Justo antes de su marcha encontró un momento de tranquilidad para entregarle a Ediva el pequeño hatillo con las pertenencias de Herbert. Iba a dejarla sola para que lo abriera, pero ella levantó una mano y lo cogió por la manga.

—No, Geoffroi, os lo ruego, quedaos —dijo—. Habéis llevado este paquete tanto tiempo y tan lejos, que prefiero que estéis conmigo cuando descubra lo que contiene. ¿Queréis?

—Claro, señora —respondió él cariñosamente.

Geoffroi observó cómo desenvolvía el envoltorio de tela y sacaba los últimos recuerdos de su marido. No había muchos: un pesado anillo de oro; una camiseta, con la tela tan suave y gastada que se podía doblar hasta quedar minúscula; un cuchillo, y un cinturón.

Geoffroi se dio cuenta, cuando le entregaron el paquete, de que era imposible que contuviera todas sus pertenencias; estaba claro que su cuerpo había sido asaltado mientras yacía muerto en el campo de batalla. Una mano oportunista se había quedado con su espada, con su casco y su armadura. Y la ropa que llevaba al morir, manchada de sangre como debía de estar, supuestamente fue enterrada con él.

Un repentino grito ahogado lo devolvió a la realidad. Miró rápidamente a Ediva y la vio con un cuadrado de tela cuidadosamente doblado entre las manos, que abrió para descubrir tres mechones de pelo.

El castaño salpicado de canas debía de ser el suyo; el rizo corto y rojizo —como el de Herbert, recordó Geoffroi— debía de ser de Hugo. Y la larga trenza con una onda, de un color castaño brillante que captaba la luz y brillaba como un atardecer, sólo podía pertenecer a una cabeza.

Mientras la miraba, Geoffroi sintió algo, una emoción nueva extraña, que se instalaba en su corazón. Y Ediva, como si lo percibiera y comprendiera, le ofreció el mechón de pelo de su hija.

—Quedáoslo, Geoffroi —le dijo—. Guardadlo bien, como hizo Herbert. Que este mechón os sirva para llevarla en vuestro corazón hasta que volváis a visitarnos.

## CAPÍTULO ONCE

Geoffroi regresó a Lewes en primavera. El lombardo insistió en acompañarlo, aduciendo que un hombre que estaba a punto de perder el corazón (si es que, en realidad, no lo había hecho ya) debía tener a un compañero cerca cuando fuera a cortejar a su amada, por si perdía entonces la cabeza y hacía alguna tontería que pudiera acarrearle problemas.

Geoffroi, feliz de contar con la compañía de su amigo, cedió a su insistencia con una sonrisa. Estaba mucho más dispuesto a abandonar Acquin ahora de lo que lo había estado el anterior mes de diciembre. La familia se había acostumbrado a la ausencia de sir Robert, y a Geoffroi le parecía que, de alguna manera, la vida era más sencilla y menos dolorosa para su madre ahora que ya no tenía que cuidar de su marido gravemente enfermo. Su hermano Robert parecía defenderse bien ante sus nuevas responsabilidades; Geoffroi sentía que no lo echaría de menos si debía ausentarse una temporada larga, puesto que era evidente que prefería hacer las cosas por sí mismo, sin la ayuda de nadie.

La noche anterior a su partida, Geoffroi despertó de un extraño e intenso sueño. Estaba de pie en medio de una estancia pequeña y redonda, con un fuego encendido en la chimenea y una mujer vestida de blanco a su lado. Ella llevaba un velo de tela fina que, aunque enmascaraba los detalles de sus facciones, revelaba que su expresión era de grave preocupación.

En una cama estrecha yacía una persona enferma. Cuando el Geoffroi del sueño intentó arrodillarse a su lado para ver quién era, la mujer negó con la cabeza y lo hizo apartarse. Entonces señaló a Geoffroi y le preguntó: «¿Dónde está? ¿La llevas en el lugar de siempre?».

Y en su sueño sentía —como lo había sentido durante las interminables millas recorridas— el Ojo de Jerusalén apretado cerca de su corazón.

Lo sacó y lo acercó a la dama de blanco. Pero, en vez de cogerlo, ella retrocedió, inclinó la cabeza y le dejó paso para que se acercara a la figura acostada.

Dentro de su cabeza, una voz decía: «El Ojo lo gobiernas tú. Ya sabes lo que has de hacer».

Mientras estaba en pleno acto de sostener el Ojo sobre la frente ardiente del enfermo —tal vez una mujer, tal vez un joven—, una sacudida de terror lo despertó.

Sudando y con el corazón acelerado, Geoffroi se incorporó en su cama.

«Era un sueño —se dijo, recuperando el coraje—. Sólo un sueño».

Pero le resultó imposible acostarse de nuevo con la esperanza de volverse a dormir. Por mucho que intentara distraer sus pensamientos, la imagen del Ojo de Jerusalén lo perseguía; era como si, habiendo irrumpido de manera tan espectacular en su mente, ahora no quisiera alejarse.

Finalmente, y con la sensación extraña y más bien desagradable de que obedecía a una voluntad ajena, Geoffroi se levantó de la cama y, de puntillas para no despertar

a sus hermanos ni al lombardo, salió al patio.

Aunque se encontraba a oscuras, se dirigió sin vacilar hacia el lugar donde había escondido su tesoro. Apartó la piedra que lo protegía —no sin dificultad, puesto que había transcurrido ya cierto tiempo desde la última vez que había ido a mirarlo—, e introdujo la mano por la abertura secreta. Sus dedos encontraron la bolsa de piel y la extrajeron.

Tenía que echarle un vistazo.

Abrió la bolsa y levantó el Ojo, que, suspendido en su cadena, oscilaba delicadamente.

Sí, era tan bello —y tan extraño— como se le había aparecido en el sueño.

Tuvo intención de volver a meterlo en su bolsa y ocultarlo de nuevo. Ésa había sido su intención; estaba bastante seguro de ello.

Así, se quedó muy sorprendido cuando, al volver a tumbarse en la cama, sintió la forma dura del Ojo debajo de él.

Cuando despertó por la mañana, habría pensado que todo había sido un sueño de no ser porque allí estaba el Ojo, contra su corazón, donde lo había llevado tanto tiempo. «Está bien, pues —pensó—. Me lo llevaré conmigo en mis viajes, ¿por qué no? Puedo mantenerlo oculto. Lo llevé sin problemas a casa desde Damasco, con todos los peligros que aquel viaje comportaba. En comparación, una corta visita a Lewes, al otro lado del canal, es un juego de niños».

Sin embargo, decidió anudar una nueva correa más fuerte de cuero a la bolsa del Ojo para colgársela del cuello.

También decidió que no dejaría nunca que nadie lo viera.

Geoffroi y el lombardo se marcharon a última hora de aquella mañana. Era el mes de mayo, el sol brillaba y soplaba una brisa ligera y refrescante. Cruzaron el canal (esta vez sin mareos) y de nuevo volvieron a recorrer la ahora conocida ruta hasta Lewes.

Hicieron el trayecto del puerto hasta la ciudad en un día. Su barco había arribado muy pronto por la mañana y, como se encontraban en mayo y no en diciembre, el día tenía ahora más horas de luz para cabalgar.

Rodearon la localidad de Lewes, ya sin necesidad de preguntar y entraron en el patio de la propiedad de Herbert de Lewes poco antes del anochecer.

Como si los hubiera estado esperando, Ida salió corriendo a su encuentro. La sonrisa de Geoffroi se congeló cuando se dio cuenta de que había estado llorando. Bajó de su montura y se dirigió apresuradamente hacia ella; estaba a punto de preguntarle qué le ocurría cuando la muchacha se le echó a los brazos.

Ni siquiera la clara conciencia de su aflicción pudo robarle a Geoffroi la inmensa ternura de aquel momento.

Pero ahora la muchacha sollozaba, y él pudo entender sus palabras:

—¡Oh, estáis aquí! ¡Me alegro tanto; he rezado y rezado para que vinierais! Es Hugo... Hugo tiene fiebre, y madre y yo lo hemos intentado todo, pero todavía arde

como si estuviera en llamas...

Geoffroi se quedó helado, y ella se dio cuenta, a pesar de su angustia.

Se separó ligeramente para poder ver su rostro —él era mucho más alto que ella—, y le dijo:

—¿Geoffroi? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Al instante, se recuperó. No era el momento de caer presa del terror ante la imagen de lo que llevaba colgando del cuello. «Tal vez —pensó, en un ataque repentino de sensatez— deba limitarme a dar gracias a Dios de que lo llevo».

No fue hasta más tarde —mucho más tarde— que se le ocurrió preguntarse a qué Dios, o al de quién, debía dar gracias.

Ahora, zarandeando suavemente a Ida, respondió con voz firme:

—Nada, no ocurre nada. Llevadme a donde está Hugo. Tal vez pueda ayudarlo.

Ella esbozó una sonrisa en medio de las lágrimas y, con una fe conmovedora de la cual él deseó ser merecedor, declaró:

—Sabía que lo salvaríais.

Lo tomó de la mano y corrió con él al salón, luego subieron por una escalera y atravesaron un estrecho pasillo, pasando frente a lo que parecía ser una pequeña capilla familiar. Finalmente entraron en un dormitorio —no redondo, como el del sueño de Geoffroi— en el que Hugo yacía en una ancha cama, mientras su madre, junto a él, le aplicaba un paño en la frente.

Ediva levantó la mirada hacia Geoffroi. No dijo nada, pero él pudo leer en sus ojos, tan claro como si hubiera hablado: «Mi hija cree en vos, caballero. Ahora mostradnos lo que sabéis hacer».

—Os saludo, señora —dijo él.

—Geoffroi —contestó ella, inclinando la cabeza.

Geoffroi vaciló sólo un instante y luego imprimió toda la autoridad que fue capaz a su voz:

—Necesitaré agua. Agua potable, si la tenéis.

Ediva se levantó del taburete y le acercó un jarrón y un vaso.

—Tomad. Fresca, de nuestro propio manantial, pura y cristalina.

Él asintió. Consciente de los dos pares de ojos que lo observaban —Hugo permanecía como dormido, excepto por su violenta inquietud—, llenó medio vaso de agua, y a continuación, sintiéndose algo estúpido, buscó dentro de su túnica y debajo de su camiseta y sacó la bolsita de piel. Finalmente extrajo la joya y la ocultó en la palma de su mano. Entonces, discretamente, y sin que las dos mujeres pudieran verlo, la sumergió dentro del vaso y la hizo oscilar en el agua.

Acto seguido, se acercó a la cama y pasó su brazo por debajo de la cabeza de Hugo, lo levantó ligeramente de sus húmedos almohadones y llevó el vaso hasta los labios del muchacho. Hugo tomó un sorbo; luego otro. Entonces, para sorpresa de Geoffroi, sacó una mano de debajo de las mantas y agarró el vaso para engullir el resto del agua como si llevara una semana sin beber.

Luego, agotado, al parecer, por el esfuerzo, se dejó caer de nuevo sobre los almohadones y cerró los ojos. Al cabo de pocos minutos emitió un leve ronquido.

Ediva, rompiendo así el asombrado silencio de la estancia, exclamó:

—¡Bueno! ¿Qué sois vos, caballero, un guerrero o un mago?

No demasiado seguro de si el comentario iba en serio, Geoffroi se volvió hacia la mujer. Y al ver su mirada franca y azul, tan parecida a la de Ida, se decidió.

—Me regalaron una joya preciosa —dijo en voz baja—. En Damasco. Yo... le hice un favor a un emir y, aunque os juro que no lo hice pensando en una posible recompensa, él decidió hacerme un regalo.

Por primera vez desde que le pertenecía, Geoffroi levantó el Ojo. Se lo mostró primero a Ediva y luego a Ida, quien soltó un grito ahogado de admiración.

—¿Y esa joya os permite dar de beber a un chico enfermo que lleva sin querer beber al menos dos días? —Había ironía en el tono de Ediva.

—No lo sé, mi señora —respondió Geoffroi sinceramente—. Desde luego, el hombre que me la regaló me aseguró que una de sus propiedades era la de aliviar la fiebre. Y ésta no es la primera vez que ha ayudado a alguien que estaba ardiendo.

Ediva levantó una ceja, pero no hizo ningún comentario más.

Desesperado por querer pronunciar simplemente las palabras adecuadas y evitar enojar a la madre de la joven a la que quería, Geoffroi continuó:

—Pero seguro que habréis estado rezando, mi señora, vos e Ida, y también está la fortaleza natural de la juventud y, en realidad, no quiero defender el Ojo, puesto que es mucho más probable que Hugo ya estuviera predispuesto a tomar un buen sorbo de agua, y que...

De pronto, Ediva soltó una carcajada.

—Geoffroi, querido, parad —dijo, acercándose a su lado y tomándolo de una mano—. ¿Quién sabe qué es lo que potencia la recuperación de un ser amado? Todo cuanto sabemos es que, por el momento, Hugo ha tomado por fin un poco de agua y parece estar mejor. —Echó una mirada a su hijo—. Y ahora, si me hacéis el favor de quedaros con él, deseo ir a dar las gracias a Dios porque mis plegarias han sido escuchadas.

Geoffroi e Ida permanecieron inmóviles mientras Ediva salía de la habitación y se dirigía, pasillo abajo, hacia la capilla.

Cuando hubo salido, Ida dijo, en voz muy baja:

—Sabía que vendrías, y sabía que Hugo se pondría mejor. —Había tanta seguridad en su voz que a Geoffroi le dio un brinco el corazón. Con un susurro que él apenas oyó, añadió—: Sabía que no me decepcionarías.

Sin pensar, dejándose guiar por la intuición, Geoffroi se volvió hacia ella y tomó sus pequeñas manos entre las suyas.

—Ida, nunca os decepcionaré —le respondió en voz baja.

Habría dicho más —aunque no sabía muy bien qué—, pero en ese preciso instante oyeron unos pasos afuera, en el pasillo. Y por si pudiera ser Ediva, se

separaron. Geoffroi se acercó a la cama, a tocar la frente del enfermo, que ahora sudaba y, por tanto, su temperatura había descendido, e Ida se levantó a servir más agua.

La tregua le dio tiempo a Geoffroi para ordenar sus ideas. Cuando su corazón empezó a desacelerarse, cerró los ojos y rezó una rápida pero sincera plegaria de gratitud por haber estado en el lugar adecuado en el momento oportuno.

La atmósfera que rodeaba a su visita iba mejorando a medida que avanzaban los días. Hugo permanecía débil y enfermo, aunque la fiebre, una vez cortada, ya no volvió a afectarlo. Su madre opinaba que estaba en vías de restablecerse y comenzó a prepararle toda una gama de platos exquisitos para tentar su apetito, siempre acompañados por traguitos de agua, un vaso de los cuales se sometía todas las mañanas a la bendición del Ojo.

Ediva, una vez superada su sorpresa inicial, ahora trataba a Geoffroi como lo había hecho al principio. Fuera cual fuese la opinión que pudiera tener de la posesión y el uso del Ojo, se la guardaba para sí. Sin embargo, Ida era mucho menos reticente. De hecho no sentía la más mínima reticencia.

—Me apostaría cualquier cosa a que habéis conquistado su corazón —bromeó el lombardo mientras se disponían a acostarse la quinta noche de su visita—. ¡Qué bueno sería que todos los hombres que quisieran cortejar a una mujer tuvieran una cura milagrosa por el hermanito de su amada!

Geoffroi no le había contado a su amigo la intervención del Ojo en el restablecimiento de Hugo, lo cual lo hacía sentirse incómodo puesto que eso significaba que debía llevarse el mérito de unos poderes sanadores que en realidad él no poseía.

—De entrada, lo mejor sería que su hermano no estuviera enfermo —replicó.

Oyó que el lombardo se reía pero, para su alivio, no daba más vueltas al asunto.

Al día siguiente, Ida y Geoffroi salieron juntos a cabalgar.

Era la primera vez que pasaban un rato largo a solas. Geoffroi sintió que las horas felices de aquel bello día de mayo se grababan tan profundamente en su memoria que supo que jamás olvidaría ni uno sólo de aquellos momentos. Y mirando el rostro de felicidad de Ida iluminado con la belleza de su amor, adivinó que ella sentía lo mismo.

Cierto atardecer fue a hablar con Ediva, mientras Ida hacía compañía a su hermano Hugo, que ya estaba recuperándose de su enfermedad.

Se sentaron frente a frente junto a la chimenea del salón; Geoffroi imaginaba que ella sabía perfectamente lo que quería decirle así que no perdió el tiempo en vacilaciones.

—Me he enamorado de Ida —dijo simplemente—, y me gustaría pedirle que se case conmigo. —Antes de que Ediva pudiera reaccionar, se apresuró a añadir—: Tengo un hogar que ofrecerle; Acquin no es un lugar lujoso, ni siquiera grande, pero es el hogar de una buena familia, segura, afectuosa, y está ubicado en una tierra fértil

y productiva. Aunque no pueda ofrecerle una gran riqueza, joyas ni vestidos de gran calidad, a Ida no le va a faltar de nada, os doy mi palabra. Mi madre y mis hermanos la acogerán y la considerarán como un miembro más de la familia y, por lo que a mí respecta, bueno... mientras viva trabajaré incansablemente para hacerla feliz.

Repasó mentalmente para ver si se había olvidado algo, pero creyó que no. Entonces levantó los ojos de su estudiada concentración en el fuego y miró a Ediva. La mujer sonreía.

—Geoffroi —dijo, con cariño—, aunque ahora ya sé dónde está Acquin, y aprecio el hecho de que no queda a demasiados días de viaje desde Lewes, debo deciros que siempre tuve la esperanza de que Ida se casara con un hombre que viviera cerca.

Con el corazón tan acelerado que parecía que se le iba a caer al suelo, Geoffroi hizo un intento de replicar:

—Pero...

Ediva levantó un dedo, pidiéndole silencio.

—Tenía en mente a un hombre amable —prosiguió—, honorable y cortés que la amara profundamente y a quien ella correspondiera con su amor, que viviera cerca para que yo pudiera tener el placer de ver crecer a mi hija mientras gozaba de las alegrías de ser esposa y, con el tiempo, de convertirse en madre. —Hizo una pausa, mirando con seguridad a los ojos de Geoffroi—. Pero creo que siempre supe que eso era pedir demasiado —prosiguió, con una sonrisa en los labios—. Parece ser que ese dechado de virtudes que vive a tiro de piedra sencillamente no existe. —Soltó un pequeño suspiro—. De modo que supongo que tendremos que conformarnos con vos.

Geoffroi, boquiabierto, cerró los labios y luego volvió a decir:

—Pero...

Ediva se echó a reír.

—Querido Geoffroi, estoy bromeando, y está muy mal por mi parte. —Se levantó y fue a sentarse a su lado—. Lo que acabo de deciros es, básicamente, cierto. Pero lo que no os he dicho es que, en todos los aspectos que importan, vos sois el tipo de hombre que yo habría elegido para Ida, y estoy muy segura de que Herbert habría opinado lo mismo.

Hizo una pequeña pausa: la voz se le había quebrado al mencionar a su esposo. Luego, Ediva prosiguió:

—Al fin y al cabo, ¿qué mujer ve a su hija establecer su propio hogar junto a su casa? Mi hija será feliz con vos, Geoffroi —añadió, con voz firme—. Id y pedidle si os quiere. Y, si así es, tenéis mi bendición.

Y Geoffroi se lo pidió. Tan ansiosa estaba ella por decirle sí, que se le echó a los brazos, gritando: «¡Sí, quiero! ¡Claro que quiero!», antes de dejarlo terminar de hablar.

Geoffroi d'Acquin e Ida, hija de Herbert de Lewes, se casaron a mediados del verano del año siguiente. La novia, de diecisiete años y que parecía no poder apartar

sus adorables ojos de su altísimo marido, llevaba una guirnalda de flores sobre la cabellera rojiza. Mientras la contemplaba cogida de su brazo, Geoffroi pensó que sus ojos eran azules como el cielo del verano. Sí, ahora lo veía por sí mismo.

Herbert, os doy las gracias.

## CAPÍTULO DOCE

Desde el principio, Geoffroi e Ida fueron felices. Ida se adaptó a Acquin nada más llegar —como era una chica de pueblo, el paisaje y la tranquila vida rural le gustaban—, y pronto le cogió cariño a lady Matilda, la madre de su esposo. La muchacha se convirtió, mucho antes de lo que Geoffroi había esperado, dada su corta edad, en un miembro de su familia digno de confianza, capaz y querido. Si echaba de menos a su madre y su hogar, nunca lo dijo, y Geoffroi tampoco se lo preguntó.

El hermano de Geoffroi, Robert, no estaba bien; todos se daban cuenta de ello, y el propio Geoffroi parecía sospechar que todos hacían sus preparativos particulares para cuando sucediera lo inevitable. El pobre hombre, flaco como un esqueleto y atenazado por dolores en el estómago y el pecho, sobrevivió al verano y llegó a ver la cosecha, aunque él no participó en ella.

Satisfecho por dejar Acquin en las manos capaces de Geoffroi, Robert murió en un cálido y dorado atardecer de septiembre, tres meses después de que su hermano menor hubiera llevado a casa a su esposa. Y, con su muerte, Geoffroi adoptó el título y las responsabilidades de Acquin, y entonces empezó realmente su nueva vida.

Contaba con el firme apoyo de su madre, y lady Matilda sabía tan bien o mejor que nadie cómo gestionar la propiedad. Pero ella sola no era capaz de ordenar y dirigir las exigentes actividades diarias de la granja, ni tampoco podían hacerlo la frágil Esmal ni el joven William, que estaba a punto de abandonar Acquin para entrar en un monasterio cercano a Rouen.

Sintiendo que el peso de Acquin se iba posando sobre sus espaldas, Geoffroi agradecía más de lo que podía expresar la presencia allí del lombardo.

—Sé que queréis marcharos a casa —le dijo un día a su amigo—, y también sé que cometo un error reteniendoos aquí, pero...

—No me estáis reteniendo —repuso pausadamente el lombardo—; yo he elegido quedarme.

—...pero si accedierais a quedaros con nosotros unos cuantos meses más, sólo mientras yo me acostumbro a todo esto —prosiguió Geoffroi, como si no lo hubiera oído—, os lo agradecería con toda mi alma y os tendría siempre en mis plegarias.

—Sois muy amable —respondió el lombardo con una velada ironía.

El lombardo cumplió su palabra y permaneció en Acquin todo aquel invierno, la primavera y el verano siguientes. Poco a poco, Geoffroi fue dejando de consultarle antes de tomar decisiones importantes, y finalmente llegó un momento en el que ya no le preguntaba nada, y se limitaba a informarle de su decisión una vez ésta ya estaba tomada, más por cortesía y por hábito que por necesidad.

A principios del otoño empezó a ser evidente que Ida estaba embarazada.

El embarazo le sentaba bien; Geoffroi pensó que nunca había estado tan hermosa, y se sintió de nuevo enamorado de ella.

Tal vez fuera su aparente felicidad juntos y la consiguiente indiferencia hacia

todos los demás lo que hizo que, al final, el lombardo tomara la decisión de marcharse a su casa. Quizá, como Geoffroi le comentó a Ida, había empezado a pensar que una esposa y una familia propias no serían algo tan malo.

Se despidieron de él un día gris de septiembre, poco antes del aniversario de la muerte de Robert. Tanto Geoffroi como el lombardo sentían los efectos de la fiesta de despedida que Matilda, Ida y sus sirvientas les habían preparado la noche anterior: el vino había corrido de una manera tan generosa como el agua del río Aa bajaba ahora por entre sus orillas.

Geoffroi deseó que la despedida fuera breve; era un hombre muy sentimental, y odiaba decir adiós. En especial, tratándose de un amigo tan antiguo que era poco probable que jamás volviera a pisar Acquin. El lombardo parecía estar también muy afectado; debía de tener lágrimas en los ojos, pensó Geoffroi, mientras observaba, emocionado, cómo su figura se alejaba de allí. Puesto que, ¿qué otra razón podía haber para que no se volviera a mirarlo?

En los meses siguientes, la región de Acquin —de hecho, buena parte del nordeste europeo— vivió uno de los peores inviernos de los últimos años. El frío siguió a las lluvias, la humedad persistente y la niebla causaron resfriados y enfermedades; los animales enfermaron, y también la gente. Y se vieron forasteros: un hombre moreno y su compañero, furtivos, merodeando por las sombras como la propia muerte...

En febrero llegó la plaga.

En Acquin, donde la familia y los aldeanos formaban una unidad bastante autosuficiente, estuvieron a salvo; tan a salvo, en realidad, como podía estarlo cualquiera. Pero eso no les evitó pasar varias noches de insomnio a causa de la terrible ansiedad. Tampoco les evitó tener que dedicar muchas y largas plegarias por los demás; el cura del pueblo se ocupó de ello. El padre Herluin, que no ahorraba esfuerzos en tratar de salvar a los vivos, cuidar de los enfermos y consolar a los agonizantes, insistía a sus feligreses en que su deber era arrodillarse a rezar por los que sufrían y, por cada día que se les concedía de vida saludable, agradecer a Dios su misericordia.

Preocupado por lo que sucedía en otros hogares menos afortunados, a Geoffroi se le ocurrió preguntarse si el Ojo de Jerusalén podía ser de alguna ayuda; preguntarse, de hecho, si podía proponer el uso de un instrumento tan pagano al padre Herluin. Pero el Señor ayuda a los que se ayudan, se recordó el propio Geoffroi, y, además, ¿por qué habría permitido Dios que el Ojo cayera en manos de Geoffroi, si luego no debía utilizarlo en beneficio de sus congéneres?

Además, el padre Herluin era un hombre misericordioso y abierto. A diferencia de otros clérigos que Geoffroi había conocido, tanto durante la cruzada como más tarde, el cura local no opinaba como la mayoría de los clérigos occidentales, que declaraban que los cristianos eran buenos y los no cristianos eran unos pecadores terribles, libertinos y viciosos, más allá de la piedad de Dios. Geoffroi había visto demasiados

ejemplos de lo contrario como para apoyar dicho punto de vista, y cuando, a su regreso a Acquin, comentó estos asuntos con el padre Herluin, se sintió aliviado al comprobar que el cura no tachaba a la gente de corderos u ovejas, y prefería obedecer las enseñanzas de Cristo y dejar tales juicios en manos de Dios.

Una noche, mientras estaban acostados, habló con Ida del asunto, y eso le sirvió para tomar una decisión: ofrecería los servicios de su Ojo mágico y, si el cura consideraba que podía resultar útil, iría con el padre Herluin a probar los poderes curativos de la joya.

Por la mañana, en un momento en que los miembros de la familia estaban ocupados en otro lugar y el patio estaba vacío, Geoffroi se metió en los establos, en el trastero que nadie usaba, y buscó en la pared en la que había escondido el Ojo.

Pero el Ojo no estaba allí.

Tontamente, puesto que era un escondite muy pequeño, tanteó la abertura que él mismo había cavado entre las piedras. Luego miró por el suelo, después arriba, en las vigas. No fue hasta que se encontró de rodillas, agachado, palpando el suelo cubierto de polvo y telarañas, que se dio cuenta de que tenía que aceptar la verdad. El Ojo había desaparecido.

En aquel primer instante, estuvo a punto de creer que la joya se había evaporado por voluntad propia. Siempre la había considerado algo raro, algo que respondía a leyes para él desconocidas. Y siempre había tenido la velada sensación de que aquel objeto era simplemente un préstamo; que, algún día, de alguna manera, Mehmed lamentaría su generoso gesto y volvería a recuperarla.

¿Era eso lo que había ocurrido? Lentamente, se puso en pie y se sacudió el polvo y las hojas secas que se le habían pegado a las rodillas. ¿Habría vuelto el Ojo a su lugar de origen?

El pasmo empezó a remitir mientras caminaba a paso lento hacia su casa. «Por supuesto que no —se dijo—, ¡no seas tan inocente! Es obvio que alguien lo ha robado».

Esta conclusión lógica lo llevó a otra idea que, al aparecer, resultaba mucho más terrible que imaginar que el Ojo se hubiera marchado por voluntad propia. Porque, al pensarlo detenidamente, se dio cuenta de que, con la única excepción de una persona, nadie en el mundo conocía el escondite de la joya. Ni siquiera se lo había dicho a Ida; él quería decírselo, pero ella había preferido no saberlo.

—El Ojo es tuyo, amor mío —le había dicho con firmeza—, y yo no deseo formar parte de él, no, ni siquiera quiero saber dónde lo guardas. Puesto que, quién sabe, un día podría tener la tentación de utilizarlo, y eso no estaría bien.

Él se preguntó luego si Ida podía tener miedo del Ojo; no le parecería extraño que así fuera, él mismo le tenía cierto temor.

«No —pensó, mientras se dirigía a la estancia en la que Ida debía de estar acabando de vestirse antes de bajar de su habitación—. No, Ida no puede haber cambiado el Ojo de sitio, ni tampoco puede haberle contado a nadie dónde estaba

escondido. Y no hay nadie más en Acquin que sepa que lo poseo».

Excepto una persona. Y ya no está aquí, sino de regreso a su Lombardía natal.

Con un quejido sordo, Geoffroi bajó el frío escalón de piedra y se llevó las manos a la cabeza. En su mente se formó una imagen, contra su voluntad: una imagen de sí mismo, a su regreso de aquella segunda visita a Lewes cuando, impulsado por un sueño, había llevado el Ojo consigo y ayudado a sanar al hermano de Ida. Se había dirigido al escondite al anochecer, el día en que él y el lombardo regresaron a Acquin, y mientras se limpiaba las manos después de devolver el Ojo a su escondite, oyó un sonido. Miró alarmado a su alrededor y vio un par de palomas sobre el techo del establo, arrullando y aleteando. ¡Estás nervioso!, se había reprochado, mientras se dirigía de vuelta a la casa. Allí encontró al lombardo, justo al otro lado de la puerta, ligeramente jadeante.

«¿Aparté la sospecha de mi mente porque sentí que nuestra amistad era muy fuerte? —se preguntaba ahora Geoffroi—. ¿Tal vez me dije que creerlo capaz de espíarme era un insulto a nuestra larga amistad, a los grandes obstáculos que habíamos superado juntos, al apoyo que nos hemos brindado durante tantas y tantas millas y tantos meses de camino?».

Con otro quejido, se dio cuenta de que todo aquello era cierto. Aquella noche había creído que el lombardo podría haber ido a espíar lo que hacía su amigo. Lo que sugería la siguiente y todavía más inquietante pregunta: ¿sabía el lombardo lo que Geoffroi había llevado a Lewes y que tan en secreto devolvía a su casa?

Como necesitaba el consuelo de su esposa, Geoffroi se levantó subió a su habitación. Allí estaba Ida, ahora con la figura muy redondeada ya por el embarazo, con su hermoso rostro sereno y feliz. Corrió hacia ella y se arrodilló a sus pies para contarle lo ocurrido. Y lo que sospechaba.

Por unos momentos, ella guardó silencio y se limitó a acariciarle la cabeza suavemente mientras se tranquilizaba. Luego le dijo, con voz tranquila:

—¿Estás seguro, amor? ¿No puede haber ninguna otra explicación? ¿No es posible que otra persona de la casa te viera cogiendo o volviendo a colocar la piedra en su escondite?

—He intentado pensar que podría haber algún otro culpable —respondió Geoffroi—, pero, en el fondo de mi corazón, sé que eso es imposible. He sacado el Ojo de su escondite en tan pocas ocasiones que las recuerdo todas con claridad. Cada vez, Ida, me aseguré de saber de antemano dónde estaban cada una de las personas de la casa; no pude ser observado, ¡pongo la mano en el fuego!

—Bueno, bueno —lo consoló ella—, no te abrumes. Si, como parece, el lombardo es el verdadero ladrón, debemos achacar entonces su acción a una tentación irrefrenable y debemos rezar por su alma.

La piedad de su esposa no le sorprendía, pero, no obstante, Geoffroi se empeñaba en protestar:

—¡Ida, me ha robado un objeto muy valioso! ¿Cómo puedes decir que debemos

rezar por él?

—Es que creo firmemente que debemos hacerlo —insistió ella—. Era tu mejor amigo, Geoffroi, de eso no hay duda. Debemos rezar por él porque ha sido tentado por el mal, y no ha tenido la fortaleza de resistirse. —Él estuvo a punto de hacer un comentario desagradable, pero Ida lo interrumpió—: Merece tu misericordia, amor mío. ¿Cómo crees que se siente, sabiendo que ha robado a su gran amigo y sin tener manera de recompensarte? ¿Cómo, Geoffroi? ¿No crees que ha de sentirse como el peor bellaco del reino de Dios?

Pero Geoffroi no respondió.

Cuando hubo recuperado la calma e Ida y él se preparaban para reunirse con el resto de la familia, ella dijo, como la mujer práctica que era:

—Qué bien que todavía no le hayas hablado al padre Herluin de la piedra mágica. Al menos, no le habrás dado esperanzas en vano.

El primer hijo de Ida y Geoffroi nació en abril de aquel año de 1154. Fue una niña y la llamaron Eleanor.

Pero su alegría quedó amortiguada por la ansiedad: el bebé no estaba bien.

La madre de Ida llegó en una larga visita, y ella y lady Matilda unieron su experiencia e intentaron varios remedios y terapias. A veces el bebé respondía, pero casi siempre no lo hacía. Estaba pálida, no tenía interés por alimentarse, y en su respiración se distinguía con claridad un ligero ronquido.

—Si tuviera el Ojo —dijo Geoffroi en una noche de insomnio— entonces podría curarla.

—Eso no lo sabes, amor —le contestó Ida—. No hay ninguna prueba real de que tu piedra mágica haya hecho nunca bien a nadie, ¿no?

—Pero... —No, Ida tenía razón—. No, puede que todo hayan sido meras coincidencias.

—Justamente —asintió ella—. Así que no te atormentes con lo que podría haber sido.

«¿Atormentarme? —pensó, mientras miraba su pálido rostro, con los ojos rodeados de círculos oscuros, los párpados permanentemente rosados de tanto llorar a escondidas—. Oh, Ida, daría mi vida porque nuestra hija se curara y tú volvieras a sonreír».

El bebé abandonó su breve lucha en octubre.

Geoffroi, preguntándose cómo alguien podía estar tan triste como Ida y seguir vivo, se sumió en un período de miseria gris de la que, durante un tiempo, pensó que jamás saldría. Una vez, entre gritos, le exigió histriónicamente al cura que Dios le dijera qué terrible pecado había cometido para que Ida y él estuvieran siendo ahora castigados de esa forma.

Pero el padre Herluin lo dejó que se desahogara. Luego, cuando se hubo calmado, le dijo con delicadeza:

—No hay respuesta a tu pregunta, Geoffroi. Y el único consuelo que puedo

ofrecerte es decirte que, con el tiempo, te encontrarás mejor. Ida se recuperará. Y tú también.

Pero Ida estaba enferma. La luz de su mirada había desaparecido; estaba lánguida, sin entusiasmo. Geoffroi la llevó a Inglaterra para que pasara una temporada allí con su madre y con Hugo, y el cambio de aires pareció sentarle bien. No obstante, al volver a casa, el recuerdo de la pérdida de su hija volvió a dominar su vida.

El padre Herluin le sugirió en privado a Geoffroi que otro bebé tal vez podría ayudarla a superar la tristeza. Pero Ida no parecía inclinada a mantener relaciones sexuales, y Geoffroi, que la amaba profundamente, no deseaba forzarla.

Entonces, en septiembre de 1156, lady Matilda sucumbió a una breve pero violenta fiebre y se reunió con su marido en el otro mundo.

Con William en Rouen y Esmal ya casi inválida, el hogar parecía ahora un lugar apacible y vacío que generaba mucho trabajo y poco más. Geoffroi se preguntaba si la felicidad volvería algún día a Acquin.

Finalmente, una soleada jornada de primavera en la que convenció a Ida para que saliera a cabalgar con él y a contemplar la belleza del sol sobre los nuevos pastos, las cosas cambiaron. Detectaron un pequeño terrón de primulas que se abrían al sol, sobre la orilla del río, y Geoffroi, ansioso, corrió a recoger una para Ida. Pero resbaló y fue deslizándose por la pendiente de la orilla hasta caer con un pie dentro de la zona fangosa junto al agua del río Aa. La expresión sombría de Ida se convirtió de pronto en una sonrisa, y luego en una sonora carcajada.

La risa detonó algo en ella; mientras la sujetaba entre sus brazos, Geoffroi vio su alegría convertirse en lágrimas, y entonces lloró como no había vuelto a hacerlo desde la muerte del bebé. Luego, cuando se secó las lágrimas, levantó el rostro hacia él y dijo:

—Oh, Geoffroi, ahora me siento mejor. Es como si... —Frunció el ceño—. Como si hubiera doblado una esquina y, aunque la pequeña sigue ahí, ya no tengo que mirarla a cada momento. ¿Es eso terrible?

Él luchó por controlar su voz.

—No, mi dulce Ida, eso no tiene nada de terrible. Diría que es algo natural. Y...

Se preguntó si debía decir lo que acababa de acudir a su cabeza era algo de lo que el padre Herluin le había hablado, por lo que había rezado.

—¿Y qué?

Él la miró y agachó la cabeza para besarle la punta de la nariz. —El padre Herluin diría que es un síntoma de la misericordia de Dios.

—La misericordia de Dios —repitió ella en voz baja. Luego se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Su segundo hijo nació el 10 de octubre de 1160, seis años después de la muerte del primero.

Era un varón fuerte y saludable que mamaba con entusiasmo, dormía profundamente y parecía crecer ante sus ojos. Lo llamaron Josse y fue capaz de curar

el corazón herido de su madre.

Geoffroi se preguntaba a menudo, a medida que pasaban los años y la familia crecía, si la tragedia de su primer hijo se debía al hecho de que fuera una niña, puesto que Ida pronto se volvió tan eficiente en la maternidad y en la educación de los niños como lo era en todo lo demás, dio a luz a otros cuatro hijos en una sucesión relativamente rápida, todos tan sanos y hermosos como su hermano mayor. Yves nació a principios del otoño de 1162; Patrice en noviembre del año siguiente; Honoré en marzo de 1165, y Acelin en pleno agosto de 1166.

Hasta la solterona Esmal reaccionó ante aquella casa llena de niños; cuando quedaban bajo su cuidado sacaba de profundidades insospechadas un vozarrón digno de un guerrero y dirigía a sus sobrinitos con una mano firme tras la cual sólo ellos sabían que se escondía un corazón lleno de amor y una boca hecha para la risa.

Acquin parecía responder a la felicidad de la familia. Año tras año, las cosechas eran excelentes, el ganado estaba sano y los arrendatarios satisfechos. Un atardecer en el que paseaba con su viejo amigo el padre Herluin, a Geoffroi no le sorprendió lo más mínimo que el cura se detuviera a contemplar la sosegada imagen del caserón ubicado encima del valle y exclamara, con divertida suficiencia:

—¿Lo ves? ¡Ya te lo había dicho!

Los chicos fueron creciendo. Estaba claro que Josse era exactamente como su padre y no quería otra cosa en la vida que ser soldado. Lo mandaron fuera, al igual que habían hecho con su padre, a la finca de sir Giralde de Gisors, aunque ahora el cabeza de familia era el hijo del hombre que había dirigido la formación de Geoffroi.

Ida, que jamás olvidó su hogar inglés, insistió en que cada uno de sus hijos pasara una temporada con su tío Hugo en Lewes. Su propia madre, lady Ediva, murió un par de años después del nacimiento de Acelin. Había vivido para disfrutar no sólo de sus cinco nietos, sino también de las tres niñas nacidas de Hugo y su esposa; al parecer, antes de morir, comentó: «¿Qué más puede desear una mujer?».

Yves heredó el amor de su abuelo por la tierra y, con el respaldo de sus padres, asumió un papel activo desde muy joven en el funcionamiento de la finca de Acquin. Mientras Josse, de trece años, se movía en los círculos elevados de la corte de los Plantagenet —donde incluso conoció al joven Ricardo, en una ocasión memorable—, Yves, con once años, era ya una figura muy valiosa en el día a día de Acquin.

Geoffroi, que observaba a su amada Ida crecer en fortaleza, confianza y serenidad, compartía con ella una felicidad familiar que años atrás habría creído imposible. «He recibido mucho más de lo que merezco —pensaba—. Y estoy agradecido desde lo más profundo de mi ser».

Raramente pensaba ya en su agitado pasado, a menos que sus hijos le preguntaran por él. Naturalmente, siempre que Josse volvía a casa, acribillaba a su padre a preguntas sobre las cruzadas, los infieles y las armas que éstos usaban, y Geoffroi estaba encantado de hablarle de ello. Los chicos más jóvenes se iban acercando a su padre mientras él, sentado junto a la chimenea, le contaba sus historias a su hijo

mayor. Les encantaba escuchar las narraciones que había oído de otros hombres, más cercanas a las vidas de los grandes personajes; con sus vocecitas le rogaban: «Cuéntanos cosas de los reyes y las reinas, ¡cuéntanos cosas de la gente rica, los señores y las damas, y del adivino del rey!».

A veces Geoffroi les contaba la anécdota de cómo había salvado a un muchachito infiel, y de cómo su agradecido abuelo le había regalado un zafiro del tamaño de sus puños cerrados. Desde su silencioso rincón al otro lado del fuego, Ida siempre comentaba: «¿Vuestro puño? Yo más bien diría vuestro pulgar».

Y a veces, cuando el vino lo ponía sensiblero, Geoffroi mencionaba al lombardo. Pero ni siquiera entonces era capaz de admitir sus sospechas sobre su amigo. En una ocasión, cuando Yves le preguntó qué había ocurrido con el Ojo de Jerusalén, Geoffroi dijo:

—¿Cómo? ¿Qué ocurrió? Eh... no lo sé, hijo. Supongo que debí de perderlo.

Y, con el tiempo, acabó medio creyéndoselo él mismo.

La querida tía de los chicos, Esmal, murió durante el frío invierno de 1173. Y un caluroso mes de julio, tres años más tarde, lo hizo el propio Geoffroi, al caer de un carro lleno de mazorcas de maíz.

Segado, como el maíz, con la cosecha.

Ida, que perdió una parte de sí misma con la muerte de su esposo, sabía, sin embargo, que para sus hijos era demasiado pronto para perder a sus dos progenitores. Yves sólo tenía catorce años, y Acquin era todavía una carga demasiado pesada para él, aunque contara con el apoyo de sus hermanos menores. Además, Ida no quería que Yves presionara a Josse para que se quedara en casa, no cuando Josse estaba empezando a meterse de lleno —con gran éxito, por cierto— en su carrera militar.

Vivió hasta febrero de 1180. Entonces, triste por dejar a sus hijos pero feliz ante la idea de reunirse con Geoffroi, murió.

Uno tras otro, los hermanos menores se fueron casando y, con el tiempo, fueron teniendo hijos e hijas. Mientras Josse seguía a su propia estrella, sus hermanos se ocupaban de Acquin.

El hogar de Geoffroi, que tanto había amado y al que había regresado tras su aventura en las cruzadas, donde había desposado a su querida Ida, estaba en buenas manos.

# **CUARTA PARTE**

**INGLATERRA, OTOÑO DE 1192**

## CAPÍTULO TRECE

Josse e Yves habían hablado durante horas.

En algún momento del amanecer, Josse despertó de su primer sueño profundo. Estaba inquieto. Demasiados recuerdos habían sido removidos, y su mente no estaba todavía preparada para la calma y la serenidad del sueño. Se volvió a mirar a Yves, que dormía profundamente, tumbado boca arriba, con los labios entreabiertos y roncando ligeramente. Josse sonrió. Su querido Yves. Aquella noche de reminiscencias le había proporcionado un placer muy especial. Recuperaron los recuerdos de una manera tan vivida que, en algún momento, Josse había levantado los ojos y había creído ver a Geoffroi y a Ida de pie en un rincón, sonriéndoles a sus dos hijos mayores.

No estaban, obviamente. Aunque a Josse no le habría sorprendido verlos.

Volvió a cerrar los ojos y se acomodó para tratar de dormir, y entonces visualizó la imagen de su padre, sentado en su lugar habitual junto a la chimenea, con Ida al otro lado amamantando a un bebé recién nacido. ¿Sería Acelin? ¿O tal vez Honoré? Allí, a los pies de Geoffroi, estaban Josse e Yves, y en su regazo, medio do mudo, con el pulgar en la boca y los dedos jugueteando con el vello del brazo de su padre, otro de los niños. De vez en cuando, Geoffroi le daba un beso cariñoso a la cabecita que se reclinaba contra su cuello.

Geoffroi hablaba. Su voz alcanzaba a Josse con suma claridad; medio despierto, medio en sueños, oyó decir a su padre: «¿Y sabéis lo que me dio el emir? ¡Era un enorme zafiro, tan grande como vuestro puño, montado sobre una moneda de oro! En el borde de la moneda había unas inscripciones, pero yo no sabía leerlas... me dijeron que estaban en un idioma llamado arameo, que era el idioma de los persas. Tenían un imperio, ¿sabéis?, eran unos conquistadores con un ejército enorme, que cuando se ponía en marcha resultaba invencible. Conquistaron Babilonia, y Asiría, y Turquía y Siria, e incluso Egipto, y habrían seguido expandiéndose hasta Grecia si no se hubieran encontrado con Alejandro Magno, que tenía un ejército todavía más poderoso que el persa. Pero ésa es otra historia; os estaba contando cómo encontré la piedra a la que llaman el Ojo de Jerusalén, que me regaló un hombre viejo y gordo, demasiado grande para cabalgar hasta el campo de batalla, porque le salvé la vida a su nieto. El vidente dijo que era una gema mágica que me avisaría cuando se acercara un ejército enemigo, así que la llevé siempre bien guardada, desde Ultramar hasta Acquin, y salvó la vida a muchos de mis compañeros. Hasta le salvó la vida a vuestro tío Hugo cuando me la llevé a Inglaterra conmigo, cuando fui a cortejar a vuestra madre». Josse sonrió, observando cómo su padre le dirigía una mirada amorosa a su madre, al otro lado de la chimenea, y ella le devolvía la sonrisa encantada. «Era una joya tan bella, chicos, que me encantaba levantarla y contemplar su interior, donde, si mirabas con cuidado y captabas la luz de una determinada manera, podías ver un ojo, el ojo de la propia joya, mirándote...».

Cierto. El Ojo de Jerusalén. Aquélla era la mejor historia de padre. Y se trataba de un cuento sin final feliz.

Josse siguió pensando. Preocupado por las ideas a medio resolver, probando teorías hasta que empezaban a aclararse, poco a poco llegó a una conclusión provisional. Luego, cuando por fin se dejó vencer por el sueño, soñó que su padre se había dejado una larga barba blanca y llevaba una niña pequeña en brazos, que le había crecido de pronto como la rama de un árbol.

A la mañana siguiente, mientras tomaban el desayuno que les había llevado el padre Saúl, Josse dijo:

—He estado pensando, Yves.

Su hermano sonrió.

—Ya lo imagino.

—Sí. —Josse rió brevemente—. Todos esos recuerdos que surgieron anoche me han dado mucho en lo que pensar.

—Cuéntame, pues —dijo Yves mientras alcanzaba otra rebanada de pan—. ¿En qué has estado pensando?

—¿Recuerdas que padre solía hablarnos de un zafiro mágico que le habían regalado en Damasco?

—Claro. Decía que lo había perdido, y al recordarlo, parecía siempre muy triste.

Ahora, Josse se incorporó, ansioso, acercando el rostro al de su hermano. Por alguna razón que no se detuvo a plantearse, bajó tanto la voz que sólo podía oírlo Yves.

—¿Qué opinas? —susurró—. Ese amigo que viajó desde Ultramar con padre, y se quedó con él en Acquin...

—¿El lombardo?

—Exacto, el lombardo. Supongamos que no fuera la amistad lo que lo mantuvo tanto tiempo junto a padre. Supongamos que hubiera visto el Ojo en alguna de aquellas ocasiones en las que padre lo utilizó y decidió que no descansaría hasta apoderarse de la joya.

—¿Estás sugiriendo que se la robó? —El honesto Yves estaba claramente escandalizado ante la idea—. ¿A su amigo? ¿Mientras era el invitado de padre?

—Así es —asintió Josse—. Así es como yo lo veo. Tal vez el lombardo supiera de la existencia del Ojo desde el principio, desde la misma noche en que se lo regalaron a padre. Tú no puedes saberlo, Yves, porque no eres soldado, pero, créeme, guardar un secreto no resulta fácil entre los hombres de un ejército que comen, descansan, practican sus ejercicios y duermen juntos, juntos en cada momento del día. Hasta cuando no luchan.

—Padre solía decir que el abuelo Herbert era la mejor fuente de información de todo Ultramar —señaló Yves, con una sonrisa en los labios.

—¡Exacto! —exclamó Josse, que dio un sonoro puñetazo sobre la mesa y la hizo tambalearse sobre sus patas—. Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. No me

sorprendería que todos se pasaran el día chismorreando. Cuando no se está enfrascado en la batalla, no hay nada más tedioso que ser un soldado confinado en un campamento, sin otra cosa que hacer que lamentarse y especular. Una buena dosis de rumores y chismorreos siempre va bien para levantar los ánimos.

—Tú debes de saberlo —dijo Yves.

—Supongamos que el lombardo oyó campanas sobre una joya mágica regalada a Geoffroi d'Acquin... No sabemos nada, tal vez fuera un rumor extendido por todo el campamento, tal vez todo el mundo murmurara sobre ello. De modo que tal vez el lombardo fuera un poco más lejos y pensara que sería una buena estratagema trabar amistad con el sujeto. No es que quiera menoscabar el afecto que sentían el uno por el otro, puede que fuera totalmente genuino... Pero creo que es muy posible que, habiendo sido avisado y teniendo intención de apoderarse de la joya, el lombardo consiguiera espiar a padre en una de aquellas ocasiones del viaje de vuelta en que utilizó el talismán. Y, posteriormente, no fuera capaz de detenerse hasta conseguir su objetivo.

Yves fruncía el entrecejo.

—Sabía que existía el Ojo —declaró—. O, al menos, sabía que padre tenía algo. Así que permaneció a su lado todo el camino de regreso, y lo vigiló para intentar averiguar de qué se trataba. Lo consiguió, y fuera lo que fuese lo que vio, lo convenció de que no podía regresar a casa hasta habérselo robado a padre. —Hizo una pausa—. ¡A su amigo!

—Lo sé —dijo Josse con voz serena—. No es algo que tú harías...

—¡Ni tú tampoco! —gritó Yves, alterado—. ¡Ni ningún hombre honrado!

—¡Chis! —Josse miró a su alrededor, pero no había nadie que pudiera oírlos—. Mis suposiciones no acaban aquí, Yves. Estoy pensando que, si todo sucedió así y el lombardo robó el Ojo, entonces es posible que también él se diera cuenta del enorme delito que había cometido contra su amigo. Es posible que, al hacerse mayor y enfermar, decidiera que había una sola cosa que tenía que hacer antes de morir.

—¡Y viajó otra vez a Acquin para devolver el Ojo! —concluyó Yves por él—. Para enterarse de que Geoffroi había muerto, de modo que quiso devolvértelo a ti. —Su expresión alterada se suavizó—. Con la mala suerte de que no llegó a encontrarte. Murió aquí mismo, en Hawkenlye, antes de dar contigo.

Josse observaba a su hermano.

—¿Quizá en el fondo no fuera tan malo? —dijo con serenidad—. Se arrepentía de lo que había hecho y murió en pleno acto de enmienda. No debemos juzgarlo con demasiada severidad, Yves.

—Hum... —Yves no parecía del todo convencido. Permaneció un rato con el ceño fruncido, mordiéndose el labio, hasta que exclamó, pensativo—: Ahora incluso podemos darle un nombre. El lombardo era Galbertius Sidonius.

—Cierto. —Josse también tenía el ceño fruncido. Había algo... algo que había estado rondándole por la cabeza durante todo el día anterior, cuando él y el joven

Augusto estuvieron hablando con la abadesa. Augusto había hecho un comentario, sobre el hecho de que no todo el mundo era cristiano, que había disparado una idea en su cerebro que, posteriormente, tras lo sucedido, había quedado en segundo plano.

Y todavía le rondaba ahora, fuera lo que fuese, y tenía que ver con el lombardo. O con Geoffroi. O, probablemente, con ambos, pensó Josse con cierta frustración.

Durante un rato los dos hermanos permanecieron en silencio; luego Yves dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Josse lo miró con un profundo afecto. «No sé las veces que me habrá hecho esa pregunta —pensó—, desde que éramos pequeños y tratábamos de decidir adonde ir a jugar, hasta el año pasado, cuando pensaba qué hacer con aquel campo de Acquin que siempre se inunda con las tormentas de primavera».

Josse se acercó y apretó el brazo de su hermano.

—Todavía no lo sé —le dijo, con una sonrisa—, pero dame un poco de tiempo y ya se me ocurrirá algo.

Antes de lo previsto, Josse rompió de nuevo el silencio contemplativo en el que se habían sumido.

—¿Recuerdas que te dije que el príncipe Juan había venido a verme con la excusa de cobrarme una renta por Nuevo Winnowlands?

—Sí, lo recuerdo —sonrió Yves—. ¿Cómo iba a olvidar que un príncipe ha honrado a mi hermano con una visita?

—Tiene cierto encanto —reflexionó Josse—, y por mucho que oigo hablar de sus estrategias y sus manipulaciones, no puedo evitar sentir simpatía por él. Pero, a lo que íbamos, Yves: venía buscando a Galbertius, ¿recuerdas?

—Sí. Y ahora te preguntas cuál debe de ser el motivo por el que el príncipe Juan está intentando localizar al mismo hombre que vino al norte para buscaros a padre y a ti.

—Y por mucho que me lo pregunto, no doy con la respuesta.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo el príncipe?

—Me preguntó si conocía a un extranjero llamado Galbertius Sidonius, y me dijo que lo avisara si lo encontraba.

—Y el anciano John Dee, ¿añadió alguna información cuando fuiste a verlo?

—No, en realidad, no —respondió Josse, rascándose la cabeza en un esfuerzo de concentración—. Me confirmó que el príncipe y su séquito se habían marchado a Londres, y me dijo que Sidonius no era un hombre joven, de modo que no podía ser la víctima hallada aquí, en el valle.

—¿Y...? —Yves lo miraba expectante.

—Creo que eso es todo.

—No obstante, parece que sigues devanándote los sesos por algo.

—Así es, pero no tiene nada que ver con mi visita a John Dee. Aparte de lo que te he contado, sólo dijo que sabía cómo y cuándo había muerto padre.

—Es vidente —dijo Yves con serena aceptación—. Se supone que la gente como

él sabe cosas que los demás no sabemos.

—Cierto —admitió Josse—. También dijo que el extranjero vendría a buscarme (supongo que se refería a Galbertius), o que alguien lo haría en su nombre. —Intentó pensar, pero la imagen no era clara—. Fue todo más bien vago... casi como si me hubiera hecho entrar en trance.

—Así son los brujos —dijo Yves con aires de sapiencia, como si conociera a docenas de ellos y estuviera familiarizado con sus métodos.

—Y me confirmó que es descendiente del John Dee del que padre solía hablarnos, ¿recuerdas? El mago de la corte del primer Guillermo y sus hijos, Rufus y Enrique.

—Recuerdo que me moría de miedo cuando padre nos contaba sus historias —dijo Yves a media voz—. Había una en que salía a la luz de la luna para recoger el muérdago de un gran roble, con un puñal dorado en la mano y...

—¡El puñal! —gritó Josse.

—Tan sólo era una fábula, Josse; una vieja leyenda para entretener a los niños al calor de la chimenea.

—No me refiero a aquel puñal. —La idea escurridiza había vuelto a la mente de Josse—. El cuchillo que se encontró en el cadáver hallado en el valle —dijo, haciendo un gesto de impaciencia con la mano— tenía la punta curva. ¡Fue el joven Augusto al decir que no todo el mundo es cristiano quien lo consiguió! —Le dedicó una amplia sonrisa a Yves.

—¿Consiguió qué, Josse?

—¡Hacerme recordar, claro! Padre tenía un cuchillo como aquél. Yo sólo lo vi una vez, cuando madre revisaba sus cosas después de su muerte. No era el tipo de cuchillo que se utiliza normalmente, era demasiado pequeño, y seguramente madre se negó a que nos lo diera a los chicos para jugar, porque podríamos cortarnos con él. Tenía la punta curvada.

—¿Y...? —Yves parecía divertido.

—¡Lo traje a casa desde Ultramar! —gritó Josse—. Era un cuchillo sarraceno.

A Yves se le iluminó la cara.

—¡Por eso el comentario del muchacho de que no todo el mundo es cristiano te hizo pensar en ello! Padre conoció a musulmanes, los conoció y los combatió, y se llevó a casa una de sus armas como recuerdo.

—Y una arma muy similar ha sido utilizada recientemente para matar a un joven aquí en Hawkenlye —concluyó Josse—. ¿Qué conclusión debemos sacar de todo esto, Yves?

—¿Crees que es importante?

—Sí, pero no sabría decir por qué. —Josse se levantó con el ceño fruncido—. Un hombre lombardo le roba una joya preciosa traída de Ultramar a nuestro padre, muere cuando intenta devolverla y, al mismo tiempo, otro hombre es asesinado con un cuchillo que tiene todo el aspecto de ser de origen sarraceno. Sí, Yves, sé que es importante. —Se dirigió hacia la puerta—. ¿Me acompañas?

Yves se apresuró a seguirlo.

—¿Adónde vamos?

Josse suspiró, ligeramente hastiado.

—Disculpa, Yves, lo olvidé —dijo—. Tú no la conoces como yo la conozco.

—¿A ella?

—Sí. Vamos a hablar con la abadesa Helewise, si es que puede dedicarnos un poco de tiempo. Le contaremos nuestras conjeturas y le pediremos que nos dé su opinión.

—¿Y eso nos ayudará?

Josse le dedicó una mirada casi piadosa.

—Pues claro, Yves. No te quepa la menor duda.

## CAPÍTULO CATORCE

Helewise esperaba la visita de Josse y su hermano, y se las arregló para sacar algo de tiempo de su laborioso día para recibirlos.

Mientras los observaba, sentados ante ella en su habitación, advirtió las similitudes y las diferencias existentes entre los dos hombres. Yves tenía los mismos ojos oscuros que su hermano, y el pelo denso y castaño como él, y en su expresión había la misma ironía latente. Pero en conjunto era de complexión más pequeña: era más bajo (como la mayoría de los hombres), y de hombros más estrechos.

—Mi señora —dijo Josse—, nos gustaría compartir con vos nuestra opinión al respecto de ese tal Galbertius Sidonius y lo que lo empujó a buscar a nuestra familia, si tenéis la bondad de escucharnos.

—Lo haré encantada —respondió ella, descansando las manos en las mangas opuestas de su hábito mientras se acomodaba en su silla.

Cuando acabaron de resumirle la situación —la mayor parte del tiempo fue Josse quien habló, aunque gradualmente Yves fue cogiendo confianza y fue interviniendo en la conversación—, Helewise dijo:

—Lleváis muchas horas y mucho esfuerzo invertidos en este misterio, y creo que habéis tejido una red bien firme con todos sus cabos sueltos. —Hizo una pausa durante la cual oyó a Josse murmurar «gracias».

Al poco, la abadesa prosiguió, verbalizando una idea que se le había ocurrido mientras los dos hermanos le contaban la historia:

—Probablemente vuestro padre se entristecía cada vez que hablaba de que había perdido el Ojo de Jerusalén porque sospechaba, aunque le costara creerlo, que su amigo el lombardo se lo había robado.

Yves la miró a los ojos y declaró:

—Él era un hombre amable y honesto. Tal vez estuviera demasiado inclinado a ver el lado bueno de las personas y no el malo.

Helewise lo escrutó. Su expresión astuta y ligeramente tímida sugería que podía sentirse algo avergonzado de la ingenuidad de su padre.

—Es probable que todos tengamos esa tendencia —señaló, con el deseo de reconfortarlo—. Es un defecto muy noble, si es que se le puede llamar defecto.

Él inclinó ligeramente la cabeza, y ella advirtió el rubor de sus mejillas. Luego, mirando a los dos hermanos, dijo:

—No obstante, hay un aspecto que parece que no habéis tenido en cuenta. Josse sonrió.

—¿Sólo uno? Me temo que hay bastantes más —comentó.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Lo que yo tengo en mente es lo siguiente: ¿dónde pensáis que está ahora la joya?

Se hizo un silencio. La abadesa adivinó, por la forma en que los hermanos se

miraron, que era un tema que todavía no se habían planteado.

Puesto que ninguno de los dos parecía tener nada que decir, habló ella:

—Sir Josse, el príncipe Juan os pidió que le informarais si recibíais noticias de Galbertius Sidonius, ¿no es así?

—Sí.

Mirando a Josse, Helewise levantó las cejas y señaló a Yves con un gesto de la cabeza.

—Ah, sí —dijo Josse, comprendiendo el gesto—, le he contado la visita del príncipe, y también mi charla con John Dee.

—Muy bien. Estaba pensando que, ahora que creemos que el anciano que murió aquí en agosto era Sidonius, ¿no deberíais ir a informar al príncipe de ello?

De nuevo, los dos hermanos intercambiaron una mirada.

—No estoy del todo convencido de que sea una buena idea, señora —declaró entonces Josse.

Ella creyó entender el porqué. Pero, aun así, preguntó:

—¿Y cuál es la razón de vuestra falta de convencimiento?

Josse simuló parecer avergonzado; al fin y al cabo, estaba hablando de alguien con sangre azul.

—Eh... porque me temo que el príncipe Juan quizá no estuviera tan interesado en Galbertius como en lo que llevaba.

—Ah... El Ojo de Jerusalén —dijo Helewise con cautela.

—Exacto.

—El Ojo había pertenecido a vuestro padre y ahora os pertenece legítimamente.

Helewise advirtió un breve destello de codicia en los ojos de Josse. Y, al cabo de unos instantes, él farfulló:

—Eh... sí.

—Sir Josse —dijo ella con voz suave—, en estos momentos está enterrado en nuestro cementerio el cadáver de un hombre sin identificar. ¿No creéis que una visita al príncipe Juan podría ayudarnos a aclarar este misterio?

—Pero...

—Además —lo interrumpió ella astutamente—, hoy por hoy desconocemos el paradero del Ojo de Jerusalén. El príncipe, según vos, está muy interesado en esa joya y, al parecer, sabía que Galbertius tenía relación con ella. ¿No es posible que sepa dónde se encuentra ahora?

—Mi señora, si estamos en lo cierto y el Ojo es lo que vino a buscar el príncipe Juan —empezó a decir Josse—, entonces, probablemente, todo cuanto habrá oído decir de la joya habrán sido rumores, chismorreos de los cruzados. Me resulta difícil pensar que, aparte de haber oído mencionar su nombre, conozca muchos más detalles...

De pronto, se detuvo; su hermano se volvió ansioso hacia él:

—¿Josse?

Helewise, que podía ver su rostro con bastante claridad desde donde estaba, observó que sus ojos se habían abierto en lo que parecía ser una expresión de asombro.

—¿Sir Josse? —lo azuzó—. ¿Qué os ocurre?

—Yo... —Miró a la abadesa, luego a Yves, tragó saliva con esfuerzo y prosiguió—: Se me ha ocurrido otra manera mediante la cual el príncipe podría estar obteniendo información, aunque, en este entorno santo, no sé si debo mencionarla.

—Os ruego que lo hagáis —lo apremió ella. Vio la sombra de una sonrisa cruzar su rostro. Luego, él habló:

—Antes os hemos comentado, abadesa, que nuestro padre solía contarnos historias de los antiguos reyes, del Guillermo al que llamaban el Conquistador, y de sus hijos Guillermo Rufus y el primer Enrique. De cómo, al menos según cuentan algunos, los rituales religiosos que practicaban, en especial Rufus, eran... quiero decir, seguramente se trataba de simples rumores, pero decían... eh, se decía que los ritos podían muy bien ser...

Josse parecía incapaz de proseguir, de modo que Helewise lo hizo por él:

—¿Paganos?

—Sí —asintió él.

La abadesa comprendió su incomodidad y, deseando aliviarla, dijo con calma:

—Sir Josse, yo también he oído las viejas historias de cómo se suponía que los primeros reyes normandos estaban asociados con la brujería, y en una ocasión me contaron que el mismo nombre de Rufus fue asignado al segundo Guillermo, no porque fuera pelirrojo, puesto que no lo era, sino porque el rojo, el color de la vida, era sagrado para la antigua religión.

—Estoy casi seguro de que no es así —repuso Josse con notable convicción.

—¿Ah, sí? —Ella lo miró fríamente—. Pues yo no estoy tan segura.

—Pero vos —empezó Yves, que aparentemente no había podido contenerse—, ¡vos sois una abadesa!

Helewise estuvo tentada de reír.

—Desde luego que lo soy —admitió—, pero tengo oídos, Yves, y oigo lo que se dice. Ese Guillermo Rufus, al morir en tan extrañas circunstancias en el Lammas Morn, fue un rey expiatorio. Pudo haber renunciado intencionadamente a su vida en honor de los antiguos dioses y sus ritos.

Helewise advirtió que Yves parecía horrorizado; Josse, que conocía mejor a la abadesa, parecía meramente intrigado.

—¿Es eso posible? —musitó.

—No veo por qué no —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Sabemos que Guillermo Rufus dedicaba poco tiempo a nuestra fe, y que, como consecuencia de ello, era condenado y rechazado por los clérigos de su época. —Haciendo un esfuerzo, recordó el motivo por el que estaban hablando de aquel tema, y entonces dijo, con firmeza—: Pero nos estábamos ocupando de otros asuntos. Sir Josse, habéis

dicho que vuestro padre solía contaros historias de la vida cortesana antigua, en la que había elementos paganos. Por favor, seguid.

—Sí, por supuesto. —Parecía tener problemas para ordenar sus pensamientos, pero al cabo de un rato dijo—: Bueno, padre solía hablarnos de un vidente que vivía en aquellos tiempos, un hombre llamado Dee, así que imagino que era un antepasado del John Dee del príncipe. Tal vez el oficio se transmita de padres a hijos, no lo sé. El caso es que padre nos decía que el viejo mago era capaz de mirar una bola hecha de cristal oscuro y ver en ella cosas que estaban ocurriendo muy lejos, lo que me hizo plantearme si el hombre del príncipe Juan (al que, por cierto, llaman Maestro) también es capaz de hacer eso. Tal vez, incluso tenga la misma bola, heredada de su familia. Y, quizá, mirando en ella vio el Ojo de Jerusalén. —De pronto, sacudió la cabeza con cierta violencia y dijo—: Os ruego que me disculpéis. Me estoy dejando envolver por la superstición pagana, y lo que digo no tiene ningún sentido.

Cuando empezaron a disolverse los ecos de su voz alta y enojada, Helewise dijo quedamente:

—Sir Josse, creo que nunca os he oído decir nada absurdo.

—Pero ¡bolas de cristal para ver en la distancia, abadesa! En nombre del cielo, ¿cómo es eso posible?

—No tengo ni idea. Aunque he oído decir que hay pruebas de que así es. No siempre debemos empeñarnos en comprender la manera, sir Josse —insistió, acallando sus protestas—, puesto que hay muchas cosas en este mundo que sólo Dios sabe cómo funcionan. Así es como Él lo ha dispuesto.

Los dos hermanos se miraban ahora entre sí, y a ella le divirtió el hecho de que Yves siguiera teniendo aquella expresión de sorpresa, como si una abadesa que expresara su interés en temas tan descabellados y paganos, como los reyes sacrificados y las bolas de cristal, no pudiera estar al frente de una obra tan grandiosa como Hawkenlye.

Helewise sabía que no debía seguir provocándolos, pero no pudo evitar continuar insistiendo:

—Esas esferas de las que habláis se conocen como cristales adivinatorios, ¿lo sabéis?

Yves abrió la boca como si fuera a hablar, volvió a cerrarla, y luego, como si se sintiera absolutamente perdido, inclinó levemente la cabeza. Josse emitió un sonido que parecía expresar una mezcla de sorpresa e incredulidad.

Entonces la abadesa declaró:

—Caballeros, si vivieran aquí como nosotros, tan cerca del antiguo bosque de Wéalden que cuando nos levantamos al alba podemos oler sus aromas, tal vez no estarían tan sorprendidos de oír a una mujer cristiana, aunque fuera una abadesa, hablando sobre temas paganos. —Fijó los ojos en los de Josse—. Hay personas dentro de los confines del bosque que ven la vida de forma bastante distinta de la nuestra, y que tienen creencias muy diferentes.

Josse asintió levemente con la cabeza. Luego se volvió hacia su hermano y le murmuró algo que Helewise no entendió, aunque le pareció oír: «... bastante distinto, aquí en Inglaterra...», y luego hubo otra frase breve. Fuera lo que fuese, sirvió para tranquilizar a Yves. Luego se volvió hacia ella y le dijo, con gran cortesía:

—Mi señora, jamás pondría en duda nada de lo que decís.

—Es muy generoso por vuestra parte —musitó ella, resistiendo la tentación de añadir «y casi peligroso». Luego, encauzando de nuevo la conversación, prosiguió—: De modo que, sir Josse, vos sugerís que ese tal John Dee estaba utilizando un día la bola de cristal de sus antepasados cuando de pronto vio una joya maravillosa conocida como el Ojo de Jerusalén, transportada por un tal Galbertius Sidonius que, al parecer, iba en busca de algún miembro de la familia d'Acquin. Como comprendía los poderes de la gema, informó a su señor, el príncipe Juan, y emprendieron su búsqueda. O, en su defecto, la búsqueda del miembro de vuestra familia en cuestión, al que mantendrán vigilado hasta que alguien le lleve el Ojo. ¿Es así?

—Ya os dije que estaba diciendo bobadas —gruñó Josse—. Es poco probable, ¿no creéis, abadesa? Es mucho más lógico que volvamos al planteamiento original, que el príncipe sabe de padre, del Ojo y de Galbertius por los chismorreos de los cruzados que regresaron de la batalla.

—Obviamente, debéis creer lo que os parezca más lógico —respondió ella, negándose a tomar partido—. Pero os imploro que tengáis en cuenta la opción de buscar al príncipe, no sólo para ayudarme a identificar a nuestro muerto desconocido, sino también como manera de llegar al Ojo. Y ahora, si me disculpáis, tengo que irme. Hay asuntos que requieren mi atención. —Se levantó.

Al instante, los dos hombres recordaron las normas de cortesía y le agradecieron a la religiosa el tiempo que les había dedicado, sus útiles comentarios y la hospitalidad recibida en Hawkenlye. Casi tropezando, Yves corrió a abrirle la puerta y Josse le dedicó una profunda reverencia.

Mientras Helewise salía de la estancia, insistió:

—Y así, ¿iréis a buscar al príncipe y le contaréis lo que ahora sabéis?

Después de una breve pausa, ambos exclamaron:

—Sí.

Se marcharon de la abadía un poco más tarde. Habían tomado un buen almuerzo antes de partir; sor Basilia, la monja que estaba a cargo del refectorio, comentó que debían comer bien para enfrentarse a cualquier circunstancia con la que pudieran encontrarse, lo que parecía un mal augurio. Mientras se alejaban, Yves le dijo a Josse, con una sonrisa atribulada:

—Es todo lo que me has dicho y más.

—¿Quién? —preguntó Josse, aunque sabía perfectamente de quién le hablaba su hermano.

—Tu abadesa Helewise.

—Hum.

Yves rió para sus adentros.

—Conozco esa expresión —comentó—. Significa que no piensas decir una palabra más sobre el tema.

—Exacto.

Empezaban justo a bajar la cuesta de Castle Hill hacia Tonbridge y el río cuando advirtieron un grupo de viajeros que avanzaban hacia ellos.

A medida que se iban acercando, Josse se percató, con el corazón encogido, de que el grupo estaba encabezado por el sheriff Pelham. Despeinado y cariacontecido como siempre, andaba a la cabeza de cuatro hombres que acarreaban un trozo grande de tela de saco que claramente contenía algo pesado. Cada hombre sujetaba una esquina del saco, que colgaba casi rozando el suelo.

Los cuatro hombres tenían el rostro escarlata y sudaban profusamente por el esfuerzo de cargar el peso por la larga cuesta.

—Qué típico que no los ayude —murmuró Josse.

—¿Lo conoces? —preguntó Yves.

—Sí. Es Harry Pelham, el sheriff de Tonbridge.

—Y no te gusta. —Yves estaba lo bastante seguro como para afirmarlo.

—No.

—¿Por qué?

—Dejaré que lo deduzcas por ti mismo. Buenos días, sheriff Pelham —gritó—. ¿Qué lleváis ahí?

El sheriff levantó una mano y sus hombres se detuvieron y posaron al instante el saco sobre el sendero fangoso, resoplando mientras recuperaban el aliento.

Pelham miraba a Josse.

—¿En qué os incumbe? —preguntó.

—Pura curiosidad, lo admito —dijo Josse tranquilamente.

—¡Ya os conozco! —señaló Pelham en tono acusatorio—. ¡Sois Josse d'Acquin!

—Lo soy, y éste es mi hermano.

—Vuestro hermano, ¿eh? —El sheriff parecía estar pensando qué comentario descortés podía ofrecer como réplica, pero al parecer no se le ocurría nada—. Bueno, sir Josse, ¿y qué os parece esto? —Dirigió un gesto a uno de sus hombres y éste levantó el saco para mostrar lo que había dentro.

Era un cuerpo. Y Josse pensó que muy probablemente estaba muerto.

Bajó de su montura y le tendió las riendas a Yves para que las sujetara. Se adelantó apresuradamente y se arrodilló en el sendero junto al cuerpo. Acercó un oído a la boca, mientras tocaba la mejilla con los dedos. No se oía ni se sentía la respiración, y la mejilla estaba helada.

Se incorporó sobre sus talones y observó el cadáver. Era un chico joven, de unos catorce o quince años. Estaba muy flaco, casi esquelético, y en su cuerpo sucio había las llagas, los arañazos y los moratones propios de la gente que vive al aire libre, sin un lugar donde refugiarse ni agua con la que lavarse.

Estaba desnudo.

Josse levantó las extremidades una a una y le apartó el pelo, largo y enredado, del rostro, mientras buscaba alguna herida que le indicara cómo había muerto. Nada. Luego, con mucha más impaciencia, buscó signos de enfermedad; pero de nuevo, nada.

Mientras dejaba caer otra vez la pesada mata de pelo sobre la cara, el cuello y parte de los flacos hombros, Josse preguntó:

—¿Adonde lo lleváis?

—¿Dónde creéis? —replicó Pelham, sarcástico—. A la abadía, por supuesto.

—¿Sabéis si está muerto?

—Eh... claro que está muerto. —La breve vacilación del sheriff pareció sugerirle a Josse que no tenía ni idea del tema—. Lo encontramos allí —le indicó con un dedo índice estirado; tenía la uña negra—, bajo los matorrales, junto al camino. Uno de mis hombres había ido a... bueno, había bajado hasta allí, y ahí estaba. El chico, quiero decir. El chico muerto.

—¿Por qué lo lleváis a la abadía? —preguntó Josse.

—Bueno... —El sheriff se volvió, como si buscara inspiración—. Para que lo laven y lo preparen para recibir una sepultura decente claro. Las monjas hacen muy bien ese tipo de cosas.

—Sí, es cierto —asintió Josse a media voz, mirando al muchacho.

«Cuidarán de ti —pensó—. Y cuando sor Eufemia te haya aseado te enterrarán y rezarán plegarias por tu alma».

Cerró los ojos mientras decía una breve plegaria para sus adentros. Luego se levantó.

—Mi hermano y yo volveremos a Hawkenlye con ustedes —declaró.

Silenció las protestas del sheriff con una mirada. E Yves, quien parecía haber calado a Harry Pelham y estar poco impresionado, asintió y se dirigió a su hermano en voz baja:

—Has tomado la decisión correcta, Josse. Nuestro asunto con príncipe puede esperar.

De nuevo en la abadía, Josse dio indicaciones a los hombres para que llevaran el cuerpo a la enfermería mientras él se disponía a buscar a la abadesa. La encontró en el huerto, adonde había ido a hablar con la especialista, sor Tiphaine; cuando se acercó, ambas interrumpieron su conversación y lo miraron con lo que parecía ser una expresión culpable, casi como si las hubiera sorprendido hablando de él.

Pero dejó a un lado esta impresión y, rápidamente, en pocas palabras, informó a la abadesa acerca del hallazgo del cuerpo sin vida.

Luego la acompañó de regreso a la enfermería. El sheriff Pelham y sus hombres aguardaban fuera, sin duda ahuyentados por sor Eufemia. El sheriff saludó a la abadesa con un simple gesto de la cabeza y luego le explicó:

—Lo hemos llevado al interior de la enfermería, y esa mujer se ha encargado de

él. ¿Lo enterrarán, abadesa?

—Naturalmente —dijo ella con frialdad.

—Pues entonces os deseo un buen día.

Resopló, carraspeó, y habría escupido la mucosidad al suelo de no ser porque Josse, previendo lo que iba a hacer, intervino:

—Estáis en un lugar santo, sheriff Pelham —le dijo, con la misma frialdad que había mostrado la abadesa—. No lo olvidéis.

Pelham le dirigió una mirada furibunda. Luego dio media vuelta y se marchó a grandes zancadas, con sus hombres siguiéndolo a trompicones. Josse los observó hasta que cruzaron los portones y luego entró en la enfermería detrás de la abadesa.

Sor Eufemia había pedido a los hombres que llevaran el cadáver hasta un cubículo separado del resto del recinto por unas cortinas. Habían colocado el cuerpo sobre una sábana, donde lo estaba lavando.

—Desnudo como Dios lo trajo al mundo, igual que aquel otro hombre —murmuraba la enfermera, arremangada hasta mostrar sus musculosos antebrazos, mientras seguía trabajando—. Supongo que alguien le robó a este pobre diablo la ropa y sus pertenencias mientras yacía muerto.

—Tal vez fuera así —dijo Josse, con la mirada ausente.

La abadesa se volvió hacia él.

—Sir Josse —dijo con voz pausada—, ¿entiendo que tenéis una idea distinta?

«Es rápida —pensó él—. No se le escapa una».

—Seguía el razonamiento de sor Eufemia —le murmuró en respuesta—. Pensaba en el otro cuerpo desnudo.

—Y os preguntabais si tenían alguna relación —acabó la frase por él.

Observaron cómo sor Eufemia limpiaba el cuerpo de polvo y suciedad. Luego, con un gesto delicado, apartó el pelo de la blanca cara y lo recogió en la nuca, que descansaba sobre la sábana limpia.

Entonces suspiró suavemente y preguntó:

—Sir Josse, ¿qué pensáis de esto?

Él avanzó un paso y ella le tomó la mano, guiándole los dedos por la nuca del muchacho. Josse notó una hendidura... bastante profunda, que se extendía desde detrás del oído izquierdo hasta pasado el lugar donde la columna formaba un pequeño montículo bajo la piel.

—¿Podrían haberlo...? ¿Es esto la marca de una porra? —se preguntó en voz alta.

—¿Creéis que lo mataron? —suspiró sor Eufemia—. ¿Tal vez estrangulado con una cuerda atada a la garganta hasta asfixiarlo...?

—No estoy seguro...

—Es posible —insistió la enfermera—, puesto que no he encontrado ninguna otra marca en él que pudiera haberle provocado la muerte.

Josse guardó un momento de silencio. Luego declaró, decidido.

—Me he equivocado. No pudo haber sido estrangulado. Sólo tiene marcas detrás

del cuello, mientras que para estrangular a alguien, la parte frontal del cuello ha de estar apretada. Y aquí —tocó ligeramente con un dedo la nuez del difunto—, aunque veo una ligera decoloración, no veo marcas de ninguna soga.

La abadesa había avanzado y se había situado a su lado, observando al muchacho. Sujetaba el crucifijo que llevaba colgado al pecho.

—¿Sir Josse? —dijo con cautela. Entonces, una vez atraída su atención, levantó la cruz con su cordón y tiró de ella. Al cabo de un instante, él comprendió.

—Cierto —suspiró—. Cierto.

—¿Qué? —preguntó entonces la enfermera con brusquedad.

La abadesa se volvió hacia ella, sujetando todavía la cruz.

—Mirad —le dijo—. Alguien sostiene el crucifijo y me lo quiere robar. —Tiró con fuerza de él—. Me lo arrancan y, antes de que el cordón se rompa, se me clava en la nuca.

Sor Eufemia ya asentía con la cabeza antes de que la abadesa hubiera acabado su demostración.

—Claro —exclamó—. Ahora lo veo.

Volvió la espalda al cadáver.

—¿Asesinado por lo que llevaba colgando del cuello? —preguntó, sin pensar en nadie en particular—. Que el Señor se apiade de nosotros.

Aunque no creía que fuera a servir de nada, Josse apoyó la sugerencia de la abadesa de pedir a los monjes del valle que acudieran a ver si podían identificar el cadáver. Agradecido por la oportunidad de salir de la enfermería y respirar aire fresco, le hizo señas a Yves, que había ido a protegerse de la llovizna que había empezado a caer, y encabezó el recorrido sendero abajo, hasta el valle.

Fray Saúl y fray Augusto estaban en el refugio junto al santuario, ayudando a un visitante a reparar una rueda rota de su carro. Abandonaron la tarea de inmediato, —Saúl le susurró algo al contrariado campesino, que parecía no estar conforme con la repentina retirada de sus ayudantes—, y se levantaron para seguir a Josse y a Yves de regreso a la abadía.

Tan pronto como los dos hermanos legos echaron un vistazo al cadáver, quedó claro que lo reconocían.

El primero en hablar fue fray Saúl:

—Es el muchacho que llegó en agosto con el anciano, el que tenía tos y murió.

Augusto miró a Josse.

—Ya os hablamos de él —le dijo—. Cuando nos interrogasteis a Saúl, a mí y a Erse. Pensamos que... —Tragó saliva; su malestar era evidente—. Todos nos preguntamos si se trataba del cuerpo que había encontrado la niña. El criado del viejo, quiero decir. Pero no podía haber sido, porque es éste.

Su mirada volvió a posarse sobre el muchacho muerto en el catre y, mientras Josse lo observaba, sus labios empezaron a moverse en una plegaria silenciosa.

«Eres un buen chico, Augusto», pensó Josse.

Y, con una calidez en el tono de voz que dejaba adivinar que compartía esa opinión, la abadesa indicó con ternura:

—Consolaos, fray Augusto. Ahora ya no sufre, fuera cual fuese e motivo de su dolor. No escatimaremos esfuerzos para encargarnos de su alma, os lo prometo.

Augusto le dirigió una mirada agradecida; luego volvió a sus plegarias.

Mientras tanto, Saúl examinaba también el cadáver. Y de pronto preguntó, de manera tentativa:

—¿Ha fallecido de muerte natural, sir Josse? No me gustaría pensar que el pobre chico, al huir cuando su amo murió, cayó en manos de algún villano asesino.

—Todavía no puedo saberlo, fray Saúl —contestó Josse. Pero, ocupado en un pensamiento que las palabras de Saúl acababan de disipar, apenas era consciente de lo que acababa de decirle. Se volvió a continuación hacia la abadesa y murmuró—: El chico no puede llevar mucho tiempo muerto. Doy fe de que el sheriff creía que seguía vivo, así que...

—Así que lleva un tiempo sobreviviendo a la intemperie, sin tener donde refugiarse, durante... dejadme calcular... durante seis semanas o más.

—Sobreviviendo apenas, por el aspecto que tiene —señaló Josse—. Casi no hay carne que recubra esos huesos, ¿no lo veis? Estaba casi a punto de morir de inanición. —Otra idea le cruzó entonces por la mente—. ¿Puede haber muerto por eso?

—Sor Eufemia cree que no —dijo la abadesa.

—¿Creéis que estaba de vuelta en el valle? —preguntó Josse, retomando el hilo de su anterior pensamiento; y alterado por la excitación, prosiguió—: Preguntabais antes, mi señora, dónde creíamos que podía estar el Ojo de Jerusalén ahora. Pues bien, ¿que sabemos? Galbertius Sidonius lo llevó hasta Hawkenlye pero, en agosto pasado, murió. Entonces, su joven criado, el chico que ahora ha aparecido muerto (eso lo sabemos) se lo robó. Huyó con la joya y abandonó a su amo muerto. Pero una vez por ahí, por los montes, sin amigos, sin nadie en quien confiar, nada que comer, ningún lugar en el que refugiarse, empezó a tener remordimientos y se dispuso a regresar a Hawkenlye para devolver lo que había robado. Sólo que no logró llegar porque murió de camino a Tonbridge.

—Y la joya de su amo, que llevaba colgada del cuello, ¿se la arrancaron luego del suyo? —concluyó la abadesa—. Oh, sir Josse, puede que tengáis razón. Pero ¿de qué nos sirve, si, de nuevo, seguimos sin saber quién ha robado la joya?

Él sacudió la cabeza, con expresión grave. Pero Helewise trató de animarlo, exclamando:

—¡Animaos! Sea como sea, resolveremos el misterio.

Él se volvió a mirarla, agradeciendo su amabilidad.

—Señora, no lamentaba la pérdida del tesoro. Para mí no es algo perdido, puesto que en realidad nunca ha sido mío. No, lo que me entristece es la muerte de este muchacho.

Avanzó de nuevo hacia el cadáver. Sin pensar apenas en lo que estaba haciendo

—era consciente de la presencia de la abadesa detrás de él y, en el lado opuesto del catre, de los ojos vigilantes de Saúl y Augusto— y como si otra persona guiara su mano, estiró los dedos y tocó aquella extraña mancha en la garganta del muchacho.

- entonces un recuerdo acudió a su mente como de la nada; el recuerdo de un hombre bajo y corpulento, increíblemente fuerte, que había entrenado a Josse y a sus compañeros soldados, hacía muchos años.
- acompañando al recuerdo, vinieron las palabras: «Podéis matar a un hombre usando sólo vuestras manos; sí, con una sola mano, si sabéis dónde pegar. Endureced las manos, muchachos, y golpead una piedra con el canto de la mano hasta que esté tan duro como esa piedra: ahí tenéis una arma asesina». Con el golpe seco de una mano, a la velocidad del rayo, oscilando en el aire con la energía de todo el cuerpo detrás. «Un golpe seco en la garganta y vuestro hombre caerá muerto, como ensartado en una espada.»

Miró a la abadesa, y luego a Saúl y a Augusto.

—Os diré lo que me apena más —dijo en voz baja—. El chico ha sido asesinado. Y os puedo decir exactamente cómo.

## CAPÍTULO QUINCE

Al día siguiente, la abadesa se preparaba para despedirse de nuevo de Josse e Yves cuando, por segunda vez, su misión se torció, esta vez, antes de haber salido siquiera de Hawkenlye.

Sor Ursel, la portera, se hallaba junto al portón, dispuesta a formar parte del comité de despedida cuando, al oír un rumor de cascos de caballos, se volvió a mirar el sendero.

—Se acerca un grupo de jinetes —informó a la abadesa—. Al menos son doce o catorce.

Helewise se acercó al lugar en el que Josse estaba a punto de montar.

—¿Sir Josse? —lo llamó—. ¿Es posible que vayamos a recibir otra visita del sheriff Pelham?

—Si son catorce hombres a caballo, no —contestó—. Una vez vi a Pelham montado en una vieja jaca, pero dudo que sus hombres tengan caballos.

Helewise acudió junto a sor Ursel.

—Van bien montados —dijo al ver al grupo que se hallaba más cerca—, y también bien vestidos.

Adivinó la presencia de Josse a su lado, y mirando hacia el sendero, éste le dijo, en tono neutro:

—Señora, si tenéis un buen ternero, sugiero que lo mandéis matar de inmediato. La abadía está a punto de recibir una visita del príncipe Juan.

El príncipe viajaba con lo que, para él, era una pequeña comitiva. No obstante, Helewise experimentó varios momentos de angustia —y uno o dos de pánico evidente— mientras trataba de organizar a sus monjas para que atendieran al visitante real y a quince cortesanos.

Al observar la reacción de las monjas a medida que la noticia se iba extendiendo por la abadía, supo que, por encima de todo, debía conservar una actitud serena y actuar como si las visitas reales fueran el pan de cada día. «Mis monjas seguirán mi ejemplo», se dijo, mientras intentaba escuchar lo que le decían un par de religiosas que hablaban al mismo tiempo (una le informaba de las reservas de vino de calidad que tenían en la bodega, y la otra le advertía con angustia que había una grieta en el techo del refectorio, que si estaba segura de querer acoger al príncipe allí). Entonces, como una bendición, a la mente de Helewise acudió la imagen de la reina Leonor, que visitaba con frecuencia la abadía y que ni esperaba ni deseaba que hicieran nada especial por ella.

«Nunca mimamos tanto a la madre del príncipe Juan como para sufrir escasez de comida durante semanas —se recordó a sí misma—. Y a la reina tampoco se le ocurriría protestar si un par de gotas de lluvia se colaran por una grieta del techo y acabarían en su sopa. ¿Por qué, entonces, hemos de tratar mejor a su hijo?».

Se volvió hacia la bodeguera y dijo:

—Sor Goodeth, podéis coger una jarra del mejor vino para ofrecérselo al príncipe y a sus más allegados. En el resto de los casos, servid el mismo vino que tomamos nosotras.

Sor Goodeth abrió la boca para protestar, pero al ver la expresión decidida de la abadesa, bajó la cabeza y dijo, escueta:

—Sí, señora.

—Sor Anne —prosiguió Helewise—, organizaremos la reparación del techo del refectorio cuando fray Saúl y fray Erse tengan tiempo para hacerlo. De momento, el príncipe Juan y sus hombres deberán conformarse con lo que hay.

Los ojos redondos de sor Anne permanecieron fijos en Helewise mientras la escuchaba; la abadesa tuvo la inquietante sensación de que sus palabras estaban siendo memorizadas para luego ser repetidas al resto del personal de cocina.

¡En fin, no se podía hacer nada más!

Cuando salió del refectorio, Josse apareció a su lado.

—Abadesa Helewise, ¿qué puedo hacer para ayudaros?

Ella se volvió hacia él, agradecida y, como había hecho tantas otras veces en el pasado, recitó mentalmente una plegaria rápida y silenciosa agradeciendo su fuerza y su habilidad.

—Necesitamos tiempo para preparar un almuerzo —dijo—, ¿queréis encargarnos de entretenerlos mientras lo hacemos?

—Lo haré encantado —sonrió Josse—. Yves y yo los llevaremos hasta el valle, y fray Fermín puede enseñarles el santuario del Agua Bendita. Para cuando haya acabado de referirles todos y cada uno de los datos y los detalles, vos y las hermanas habréis tenido tiempo de preparar comida para una semana.

—¡Espero que no sea tanto!

Él se inclinó hacia Helewise y le susurró:

—No temáis. Creo que sabemos a qué ha venido, y cuanto antes descubra lo que quiere saber, antes se marchará.

Mientras lo observaba alejarse, llamando a Yves, quien corrió a su lado, esperó que tuviera razón.

El almuerzo, preparado apresuradamente, aunque no fue un festín, sí fue del todo correcto. El príncipe Juan agradeció la hospitalidad a la abadesa y a sus hermanas en un discurso más bien florido; Helewise advirtió cómo sor Anne lo observaba atentamente —sin duda memorizando cada palabra de sus declaraciones—, y a una o dos de las novicias más jóvenes, que sonreían atolondradas, impresionadas por su encanto.

Helewise debía admitir que se trataba de un hombre muy guapo. Sin embargo, por encantador y atractivo que fuera, se sintió muy aliviada cuando el príncipe le dijo que nunca se le ocurriría imponerle su compañía, y que, por tanto, enviaba a la mayor parte de su séquito al lugar donde se alojaban, la mansión de uno de sus caballeros, que residía cerca de allí.

—Como vos deseáis, señor —respondió ella.

—Sin embargo, a mí me gustaría quedarme, mi señora, si eso no supone un inconveniente para vos —añadió, hundiendo su mirada azul en sus ojos.

—Por supuesto que no —reaccionó ella con rapidez—. Pediré que os habiliten unas estancias.

—No será necesario. —Ahora una sonrisa cruzaba sus bellas facciones—. He visto que sir Josse y su hermano se alojan con los monjes en el valle; eso será más que suficiente para nosotros.

Como Helewise dudaba de si aquel «nosotros» era un uso repentino del plural mayestático o si denotaba a un grupo de más de una persona, preguntó:

—¿Nosotros?

—El Maestro se quedará conmigo, y también dos de mis caballeros.

—Muy bien, señor.

La abadesa hizo una graciosa reverencia y, observando mientras se incorporaba que él ya se ponía en marcha, se consideró excusada.

Helewise se daba cuenta de que no era posible plantear un tema de discusión ante un príncipe; simplemente había que esperar, aunque te estuvieras mordiendo las uñas de impaciencia, hasta que te convocaran ante su presencia y el asunto fuera abordado por él.

Cuando encontró un momento tranquilo para hablar con Josse, se dio cuenta de que estaba tan tenso como ella.

—Probablemente disfruta viéndonos rabiarnos —gruñó Josse—. ¿Qué se propone? Seguro que es consciente de que sabemos tan bien como él el motivo de su visita. ¿Por qué no lo menciona ya?

—Lo hará —dijo ella, tratando de calmarlo—. Mientras tanto, ¿por qué no venís a rezar con nosotras?

A última hora de aquella tarde, recibieron el anuncio de que el príncipe Juan deseaba hablar con ellos. El príncipe, a quien se ofreció el uso de la habitación privada de la abadesa y aceptó al instante, se instaló en la butaca de Helewise. Cuando Helewise y Josse entraron en la estancia —al parecer, sólo habían sido convocados ellos dos—, el príncipe estaba muy relajado, con John Dee a su espalda.

Sentada junto a Josse, Helewise sintió que contenía la respiración. «No seas absurda —se reprochó—. No es más que un hombre como los demás. Nacer en una familia real no convierte a un hombre en divino».

Levantó la cabeza y miró al príncipe a los ojos.

Vio que una leve sonrisa le cruzaba el rostro. Y entonces, volviéndose hacia Josse, el príncipe Juan dijo:

—Molestamos a la abadesa con nuestra presencia, así que os revelaré el motivo de nuestra visita de inmediato.

Sus palabras eran ciertas, así que Helewise no lo contradujo.

Josse también se dio cuenta; había cierto deje de diversión en su voz mientras

hablaba:

—Sir Josse, la última vez que nos vimos os pregunté si conocíais a un hombre llamado Galbertius Sidonius. Al cabo de unos días, vos fuisteis a buscar a nuestro Maestro, aquí presente —hizo un gesto en dirección a John Dee—, quien me informó de que intentabais averiguar si un hombre que había sido hallado muerto aquí, en Hawkenlye, podía ser la persona que buscábamos. Se concluyó que eso no era posible, puesto que el muerto era más joven que Sidonius.

Hizo una pausa. Josse, que pareció pensar que tenía que dar una respuesta, asintió:

—Cierto, señor. Todo eso es correcto.

El príncipe lo miró. Finalmente dijo:

—Mirad, el problema es el siguiente, sir Josse: no hemos avanzado nada en la búsqueda de Sidonius, y vos seguís siendo nuestra única pista.

—Pero yo no... quiero decir que... ¡yo no conozco a ese hombre! —protestó Josse—. Señor, ¿por qué estáis tan seguro de que yo puedo ayudaros?

El príncipe, que hasta el momento parecía relajado en su butaca, inspeccionándose las uñas de la mano derecha como si todo aquel asunto le pareciera tedioso, se incorporó de pronto, transformó su mano perezosa en un puño apretado y golpeó con fuerza el brazo de su asiento.

—¡Porque sabéis exactamente quién es y por qué va a venir a buscaros! —gritó. Con los ojos encendidos, añadió, en un tono capaz de helar el vino—: No juguéis conmigo, d'Acquin.

Helewise presintió la reacción de Josse. Lejos de asustarse y adoptar una actitud de sometimiento, se había puesto, y ella lo sabía muy bien, casi tan furioso como el príncipe.

—Sospecho que conozco la identidad de ese Galbertius Sidonius —dijo controlando la voz—. Y, aunque una sospecha no equivale a una certeza, sin embargo, estaba a punto de salir a buscaros, señor, para contaros lo que sé, cuando esta mañana llegó vuestro séquito. La abadesa, aquí presente, puede dar fe, y ella no miente.

—Me alegra saberlo —murmuró el príncipe—. ¿Y bien? Contad me, pues, qué noticias me llevabais.

Pero, para sorpresa y admiración de Helewise, Josse no dio su brazo a torcer:

—Lo haré, señor, pero ¿me permitís antes que os haga una pregunta?

Helewise pensó que el príncipe podía estallar en un ataque de furia, pero, en vez de ello, soltó una carcajada.

—Está bien —dijo—, pero antes tendréis que contestarme.

—Creemos que Sidonius es el hombre que combatió y viajó con mi difunto padre, Geoffroi d'Acquin —empezó Josse—. Mi padre lo llamaba «el lombardo», y ambos eran muy buenos amigos. O al menos eso creía él. El lombardo acompañó a Acquin a mi padre cuando ambos regresaron de Ultramar y, cuando finalmente se marchó a su

casa, le robó un objeto precioso. A principios de este año, mi familia recibió la visita de un anciano y un chico. El anciano buscaba a mi padre y expresó su deseo de cumplir con su palabra. Alguien oyó al chico que llamaba al amo por su nombre; al parecer, era Galbertius Sidonius. El anciano vino aquí, al valle, a tomar las aguas curativas, pero murió antes de que los monjes pudieran ayudarlo. Su criado desapareció, pero hace poco fue hallado muerto. Su cuerpo permanece todavía en la cripta, a la espera de recibir sepultura.

El príncipe, que había estado escuchando con atención, se volvió ahora hacia John Dee. Murmuraron entre sí durante un rato; una o dos veces, Dee sacudió la cabeza enfáticamente. El príncipe no parecía contento.

Finalmente, se volvió a mirar a Josse.

—Creéis que el viejo era Sidonius —dijo, con un tono de absoluta frialdad—. ¿Podéis demostrarlo?

—Creo que sí, señor —respondió Josse, ansioso—. Aunque, como os he dicho, yo nunca lo vi, pero otros sí. Mi hermano Yves, por un lado, que está ahora en Hawkenlye. Algunos de los monjes del valle también vieron al anciano. Tal vez si os lo describen con todo detalle podríais decir si en realidad hablamos del mismo hombre.

—Un plan muy sólido —dijo el príncipe—, de no ser por una sola cosa: nosotros tampoco hemos visto nunca a Sidonius.

—¿Nosotros...? El príncipe soltó un bufido.

—¡El Maestro y yo! —exclamó.

—¡Pero si el Maestro me dijo que era un hombre mayor! ¡Un anciano! ¡Supuse que eso significaba que lo conocía! —exclamó Josse.

—No, no lo conozco —declaró entonces el Maestro.

—¿Y cómo sabéis, pues, que es anciano? —lo interrogó sécamente Josse, volviéndose a mirarlo.

—Hay maneras —murmuró Dee—. Uno recibe... impresiones.

Como si no deseara que el Maestro prosiguiera en esta línea, príncipe lo interrumpió:

—Decís que tenéis una pregunta para nosotros, sir Josse. Podéis preguntar.

A juzgar por la larga pausa, Helewise estaba casi segura de que Josse había olvidado lo que quería preguntar. Estaba a punto de susurrarle algo cuando él dijo:

—Cierto. Quería preguntaros, señor, cómo es que vos sabéis de la existencia de Galbertius Sidonius.

De nuevo hubo un breve intercambio de miradas entre el príncipe Juan y el Maestro; luego el príncipe explicó, con una creíble despreocupación:

—La historia de vuestro padre y su joya era conocida en el ámbito de la corte, d'Acquin. Los cruzados que regresaron trajeron muchas anécdotas y narraciones, y la del modesto caballero sin pretensiones que rescató a un niño y recibió una valiosa joya como recompensa siempre fue una de las favoritas. —Se inclinó hacia adelante,

deteniendo lo que Josse tenía intención de decir—. Tal vez os gustaría saber que aquel niño creció para convertirse en un guerrero que engendró muchos hijos belicosos y que sigue siendo una autoridad militar muy respetada en su país. Mi hermano y sus caballeros no siempre han apreciado el hecho de que alguien le salvara la vida; hay un considerable número de soldados cristianos que seguirían hoy con vida si vuestro padre hubiera dejado a Azamar donde estaba.

—Era un niño —dijo Josse a media voz—. Desde luego, no forma parte de las órdenes de Dios matar a niños.

El príncipe se encogió de hombros.

—La guerra es dura, d'Acquin —replicó—. ¿No lo recordáis?

Josse no contestó, pero Helewise notó cómo lo invadía la rabia. Pensando que tal vez apreciara un momento para recuperar el control sobre sí mismo, intervino:

—¿Puedo decir algo, señor?

El príncipe le hizo un gesto con la mano, cargada de anillos.

—Por supuesto, mi señora —asintió.

—Me pregunto cómo llegasteis a relacionar el cuento de Geoffroi d'Acquin y su joya con Galbertius Sidonius. La familia de Geoffroi recuerda cómo su padre se refería siempre a su amigo como «el lombardo», y tengo curiosidad por saber cómo lograsteis identificarlo con el hombre al que buscáis.

El príncipe se la quedó mirando. Helewise notó una sensación desagradable; contra su voluntad —estaba decidida a no dejarse amedrentar—, acudieron a su memoria las historias de su famoso mal carácter. «Está sentado en mi butaca, y no voy a presentarme ante él vacilando como una postulante inmadura a la que han pillado en una travesura», se dijo.

Echó los hombros hacia atrás y le sostuvo la mirada.

Desde detrás del príncipe, oyó a John Dee emitir una breve y leve risita.

Y como si aquel sonido hubiera puesto punto y final a una especie de reto entre el príncipe y la abadesa, el príncipe se relajó, sonrió y declaró:

—Señora, esas cosas ocurren, ¿no es cierto? Se mencionan las aventuras de un hombre, alguien dice: «Oh, te refieres a fulano de tal», y ya lo tenéis, un desconocido pasa de pronto a tener una identidad. ¿No es así?

La abadesa se preguntaba por qué tenía la impresión de que el príncipe deseaba con todas sus fuerzas haberla convencido con su explicación, tan poco consistente que ni siquiera parecía existir.

—Sí, señor, desde luego —asintió entonces dócilmente.

Se percató de que John Dee la miraba. Aunque el príncipe pensó que ella lo creía, John Dee, era obvio, se había dado cuenta de lo contrario.

Siguió mirando a Dee.

¿Era su imaginación o percibía la calidez de su mirada, algo que le decía que no le deseaba ningún mal? Que —aunque seguramente eso era llevar la sensación demasiado lejos— tal vez estaba de su parte. Y eso, teniendo en cuenta que ella y

Josse estaban codo con codo, lo convertía también en partidario de Josse.

Frente al poder que parecía emanar el príncipe, tener al Maestro como aliado parecía algo de mucho valor.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Aquella noche, Josse se acostó agotado. Le había contado a Yves todos los detalles de la entrevista con el príncipe y John Dee, y ambos habían estado hablando largo rato del tema. «El problema es que —pensó mientras yacía acostado, intentando relajarse—, a pesar de todas las palabras intercambiadas, no hemos avanzado nada hacia la resolución de este enigma. Ni tampoco (y eso es todavía más grave) estamos más cerca de averiguar quién, o quiénes, están detrás de los dos asesinatos».

Tumbado en la oscuridad del refugio, Josse esperó fervientemente que el asesino fuera el mismo en ambos casos. La idea de tener a dos asesinos cerca era, sencillamente, demasiado horrible.

La tranquilidad reinaba en el valle. Aquella noche, Josse e Yves eran los únicos ocupantes del refugio de los peregrinos; los monjes y los hermanos legos disponían de sus propias dependencias, no lejos de allí. Y el príncipe, a pesar de que en un principio había afirmado que se conformaba con los limpios pero sencillos alojamientos del refugio del valle, había cambiado de opinión al ver que la lluvia no cesaba. La abadesa acondicionó una zona de la sala capitular como dormitorio de invitados provisional, organizando la colocación de camastros y de un pequeño brasero donde el príncipe, el Maestro y dos ayudantes personales del primero disfrutaban, presumiblemente, de un buen descanso.

«No como yo», reflexionó Josse.

Era inútil; el sueño se le mostraba terriblemente huidizo. Se levantó en silencio para no molestar a Yves y, después de asegurarse de que llevaba el cuchillo en la funda que colgaba de su cinturón, salió del refugio.

Seguía lloviendo, aunque el aguacero que habría empapado a cualquiera tan poco precavido como para permanecer a la intemperie ya había amainado. Ahora caía una fina llovizna y el viento había cesado. Abrigado con su capa de viaje, Josse salió de los aleros del refugio y se adentró en el sendero que llevaba hasta el lago situado al fondo del valle.

Luego, bajo un grupo de castaños algo alejado del camino, advirtió una luz.

Se quedó petrificado, mirándola. Puesto que estaba en un lugar en el que no tenía que haber luz...

¿Sería un grupo perdido de peregrinos, de camino a Hawkenlye y sorprendidos por la oscuridad temprana de la tormenta? Bueno, podía ser. Y, los pobres, buscaban aliviar las negras sombras con una lámpara.

Pero la luz no se parecía a la de la vela de una lámpara; su brillo no era tenue, dorado y titilante, sino que ardía con una intensidad regular y un leve matiz azulado.

Josse posó la mano sobre la empuñadura de su cuchillo. «Qué estúpido soy —se dijo—. ¿Por qué no habré cogido la espada?». Como siempre que iba allí de visita, se la había dado a Saúl para que se la guardara, por respeto al lugar santo de la abadía y el valle. No le habría llevado más que un momento subir a las dependencias de los

monjes y cogerla; Saúl, sabiendo que Josse no tomaría su arma a menos que fuera por pura necesidad, no le había ocultado el lugar donde la guardaba.

Josse estaba enojado consigo mismo. Allí afuera había un experto asesino, lo sabía perfectamente, y allí estaba él, armado con un simple cuchillo.

Lo sacó de su funda. Era una navaja afilada, sólida, y estaba muy acostumbrado a empuñarla. En fin, tendría que servirle; la curiosidad lo superaba, y ahora avanzaba cautelosamente hacia la extraña luz, mientras asía cada vez con más fuerza el mango de la navaja.

Al acercarse a los árboles, se agachó. Ahora divisaba la luz con mayor claridad; ésta provenía de una pequeña bola que ardía dentro de un pequeño vaso metálico. El vaso estaba colocado encima de una vara, firmemente clavada en el suelo.

Impresionado, Josse avanzó con sigilo. Cerca, más cerca, hasta que estuvo bajo uno de los castaños, bajo la sombra oscura que proyectaba la brillante luz.

Se detuvo, mirando la extraña quietud de la llama; parecía ser una sola llama, que ardía con una fuerza que casi le hería los ojos.

En el nombre de Dios, ¿qué podía ser aquello?

Como si hubiera hecho la pregunta en voz alta, de entre las sombras, una voz serena le respondió:

—Se conoce como fuego griego, amigo. No os asustéis; no os hará daño a menos que lo toquéis.

Josse dio un brinco al oír las primeras palabras, como si una chispa hubiera saltado y lo hubiera quemado; ahora, con el cuchillo sujeto ante él, preguntó:

—¿Quién sois? ¡Salid y mostraos!

Y de la oscuridad surgió John Dee.

Llevaba el pelo blanco parcialmente oculto bajo una capucha, pero la barba parecía brillarle con la luz, fundiéndose con la luminosa palidez del rostro. Los ojos oscuros, profundos, estaban fijos en Josse, y lo observaban con una fuerza que parecía mantenerlo inmóvil.

Con esfuerzo, como si saliera de un hechizo, dijo:

—¿Qué hacéis ahí, bajo la lluvia, Maestro?

Con un velado aire de sorpresa, Dee extendió las largas manos, con las palmas hacia arriba. Cuando el fuego iluminó la enorme aguamarina, Josse percibió el destello de un brillo azul pálido.

—Pero si no llueve —observó el Maestro.

—Sí, sí que llueve. Yo... —Pero al tender la mano, Josse se dio cuenta de que seguía seca.

¡Sin embargo, seguía oyendo la lluvia caer del cielo oscuro, repicando en el suelo!

Dee se rió.

—Aquí no hay magia, sir Josse. Nos encontramos bajo las ramas generosas de un castaño, y aunque estemos en otoño, todavía conserva las hojas suficientes para

protegernos.

Sintiéndose algo ridículo, Josse agachó la cabeza y guardó la navaja en su funda. Luego levantó los ojos hacia Dee.

—No habéis contestado a mi pregunta —dijo—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Os estaba esperando —respondió Dee, con calma.

—Pero ¿cómo sabíais que saldría a buscaros?

—Lo habéis hecho, ¿no es así?

—Eh... sí, así es.

—Está bien. —Antes de que Josse pudiera hacer algún comentario, antes, de hecho, de que pensara qué decir, Dee declaró—: Quería veros, Josse. ¿Puedo llamaros así? Sí, quería, necesitaba, hablar con vos en privado, sin temor a que nos oyera nadie. —Mientras hablaba, se volvió e hizo algo sobre el fuego. Acto seguido, su brillo se apagó hasta quedar convertido en un suave resplandor que, según calculó Josse, debía de ser apenas visible desde el sendero—. El fuego ya ha cumplido su función de atraeros hasta aquí. He suavizado su brillo para que no venga nadie más.

Josse se acercó a su lado.

—¿Habéis dicho «fuego griego»? —preguntó, intrigado.

—Sí. Es un invento de los bizantinos. Lo usaban como arma, y resulta intimidante y aterrador, aunque cuando está quieto da la sensación de ser un bulto inofensivo de barro. Cobra vida cuando el agua lo toca. Imaginad lo que esta llama podría hacer si la pegáramos como una segunda piel al cuerpo de un hombre.

Josse prefirió no imaginarlo.

—Horrible —murmuró—. Sí, realmente horrible.

—Jamás lo he usado para hacer daño a nadie —aseguró Dee—, pero creo que, como luz en una noche sin luna, resulta incomparable. He añadido unos cuantos ingredientes propios a la fórmula bizantina —prosiguió, cada vez más ansioso—, y el resultado me encanta. —Movi6 una mano por encima del vaso metálico y la llama se apagó un poco más—. Y ahora, a lo que íbamos.

Se volvió a mirar al caballero y escondió las manos dentro de sus anchas mangas; por un momento, Josse se acordó de la abadesa.

—¿Qué es lo que deseabais decirme que nadie más puede oír? —preguntó.

El Maestro lo observó unos instantes, antes de decir:

—Antes, cuando le hicisteis vuestra pregunta al príncipe, vuestra capacidad de contención me pareció admirable. Os limitasteis a preguntar cómo había averiguado el nombre de Sidonius. Hicisteis un despliegue de gran serenidad, si me permitís que os lo diga, al no exigirle una explicación de lo que realmente os rondaba por la cabeza.

—¿Y qué era?

—Sí, por supuesto: cómo se enteró de la existencia del Ojo de Jerusalén. Es obvio que sabéis que es la joya lo que él busca. Josse suspiró y luego respondió:

—Cierto. No es necesario ser muy inteligente para deducirlo, puesto que es del

dominio público que el príncipe está intentando reunir fondos por si se convierte en rey. —Miró a Dee con expresión hostil—. Y creo que ya sé cómo descubrió la existencia del Ojo. —Vaciló un instante, puesto que no sabía si era lo más razonable acusar a un brujo en medio de un valle solitario, frente a una hoguera mágica que todavía ardía. Pero su rabia le quemaba más que el fuego; se acercó un poco más a Dee y prosiguió—: Vos se lo contasteis. Usasteis la bola de cristal de vuestros antepasados (sí, yo también lo sé; mi padre solía contarnos historias de los dos primeros Guillemos y el mago de su corte), y visteis a Galbertius Sidonius llevándose el Ojo hasta Inglaterra, buscándome. —Hizo una pausa para recuperar el aliento y luego prosiguió—: Éste es el motivo por el cual el príncipe vino a buscarme a Nuevo Winnowlands. Cuando le dije que jamás había oído el nombre de Sidonius, vos sabíais que decía la verdad, de modo que dirigisteis la búsqueda hacia otro lado. Y, al final, llegasteis aquí.

Oyó el eco de sus últimas palabras retumbar en el aire quieto de la noche. La intensidad de la mirada del Maestro resultaba desconcertante; por primera vez, Josse sintió miedo.

Pero, como si Dee se hubiera percatado de ello, tendió una mano y la apoyó amistosamente sobre su brazo.

—No os quiero ningún mal, Josse —le dijo—. Sois un hombre honesto, y no tengo ningún problema con vos. De hecho, yo... —Sacudió la cabeza brevemente, como si quisiera ahuyentar lo que había estado a punto de decir—. Básicamente, vuestra suposición es cierta —declaró—. Aunque habíamos oído hablar de una piedra mágica traída desde Ultramar, se cuentan muchas historias parecidas y muy pocas son verídicas. Sin embargo, la historia de Geoffroi d'Acquin y el Ojo de Jerusalén parecía especialmente persistente, y el príncipe decidió que se hicieran averiguaciones. Pero me temo que hasta los mejores de sus espías llegaron pronto a un punto muerto. —Hizo una pausa, y luego añadió, con un tono compasivo en la voz—: Literalmente a un punto muerto, me temo, en uno de los casos. Estamos casi seguros de que el cadáver del que me hablasteis, el que fue hallado aquí en el valle, correspondía a uno de los agentes del príncipe.

—¿El cuerpo en descomposición con el cuchillo clavado entre las costillas? —Tan pronto como pronunció estas palabras, Josse lamentó su rudeza—. Disculpadme por hablar con tanta ligereza, Maestro; tal vez vos conocisteis al hombre y lamentáis su muerte.

—Lo conocía, sí —declaró Dee—. Y ciertamente lamento su muerte, tanto por su brutalidad como por el hecho de que fue completamente inútil.

—¿Inútil?

—El joven no tenía ninguna posibilidad —murmuró Dee. Luego, una vez más, miró fijamente a los ojos de Josse.

Al instante, Josse tuvo la sensación de que lo que acababan de decir quedaba ensombrecido tras una nube de humo; por mucho que lo intentaba, no podía recordar

lo que era.

—Pero estábamos hablando de vuestro padre —dijo Dee con firmeza—. Os contaba cómo se sabía que Geoffroi había partido de Ultramar para regresar a casa, pero nadie parecía saber a ciencia cierta si había llegado. De no ser por vos... —Sus ojos oscuros miraban fijamente a Josse.

—¿Yo?

—Sí. Vuestro nombre era conocido... ¿Acaso no sois un hombre del rey? ¿No os dio Ricardo una misión que cumplir, y os premió con la hacienda de Nuevo Winnowlands como muestra de agradecimiento?

—Sí, eso es cierto.

—Josse d'Acquin, procedente del norte de Francia. Ya veis cómo se hizo la suposición de que podíais muy bien proceder de la estirpe de Geoffroi.

—De acuerdo. Eso os llevó a la conclusión de que debió de llegar a casa, casarse y tener un hijo.

—¡Exacto! —El Maestro parecía complacido—. Así, una vez asumimos que Geoffroi había regresado a Acquin, también pensamos que habría traído el Ojo consigo. Y entonces, cuando vinisteis a verme aquel día, me dijisteis que vuestro padre estaba muerto.

—Ya lo sabíais.

—¿Yo lo sabía? —En los ojos de Dee había un destello claro—. Tal vez sí. Como os decía, sabiendo que vuestro padre había muerto, era natural que el tal Sidonius os devolviera el Ojo a vos, su heredero, de modo que...

—¡Vos sabíais que mi padre estaba muerto! —lo interrumpió Josse—. ¡Vinisteis a Nuevo Winnowlands a preguntarme por Sidonius varios días antes de que yo os lo dijera! ¡Y lo hicisteis porque sabíais perfectamente que ahora ostento el título d'Acquin!

—Está bien, está bien. —Dee parecía divertido—. Sí, sabía que vuestro padre había muerto en verano, y lamento decirlo que soy yo quien guió los pasos del príncipe hasta vuestra casa. —Ahora en un tono más serio, prosiguió—: Sirvo a la Corona, como John Dee siempre ha hecho y siempre hará, mientras sus servicios sean necesarios. Sin embargo, el rey Ricardo no tiene tiempo para mi talento; su hermano es muy distinto, sin embargo. Las necesidades de mi amo, Josse, son de riqueza; y como su fiel servidor, ¿no es mi deber ayudarlo en esta empresa?

—Tal vez. —Josse no iba a dejarse seducir con un argumento tan obvio—. Pero ¿qué ocurre si la adquisición de riqueza del príncipe Juan pasa por robar cosas que pertenecen a otros?

Dee se quedó un momento en silencio. Luego, mirando a Josse a los ojos, exclamó:

—¡Ahí está! He aquí mi dilema.

Josse quería asegurarse de que lo había entendido, así que dijo, lentamente:

—Dejadme hablar claro sobre este asunto, Maestro. Vos sabíais de la existencia

del Ojo, le contasteis al príncipe que tenía mucho valor, lo guiasteis hasta la casa de Acquin, llevasteis al príncipe hasta mí. Vuestro propósito es ayudar a que me lo roben, pero el problema es que yo no lo tengo.

—Lo sé, Josse. Veo con claridad que el Ojo no ha llegado hasta vuestras manos. Pero ése no es el problema, pues os aseguro que la joya está de camino. Mi problema es que he dejado de creer que el príncipe deba arrebatárosla.

Atónito, Josse sólo atinó a musitar:

—¿Por qué no?

—Porque vos sois un hombre honesto —respondió Dee—, como vuestro padre lo fue antes que vos. Y una herramienta tan poderosa como el Ojo de Jerusalén estará más protegida en manos de aquellos cuya moral es sólida, fuerte e incorruptible.

—Yo no sé nada de todo esto —empezó a decir Josse, pero al darse cuenta de que el mago estaba haciendo referencia a su amo, se detuvo. Confuso, vagamente incómodo, no supo qué decir.

—Yo veo muchas cosas que el príncipe no sabe que veo —declaró Dee, adoptando un tono hipnótico—. Veo que es un hombre listo, sí, muy inteligente. Y que tiene algunas buenas cualidades. Pero también veo lo que hay debajo de su apariencia. Tiene toda la energía y el empuje de sus progenitores, pero (tal vez sea algo propio de los hijos menores) también tiene un profundo instinto de supervivencia. Creo que es capaz de dejar de lado lo que sabe que es adecuado para la mayoría para favorecer lo que es mejor para sí mismo. Él no es —ahora la voz surgía con nitidez— el guardián adecuado para el Ojo. Y vos sí lo sois.

—¿Estáis seguro? —preguntó Josse con un hilo de voz.

—Lo estoy. Fue ofrecido a vuestro padre, regalado de buen grado, como agradecimiento por un acto valiente de rara y amable generosidad y, como primogénito de vuestro padre, ahora, por derecho, os pertenece a vos.

—Tuve una hermana mayor, pero murió cuando era todavía un bebé —murmuró Josse.

—Sí. Si hubiera vivido, la piedra sería suya.

—¿No ha de ser cedida a un hijo?

—No —rió el Maestro—. El Ojo es muy antiguo, Josse. Viene de una época muy lejana en la que, antes de que los hombres apartaran a las mujeres de los tronos del poder, la mujer disponía de un mayor honor. Y el Ojo contiene la magia antigua de la tierra de su nacimiento, lejos de aquí, cuyos límites norteños lindan con las rutas del comercio que parten de China y llevan hasta India y más al oeste juntándose con la gran ruta de la Seda en las montañas del oriente de Persia. Fue en Persia donde los joyeros trabajaron la piedra sin tallar, y los expertos orfebres dieron forma a la montura del Ojo; allí grabaron una inscripción mágica en su propio idioma.

—Arameo —musitó Josse, con ojos soñadores.

—Arameo —asintió Dee—. ¿Sabéis lo que dice?

—No. —Estaba embrujado por los ojos profundos y oscuros del Maestro, y tenía

la sensación de que, cuando miraba en su interior, era atraído hacia un túnel largo y lleno de sombras.

—La piedra es un zafiro, al que los persas llaman *saffir* —prosiguió la voz hipnótica de Dee—. Ellos creen que la piedra está formada por el elixir de la inmortalidad, el *amrita*. Es la leche portadora de vida de la gran diosa que ellos conocen como Ishtar, aunque tiene muchos nombres. ¿Lo veis, Josse? Hace muchos años, cuando la humanidad estaba en su infancia, se adoraba el aspecto femenino de Dios. Así, para responder a vuestra pregunta, es natural que el Ojo no ignore a las hijas de la diosa en favor de los hijos. No hay nada que indique que una mujer no puede heredar la piedra.

—Ya veo —murmuró Josse. Luego, saliendo de su ensoñación, y avergonzado de que aquel viejo brujo lo hubiera encontrado una víctima tan fácil, dijo lo primero que le vino a la cabeza—: Esta abadía está dirigida por una mujer.

—Una mujer con mucho talento —asintió Dee—. Confieso que estoy gratamente impresionado por la abadesa Helewise. Por cómo se resistió a sentirse intimidada por el príncipe, ¿no? Hasta cuando él estaba a punto de estallar en un ataque de furia, ella se mantuvo firme. Admiro ese temple en cualquier persona, pero es raro, diría que casi único, en una mujer —se rió—. Sólo hay otra mujer que mire al príncipe directamente a los ojos: su madre.

—¿Tenéis esposa, Maestro? —preguntó Josse, interesado.

—¿Yo? No, me temo que no. El matrimonio y la brujería no son fáciles de compaginar.

—¿Pero os gustan las mujeres?

—Ah, sí. Nuestra época no las valora como debería, y por ello el mundo es un lugar más pobre. El poder en forma femenina es nuestra única esperanza —musitó.

—¿Qué queréis decir?

La mirada del Maestro adoptó un aire velado, como si de pronto mirara a algún punto distante.

—El poder del hombre es egoísta —entonó—. Es una fuerza básica y despojada que, una vez descubierta, es equivalente a la de un niño pequeño que se da cuenta de que puede decapitar a un gato con la espada de su padre. El hecho de poder no es motivo para asumir que debe hacerlo, ¿lo entendéis?

—Sí... cierto.

—No tenemos ningún futuro si no reconocemos el poder femenino —prosiguió Dee—. La semilla de la Gran Madre, la nutridora, existe en todos nosotros. Si sólo la reconociéramos...

«Hay alguna esperanza», reflexionó Josse.

Y como si recogiera el pensamiento callado de Josse, Dee añadió:

—Un día, un día no muy lejano en términos de la larga historia de este mundo nuestro, las cosas cambiarán. —Los ojos oscuros se volvieron de pronto hacia Josse, perforándolo con una mirada penetrante que casi le hirió—. El gran trono de

Inglaterra será ocupado por un monarca que será el más extraordinario de todos — pronunciaba estas palabras como una letanía—. Sabio, astuto, culto y justo, amado por el pueblo, ese monarca será el hijo de un filántropo y de una bruja de once dedos. —Hizo una pausa—. Y será mujer.

Por un instante, Josse se dejó llevar por el relato del Maestro hasta tal punto que se lo creyó. Pero luego, con una risa casi incómoda, se dio cuenta de que Dee debía de estar bromeando.

—Eso, desde luego, sería algo asombroso —sonrió.

Dee lo miró con una ligera ironía y no le respondió.

—Y bien, Maestro —Josse intentaba adoptar un tono práctico; ya había tenido bastante conversación fantasiosa y Dee, al fin y al cabo, debía de haberlo atraído hasta allí por algún motivo—, ¿qué proponéis que hagamos ahora?

El mago, que no parecía molesto por las ganas de Josse de volver a lo tangible, declaró:

—Como ya os he dicho, no creo que el Ojo deba caer en manos de mi amo, el príncipe. Así que estoy dispuesto a impedir que eso ocurra.

Josse se dio cuenta de que el Maestro, en su trato cotidiano, era bien distinto del poderoso mago de las sombras; ahora encontraba muy fácil decirle, de pie frente a él:

—¿Y podéis decirme lo que pensáis hacer para evitarlo?

—El Ojo llegará hasta vos —sonrió Dee—. Eso también os lo dije. Siempre y cuando no corráis a contárselo al príncipe y a ofrecerle el tesoro, él no sabrá que lo tenéis.

—¿Y dejará de pedirme explicaciones? —Eso sonaba poco probable.

—Lo hará. —Al parecer, Dee intuía que Josse no lo creía, por lo que añadió, con una sonrisa—: Poseer el Ojo no es lo que más le conviene. Ya correrá bastantes peligros en el futuro inmediato; no necesita, además, atraer los oscuros poderes de un amuleto.

—Pero...

—Me gustaría que me escucharais atentamente. —Ahora el tono de Dee era algo malhumorado—. El Ojo sólo funciona correctamente con su legítimo dueño, que sois vos. Y vuestros descendientes. A menos, obviamente, que vos lo regaléis por voluntad propia, lo cual podéis hacer, aunque no os lo aconsejo. —Hizo una pausa y luego añadió, en un tono todavía más bajo—: Y desde luego no os aconsejo que se lo regaléis al príncipe Juan. —Con los ojos clavados en los de Josse, murmuró—: Si alguien roba la piedra, si la separa de vos sin vuestro permiso, no le hará ningún bien; sus poderes únicos quedarán suspendidos y no será nada más que una bella joya. Peor que eso: sospecho que en realidad puede actuar en contra del hombre que lo sustraiga. ¿Me habéis comprendido?

Josse asintió lentamente. —Sí, pero...

Dee soltó un leve suspiro.

—¿Pero? Adelante, ¿qué duda tenéis?

—Habéis dicho que el príncipe tendrá que enfrentarse a situaciones peligrosas — musitó Josse, como si los árboles del valle pudieran estar escuchando—. ¿A qué os referíais? ¿Sucederá a Ricardo y se convertirá en rey?

Dee pensó unos instantes, y luego declaró:

—El rey Ricardo no tiene hijos. Si no tiene un hijo sano de su esposa Berenguela, las leyes de nuestra nación dicen que entonces debe ser sucedido por su hermano.

—¡Aja! —Pero la alegría de Josse se interrumpió al darse cuenta de que Dee no acababa de decirle nada que él no supiera—. Pero si el príncipe Juan llegara a reinar —dijo, tratando de seducir al Maestro para que le hiciera alguna confidencia—, ¿supondría eso un terrible desastre?

Dee lo miró fijamente, con el rostro impassible. Luego, con una sonrisa sardónica en los labios, declaró:

—Esperad y veréis. Sólo tenéis que esperar.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Por la mañana, al despertar y ver a Yves bostezando y desperezándose a su lado, riendo ante algún comentario jocoso de fray Saúl, que les llevaba un par de tazones de hierbas calientes, Josse se preguntaba si lo vivido durante la noche anterior había sido un sueño.

En cierto sentido, se habría sentido aliviado si hubiera sido así, pero era consciente de la realidad. Y, además, su capa estaba todavía empapada por la lluvia que les cayó encima cuando acompañó al Maestro de regreso a las puertas de la abadía.

Mirando atrás, era obvio que un hombre armado solamente con una navaja no podía pretender proteger a un poderoso mago. Dee, Josse estaba convencido de ello, era perfectamente capaz de cuidarse solo.

Pero el anciano había aceptado de buen grado el gesto de Josse; incluso había aceptado cogerse del brazo que Josse le ofrecía mientras subían por la enlodada cuesta.

«Me gusta ese hombre —decidió Josse mientras soplabla sobre la infusión de hierbas para enfriarla—. Si es que es solamente un hombre...».

Pero esa idea era inquietante, incluso a plena luz del día. Así pues, la dejó de lado y le dijo a Yves que tenían que ir a hablar con la abadesa, puesto que tenía algo importante que comunicarle.

Una vez recuperada de la conmoción que le provocó saber que Josse había estado fuera de noche, confraternizando con un brujo, Helewise se dio cuenta de que no le sorprendía que John Dee se hubiera puesto de parte del caballero. Mientras contemplaba su expresión franca y honesta al contarle lo que el Maestro le había dicho, pensó que ella también confiaría antes en su amado Josse que en el príncipe. Era una lástima que Josse no pudiera ascender al trono si el rey Ricardo lo dejaba vacante, se dijo.

Pero la abadesa era consciente de que esa idea era desleal. Pronunció una rápida y silenciosa disculpa y volvió a centrar toda su atención en Josse.

—Al menos hemos conseguido identificar al pobre muchacho asesinado en el valle —observó cuando, después de un buen rato, él acabó de contárselo todo—. ¿Un agente del príncipe Juan dijo Dee?

—Así es. Y... —Josse frunció el ceño, como si se esforzara por recordar algo, pero, al cabo de un instante, renunció a ello y añadió, encogiéndose de hombros—: Dijo algo más, pero no consigo recordar qué. Algo acerca de que el muchacho no tenía la más mínima posibilidad... —Se volvió a mirar a Yves y luego a Helewise y prosiguió, como si se disculpara—: Es una experiencia extraña, hablar con un brujo. Él... bueno, mi impresión es que se asegura de que sólo recuerdes lo que él quiere.

Yves soltó una exclamación de asombro. Helewise, que logró controlar su reacción, se limitó a decir:

—Es un hombre poderoso, ese John Dee.

—Sí, lo es —asintió Josse con entusiasmo—. ¡Y sabio! Me contó cosas del Ojo de Jerusalén que sólo pueden saber los más sabios.

—Sí, ya lo habéis dicho —lo interrumpió Helewise. Aunque la historia del Ojo de Jerusalén que John Dee le había contado a Josse la había fascinado, no tenía ganas de volver a oírla de nuevo—. Y se asegurará de que la joya vuelve hasta vuestras manos, las de su legítimo propietario.

—Eso es lo que dijo exactamente. Y yo lo creo —dijo Josse, levantando ligeramente la barbilla.

—Estoy convencida de que hacéis bien —dijo ella, tranquilizándolo—. Aunque, obviamente, si suponemos que el Maestro está en lo cierto, la joya debe de estar ya de camino hacia vos.

—Todas estas conversaciones —opinó Yves, con la voz de quien tiene que forzar su intervención— me enervan. —Ahora se dirigió a su hermano—: Josse, hablas como si ese Ojo tuviera inteligencia propia. Como si... como si... —Se encogió de hombros y abandonó el esfuerzo—. No lo sé, pero, como te he dicho, yo... bueno, tengo miedo. Al parecer, estamos tratando con cosas que no pertenecen al mundo real, al que yo conozco.

Helewise percibió su inquietud y la comprendió tanto como la compartió.

—No olvidéis, Yves, que vuestro hermano ha pasado parte de la noche en compañía de un gran mago —dijo, con tacto—. Por suerte para sir Josse (de hecho, para todos nosotros), parece que Dee simpatiza con la familia d'Acquin, y no le desea ningún mal. Sea o no cierto que Dee tiene poderes extraordinarios, creo que podemos confiar en que no tiene intención de utilizarlos contra nosotros.

—Gracias, mi señora —respondió Yves, inclinándose ante ella—. Vuestras palabras me tranquilizan. Pero si ese Ojo aparece, ¿qué ocurrirá?

—Yo sugiero que nos preocupemos de eso cuando suceda, si es que sucede. Y ahora, sir Josse, para volver al asunto del pobre muchacho muerto, ¿os dijo Dee su nombre?

—No, dijo que no lo sabía, pero prometió hablar con el príncipe Juan esta misma mañana. Creo, señora, que esta tarde sabremos la identidad del chico.

—Me alegra saberlo. —La abadesa guardó silencio un momento mientras reflexionaba y luego añadió—: No sé si vos estaréis de acuerdo, pero yo creo que lo más probable es que el hombre del príncipe encontrara el rastro de Galbertius Sidonius y lo siguiera hasta Hawkenlye. Tal vez tenía intención de robarle el Ojo, o tal vez sólo de volver a informar al príncipe de que Galbertius estaba aquí y esperar nuevas instrucciones.

—Imagino que los hombres de Juan tenían instrucciones muy claras —opinó Josse—. Probablemente el príncipe les ordenó encontrar al hombre, robarle la joya y llevársela a él.

Helewise observaba a Josse, mientras pensaba que hablaba del Ojo de Jerusalén

como si realmente le hubiera pertenecido desde que nació, lo cual, aunque resultaba comprensible, no parecía encajar demasiado con aquel hombre de naturaleza generosa y abierta.

Tal vez era algo que debería vigilar.

—Si es así —dijo—, entonces sólo podemos suponer que alguien más andaba tras la pista del agente del príncipe. Y que lo mató antes de que pudiera robar la joya.

—¡Entonces —intervino Yves, entusiasmado—, antes de que el asesino pudiera llegar hasta Galbertius y coger el Ojo, el viejo murió y su propio criado le robó la piedra y se largó con ella!

—Después, por alguna razón, el chico estaba de regreso aquí cuando el asesino lo alcanzó y lo mató —exclamó Josse. Luego, relajando un poco su expresión, concluyó—: Así que, ahora mismo, ese sagaz asesino tiene el Ojo.

—Pero Dee está convencido de que el Ojo llegará hasta vos —señaló Helewise—. Y eso sólo puede significar que el asesino, sea quien sea, intenta enmendar el robo original del Ojo que hizo el lombardo, y devolvéroslo, sir Josse, porque os ve como su legítimo propietario.

Josse miró a la abadesa a los ojos; su angustia era evidente antes de que abriera la boca.

—Si un asesino capaz de matar a dos hombres inocentes quiere devolverme el Ojo, no estoy seguro de quererlo —declaró.

Eso era exactamente lo que Helewise había estado pensando Pero, sin embargo, dijo, tratando de calmarlo:

—Esperad a ver qué sucede, sir Josse. Todavía no conocemos la historia completa, y estamos más bien lejos de saber el final, así que no debemos juzgar antes de tiempo.

—Vuestra postura es la más sensata, como siempre, abadesa Helewise —señaló Josse con un gruñido—. Pero, de todos modos, —dejó la frase en el aire.

—Mi señora —dijo de pronto Yves—, Josse me contó que la primera víctima fue asesinada con un cuchillo sarraceno.

Helewise miró a Josse inquisitivamente.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabéis?

—Mi padre tenía un cuchillo similar, señora —le explicó Josse Estoy seguro de que el arma del crimen procede de Ultramar.

Ella se esforzó por atar cabos. ¿Podía ser acertada su conclusión? Había pocos argumentos que la apoyaran, aparte de su fuerte intuición de que se encontraba en el buen camino... Levantó la cabeza para mirar a los dos hermanos y dijo:

—¿Podría ser que, efectivamente, el asesino obtuviera el cuchillo en Ultramar? ¿Podemos deducir que, también él, estuvo en las cruzadas con sir Geoffroi y el lombardo? ¿Que su único móvil fuera el deseo de poseer el Ojo de Jerusalén, al que ha seguido hacia el norte, hasta Acquin, y luego hasta aquí, a Hawkenlye?

Josse la miró boquiabierto durante un momento.

—Vuestra propuesta es sólida, mi señora —dijo luego—, hasta cierto punto. Pero no debemos olvidar que Dee asegura que el Ojo volverá a mí. ¿Por qué debería un antiguo cruzado hacer tantos esfuerzos (viajar hasta tan lejos, matar a dos hombres) para robar la joya y luego devolverla?

Ella sacudió la cabeza.

—Tenéis razón, sir Josse. ¿Por qué? —Pero la idea no desapareció de su cabeza, ni siquiera ante un argumento tan plausible; entonces dijo, tanteando—: A menos que hubiera un motivo más poderoso...

—Estamos hablando de un criminal, un asesino cruel —intervino Yves—. ¿Puede un hombre así tener un motivo poderoso?

Ella lo miró y sonrió.

—No, Yves. Probablemente no.

—Pero, de todos modos... —balbuceó Yves, sólo para verse interrumpido por unos gruñidos de su hermano—. ¿Josse? ¿Qué te ocurre?

—No dejo de pensar que empiezo a ver todo este asunto con claridad, que la solución está casi al alcance de la mano, pero luego parece como si una niebla se interpusiera de pronto para velarme la visión —dijo con evidente frustración—. Lo intento una y otra vez, pero es como si ese brujo me hubiera hechizado. Como si su único deseo fuera asegurarse de que no encuentro la solución. —Miró con furia a Helewise, pero entonces, como si se acordara de dónde se hallaba, bajó de pronto la mirada—. Os pido disculpas, mi señora. Y también a ti, Yves —dijo, tocando a su hermano en el hombro—. Odio a los hombres que descargan su malhumor con la primera persona que tienen delante.

—No pasa nada, Josse; lo comprendemos —dijo Yves.

Pero Josse, que parecía no haberlo oído, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—Saldré a cabalgar un rato —declaró—. Soy mala compañía; no tengo ningún argumento más que aportar que pueda resultar útil, y soy un obstáculo para cualquiera que intente recoger alguno. ¡Tal vez un poco de aire fresco logre disipar esa maldita niebla de mi cabeza!

Y salió por la puerta antes de que ni Helewise ni Yves fueran capaces de decir nada para detenerlo. Mientras se esfumaban los ecos de una puerta cerrada con violencia —qué suerte, pensó Helewise, que la puerta y sus bisagras eran lo bastante fuertes—, Yves susurró:

—Dios mío.

Ella lo miró, embargada por un profundo afecto.

—No os preocupéis —le dijo—. Volverá pronto.

Yves le sonrió.

—Tenéis razón. —Y luego, con una expresión más preocupada—: Se esfuerza mucho, señora. Siempre se lo carga todo sobre sus anchas espaldas, y se ocupa de responsabilidades que en realidad no le atañen. —Ella estaba a punto de asentir

cuando, ligeramente ruborizado, él cayó en la cuenta—. Disculpad, abadesa, pero no era ninguna crítica hacia vos.

—Tampoco lo he supuesto —murmuró ella.

—¿No debería ese sheriff...?, ¿cómo se llamaba?

—Harry Pelham —respondió ella sin ningún énfasis.

—Eso, Pelham. ¿No debería estar persiguiendo a ese asesino?

—Sí, debería. Pero si nos sentamos a esperar que Pelham resuelva cada uno de los crímenes que ocurren en esta zona, seguiremos esperando cuando suene la trompeta del Juicio Final.

—No es muy... bueno, ya veo —comentó Yves, con expresión comprensiva—. ¿Es por eso por lo que Josse está tan motivado?

—Supongo, sí. En muchas ocasiones nos ha ayudado a resolver misterios, ¿sabéis, Yves? Aquí en Hawkenlye lo adoramos.

—Hum. Eso he oído —dijo Yves. Luego, como si temiera hablar más de lo necesario, cambió de tema—: Si me perdonáis, iré a ocuparme de mi caballo; tal vez siga el ejemplo de Josse y lo saque a hacer un poco de ejercicio.

- con una pequeña reverencia, salió de la sala y cerró la puerta con cuidado —y en silencio— tras de sí.
- dejó a Helewise con la intriga acerca de lo que Josse le habría contado a su familia en Acquin de la abadía de Hawkenlye.

Y, en especial, de su abadesa.

Pero eso, se reprochaba ahora, era tanto una pérdida del valioso tiempo de Dios como una tentación a la vanidad; se levantó, salió de la estancia y se dirigió a la iglesia para dedicarse un rato a la plegaria en solitario. «Necesitamos vuestra ayuda, Señor —pensó, mientras recorría los claustros apresuradamente—; tenemos un asesino suelto y debemos llevarlo ante la justicia.

»Sólo entonces recuperaremos la calma, tanto esos dos hombres muertos como el resto de la comunidad».

Josse, que seguía tenso y enojado, no estaba de humor para apreciar la belleza del gran bosque de Wealden a primeros de octubre. Espoleó a *Horace* hasta que el caballo alcanzó un buen trote y luego, cuando los dulces aromas otoñales empezaron a despertar el interés del animal, aflojó las riendas y permitió que se pusiera a galopar.

Estuvieron un rato galopando por el sendero que bordeaba el bosque. Josse era lo bastante prudente como para no internarse bajo los árboles; la gente del bosque podía estar a muchas millas de allí, pero era igual de probable que estuvieran cerca. Y, como Josse sabía bien, no eran amigos de los intrusos.

El ritmo de *Horace* fue disminuyendo hasta un agradable trote, y Josse, que apenas estaba atento, se llevó un buen susto cuando el caballo levantó de pronto la

cabeza y se detuvo en seco.

Josse, con problemas para mantenerse sobre la silla, le gritó:

—¡Sooo, *Horace*! ¿Qué te ocurre?

El animal resopló y sacudió la cabeza hasta hacer volar su crin; su arnés tintineó, y luego, igual de repentinamente que se había asustado, se calmó otra vez. Se quedó muy quieto y, al cabo de un rato, agitó la cabeza hasta que Josse perdió el control y dobló el cuello para comer un poco de pasto seco que había junto al camino.

Josse bajó de su montura y ató las riendas a las ramas de un árbol.

Echó un vistazo a su alrededor.

A primera vista no había nada que pudiera haber asustado a un caballo como *Horace*. Josse observó la senda que quedaba frente a sí; luego miró detrás de él. Nada, hasta donde le alcanzaba la vista, que era hasta la siguiente curva. Miró la tierra en calma que lo rodeaba, que describía una leve pendiente y se alejaba de la loma del bosque; había una o dos figuras que se adivinaban en la lejanía, seguramente trabajando en el campo, pero estaban demasiado lejos como para haber disparado ninguna alarma. Con lo que ya sólo le quedaba el bosque.

A pesar de su familiaridad con aquel entorno y sus gentes, a pesar de su respeto por el lugar, que casi se podría calificar de reverencial, Josse no iba a permitirse el lujo de comportarse como un cobarde.

Comprobó que *Horace* estuviera bien atado, comprobó también que su navaja estaba bien guardada en su funda, y luego se acomodó la túnica y la capa sobre los hombros.

Después, cuando ya no se le ocurría ninguna táctica más para retrasar la acción, encontró un débil rastro que bajaba hasta la acequia y subía por el otro lado —tal vez de un jabalí, o de un ciervo—, y lo siguió. Trepó hasta lo alto de la ribera, apartó las ramas de un abedul plateado y se internó bajo los árboles.

El bosque estaba en completo silencio.

Era otoño, sí, pensó, de modo que había que esperar poca actividad animal.

Pero, como ya había advertido anteriormente en el bosque, los sonidos naturales del mundo exterior parecían no penetrar en él. No había brisa que agitara las hojas, ni rumor distante de voces, ni el sonido de ninguna acción humana, como los golpes regulares de una hacha, ni el rechinido de una sierra. Nada.

Siguió andando, paso a paso, posando los pies cautelosamente sobre la espesa alfombra del bosque. «Mil años de hojas muertas bajo mis pies», pensó. Pero, lejos de reconfortarlo, aquella idea aumentó su aprensión. ¡Es tan antiguo este lugar! Siempre ha estado aquí, siempre estará, apartado del mundo, con su gente y su mismo espíritu bajo una ley propia.

«Basta ya —se dijo de pronto—. ¿Eres un chiquillo, tan bobo para asustarte a ti mismo con leyendas supersticiosas? No, eres un hombre adulto, con una misión que llevar a cabo». Cuál era esa misión, y por qué su objetivo debía cumplirse internándose en el bosque, todavía se lo preguntaba.

Y de pronto percibió olor a humo.

Mientras seguía avanzando, negándose a permitir que el miedo lo detuviera, oyó el suave crepitar de una hoguera. Ahora podía ver también el humo, ascendiendo elegantemente en el suave y quieto aire del bosque.

Cuando la cautela se impuso finalmente al ímpetu, Josse se detuvo tras un roble gigante, y desde su escondite echó un vistazo a un claro que había delante de él. En el centro estaba la pequeña hoguera, con los troncos y las astillas bien colocados dentro de un círculo de piedras. A una distancia prudente de la fogata habían hecho una pila con troncos cortados, para así poder reponerlos con facilidad. Junto al fuego se veía un hatillo; parecía una bolsa de viaje, y estaba parcialmente abierto. Cerca del primero de los árboles que rodeaban aquel espacio habían construido una cabaña bastante tosca, hecha de ramas cortadas y cubiertas con una espesa capa de helechos secos. Su aspecto limpio hacía suponer que quien la había levantado era un experto en la construcción.

Aparte de eso, allí no había ni una alma.

Asomando de detrás del árbol, Josse avanzó hacia el claro. A medida que caminaba, iba mirando a su alrededor. No, tenía razón: allí no había nadie, lo que resultaba extraño, porque su espalda temblaba como si unos ojos hostiles lo estuvieran acechando. Como si, de hecho, pudiera recibir en cualquier momento el ataque de una flecha.

O la extraña y sinuosa hoja de un puñal sarraceno.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Avanzó hasta el centro del claro.

Aunque estaba muerto de miedo, parecía una opción mejor que merodear por las sombras, asomándose nerviosamente y esperando a que alguien saliera a atacarlo. Además, allí no había nadie.

¿Seguro?

Cruzó hasta la choza y miró en su interior. Había un camastro y un montón de ropa encima de él, cuidadosamente doblada. Josse se preguntó cómo habría llegado hasta allí el viajero en cuestión: ¿a pie?, ¿a caballo?

Anduvo alrededor del claro, buscando rastros de pezuñas, y halló una pila de excrementos de caballo; parecían bastante recientes. Daba la impresión de que el visitante, fuera quien fuese, hubiera abandonado el campamento durante el día, cabalgando para hacer algún encargo. ¿Y en qué consistía ese encargo? Josse no estaba muy seguro de querer saberlo. Porque, aunque fuera una posibilidad entre muchas, aquel hombre podía ser un asesino. Podía haber matado al agente del príncipe y al criado del viejo Galbertius con una técnica depurada y sin escrúpulos, y sin más compasión de la que hubiera sentido al degollar un cerdo para conservar su carne en salazón.

De pronto, furioso, Josse se acercó a la hoguera. Estaba a punto de gritar, llamando a quien fuera que hubiera montado aquel campamento, cuando sintió un fuerte brazo alrededor del cuello y el frío tacto del filo de una navaja contra la garganta.

—Guardad silencio —le exigió una voz—. Si intentáis pedir ayuda, os mataré.

Josse intentó relajarse.

—No voy a gritar —dijo—. Pero si conocierais el bosque tan bien como yo, me dejaríais gritar cuanto quisiera, puesto que no hay nadie que pueda oírme.

—Estáis equivocado —repuso la suave voz—, pero qué más da.

Mientras hablaba, apartó el brazo del cuello de Josse y, todavía amenazándolo con el filo de la navaja, con la mano libre comenzó a atar las muñecas de Josse a la espalda. Luego lo asió con fuerza por los hombros y lo empujó para que se arrodillara sobre el suelo del bosque.

Con el prisionero así inmovilizado, al final la presión de la navaja se suavizó un poco. Josse sintió cómo el hombre se movía detrás de él y, al cabo de un momento, se colocó frente a sí.

Alzó los ojos hacia su captor.

El hombre tenía el pelo moreno, la piel de su rostro era de un tono oliváceo, y llevaba una barba negra y espesa. Su cabeza estaba envuelta por un elaborado turbante e iba ataviado con una gruesa túnica de un color intenso. Los ojos, oscuros y pequeños, tenían unos párpados gruesos y parecían alargarse por los extremos. Su expresión era difícil de adivinar, pero fuera cual fuese la emoción que ocultaban,

Josse estaba seguro de que era hostil, como mínimo.

El hombre sostenía un cuchillo curvado en la mano; aunque era un poco mayor que el que encontraron clavado en el cuerpo del espía muerto, tenía una forma similar.

—¿Qué queréis de mí? —le pidió Josse. La voz, le alivió comprobar, sonó serena, y creyó que no revelaba su temor.

El hombre lo observó durante unos segundos. Luego una expresión perpleja cruzó su rostro oscuro. Con la mano izquierda —la que no sostenía la navaja— rebuscó dentro de la túnica y, después de unos movimientos torpes, pareció que asía algún objeto que llevaba oculto bajo sus ropas. Josse, que pensó en la posibilidad de que estuviera buscando una arma para liquidar a sus víctimas con rapidez, cerró los ojos e intentó rezar.

Era interesante, pensaría más tarde, las cosas que aparecen en la mente de un hombre cuando cree que va a morir. En el caso de Josse, su plegaria tenía un sentido bien práctico: Señor, con vuestra gracia y misericordia, ayudad a mis hermanos y a mi familia, y a todos los de Acquin.

Pero eso no era lo primero que había pedido. La primera plegaria que había surgido instintiva y silenciosamente de él había sido: Oh, Señor, tened la bondad de proteger a Helewise.

Sin embargo, esta vez la muerte no había ido a buscarlo.

Josse sintió el cuchillo trabajando en sus muñecas, cortando las cuerdas que lo ataban, y abrió los ojos. Justo cuando el hombre moreno, de nuevo frente a él, se arrodillaba a implorarle:

—¡Perdonadme, os lo ruego, perdonadme! Deberíais haber dicho quién erais, decir vuestro nombre tan pronto entrasteis en el claro del bosque.

Josse se levantó con cierto esfuerzo. Desorientado, con el miedo todavía en el cuerpo, dijo sencillamente:

—¿Por qué?

El hombre, que tenía la cabeza apoyada en el esponjoso suelo del bosque, levantó los ojos y respondió:

—Porque vos sois el hombre al que he estado buscando. Vos sois Josse, hijo de Geoffroi d'Acquin, y he viajado desde tan lejos que mi hogar no es ahora nada más que un frágil recuerdo.

Josse tendió una mano y ayudó al hombre a levantarse.

—¿Qué queréis de mí?

—Os he traído lo que os pertenece.

—Traéis... —Pero Josse vaciló antes de mencionar el Ojo. En su lugar, dijo—: Me advertieron que me buscabais.

—¿Advertiros? —Su rostro se arrugó, contrariado—. No había necesidad de ninguna advertencia, puesto que no os deseo ningún mal. —Luego, con la sombra de la sospecha posándose en su mirada, preguntó—: ¿Y quién os advirtió?

Josse estaba a punto de responder cuando el extraño, asintiendo con la cabeza, lo detuvo:

—No os molestéis en decírmelo —dijo con frialdad—. Ahorraos el esfuerzo, porque ya lo sé. —Entonces, con un tono más apasionado, prosiguió—: Él me ve, ¿sabéis? Me vigila, y no puedo escapar a su mirada profunda. Sabe que vengo hacia vos; sabe lo que llevo.

—John Dee —suspiró Josse.

—No conozco su nombre —repuso el hombre moreno—. Pero está aliado con alguien muy importante de vuestra tierra, que tiene poder y busca todavía más. Pero, por muy poderoso que sea, va acompañado de un hombre que todavía es más grande que él, un mago de poderes únicos. —Hizo una pausa—. Uno del que hablan con gran reverencia hasta los magos más extraordinarios de mi país.

—¿Cuál es ese país? —preguntó Josse, con la sensación de conocer ya la respuesta.

—Para vos, mi país es parte de la gran región situada al oeste del mar del interior —respondió el hombre—, la zona que conocéis como Ultramar. Aunque nosotros lo llamamos Líbano.

A Josse, aquel nombre le resultaba sólo vagamente familiar; estaba avergonzado de su ignorancia, como si no saber nada del país de origen de un hombre fuera una suerte de insulto. Pero no quiso explayarse en este pensamiento, y siguiendo con la conversación, dijo:

—Al principio no sabíais quién era, cuando me habéis asaltado. Pero luego, de manera repentina, vuestra actitud ha cambiado. ¿Qué ha ocurrido?

Otra vez, el hombre deslizó las manos dentro de su capa.

—Lo he sabido —contestó—. ¿Eso no os basta?

A Josse no le bastaba, ni de lejos, pero pensó que insistir en el tema no lo llevaría a ninguna parte, y encima podía hacer enfadar al extraño.

—Entiendo —dijo entonces a media voz.

El hombre sonrió, mostrando una hilera regular de dientes blancos que contrastaban con el color de su piel.

—Creo que no —musitó. Y luego, como si hubiera tomado una decisión repentina, añadió—: Os voy a contar una historia, sir Josse d'Acquin, hijo de Geoffroi, si tenéis oídos para escucharla.

—Los tengo —respondió Josse demasiado de prisa, porque la sonrisa de aquel hombre se ensanchó ante su ansiedad.

—Venid a acomodaros junto al fuego. —El extraño lo tomó del brazo—. Colocaré unas pieles para sentarnos, así nos protegeremos del frío del suelo.

Corrió a su choza y volvió a salir con dos rollos atados con cuerdas. Desató las cuerdas y desenrolló lo que parecían pieles de cordero, con el pelo corto color crema y ligeramente rizado, distintas de cualquier piel de cordero que Josse hubiera visto antes.

—¡Sentaos! —pidió el hombre—. ¡Poneos cómodo!

Josse lo obedeció y se sentó junto al fuego con las piernas cruzadas.

El forastero de tez oscura esperó a que Josse se hubiera acomodado, y entonces, con unos movimientos mucho más ágiles y graciosos que los suyos, se sentó al otro lado de la hoguera y empezó a hablar:

—Hace mucho tiempo, un rey persa compró un zafiro bellissimo que tenía un ojo en sus profundidades. —Josse advirtió de inmediato que su voz había adoptado el tono melódico de los cuentacuentos tradicionales, o tal vez de un hombre sencillamente acostumbrado a entretener a sus compañeros de viaje junto a la chimenea—. Se sintió atraído por él más que por todas las demás gemas que llevaba el vendedor, de modo que se dejó guiar por la intuición y adquirió la joya. Luego se la mostró a su mago, quien le dijo que había elegido sabiamente porque aquella piedra tenía poder y le proporcionaría a su legítimo amo muchos regalos útiles. Así que el rey entregó la gema a sus joyeros, que la pulieron hasta que su forma fue redonda y regular, agradable a todos los que la miraban. Y, exactamente como había dicho el mago, allá, en sus profundidades, para todo aquel que tuviera la paciencia de escrutarla en silencio, estaba su propio ojo, mirando a quien la observaba.

»Entonces el rey dio la piedra a sus orfebres, que la montaron sobre una gruesa moneda de oro, cuyo centro moldearon formando un borde que mantendría la gema sujeta y protegida. El mago les dijo a los orfebres que tenían que grabar una inscripción en la moneda. El estilo de escritura y el idioma eran los comúnmente utilizados en aquella tierra, pero las palabras no tenían ningún sentido para los orfebres, puesto que estaban codificadas, y el código solamente era inteligible para el mago.

»El rey atesoró aquella joya por encima de todas las demás, puesto que, como el mago había predicho, poseía muchos poderes útiles. Concedía éxitos y buena suerte. Era capaz de detener hemorragias, tanto de las heridas externas como las que secretamente se producen en el interior de un hombre. Y, como la magia de un beso maternal en la frente de un niño enfermo, podía bajar la fiebre. Era capaz de detectar el veneno añadido al vaso de vino de un hombre. Y, lo más importante de todo, advertía de los enemigos secretos.

—¿Tenía el rey algún enemigo secreto?

El extraño lo miró.

—Lo tenía. Como los tienen todos los reyes, incluido vuestro *malik* Ricardo. De inmediato —era obvio que deseaba proseguir con su narración—, el rey se dio cuenta de que todo lo que le habían contado era cierto, puesto que parecía que todo lo que emprendía resultaba un éxito. La nación persa era fuerte y orgullosa y, cuando el rey sintió que era el momento adecuado para desafiar el poder del Imperio babilonio, su mago consultó las estrellas y se confió en privado a los presagios, y luego le dio la razón. Así, el rey Ciro (pues éste era su nombre, y por siempre jamás fue conocido como Ciro el Grande) marchó sobre Babilonia, la conquistó y fundó en ella su propio

imperio, el Imperio aqueménida, que fue el mayor que existió en la antigüedad.

«Cuando el ejército del rey Ciro tomó Babilonia, encontraron que allí vivía una gente extranjera que se autodenominaban judíos. El rey babilonio, Nabucodonosor, había atacado Jerusalén, su ciudad, y los había sometido. Pero el rey de Judea había cometido el error de escuchar a malos consejeros y se había dejado arrastrar hasta una rebelión. Nabucodonosor volvió a mandarles su ejército, y esta vez sin piedad. Jerusalén fue invadida y destruida, y sus habitantes mandados al exilio. Su rey, que se llamaba Zedequías, fue capturado junto a ellos y los soldados enemigos le arrancaron los ojos».

Josse se estremeció. El hombre moreno, que se dio cuenta de ello, le lanzó una mirada fugaz.

—Así fue como el rey Ciro descubrió a los últimos descendientes de los judíos viviendo miserablemente en Babilonia, lejos de sus hogares —prosiguió el extranjero—. Se apiadó de ellos y les permitió regresar a su tierra, y les devolvió muchos objetos preciosos de oro y plata que los hombres de Nabucodonosor les habían robado del templo de Jerusalén. Se dice que uno de esos objetos era el anillo del rey Salomón, montado con un sello de zafiro, pero ese anillo se perdió, y nadie fue capaz de decir dónde estaba. Ahora, el rey Ciro estaba preocupado por este asunto, y consultó a su mago para saber qué podía hacer para compensar a los exiliados que regresaban a casa. «Puesto que es mi deseo demostrar a esa gente que Ciro no es Nabucodonosor —dijo—, y que sabe cuándo mostrar misericordia».

—¿Qué le sugirió el mago?

—El mago le dijo al rey Ciro: «Tenéis en vuestras manos, señor, una joya que es la pareja del zafiro del anillo del rey Salomón, si no su superior». Y el rey, aunque su corazón lo dudaba, supo, que el mago le estaba hablando del gran zafiro engastado en oro. Pero confiaba en el mago, y después de pensarlo mucho, aceptó su consejo. Mandó a buscar al jefe de los judíos y le dijo: «Os entrego un tesoro, un ojo de zafiro montado en una moneda de oro. —Y en un repentino empuje de inspiración, levantó la piedra y declaró—: Tomad el Ojo de Jerusalén, que entrego a los habitantes de esa ciudad en compensación por los ojos del rey Zedequías que Nabucodonosor arrancó». Y los judíos se lo llevaron a casa y lo guardaron en un lugar protegido del templo, que reconstruyeron sobre las ruinas del que habían destruido los babilonios.

—Fue un regalo de una excepcional generosidad —comentó Josse.

—Lo fue. Pero el mago había aconsejado al rey que no perdiera totalmente el Ojo de vista, puesto que seguía existiendo la posibilidad de que el pueblo de Judea algún día pudiera utilizarlo contra su antiguo propietario.

—¡Eso habría sido difícil, si fue el propio rey Ciro quien se lo regaló!

—Desde luego. Pero cuando la necesidad aprieta, un pueblo hace cualquier cosa para sobrevivir. El mago, que era capaz de leer en los corazones y podía comprenderlos con una claridad fuera de lo común, le dijo al rey Ciro lo que tenía que hacer: «El Ojo ha de ser vigilado, con el fin de que su paradero sea siempre

conocido, al igual que los fines para los que se utiliza». A continuación le propuso al rey que nombrara a dos hombres Guardianes de la Piedra, y sugirió como jefe guardián a un hombre al que conocía y en quien confiaba. Ese hombre era un astrónomo formado por el más grande de los observadores de estrellas, un tal Enil de Sidón. Tenía un joven sobrino, que era también su aprendiz, que podía asumir el puesto de segundo guardián.

¿Y el rey lo aceptó?

—Con presteza. Los guardianes fueron nombrados e informados de que, bajo la ley persa, su puesto tenía que ser perpetuo, heredado de padres a hijos o, en su defecto, de tío a sobrino o de abuelo a nieto.

—¿Nunca hubo una mujer guardiana?

El extranjero pareció casi ofendido.

—Por supuesto que no. Las grandes fuerzas invisibles de lo sobrenatural no son para las mujeres.

«Qué poco sabes», pensó Josse. Pero no dijo nada.

—Y así fue —prosiguió con voz regular— como el Ojo de Jerusalén fue ocultado en las profundidades del corazón del Templo de Salomón, a salvo, sin utilizar, casi olvidado, y los guardias tenían poco que vigilar. Pero conservaron viva la tradición y cada generación inculcaba en la siguiente que el suyo era un nombramiento real y que había de durar para siempre.

»Con el tiempo, el Imperio persa cayó, al igual que los babilonios habían caído ante el rey Ciro. Esta vez fue un joven general de Macedonia quien encabezó al ejército invicto, y ese Alejandro, al igual que Ciro antes que él, fue bautizado como Magno. Cruzó el Helesponto y desafió al descendiente de Ciro, el rey Darío, a quien derrotó antes de conquistar Fenicia, Palestina, Egipto, Babilonia, Susa y Persépolis, y más tarde entró en la India. Nadie puede decir hasta dónde se habrían extendido las alas de Alejandro, puesto que murió y sus generales se dividieron el imperio.

»La tierra de Palestina cayó bajo el mando de un general conocido como Seleuco, cuyo sucesor persiguió a los judíos. Otra vez, su templo fue destruido. Pero los guardianes, advirtiendo la amenaza con el tiempo suficiente para actuar, sacaron el Ojo por la noche y se lo llevaron a Damasco. Y allí permaneció, mientras en el mundo extranjero el poder de los griegos iba disminuyendo y los romanos se levantaban para ocupar su lugar, destruyendo el templo de Jerusalén una vez más cuando el pueblo de Judea se levantó en revuelta. Los guardianes, ahora a muchas generaciones de sus fundadores, habían mantenido la preciosa joya en Damasco. Ya no demasiado seguros de a quién tenían que proteger de la posible mala utilización del Ojo, decidieron que lo mejor que podían hacer era asegurarse de que seguía siendo ignorado.

—Y entonces, ¿cómo llegó a manos de Mehmed? —preguntó Josse.

El hombre moreno suspiró de manera casi imperceptible.

—Esperad y lo entenderéis. Poco después de la muerte de su profeta, Jesucristo,

en Damasco empezó a florecer una comunidad cristiana. Pero entonces, Mahoma y sus seguidores, los grandes fundadores sagrados de la era musulmana, se trasladaron de La Meca hasta Medina, en la tierra conocida como Arabia, y la ciudad de Damasco fue impulsada a un lugar destacado. Ocurrió que un joven y ambicioso guardián había heredado recientemente el puesto de su padre, probablemente demasiado pronto para el bien tanto del Ojo como de sí mismo. Se sintió inclinado a buscar el favor del poder rápidamente ascendente de los musulmanes, y ofreció el Ojo al rico y carismático jefe de los Mehmed. Los Mehmed son una familia muy influyente, preparada para el poder, y el guardián llegó a la conclusión de que un puesto en su casa le daría más prominencia que seguir en segundo plano para, al final, quedar olvidado en alguno de los trasteros de la historia.

—¿Pero iba a seguir protegiendo el Ojo?

—Se cree que eso no lo tuvo en cuenta, puesto que, como he dicho, su objetivo era obtener favores, aunque de hecho siguió siendo guardián del Ojo. Sin embargo, cuando se disponía a sacar la joya de su escondite y se preparaba para llevársela a los Mehmed, entró en un estado de trance y recibió lo que interpretó como un mensaje. Obedeció las órdenes del Ojo y advirtió a los Mehmed de que un día deberían renunciar a aquel valioso tesoro a cambio de algo que valorarían todavía más. Ellos se rieron, obcecados con los poderes del Ojo descritos por el guardián, y no le prestaron atención.

—Pero entonces apareció mi padre.

—Así es, apareció Geoffroi d'Acquin. Apareció un caballero franco de inigualable misericordia que vio a un niño aterrorizado en peligro de muerte y que le salvó la vida, arriesgando la suya propia. Y Mehmed (es decir, el cabeza de la familia Mehmed en aquel momento) reconoció que aquél era el acontecimiento que había sido predicho cuando la familia recibió el Ojo por primera vez.

—A pesar de todo, fue un gran gesto por su parte deshacerse del Ojo —comentó Josse.

El hombre moreno sonrió.

—Ah, sois tan extraño al cinismo como vuestro padre —murmuró—. Cuando les dijeron a los Mehmed que un día tendrían que renunciar al Ojo, también les dijeron que, si no lo entregaban en el momento oportuno, el Ojo dejaría de tener poder para ellos. Sí seguirían poseyendo una joya bella y valiosa, pero sus poderes exclusivos ya no les servirían; incluso podrían llegar a volverse en contra de ellos. —Se rió—. Cuando se enteró de la valiente acción de Geoffroi y de cómo había salvado la vida de Azamar, el viejo Mehmed se pasó horas intentando calmar fiebres e intentando detectar venenos deliberadamente añadidos a copas de vino. Y un desventurado criado estuvo a punto de perder el brazo mientras Mehmed agitaba el Ojo por encima del corte que él mismo acababa de hacerle, en un intento infructuoso por detener la hemorragia. —Sus ojos, todavía llenos de ironía, miraron a Josse—. Mehmed no entregó el Ojo a tu padre hasta que estuvo del todo convencido de que ya no le iba a

servir de nada.

Con una extraña sensación de haber sido traicionado, como si le acabaran de cambiar el final de un cuento popular por otro mucho menos atractivo, Josse comentó:

—El niño sobrevivió hasta la edad adulta, me dijeron.

—¿Azamar? Sí, creció para convertirse en un hombre de provecho, que engendraría muchos hijos fuertes y sanos. En su momento fue un guerrero poderoso y, ahora que poco a poco se está haciendo demasiado mayor, y demasiado valioso, como para empuñar la espada, es un apreciado asesor de los que siguen luchando. Según dicen, tiene el oído de Saladino.

«¿De verdad será así?», pensó Josse. No era extraño que el príncipe Juan hubiera hecho aquel comentario un tanto amargo acerca de que el rey Ricardo y sus caballeros no estaban del todo conformes con que Geoffroi hubiera salvado la vida del niño.

Pero el hombre seguía hablando:

—...no ha olvidado a Geoffroi d'Acquin —dijo.

—¿Perdón? ¿Quién no lo ha olvidado?

El extranjero suspiró.

—Azamar.

Josse se pasó las manos por la cara. Le costaba concentrarse, y pensaba que tenía muchas preguntas que hacer, misterios por resolver... pero no lograba que su cerebro funcionara correctamente.

Un tema, sin embargo, estaba claro, hasta para un hombre tan confuso como Josse:

—Vos matasteis al espía del príncipe, y al joven criado de Galbertius Sidonius. — Ahora, el extranjero levantó la cabeza, y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa—. Ahora ya sé quién es el responsable de ambas muertes —dijo Josse con rabia—. No seréis capaz de negar vuestra culpabilidad, ¿no?

—No, no. —El hombre sacudió la cabeza enfáticamente, como si quisiera dejar el asunto de lado y continuar con algo más interesante—. El primer hombre con el que me tropecé saliendo del valle supuse que se proponía robar el Ojo, puesto que había localizado al portador de la joya en Inglaterra y sabía que estaba cerca. Maté al ladrón antes de que pudiera perpetrar su robo; desnudé el cuerpo y lo escondí bajo los helechos. —Volvió a sacudir la cabeza, esta vez con perplejidad—. Entonces no sabía que la abadía y el santuario estaban tan cerca; de lo contrario, hubiera escondido mejor el cuerpo, en algún lugar donde jamás lo encontrara nadie.

—Pero fue descubierto.

—Lo sé, lo sé. Debéis creerme, normalmente no soy tan descuidado.

«De lo único que se lamenta es de no haber escondido bien el cuerpo —se dijo Josse, alarmado—. No se arrepiente en absoluto de haber matado al hombre».

—¿Y el muchacho? —preguntó, tratando de mantener un tono de voz neutro.

—El chico le había robado el Ojo a su amo moribundo, quien iba a entregároslo a vos. —El hombre parecía indignado—. No llegó demasiado lejos antes de que su conciencia empezara a pesarle, pero para entonces ya temía que los monjes de la abadía lo acusaran de ser el culpable de la muerte de su amo. Se escondió en los campos, entre la maleza, buscando refugio en establos cuando empezó a hacer frío. No tenía nada de comer y empezó a enfermar. Iba lentamente de regreso al santuario, creo que con la intención de devolver el Ojo y entregarse, cuando yo lo maté.

—¡Pero era un inocente! —protestó Josse—. No tenía nada que ver con la muerte de Sidonius: el viejo estaba gravemente enfermo y lo mató su propia tos.

De nuevo, la expresión sorprendida cruzó el rostro de aquel hombre. Luego dijo:

—¿Inocente? ¡El chico había robado el Ojo! Yo se lo quité; ahora está a salvo, no debéis preocuparos, y...

—¡Vos lo matasteis! —gritó Josse—. Aunque la marca en el cuello era muy leve, era visible. ¿Cómo lo hicisteis? ¿Con un golpe con el canto de la mano?

—Sí. —El hombre parecía casi orgulloso—. Es una técnica que los guardianes dominamos.

—Cierto, sois un guardián —asintió Josse—. Eso ya lo había adivinado. Seguisteis a mi padre y al lombardo desde Ultramar hasta Acquin...

—Yo no —repuso el hombre—. Mi padre y su hermano. Vigilaron el Ojo mientras estuvo en manos de vuestro padre, en Acquin, hasta que mi padre murió a causa de una enfermedad que asoló la región. Entonces, aunque yo era todavía bastante joven, ocupé su lugar. Con mi tío seguimos al hombre al que llamáis «el lombardo» hasta su casa. Yo quería matarlo y devolver la joya a vuestro padre, pero mi tío me lo desaconsejó. —Una mueca se dibujó en su rostro—. Dijo que el lombardo se arrepentiría de su robo, si teníamos la paciencia de esperarlo. Tenía razón, pero la paciencia no era una de mis virtudes, y lo encontré demasiado difícil. —Se encogió de hombros—. Seguimos vigilando el Ojo allí, en la tierra del lombardo, hasta que regresó al norte, a Acquin, en busca de Geoffroi, vuestro padre. Lo seguimos, y luego mi tío murió. Era viejo y estaba débil, y el largo viaje le resultó demasiado duro. El lombardo me condujo desde Acquin hasta Inglaterra, y finalmente hasta Hawkenlye. —Pronunció este nombre lenta y cuidadosamente, como si no estuviera acostumbrado a decirlo—. Aunque yo no sabía que se dirigía aquí. Imaginé que trataría de encontraros de inmediato. Lo perdí brevemente, y fue entonces cuando maté al hombre que iba tras el Ojo. Pero luego lo volví a encontrar. El resto de la historia ya lo conocéis.

Josse asintió lentamente.

—Cierto —dijo—. Y había adivinado parte de lo sucedido antes. Vos seguisteis a Galbertius Sidonius buena parte de su vida, vos y vuestro padre antes que vos, y...

El hombre levantó las manos en señal de protesta.

—¡Eso es lo que no logro entender! —dijo, con la curiosidad dibujada en el rostro—. El hombre conocido como «el lombardo», el amigo de vuestro padre que le robó

el Ojo y luego trató de devolvérselo, ¿os referís a él como Galbertius Sidonius!

—Así es —asintió Josse—. Estuvo viviendo con mi familia en Acquin, y mi hermano me dijo que su criado lo llamaba así.

—No, os equivocáis —insistió el extranjero—. Puede que el chico dijera su nombre, pero no podía haberlo usado para referirse a su amo.

Hubo una pausa y luego, con sencilla dignidad, declaró:

—Yo soy Galbertius Sidonius.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Al principio, Josse estaba convencido de que el extranjero le mentía, aunque no estaba muy seguro de saber por qué. Se levantó de un salto —su interlocutor también—, y dijo, con torpeza: —No podéis serlo.

—Lo soy —aseguró el hombre con una sonrisa—. Soy descendiente de Enil de Sidón, el jefe guardián original. Y soy el último de mi linaje, puesto que, aunque me he acostado con muchas mujeres, no he dejado embarazada a ninguna. No tengo ningún hijo que pueda seguirme.

—¿No habrá más guardianes, entonces?

El moreno se encogió de hombros.

—A menos que tenga un primo lejano cuya existencia ignoro, no. E incluso si ese hombre existiera, no está aquí, a mi lado, donde podría aprender la función que el destino ha querido que desempeñemos. —Suspiró—. Pero, en realidad, ¿cuál es el objetivo? Los guardianes existían para proteger al primer propietario del Ojo (al hombre gracias al cual tuvo razón de ser) de aquellos a los que se lo regaló, para evitar que pudieran usar los poderes de la joya contra él. Entonces era así de sencillo. Pero ¿ahora? El Ojo os pertenece a vos, Josse d'Acquin. ¿A quién debo proteger, que pudierais amenazar con la magia del Ojo?

—No pienso amenazar a nadie —replicó Josse.

—¿No? —Sidonius levantó una ceja, irónico—. No estéis tan seguro. El poder, una vez en sus manos, corrompe a las personas, y sólo los más fuertes, los más sabios o los más bondadosos son inmunes a su influencia.

—Pero...

—Suponed que cambio de opinión e intento llevarme el Ojo —prosiguió Sidonius, ignorando la interrupción—. Supongamos que vos creéis que quiero haceros daño.

—No lo creo... Tampoco sabría cómo utilizar el Ojo, ni para protegerme ni para atacaros.

—No sabéis cómo, todavía —murmuró Sidonius. Luego, alegre, declaró—: Pero no temáis. Como he dicho, no os deseo ningún mal. Me resultaría difícil perjudicaros, puesto que no sólo sois el legítimo propietario del Ojo, lo que ya os otorga cierta protección, sino que además... —Se detuvo de pronto, mirando a Josse con ojos intrigados—. No sé muy bien qué es —admitió—, es como si... como si alguien más hubiera puesto una protección a vuestro alrededor, como si llevarais un escudo contra cualquier pequeña magia que yo pudiera ejercer en contra vuestra.

Antes de que Josse pudiera siquiera levantar un brazo para defenderse, el hombre moreno había extendido las dos manos y señalaba directamente el corazón de Josse. Entonces, del fuego surgió el crepitar de la resina de pino, y a Josse le pareció ver un destello azulado, tan fugaz que desapareció antes de darle tiempo a registrarlo.

Sidonius, que se frotaba las manos con fuerza, como si le dolieran, dijo:

—Bueno, ¿lo veis? Hay alguien que os vigila. Alguien bastante poderoso.

Debe de ser Dee, pensó Josse. Y parecía estar haciendo un buen trabajo.

Sidonius empezó a rebuscar dentro de su capa. Esta vez sacó lo que parecía una cajita de plata, que colgaba de una cadena, y, al igual que la caja, estaba manchada y desgastada. Sidonius tocó el diminuto cierre y un mecanismo se accionó, haciendo que la tapa de la caja se abriera. Luego levantó lo que había dentro y tiró la caja de plata al suelo, como si ya no tuviera ningún interés.

Y, de hecho, comparado con lo que ahora sostenía en la mano, no lo tenía.

Ante los ojos fascinados de Josse, el Ojo de Jerusalén oscilaba elegantemente a la luz de la hoguera, con su pesada montura de oro refulgiendo y el zafiro despidiendo destellos azulados, como si estuvieran haciéndole mil guiños.

Tendió la mano y Sidonius depositó el Ojo sobre su palma. Cerró el puño y sintió el peso de la joya. Durante un breve instante le pareció ver a su padre: Geoffroi sonreía y asentía con la cabeza. La espera había valido la pena. Luego, la imagen de Geoffroi se desvaneció, y los dos se quedaron de nuevo solos en el claro del bosque.

Sidonius hizo una pequeña reverencia, musitó unas palabras en un idioma que Josse no entendió, y acto seguido se agachó para enrollar las pieles de cordero. Josse lo miró.

—¿Qué hacéis? —le preguntó.

—Estoy recogiendo. Mi misión aquí ha acabado. No hay necesidad de que me quede más tiempo.

A Josse se le pasó por la cabeza que tal vez la necesidad lo apremiara; aquel hombre había matado dos veces, y debía comparecer ante la justicia.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Sidonius se rió y dijo:

—¿Me retendríais, Josse d'Acquin? ¿Me pediríais que os acompañara ante el estúpido del sheriff y me entregara por asesinato? Simplemente, cumplo órdenes. Soy el guardián del Ojo y, a diferencia de mi tío, cumplo con mi deber a rajatabla. Tengo instrucciones de matar a aquellos que arrebatan el Ojo de Jerusalén a su legítimo propietario.

—¿Eso formaba parte de las instrucciones originales del rey Ciro? —preguntó Josse—. Lo describís como un hombre justo, algo preocupado por corregir las malas acciones de los demás. ¿Creéis realmente que aprobaría el asesinato de inocentes?

—Inocentes —repitió Sidonius, pensativo—. Puede que tengáis razón, no lo sé. —Se encogió de hombros—. En realidad, no sé lo que él haría. Todo ocurrió hace tanto tiempo.

Había acabado de atar sus pieles de cordero y ahora se dirigía hacia su hatillo, que recogió como si fuera tan ligero como una hoja. Luego miró en el interior de su refugio, presumiblemente para comprobar si olvidaba algo. Se acercó de nuevo a Josse y le hizo otra reverencia, esta vez más profunda y formal.

—Me despido de vos, Josse d'Acquin —dijo—. Usad el Ojo con prudencia; sabéis que puede hacer mucho bien. *Adieu*.

Y, sin volverse a mirar atrás, se adentró en el bosque. Josse hizo ademán de seguirlo; adelantó un pie, y habría echado a correr de no ser porque se sintió como petrificado. Sus extremidades no lo obedecían.

Así, se quedó quieto y observó cómo Galbertius Sidonius se alejaba.

Pronto se perdió de vista —¿tendría poderes no sólo para petrificar a sus posibles perseguidores, sino también para hacerlo fundirse con el entorno?— y, al cabo de un rato, se oyó el leve y distante gemido de un caballo.

Al parecer, Sidonius se alejaba cabalgando por los senderos del bosque. Y Josse estaba convencido de que jamás volvería a verlo.

Fuera cual fuese el hechizo que había dejado inmóvil a Josse, no duró mucho tiempo. Poco después de apagarse los ecos del paso de Sidonius por el bosque, Josse se dio cuenta de que podía volver a caminar.

El Ojo de Jerusalén continuaba en su mano. En la luz menguante de la hoguera de Sidonius, le echó un vistazo de nuevo. Esta vez, a solas, y ya más tranquilo, pudo escrutarlo con más calma. Y, al contemplar su profundo corazón azul, se dio cuenta de que el Ojo le devolvía la mirada.

Lo miraba fijamente, y Josse empezó a sentir que lo estaba hipnotizando.

—¿Qué debo hacer contigo? —preguntó en voz alta. Miró la cajita plateada que Sidonius había tirado—. ¿Debo volver a guardarte en tu caja, ocultarte bajo mi túnica y utilizarte cuando me sienta amenazado, enfermo o me esté desangrando? —Era una idea tentadora—. ¿Debo guardarte en mi mano mientras cumplo con mis quehaceres diarios, para familiarizarme con tus poderes y sobre todo con tu capacidad de advertirme de los peligros ocultos?

«Cuántas cosas grandes podría conseguir con un aliado así en el bolsillo», pensó Josse.

Con cuidado, recogió la cajita plateada y la guardó debajo de su túnica. Apagó los restos del fuego de Sidonius, asegurándose de que no quedaba ni un rescoldo, y apiló cautelosamente el carbón con la bota. La gente del bosque era muy escrupulosa con los fuegos y él sabía que lo más prudente era ser cuidadoso cuando se había encendido una hoguera. Luego, todavía con el Ojo bien aferrado en la palma de su mano —cabía perfectamente dentro del puño cerrado, donde quedaba oculto—, se dirigió hacia *Horace* para cabalgar de vuelta a la abadía.

Cabalgó pausadamente, mientras pensaba, muy concentrado. Llevó a *Horace* hasta los establos, donde sor Marta, con una cordial bienvenida, parecía encantada de llevar al caballo a su sitio y ocuparse de él.

Como todavía no se sentía preparado para hablar con la abadesa, Josse pensó en un lugar tranquilo en el que poder pasar un rato a solas. Entonces se le ocurrió en el huerto de las hierbas aromáticas; pasó frente a los dormitorios de las hermanas y se dirigió hacia los impecables parterres de sor Tiphaine, junto a los cuales había un tosco banco, protegido por los muros de la abadía.

El huerto era un remanso de paz. El jardín en el que se encontraba transmitía el

ambiente y el aroma del otoño, y el aire transportaba un ligerísimo olor de humo. Seguramente, la herbolaria habría estado quemando plantas del jardín, entre las que debía de haber ramas de hierbas aromáticas, puesto que el olor era ácido y muy agradable.

Josse cerró los ojos. Estaba a punto de tomar una decisión; tal vez un período de meditación silenciosa le aportaría la luz para decidir si lo que estaba a punto de hacer era lo mejor.

Al cabo de un buen rato se dio cuenta de que alguien se acercaba e iba a sentarse a su lado.

—Lo tenéis —le dijo John Dee a media voz—. ¿Me permitís verlo?

Josse abrió los ojos.

—Por supuesto —dijo. Abrió la mano derecha, apoyada en su rodilla, y el Ojo le lanzó un guiño. Dee lo contempló unos instantes.

—Podéis cogerlo, si queréis. Dee pareció vacilar.

—No estoy seguro... —Pero luego, como si hubiera reunido el valor suficiente y se apresurara a actuar antes de que éste menguara, acercó la mano derecha y tomó la cadena del Ojo, dejando caer la joya sobre la palma abierta de su mano izquierda.

El Maestro permaneció totalmente inmóvil durante un rato, mirando el Ojo, sin pestañear, con el rostro impávido. Luego hizo ademán de devolvérselo a Josse, pero cuando éste fue a cogerlo con la mano izquierda —la que tenía más cerca de Dee—, el mago retuvo la joya.

—Es hora de que recibáis vuestra primera lección sobre el poder de las piedras —le dijo con una sonrisa—. Antes de tomar la piedra en una u otra mano, siempre debéis pararos a pensar. ¿Sois diestro o zurdo?

—Diestro.

—Entonces vuestra mano derecha es la que ofrece el poder, y la izquierda es la que lo recibe.

—Oh —dijo Josse, distraído. Luego, al comprenderlo, repitió—: ¡Oh!

La sonrisa de Dee se ensanchó.

—Yo también soy diestro, y he tomado la piedra con la izquierda porque quería absorber algo de sus poderes. ¿Os importa?

—No sé prácticamente nada de sus poderes. Por lo que a mí respecta, podéis tomar todo el que queráis.

—Un sentimiento muy generoso, pero debéis ser cauteloso cuando hagáis ese tipo de ofrecimientos. —El Maestro hizo una pausa, luego prosiguió—: ¿Queréis que os diga cuáles son los poderes del Ojo?

Josse suspiró.

—Sé que puede detener las hemorragias, detectar venenos y advertir de cuándo se acerca un enemigo. Pero sí, supongo que es mejor que me contéis todo lo demás. —Pensando que tal vez había sonado algo torpe, añadió—: Si sois tan amable.

Dee se rió.

—Para ser un hombre a quien acaban de regalar el mundo —musitó—, parecéis muy poco interesado.

—¿Qué queréis decir? —De pronto, Josse se puso alerta.

—Nada; no os preocupéis. —Dee parecía incómodo—. En fin, tenéis razón en lo que decís, pero los que habéis nombrado no son más que los poderes menores del Ojo. En su corazón alberga fuerzas mucho mayores, pero no pueden ser estimuladas más que por alguien que posea poderes psíquicos.

—¿Tenéis vos esos poderes? ¿Podéis despertar esas fuerzas?

—Podría —contestó Dee con cautela—, pero no lo haré. El Ojo os pertenece —dijo.

Pero eso era apenas una explicación.

—¿En qué consisten esas fuerzas mayores? —insistió Josse—. ¿Me proporcionarían riquezas? ¿Poder? ¿Buena suerte? ¿Estatus social?

—Todo eso y mucho más —dijo la voz de Dee, apagada y sombría—. Aunque, como un jinete inexperto sobre un semental desbocado, tendríais muchas dificultades para controlarlo. De hecho, más bien todo eso os controlaría a vos. Ése es el motivo por el cual —bajó la voz hasta convertirla en un susurro, y se acercó al oído de Josse— es vital que el príncipe no se apodere del Ojo.

—Tenía entendido que me habíais dicho que el Ojo sólo funcionaba en manos de su legítimo propietario.

—Y lo dije. Así, imaginaos el daño que podría hacer el príncipe, intentando doblegar incontrolables fuerzas a su propia voluntad, fuerzas que quisieran atacarlo.

Como Josse no conocía demasiado el mundo de la magia, no tenía ni idea del daño potencial que podía causar la joya. Pero, a juzgar por el tono horrorizado de Dee, parecía que pudiera ser devastador.

—No dejaré que el príncipe se apodere del Ojo —aseguró—. Tenéis mi palabra, Maestro.

Dee lo miró un buen rato y luego, lentamente, asintió con la cabeza.

—Os creo. Gracias, Josse d'Acquin.

Siguió mirando a Josse y, justo cuando aquel escrutinio empezaba a ser insoportable, volvió a hablar:

—El Ojo os pertenece ahora a vos y a vuestros descendientes —declaró con ojos soñolientos, que parecían mirar más allá de Josse, a un lugar distante, o al futuro, a algo que sólo él era capaz de ver—. Acabará en manos de alguien que posee las habilidades psíquicas necesarias para dar vida al Ojo. Por primera vez en casi dos mil años de historia, la piedra adquirirá todo su potencial.

Al cabo de unos instantes —durante los cuales a Josse le pareció que el eco de unas olas inmensas e invisibles iba disminuyendo hasta desaparecer—, declaró:

—Pero Maestro, yo no tengo esposa ni hijos. Así, ¿acabará el Ojo en manos de alguno de mis sobrinos? ¿Es eso posible?

—¿Tenéis sobrinas? —La pregunta era extraña.

—Sí, varias.

—Ah —sonrió Dee.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Bueno, tengo la sensación de que esa gran maga será una mujer.

Josse sintió miedo. La idea de una de las hijas de Yves, o de la pequeña Eleanor de Acelin, recibiendo aquella inmensa carga le parecía, en ese momento, bastante insoportable. Y, ahora que lo pensaba, ése era otro motivo en favor de su decisión anterior.

Como si Dee siguiera claramente el razonamiento silencioso de Josse, rió y le dijo:

—Ah, Josse, ¡qué poco sabéis de piedras mágicas! Podéis hacer lo que os plazca. De hecho, creo que habéis tomado una buena decisión... pero no creáis que podéis lavaros las manos y acabar con este asunto. El Ojo, como iréis aprendiendo, tiene sus propias ideas.

—¡No puedo poner este objeto en las manos inocentes de una de mis sobrinas!

—No, no podéis.

—¡Pues no os entiendo! —protestó Josse—. Maestro, ¡habláis con adivinanzas!

—Como hacemos todos los brujos. —Dee se levantó y se puso una mano en los riñones—. Uf, he estado demasiado tiempo aquí sentado y la humedad me ha calado los huesos.

Al momento, Josse se levantó a ayudarlo.

—Apoyaos en mí, Maestro, os ayudaré a andar. —Vaciló un instante y luego dijo, impulsivamente—: Voy a buscar a la abadesa, ¿me acompañáis?

—Gracias, lo haré.

—Debéis pedirle a sor Tiphaine un poco de su remedio especial —lo animó Josse—. Sus manos son firmes, pero merece la pena aguantar un rato de dolor por el alivio que luego os proporciona.

—Ah, sí, sor Tiphaine —dijo Dee con dulzura—. Haré lo que me sugerís, Josse. —Se detuvo un momento, mirando a Josse—. Sois un buen hombre. Siempre lo he dicho.

Avergonzado, Josse le susurró un agradecimiento y luego se concentró en soportar el peso del mago mientras lo guiaba. Cuando salían del jardín de las hierbas, se acordó de algo:

—Maestro, he estado en el bosque —dijo.

—Ah.

—Yo... bueno, me guardaré la historia para contársela primero a la abadesa, si no os importa. Pero me dijeron que había alguien que estaba usando sus poderes para protegerme, e imagino que erais vos, así que me gustaría agradeceréoslo.

—Ah —volvió a exclamar el Maestro.

Pero Josse se dio cuenta de que Dee ni le había confirmado ni le había negado que le hubiera prestado su ayuda.

Helewise dejó a un lado sus libros y prestó toda su atención a sus visitantes. Los había estado esperando —al menos a Josse—, y le pidió a una de las hermanas que fuera a buscar a Yves y lo invitara a reunirse con ellos.

—El Maestro padece dolor en la espalda —la informó Josse.

—Entonces ha de sentarse en mi butaca —dijo, mientras se levantaba y le ofrecía una mano a John Dee. Con una graciosa reverencia, él aceptó su invitación.

Ella fue a sentarse al lado de Josse.

—¿Va todo bien? —le preguntó a media voz. Josse tenía un aspecto... distinto, de algún modo, y ella estaba preocupada.

—Sí —respondió él. Y entonces le contó todo lo que había ocurrido desde que se separaron.

Cuando acabó, Helewise dijo:

—Así que desde el principio estábamos equivocados y Galbertius Sidonius no era el lombardo. —No.

—¿Puedo ver el Ojo? —preguntó entonces Helewise, sin poder evitarlo.

Él abrió la mano derecha y se lo ofreció.

Ella lo tomó con la mano izquierda. De inmediato, sintió como si una criatura muy pequeña le hiciera cosquillas en la palma. No era una sensación desagradable, pero sí extraña. Le devolvió la piedra a Josse.

—¿Habéis notado el poder, mi señora? —preguntó Dee.

—Yo... eh, he notado algo parecido a un cosquilleo —admitió la abadesa.

—Ah. —Dee miró a Josse.

Alguien llamó a la puerta, y a continuación entró Yves. A él también le mostraron el Ojo, y Josse le contó su reunión con Galbertius Sidonius.

—Pero no puede ser él —protestó Yves, al igual que Josse había hecho antes.

—Lo es —insistió Josse—. Debiste de entender mal al joven criado, Yves, porque cuando pronunció el nombre de Galbertius Sidonius no se estaba refiriendo a su amo.

Yves sacudía la cabeza, claramente contrariado al tener que admitir que lo que había creído hasta entonces no era cierto.

—Os pido disculpas a todos —repetía una y otra vez—. He armado un buen lío con mi confusión.

Helewise sintió pena.

—Tal vez —le dijo en tono cariñoso— él y su amo tenían razones para conocer el nombre de Galbertius Sidonius. Tal vez supieran de la existencia de los guardianes, supieran que los perseguían y el muchacho, al menos, tuviera miedo. ¿Cuadraría eso con lo que vos oísteis?

Con una mueca de profunda concentración, Yves reflexionó unos instantes y luego respondió:

—Sí. Dijo algo sobre mantenerse alejado de Galbertius Sidonius. —Mientras se iluminaba, exclamó—: ¡Claro! ¡Quería decir que los dos debían evitar al hombre, él y el lombardo! ¡Oh, qué estúpido he sido!

—No, no —protestó Josse, y luego, aplacando su protesta—: De todos modos, no has hecho nada malo.

Helewise sonrió a Yves.

—No os preocupéis —le dijo a media voz—. Al fin y al cabo, no hay ninguna diferencia.

Pero Yves, que mascullaba, no parecía tan dispuesto a disculparse a sí mismo.

Mientras tanto, Josse hablaba con John Dee, cómodamente sentado en la butaca de la abadesa.

—Maestro, ¿por qué buscabais, el príncipe y vos, a un hombre llamado Galbertius Sidonius? —le preguntó—. ¿No os disteis cuenta de que él era el guardián y no el hombre que poseía el Ojo?

Dee suspiró profundamente.

—Su nombre apareció en mi mente —declaró—. Sabía que era importante; su revelación vino acompañada de ciertas señales inequívocas. Estaba el dato de la avanzada edad del hombre.

—No es en absoluto tan viejo —repuso Josse.

—Ya lo veo. Creo que lo que percibí fue la antigüedad de la tradición de los guardianes.

Helewise, sin poder contenerse por más tiempo, exclamó:

—¡Supongo que no creeréis esa fábula de un zafiro mágico regalado por el rey Ciro al pueblo de Judea! ¿Cómo queréis que sea eso cierto?

Cuando los tres pares de ojos se volvieron hacia ella, dos de ellos incrédulos, el otro extrañamente comprendiendo —casi, pensó ella, más piadoso que comprensivo—, Josse dijo:

—Abadesa Helewise, ¡por supuesto que la creemos!

Al ver la convicción del caballero, la religiosa decidió que lo mejor era desistir.

—Ya veo —comentó, haciendo una pequeña reverencia.

Todavía con expresión de haber tomado el comentario de la abadesa como una afrenta personal, Josse señaló entonces, con cierta frialdad:

—El Maestro sufre dolores, como os he dicho antes, abadesa. Con vuestro permiso, lo acompañaré a ver a sor Tiphaine para que le aplique un poco de su unguento especial.

—Por supuesto.

—Voy con vosotros —se apresuró a decir Yves.

Ella les devolvió sus formales reverencias mientras salían de la estancia, con John Dee en medio de los dos hermanos.

Al parecer, pensó Helewise mientras oía cómo se alejaban, su comentario había arruinado aquel feliz instante.

«¡Pero ese cuento no puede ser cierto! —se dijo—. ¿Cómo puede saber nadie, después de tanto tiempo, de dónde procede ese maldito zafiro y cuál ha sido su historia? Si quieren creer aquella absurda leyenda sin cuestionársela ni un ápice, allá

ellos».

Ella estaba decidida a no hacerlo.

Y con un leve gemido de disgusto —Josse parecía molesto con ella—, la abadesa volvió a ocuparse de sus libros.

## CAPÍTULO VEINTE

Josse reapareció cuando la noche empezaba a caer. Helewise había abandonado su estancia para asistir a vísperas, pero como no tenía apetito, decidió no participar en la cena. Estaba sentada a su mesa, escuchando distraídamente la llamada a completas, cuando lo oyó acercarse por el claustro.

Josse nunca conseguiría sorprenderla allí, en su habitación, pensó sonriendo.

Y antes de que sus nudillos golpearan en la puerta, Helewise llamó: «Entrad, sir Josse».

Él obedeció. Luego, sin más preámbulos, se disculpó:

—Abadesa Helewise, lamento haber sido descortés con vos. He estado pensando en lo que dijisteis y, por supuesto, tenéis razón. Creo que me he dejado llevar por todas esas historias de magia y brujería, y he dejado de lado mis pocas reservas de lógica y raciocinio.

Helewise pensó que sonaba como un discurso preparado de antemano. Y entonces Josse añadió:

—¡Uf! ¡Es un alivio haber dicho todo eso! —lo cual pareció confirmarlo.

Ella sonrió con afecto.

—No es necesario que os disculpéis. John Dee es un hombre persuasivo, lo sé. Y también habéis mantenido una larga conversación con Galbertius Sidonius, quien, imagino, es algo así como una leyenda viva. ¡Qué vida debe de haber tenido!

—Cierto. Parecía casi inhumano. —Josse frunció el ceño mientras buscaba las palabras para explicarse—. Era como si ya no fuera nada más que la misión que había nacido para desempeñar. Como si su parte humana hubiera desaparecido, dejándolo sólo con el deseo ardiente de llevar a cabo su objetivo de proteger el Ojo.

—Supongo que esa obsesión se ha ido desarrollando de manera gradual, a través de varias generaciones —musitó la abadesa—. Por lo que sabemos, crecería en intensidad en cada generación, de padre a hijo. Eso, por supuesto —se apresuró a añadir—, si damos algún crédito a su historia.

—Exacto —suspiró él. Y, mientras lo observaba, Helewise se dio cuenta de que parecía terriblemente cansado.

—¿Por qué no os acostáis? —le sugirió delicadamente—. Habéis tenido una jornada agotadora.

—Tenéis razón. —Josse se frotó el rostro con las manos—. Debo hablar también con Saúl y con Augusto, así que tengo que bajar al valle. Me gustaría contarles a los hermanos todo lo que ha ocurrido, si dais vuestro permiso, abadesa.

—Por supuesto.

De pronto, Josse sonrió.

—Acabo de acordarme de la primera vez que les pregunté a los frailes y a los hermanos legos si recordaban algo que pudiera ayudarnos a identificar el primer cuerpo, el que fue descubierto por la pequeña.

—¿Y...?

—Fray Micah habló de una figura vestida de negro que merodeaba sigilosamente por el valle. No lo tomamos en serio, especialmente cuando dijo que había «oído» a esa figura taciturna, en lugar de verla, lo que, como indicó fray Erse, era imposible. Pero, de hecho, podría haber tenido razón: Sidonius iba vestido con ropas oscuras, de modo que es posible que fray Micah, en realidad, sí lo hubiera visto.

—Es cierto. —Helewise prefería no recrearse en el tema; la idea de un asesino profesional acechando a los inocentes monjes y peregrinos del valle le parecía demasiado atroz.

Josse se acercó a ella y apoyó sus manos sobre la mesa.

—Mi señora, he venido a pedirlos un enorme favor —dijo—. Estoy dispuesto a escuchar vuestra negativa, de modo que no os preocupéis si ésta es vuestra decisión.

Ella sonrió.

—Será mejor que me digáis qué es, sir Josse, y así lo consideraré.

—Quiero que el Ojo de Jerusalén se quede en la abadía. Oh, ya sé que me diréis que es mío y que debo asumir esa responsabilidad —a ella no se le había pasado por la cabeza argumentar eso—, pero dejad que os explique mi razonamiento.

—Adelante, por favor.

—Ese tipo, Sidonius, me dijo que el Ojo ahora me pertenecía, a mí y a mi familia, y que pasará a mis descendientes cuando yo muera. Pero, como sabéis, yo no estoy casado ni tengo hijos. También me dijo que, un día, el Ojo acabaría en manos de una mujer de mi misma sangre que tendría extraños poderes, y que ella sería la primera persona en poseer el Ojo capaz de extraer todo su potencial. Así pues, el problema es que me preocupa que pensara en alguna de las hijas de Yves: Marie-Ida, Mathilde, o incluso Madoline, que no tiene más de un año, pobre pequeña. O tal vez se refiriera a la hija de Acelin, Eleanor. ¡Qué peso terrible estaría cargando a sus espaldas, si así fuera! Ni ellas ni mis hermanos tendrían nada que agradecerme, ¿no creéis?

—Algunos podrían decir que, en realidad, le estabais haciendo un regalo muy especial a esa mujer misteriosa —dijo Helewise con voz serena.

—Sí, pero Sidonius dijo que la mujer en cuestión tendría «poderes psíquicos» —repuso Josse—. No puedo quejarme de mis cuñadas, son cuatro mujeres estupendas, pero sé de buena tinta que jamás ha habido nadie que practicara la magia en mi familia.

Helewise permanecía en silencio. Trataba de pensar en algo.

Sabía —o al menos, tenía la fuerte sospecha— algo que Josse ignoraba. Y era consciente de que no debía decírselo, puesto que no le pertenecía a ella guardar o desvelar el secreto. Siempre asumiendo que su sospecha fuera fundada.

Él esperaba su respuesta.

—¿Abadesa Helewise? ¿Aceptaréis el Ojo? Es un objeto pagano, lo sé, pero debe de tener algo bueno. Me han dicho que su magia sólo funciona para su dueño legítimo, pero si yo lo ofrezco voluntariamente, entonces su destinatario se convierte

en dueño legítimo. Además, lo mejor sería guardarlo aquí, porque Sidonius dijo que la joya sólo está a salvo en manos de los muy fuertes, los muy sabios y los muy bondadosos, y vos y vuestras hermanas de Hawkenlye sois todo eso.

Emocionada por la generosidad de su cumplido y por la fe en su comunidad, la abadesa levantó los ojos para mirarlo.

—Está bien, acepto —dijo con voz grave—. Hablaré con sor Eufemia y sor Tiphaine, pues sospecho que ambas encontrarán mejores maneras de usar la piedra que yo. Si es que a ellas les funciona, claro. Por lo que me decís, imagino que puede resultar de utilidad en la enfermería, y sor Tiphaine, cuando investigue nuevos remedios, podría encontrar muy útil su capacidad de detectar sustancias venenosas.

Desde el momento en que expresó su aceptación, Helewise vio el alivio reflejado en el rostro de Josse. Estaba embargado por la emoción, ciertamente, pero la abadesa vio que había algo más...

Sin embargo, prefirió no profundizar en ello.

—No obstante, sir Josse, consideraremos nuestra custodia del Ojo como algo puramente temporal —dijo—; la piedra permanecerá aquí en depósito. La guardaremos tanto tiempo como deseéis. Pero si alguna vez llegara el día en que vos y... —estuvo a punto de decir «vos y vuestros descendientes», pero se detuvo a tiempo—, en que vos deseéis llevároslo, sólo tendréis que decirlo. ¿Os parece bien?

Él sonreía, satisfecho.

—Me parece más que bien; os doy las gracias de todo corazón. Y no querré recuperarlo, mi señora, os lo puedo asegurar. ¡Estaré encantado de haber acabado con él!

Ella esperó. Presumiblemente llevaba el Ojo encima, así que era probable que se lo entregara entonces.

Nada.

—¿Sir Josse? —dijo ella—. ¿Queréis que me quede con el Ojo ahora?

Él la miró un momento y luego declaró:

—Ha sido egoísta por mi parte haceros esa petición ahora, abadesa Helewise.

—¿En qué sentido?

—Porque el príncipe Juan ha venido a buscar la joya. Y, aunque John Dee ha dado su palabra de que no le diría la verdad a su dueño, me temo que el príncipe no se contentará con marcharse sin hacer más preguntas.

Comprendiendo, Helewise dijo:

—Y vos no queréis que mienta si viene a preguntarme si sé algo acerca del Ojo.

—Exacto. Estoy pensando, señora, que si yo mismo escondiera el Ojo en alguna parte, en algún lugar que vos ignoráis, podríais decirle al príncipe que no tenéis ni idea de dónde está y le estaríais diciendo la verdad.

Ella sonrió.

—Creo que eso se podría considerar como falsedad por omisión —apuntó.

—Sí, temía que lo diríais. —La miró, con la fatiga reflejada en el rostro—. ¿Qué

tengo que hacer? —preguntó entonces.

—De entrada, debéis permitirme ser el juez de las mentiras que yo elijo decir. — Su intención no había sido reprocharle nada, pero la mueca en la boca de Josse sugería que se había tomado el comentario en ese sentido—. ¿Sir Josse? —le dijo con amabilidad—. No os estaba haciendo ningún reproche.

—No, señora.

No parecía nada aliviado. Helewise decidió que lo mejor era proseguir:

—Os propongo que hagáis exactamente lo que me habéis propuesto y escondáis el Ojo. En caso de que el príncipe me pregunte sobre él (aunque dudo que lo haga, puesto que en todo este tiempo sólo ha osado preguntar sobre Galbertius Sidonius, y no sobre lo que ese hombre podía o no llevar con él), le responderé lo que me parezca oportuno. Lo único que no diré —se inclinó hacia adelante, muy seria— es que ahora sabemos quién es Sidonius, que vos habéis hablado con él y que os ha entregado lo que por derecho os pertenece.

—¿Lo haríais? —exclamó Josse, sorprendido—. ¿Retener la información que está buscando, aunque os la pida?

—Lo haría y lo haré. —Él seguía pareciendo perplejo—. Sir Josse, como bien sabéis, mentir es pecado. Mentir a un príncipe de sangre real puede, además, constituir delito; tal vez pueda considerarse traición, no estoy segura de ello. Pero, incluso así, es mejor que la alternativa.

—Dejar que el príncipe obtenga el Ojo —dijo él con desánimo.

—Eso es. Y como vos mismo me dijisteis, hasta John Dee subrayó la locura que eso significaría.

Se hizo un silencio durante el cual ella —y supuso que Josse también— imaginó cómo la ambición, la inteligencia y la falta de escrúpulos del príncipe podrían utilizar un talismán mágico.

—En realidad, al no dejarle poseer el Ojo, le estamos haciendo un favor al príncipe —señaló finalmente Josse.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Josse sonrió.

—Yo no se lo entregaría voluntariamente, de modo que, si se lo llevara, él no sería su dueño legítimo. John Dee dijo que sus poderes no funcionan con una persona así. E incluso podrían volverse contra él.

—Ya veo.

Si necesitaba más argumentos para justificar su decisión —que no era el caso—, Josse se los acababa de ofrecer.

Se hizo otro silencio, todavía más largo. Entonces la abadesa dijo, delicadamente:

—Os sugiero que vayáis ahora a esconderlo, sir Josse.

—¿Cómo?

—El Ojo.

—Ah, sí, claro.

La manera como abandonó la estancia, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí, sin siquiera desearle buenas noches a la abadesa, era un reflejo de su fatiga y de su estado mental.

Helewise permaneció un rato sentada, en silencio, después de que él saliera de la habitación. Recordó entonces que, cuando Josse la había dejado aquella misma mañana junto a John Dee, él y su hermano iban a llevar al anciano a ver a sor Tiphaine para que le curara el dolor en la espalda.

¿Habría dicho algo la herbolaria? Oh, santo Dios, suponiendo que...

Pero Helewise desechó ese pensamiento. «Estoy segura de que no lo ha hecho —decidió—. Por un lado, durante nuestra conversación de ahora mismo, Josse no parecía en absoluto un hombre que acaba de recibir una noticia de las que alteran la existencia. Y por otro, sor Tiphaine se niega rotundamente a hablar del tema conmigo, de modo que, ¿por qué suponer que le revelaría el secreto a Josse tan pronto tuviera la oportunidad de hacerlo?».

Helewise dejó caer la cabeza dolorida entre los brazos, cruzados sobre la mesa. «Y todo esto apunta a que estoy en lo cierto», se dijo.

«¿Lo estoy?».

Recordó su última conversación con sor Tiphaine. Había ido a buscar a la herbolaria a su jardín; fue el mismo día en que Josse e Yves se habían marchado con la intención de visitar al príncipe Juan y habían vuelto con el sheriff y sus hombres, llevando el cadáver del joven criado del viejo.

Helewise le había contado sus sospechas a sor Tiphaine. Y le pidió —mejor dicho, le ordenó— a la herbolaria que le contara la verdad. Tiphaine la miró con sus ojos profundos y misteriosos y declaró:

—No tengo nada que decir, mi señora.

Helewise sabía perfectamente que estas palabras eran ambiguas y tanto podían significar «no hay nada que contar» como «tengo algo que decir pero no voy a hacerlo».

El deber de Helewise, como abadesa de Hawkenlye, era velar por las almas de sus monjas. Y si sor Tiphaine ocultaba algo, algo por lo que estaba dispuesta a mentir, entonces Helewise tenía que lograr que confesara y buscar su absolución.

—¡Pero si afecta a sir Josse! —la presionó Helewise con un susurro ansioso.

—¿Qué es lo que afecta a sir Josse? —respondió sor Tiphaine con rostro inexpresivo.

Sabía que Josse había estado en compañía de la herbolaria. Podría haber habido un momento en el que ella lo arrinconara para contarle...

Pero, al parecer, no lo había hecho.

Así pues, reflexionó Helewise, mientras se levantaba lentamente, eso significaba probablemente que desde el principio había estado en un error, que sor Eufemia estaba equivocada y que no había nada que contar.

Se daba cuenta de que había llegado al final de aquel camino... De momento.

Por la mañana, el príncipe fue a verla. Se disculpó por robarle su valioso tiempo y le anunció que él y su comitiva estaban a punto de marchar a Londres.

—¿Seguís buscando a Galbertius Sidonius? —preguntó ella, con aires de inocencia.

—Así es —asintió el príncipe Juan—. Creo que hemos perdido el tiempo viniendo a Hawkenlye; o eso, o vuestros monjes son muy hábiles ocultando asuntos que no desean compartir con los forasteros, mi señora.

Sus ojos azules e inteligentes la miraban fijamente; le resultaba enervante, pero ella se aferró a su coraje y le sostuvo la mirada. Al cabo de un momento, el príncipe, con una sonrisa casi imperceptible, murmuró:

—En fin... —Y luego añadió—: Dee ha estado mirando esa bola negra suya, y me ha dicho que quizá sepan algo del hombre en la ciudad. Al parecer, los templarios pueden tener información.

«Dios te bendiga, John Dee», pensó Helewise.

—Os deseo mucha suerte —le dijo—. Que lleguéis a buen puerto.

Él la miró con expresión irónica.

—¿Cómo debo interpretar vuestras palabras, mi señora?

—Como vos queráis —replicó, remilgada.

Era astuto, pensó; demasiado, en realidad. Le estaba resultando difícil —más de lo que había previsto— trazar la delicada línea entre omitir la verdad e implicar mentiras descaradas sin revelar información que debía mantener oculta.

Él seguía observándola. Helewise tenía la sensación de que, si continuaba mirándola intensamente, al final podría llegar a descubrir lo que encerraba su corazón, de modo que decidió levantarse y decir, cortésmente:

—Vale más que lleguéis a Londres antes de que anochezca, señor. Os acompañaré hasta la entrada, así aprovecharé para desear un buen viaje a vuestra comitiva.

Aparte de preguntarle directamente qué era lo que le estaba ocultando —por cuya descortesía probablemente no encontraría ninguna excusa—, el príncipe no podía hacer otra cosa más que aceptar su despedida formal. Anduvieron juntos a través de los claustros y hasta las puertas de entrada, donde aguardaban los hombres del príncipe y sus caballos. Dee ya estaba montado; le hizo una reverencia a Helewise y murmuró un saludo.

«Habéis sido un buen amigo —pensó ella, mirándolo a los ojos y tratando de transmitirle su gratitud—. Os lleváis al príncipe ni más ni menos que en el momento oportuno».

Como si la hubiera oído, el Maestro se inclinó de nuevo ante ella y le sonrió con ternura.

Entonces, Josse e Yves se reunieron con la abadesa y permanecieron junto a las monjas mientras la comitiva real se marchaba. Cuando estaban a punto de perderse de vista, sor Marta suspiró y dijo:

—En fin, ya está.

Y Helewise deseó con fuerza que así fuera.

Como esperaba que ocurriera, Josse le pidió reunirse en privado con ella.

Una vez solos en la intimidad de su habitación, él hurgó en el interior de su túnica y le ofreció una cajita plateada.

—Aquí es donde ha estado hasta el momento —dijo, mostrándoselo—, aunque, por supuesto, podéis guardarla donde mejor os parezca.

—Así que, anoche, lograsteis esconderla.

—Claro —sonrió él—. La enterré cuidadosamente detrás de las letrinas, donde nadie que esté en sus cabales pasa más tiempo del necesario.

—Cierto. ¿Y el príncipe...?

—Ha bajado al valle a primera hora de la mañana. Ha dicho que quería echar un último vistazo al santuario, para rezar y pedir por los enfermos y los necesitados que vienen en busca de ayuda.

—Ya.

—Sí, yo tampoco lo he creído —repuso Josse, con una carcajada—. ¿Os ha vuelto a interrogar?

—Sí. Y también a los monjes. Ellos le han dicho que jamás habían oído hablar de Galbertius Sidonius, y es verdad. Si Saúl y Augusto... bueno, y también Erse, sospecharon que la pregunta encerraba algo más, han tenido la prudencia de no decirlo.

—¿Y vos, sir Josse?

—Oh, yo he mentado como un bellaco —confesó—. Le he dicho que creía que el tipo no había estado nunca aquí, y que ningún extraño se me había acercado con ningún tesoro perdido que perteneciera a mi familia. Luego le he prometido mantenerlo informado de cualquier novedad.

—Creo —dijo Helewise, cautelosa, después de reflexionar unos instantes— que sería prudente confesar vuestras mentiras al padre Gilbert. Dar falso testimonio es pecado, sir Josse, aunque se haga con la mejor de las intenciones.

—Cierto —admitió él, con expresión grave—. Cierto, mi señora. Buscaré al padre. —Y con una leve sonrisa, añadió—: Pero esperaré a que el príncipe Juan haya tenido tiempo de llegar sano y salvo a Londres.

La abadesa asintió; parecía lo mínimo que podía hacer.

Todavía tenía la cajita de plata en las manos. Helewise tendió la mano y Josse se la dio.

—¿Queréis echarle una última mirada? —le preguntó, comprobando si podía abrir el pequeño cierre.

Josse fue a colocarse a su lado.

—Debéis presionar esta diminuta palanca —le indicó—; hay un mecanismo que abre la tapa. ¡No! —Helewise estaba a punto de abrirla—. Por favor, abadesa, no la abráis hasta que yo me haya ido.

—Está bien, pero ¿por qué?

Josse sonrió tímidamente.

—Podría cambiar de opinión.

Luego, con una prisa poco habitual en él y la más breve de las despedidas, salió por la puerta y desapareció.

Ella permaneció sentada, inmóvil, durante un buen rato. Luego abrió la cajita de plata y sacó el Ojo de Jerusalén.

Como la vez anterior, sintió que le temblaban las manos, como si la piedra estuviera comunicándose con ella. Las piedras son inertes, se dijo con firmeza. Volvió a guardar la joya en su cajita, y estaba a punto de colgarse la cadena de plata al cuello cuando advirtió que estaba rota.

Claro. Sidonius la había roto cuando arrancó la cajita del cuello del joven criado del lombardo. La caja, la cadena, hasta la misma joya acarreaban la muerte consigo.

Entonces supo qué tenía que hacer.

Esperó hasta el anochecer.

Luego, después de completas, cuando la iglesia estaba vacía, se acercó al altar y, rezando con todo el fervor del que era capaz, se arrodilló y suplicó a Dios que la ayudara.

«No puedo rechazar esta joya —alegó en silencio—, porque sir Josse me la ha confiado y tiene buenos motivos para haberlo hecho. Además, tenemos que ver si, en verdad, puede ayudarnos en nuestro trabajo, porque quizá haya sido vuestra intención, Señor, hacer que llegara hasta nosotras con ese mismo objetivo».

Se concentró mucho, luego retomó su plegaria.

«Pero el Ojo lleva la mancha de la violencia, y no me alegraré de que podamos usarlo hasta que haya sido purgado. Así, Dios mío, os lo dejo aquí, en vuestra santa casa; rezaré para que lo limpiéis y lo preparéis para la función curativa para la que queríamos dedicarlo».

Eso era todo cuanto quería decir. Siguió rezando, y las palabras familiares y reconfortantes consiguieron apaciguarla, como siempre. Luego, asegurándose de que estaba absolutamente sola, se acercó con cautela a la parte de atrás del altar y localizó la repisa oculta debajo de él, donde un soporte de madera se escondía bajo el mantel de lino que lo cubría. Depositó la cajita con el Ojo en el estante y dejó caer de nuevo la tela encima.

Tal vez debería haber colocado el Ojo sobre el altar —se dijo—, pero, pensándolo bien, el buen Dios sabe perfectamente dónde está.

Y sintiendo que de pronto andaba más ligera, hizo una reverencia ante la cruz, susurró una plegaria final y se marchó.

Por la mañana, Josse acudió a su encuentro y le dijo que Yves y él estaban listos para marcharse. Yves estaba ansioso por regresar a Acquin, y Josse quería que pasara en Nuevo Winnowlands al menos una noche antes de partir hacia su casa.

—Os deseo un buen viaje a ambos —les dijo—. Y a Yves en especial, puesto que tiene más trecho por delante.

—Todo irá bien —aseguró Josse—. Puede que incluso me decida a acompañarlo a Acquin. Ya es hora de que vuelva a visitar a mi familia.

—¿Vais a pasar la Navidad en Francia?

Él vaciló un momento.

—Es posible —respondió—. Pero hay otra visita que deseo hacer. Yves y yo hemos estado hablando mucho de mi padre, y también de mi madre. Recordar a mi madre me ha hecho darme cuenta de que debería esforzarme un poco por mantener el contacto con sus familiares. Al fin y al cabo, viven en Lewes, que no está muy lejos de aquí.

—Lewes —repitió Helewise—. Una agradable ciudad.

—¿Lo es? Apenas la recuerdo. Bueno, me atrevo a decir que volveré a verla con mis propios ojos en breve.

—No os olvidéis de Hawkenlye, con todos esos viajes —dijo ella—. Veros es siempre un placer.

Mientras lo miraba, su fortaleza, sus rasgos honestos, su integridad, pensó que «un placer» era tal vez decir poco.

—No os olvidaré —declaró Josse con voz tranquila. Luego, como si de pronto encontrara aquella despedida especialmente difícil, se acercó a ella, le tomó la mano y se la besó, pareciendo al instante avergonzado de su acción. Entonces se apresuró a añadir—: Gracias, abadesa Helewise, de todo corazón —y se apartó.

Ella conocía perfectamente el motivo de su gratitud, y en ese momento esperó que fuera justificada y que ella hubiera tomado la decisión acertada.

No estaba del todo segura...

Le dio un momento para recoger sus pertenencias y reunir a los caballos. Luego salió hasta la puerta principal para despedirse de los dos hermanos.

Ya estaban a punto de marcharse. Al verla, Yves se acercó y le agradeció su hospitalidad.

—Guardadnos en vuestras plegarias, mi señora —dijo. Y luego, mirándola a los ojos, añadió—: Me alegro de haberos conocido por fin. Ahora yo...

Pero, fuera lo que fuese lo que estaba a punto de decirle, fue interrumpido por la llamada de Josse:

—Vamos, Yves, no te entretengas o no llegaremos a tiempo de que Ella nos prepare una cena como Dios manda.

Yves miró a Helewise por última vez. Luego le sonrió y, dándose la vuelta, subió al caballo.

Josse la miró, pero aparte de un susurrado «Adiós, abadesa», no dijo nada más.

«No había —pensó ella— nada que añadir».

Se despidió de ambos y permaneció observándolos hasta que se perdieron de vista. Luego se sintió de pronto abatida y regresó a su habitación.

# EPÍLOGO

## DÍA DE TODOS LOS SANTOS, 1192

Helewise se había tomado algún tiempo para decidir cómo iba a utilizar el Ojo de Jerusalén. La piedra seguía vibrando de aquella extraña forma cuando la tomaba, pero después de su noche bajo el altar, ya no sentía en ella la oscura sombra de la muerte.

A medida que se acercaba el final de octubre y la temporada de lluvias iba dando paso a un frío punzante, la abadía, el valle y la enfermería fueron llenándose de gente que rezaba para mantenerse lejos de la enfermedad, o por aquellos que ya estaban enfermos. Era el momento oportuno —si es que, de hecho, existía un momento así— para ofrecer a sor Eufemia y a sus monjas enfermeras lo que podía convertirse en un poderoso aliado.

El Ojo cumplió las expectativas: bajaba las fiebres. Aunque, por supuesto, eso también podría haber sido el resultado de los incansables esfuerzos, la paciencia y los conocimientos de sor Eufemia, que actuaba guiada por y para Dios.

Helewise era todavía consciente de que un príncipe había hecho —probablemente seguía haciendo— esfuerzos considerables por localizar la joya. Por tanto, apremió a las religiosas a que la utilizaran con prudencia, y la enfermera y sus monjas, demasiado ocupadas para pararse a preguntar, asintieron y siguieron trabajando. Mientras las observaba, la abadesa se sintió gratificada —y apenas sorprendida— al ver que, cargadas de trabajo y cansadas como estaban, seguían obedeciendo sus instrucciones fielmente; a los pacientes no se les permitió nunca ver el Ojo.

Pero, por las gracias que otorgaba —o parecía otorgar, se repetía a sí misma, todavía decidida a retener al menos cierto grado de escepticismo—, podía no estar allí.

El último día de octubre, la víspera de Todos los Santos, Helewise fue a buscar a sor Tiphaine. La enfermera estaba preguntando por el brebaje para la tos de la herbolaria, y Helewise, que en ese momento no tenía nada mejor que hacer, se ofreció para ir a buscarlo.

Sor Tiphaine había desaparecido sin dejar rastro.

Sor Anne dijo que la habían oído comentar que tenía que salir a buscar ingredientes para su mejunje. Sor Anne, siempre interesada en lo que hacían los demás pero nunca demasiado astuta, también informó de que sor Tiphaine había dicho que tal vez tardaría un poco.

Dos cosas llamaron la atención de Helewise. Una era que sor Tiphaine no debería haber salido de la abadía sin pedirle permiso a ella.

Y la otra, que la herbolaria tardaría en realidad un buen rato, si es que era cierto que había ido a recoger ingredientes frescos. Porque estaban en el mes de octubre —ya casi en noviembre— y ahora no brotaban hierbas.

«Desde febrero hasta finales de octubre —pensó Helewise—. Nueve meses».

Y pensó que sabía perfectamente adonde había ido sor Tiphaine.

¿Qué debía hacer? ¿Seguir a la monja hasta el bosque? Pero no tenía ni la más remota idea de adonde había ido, si es que era cierto que estaba en el bosque.

«También puedo estar equivocada en mis sospechas —pensó, mordisqueándose la uña del pulgar con ansiedad—. Puede que sor Tiphaine no sepa nada de la gente del bosque ni con quién se relacionan. Puede que esté haciendo exactamente lo que ha dicho que iba a hacer: recogiendo ingredientes para el remedio contra la tos. Y qué tonta voy a parecer si salgo a buscarla y la encuentro cumpliendo con sus obligaciones tranquilamente y no doy con ninguna excusa por haberla seguido.

»Y, dada la premura con la que sor Eufemia necesita el medicamento, eso sería un poco quisquilloso de mi parte.

»No puedo decidir lo que es mejor —pensó—. Ya he presionado lo bastante a Tiphaine, y todo lo que consigo es que me mire con indiferencia y declare que no tiene nada que decir. Debo dejar este asunto a su propia conciencia. Si realmente oculta un secreto y ha estado guardando algo que yo tengo derecho a saber, entonces pesará sobre ella hasta que, con el tiempo, decida confesarlo».

De pronto se le ocurrió una idea. Sor Tiphaine podía haber hecho exactamente eso. Y el padre Gilbert, su confesor, desde luego no se lo habría dicho a la abadesa.

Helewise se daba cuenta de que había topado contra un muro.

Se dirigió a la iglesia. En la paz de su fresco interior, la luz del día otoñal ya empezaba a perder intensidad. Se arrodilló ante el altar y puso el asunto en las manos de Dios.

Entonces rezó.

—Por misericordia, Dios mío, protegéd a sor Tiphaine. Si está fuera en el bosque, guiad sus pasos para que pueda resolver sus asuntos, sean los que sean, bajo vuestra mirada y, en su momento, regresar sana y salva hasta nosotros.

»Y si lo que sospecho es cierto, por favor, Dios santo, cuida también de Joanna.

Luego apoyó el rostro en las palmas de las manos y, en el tranquilo silencio, pensó: «Ya está, he entregado mi carga a unas manos más capaces».

Mientras el alivio se apoderaba de ella, por primera vez en varias semanas sintió que recuperaba la serenidad.

En una choza situada en el corazón del Gran Bosque, dos mujeres permanecían sentadas a ambos lados de la hoguera de una pequeña habitación.

Una era anciana. O eso parecía, a juzgar por su largo pelo blanco. Pero su rostro no tenía arrugas, y sus ojos grises eran claros y brillantes. Y cuando se movía, lo hacía con la graciosa agilidad de una mujer joven. Lora, la venerada anciana de la gente del bosque, probablemente se había olvidado de su propia edad, pero había visto cambiar más estaciones que la mayoría de ellos; sencillamente, cargaba con los años con ligereza.

La otra mujer era más joven. Tenía unos ojos profundos y misteriosos que

guardaban secretos y eran las ventanas de una mente inteligente llena de pociones y remedios. Era la herbolaria de la abadía de Hawkenlye.

—Debes regresar —le dijo Lora, rompiendo un silencio que hacía rato que duraba—. Te van a echar de menos.

—No importa.

—Sí importa —insistió Lora—. Tu ausencia provocará curiosidad.

—Ya he dado las razones de mi salida. —Tiphaine señaló un cesto que había junto a la puerta, lleno de raíces recién arrancadas.

—¿Para qué te servirán? —le preguntó Lora.

—Para nada. Pero allí nadie sabe que no tienen propiedades medicinales.

Lora sonrió. Luego se puso seria de nuevo y dijo:

—No debes mentirle a la abadesa. He oído muchas cosas buenas de ella.

—Sí, es buena —asintió Tiphaine.

Pero permaneció sentada donde estaba.

De pronto se oyó un gemido procedente del altillo de la cabaña. Lora se levantó y subió la corta escalerilla que llevaba hasta allí: sobre un revoltijo de sábanas, retorciendo con violencia su cuerpo desnudo y sudoroso y apartando la pesada manta de piel que la cubría, yacía una mujer joven.

Estaba en un avanzado estado de gestación y a punto de dar a luz.

Lora se sentó a su lado. Tomó una de las manos que colgaban entre las dos suyas y le dijo:

—Aguenta, chiquilla. Agárrate a mí; yo te ayudaré a soportar el dolor.

Joanna de Courtenay, que intentaba reunir todo su coraje, desistió y soltó un fuerte grito. Mientras la contracción alcanzaba su punto máximo, apretó la mano de Lora con tanta fuerza que hizo que la mujer se estremeciera.

Después de lo que a ambas les pareció una eternidad, Joanna se relajó y volvió a apoyarse sobre las almohadas. Entre resoplidos dijo, con los labios secos:

—Creo que ahora vienen más seguidas.

—Así es —dijo Lora con calma—. Ya falta menos, chiquilla.

El rostro velado y con toca de Tiphaine apareció en lo alto de la escalerilla. Le sonrió a Joanna.

—Seguís aquí, hermana —dijo Joanna.

—Sí.

Joanna miró por la ventanita que había a la derecha de la cama.

—Está oscureciendo. Debéis regresar a Hawkenlye.

—Ya se lo he dicho —dijo Lora.

—Pronto —aseguró Tiphaine, acercándose a la cama—. Veré nacer al niño. He traído medicamentos que podrían resultar útiles.

—Déjamelos a mí —la apremió Lora—. ¿No puedo administrárselos yo?

Tiphaine sonrió. —Sin duda.

—Pero quieres quedarte —concluyó Lora por ella—. Bueno, si te quedas fuera y

tienes que trepar por el muro de la abadía, será culpa tuya.

—Lo sé.

—Y supongo que les dirás que te has perdido. —Había una fuerte ironía en sus palabras—. Tú, que conoces los senderos del bosque como la palma de tu mano.

—Sí, eso haré.

Joanna, que escuchaba, soltó una breve carcajada.

—Entonces será mejor que me dé prisa para salvaros el pellejo, hermana —dijo—. Creo que... —Pero entonces vino otra contracción, más larga y más fuerte que todas las anteriores. La sonrisa de Joanna se convirtió en una mueca, luego en una máscara de dolor y, con una mano aferrada a la de Tiphaine y la otra a la de Lora, levantó la cabeza y gritó.

A partir de entonces, las contracciones vinieron tan seguidas que casi parecían fundirse en un eterno momento de dolor. Tiphaine tomó la cabeza de Joanna en su regazo, y le masajeó la frente empapada, le acarició su cabellera larga y oscura, mientras Lora se arrodillaba entre las piernas separadas de Joanna y observaba.

De pronto, Joanna gritó:

—¡Ya viene! Puedo sentir como... ¡¡¡Oh!!!

Lora la tomó por los brazos y tiró, mientras Tiphaine se situaba detrás de ella y la colocaba primero sentada y luego en cuclillas. Preparándose. Espalda con espalda con Joanna, soportó el peso de la joven, aguantándola en su agotamiento. Lora soltó la mano que aferraba las muñecas de Joanna y se arrodilló, agachándose mucho, puso las manos debajo de Joanna, exploró con los dedos y se agachó a mirar.

Entonces gritó:

—¡La cabeza ya sale! Con cuidado, Joanna, lentamente...

Joanna gimió, resopló, luego pareció reunir toda su energía para dar un fuerte empujón.

—¡Con cuidado! —gritó Lora—. Te vas a desgarrar si empujas tan rápido.

—¡No puedo evitarlo! —le gritó Joanna.

Se hizo una breve pausa, durante la cual Joanna se recostó hacia atrás, agotada, sobre Tiphaine. Luego gritó:

—¡Oh, ya viene otra vez! ¡Oh... oh!

—¡Demasiado rápido! ¡Demasiado rápido! —murmuró Lora, pero luego se oyó como un chapoteo, un grito de Joanna, y uno a uno, los hombros del bebé salieron del cuerpo de su madre, seguidos rápidamente por el resto del diminuto cuerpo.

Lora tomó al bebé con sus manos fuertes y lo levantó. Una vez cortado el cordón umbilical, el bebé abrió la boca y gritó, casi con tanta fuerza como lo había hecho antes su madre, y su color cambió rápidamente de la palidez del recién nacido a un saludable tono rosado.

—¿Está... está bien la niña... o el niño? —preguntó Joanna.

—Sí, perfecta, sencillamente perfecta. —Lora envolvía al bebé con una tela limpia, limpiando con cuidado los ojos, la nariz y la boca—. Y tenías razón la

primera vez, hija mía.

Con una sonrisa, Lora acabó de colocarle los pañales al bebé y ofreció la hija de Josse a su madre.

No mucho más tarde, la herbolaria recogió su cesto y emprendió el camino de regreso a Hawkenlye. Ahora era ya casi de noche, pero conocía bien el camino. Si se apresuraba, todavía llegaría a completas.

No había precisado las medicinas que había llevado consigo. Lora sabía cómo encontrarla si la necesitaban, si, por ejemplo, Joanna sufría de las terribles fiebres mortales que a veces se llevaban a las madres que acababan de dar a luz.

Pero Tiphaine dudaba que la llamaran. A su manera, Lora tenía tan buenos conocimientos como la herbolaria, y se las arreglaría sola. Lo preferían así, Tiphaine lo sabía. A ella le permitían implicarse en sus vidas de vez en cuando sólo porque a Joanna le gustaba saber cómo iban las cosas en el mundo exterior.

Quería asegurarse, en realidad, de que todo le iba bien a Josse.

«Puede que no le guste que se acerque mucho por la abadía —pensó Tiphaine—, pero necesita saber que está bien».

En fin, eso era asunto de Joanna.

Se echó a andar a buen paso. Ya veía Hawkenlye, y tenía ganas de llegar a casa.

Mientras, en la choza del bosque, Joanna le daba el pecho a su hija. Lora le había preparado una bebida e insistía en que se la acabara hasta la última gota:

—Tu leche llegará dentro de un día o dos, así que es mejor que adquieras buenas costumbres ahora y bebas todo lo que puedas.

Joanna, más agradecida de lo que era capaz de expresar por la presencia de Lora y de Tiphaine durante el parto, ahora deseaba secretamente que la anciana se marchara y la dejara a solas con el bebé.

Se las arreglaría. Se las había arreglado durante los largos meses de embarazo, se había acostumbrado a vivir sola, dependiendo sólo de sí misma, aguantando. La pequeña choza que era ahora su hogar, en realidad, no era lo bastante grande para dos.

Para tres, se corrigió a sí misma, mirando al bebé que dormía sobre su pecho.

Margaret. Mi pequeña Margaret.

Acarició con un dedo los delicados párpados de la niña, que ahora tejían brevemente un sueño infantil. La piel del bebé era suave, aterciopelada, y sus pestañas largas y oscuras se rizaban y sombreaban las mejillas redondas y perfectas.

Momentos antes, Lora había llevado al bebé al aire libre. En una breve ceremonia que Joanna conocía y aceptaba —aunque no pudiera aprobarla de todo corazón—, la anciana desnudó al bebé y lo colocó sobre la tierra.

«Hija del mundo, siente la Tierra debajo de ti. —Sus cantos serenos llegaron hasta los oídos de Joanna, en el interior de la choza—. Madre Tierra, siente a tu hija, que yace sobre tu pecho inmenso».

Margaret gruñó su protesta al sentir el repentino frío del aire de la noche sobre su

piel desnuda, y Lora la abrigó y volvió a llevarla adentro.

Pero, antes de devolvérsela a Joanna, se arrodilló frente a la chimenea y escrutó a la criatura. Margaret, con los ojos abiertos de par en par, le devolvió la mirada.

—Va a ser una de las grandes —murmuró Lora—. Tendrá el don, Joanna. Y, a menos que esté muy equivocada, posee la visión.

Joanna se recostó sobre el borde del altillo.

—Pero ¿por qué? No es de sangre, ¿no?

Lora sonrió.

—Puede que no lo fuera en su concepción. Pero tú has pasado los meses en los que la llevabas dentro aprendiendo nuevas formas y nuevas artes, hija mía. ¿No crees que puedes haberle transmitido parte de tu sabiduría adquirida a medida que iba creciendo dentro de tu vientre?

Joanna miró a su hija con curiosidad.

Ahora, con el bebé de nuevo entre los brazos, el cuerpecito que dormía y soñaba contra su pecho, Joanna trataba de comprender cómo se sentía. Una hija sana era una fuente de felicidad, tal vez lo más bello que jamás le había ocurrido. Oh, y estaba Ninian, claro. Siempre estuvo Ninian, aunque ahora se encontraba, y siempre se encontraría, lejos de ella. Otro hijo hubiera tenido que seguir el mismo camino; vivir en una choza del bosque con su madre hechicera no era la vida más adecuada para un niño, y menos cuando se convirtiera en un muchacho.

Pero una hija era distinto. Una niña que, sólo unas horas después de nacer, había sido designada como una de las grandes... bueno, eso volvía a ser algo especial.

Al cabo de un rato —Lora había ido a acostarse, y Joanna tuvo finalmente la ilusión, si no la realidad, de estar a solas con Margaret—, llegó a la conclusión de que no servía de nada preocuparse sobre lo que podía o no ocurrir en el futuro. El bebé ya estaba allí, estaba sana y, si realmente era lo que Lora había dicho que era, entonces no había nada que Joanna pudiera hacer.

—Mi misión es quererte y protegerte, mi pequeña Margaret —le canturreó con ternura—. Eso, de momento, es todo.

Después de acomodarse —le llevó algo de tiempo encontrar la postura más cómoda para su cuerpo dolorido—, meció al bebé y lo colocó sobre su brazo y, como la niña y la anciana tumbadas junto al fuego, pronto se quedó profundamente dormida.

Fuera, la luna se instaló en el cielo y el pequeño claro del bosque quedó bañado por su pálida luz. La floresta estaba a oscuras y en silencio, con las estrellas como llamas diminutas de unas velas infinitamente distantes.

Todo parecía en paz.

Sin embargo, la gente del bosque sabía que una nueva alma acababa de nacer, y en desconocidas hondonadas y cavernas secretas se hicieron celebraciones silenciosas. Al fin y al cabo, era Samhain, una de las festividades más importantes de la gente del bosque.

Tener un hijo de Samhain a quien dar la bienvenida confería un carácter muy especial a la fiesta.

**Fin**



ALYS CLARE es el seudónimo de ELIZABETH HARRIS (Nacida en 1944), una escritora inglesa de novelas históricas, las cuáles se centran principalmente en la época medieval.

Fue educada en el campo, cerca de dónde se establecerían sus novelas más famosas. Inició sus estudios en la escuela de Tonbridge, graduándose en Literatura Inglesa y Psicología en la Universidad de Keele, con postgrado en Arqueología en la Universidad de Kent. Comenzó a publicar en 1990, dedicándose desde entonces a la escritura.

Sus novelas más famosas son la serie de libros conocidos como Los Misterios de Hawkenlye, historias de crímenes en la Edad Media, y que son protagonizados por el caballero *Sir Josse d'Acquin* y la Abadesa *Helewise*. Debido a la creación de estas novelas, Alys Clare vive cierta parte del año en el campo, dónde según ella ocurren los hechos narrados en Los Misterios de Hawkenlye. El lugar es conocido principalmente por ser un lugar dónde sus antiguos habitantes fueron dejando sus huellas, tales como círculos de piedra y dólmenes en el Neolítico, además de encontrarse los antiguos caminos y capillas de los caballeros templarios.